

# **ALGUIEN VOLÓ SOBRE EL NIDO DEL CUCO**

Ken Kesey

Título original: *One flew over the cuckoo's nest*

Traducción: Mireia Botill

Digitalizado por kamparina y Mago Tim para Biblioteca-irc en Junio de 2.004

<http://biblioteca.d2g.com>

## **ÍNDICE**

Primera parte.....	3
Segunda parte.....	142
Tercera parte.....	248

A Vik Lovell

*que, después de haberme dicho  
que los dragones no existían, me  
condujo a su guarida.*

*...one flew east, one flew west, one flew over the cuckoo's nest.*  
...uno voló al este, el otro hacia el oeste, sobre un nido de cucos voló éste.

(Copla infantil)

## PRIMERA PARTE

Están ahí fuera.

Chicos negros con trajes blancos se me han adelantado para cometer actos sexuales en el pasillo y luego limpiarlo antes de que consiga atraparlos.

Están fregando cuando salgo del dormitorio, los tres enfurruñados y llenos de odio hacia todo: la hora que es, el lugar donde se encuentran, la gente con quien tienen que trabajar. Cuando están tan llenos de odio, más vale que no me deje ver. Me deslizo pegado a la pared, sin ruido, como el polvo sobre mis zapatillas de lona. Pero están equipados con un detector especialmente sensible que capta mi miedo y los tres levantan la vista, al mismo tiempo, con las caras negras de ojos relucientes, relucientes como las lámparas de una vieja radio vista por detrás.

—Ahí viene el Jefe. El Super Jefe, chicos. El Viejo Jefe Escoba. Qué tal, Jefe Escoba...

Me ponen una fregona en la mano y me indican el lugar que quieren que limpie hoy, y allá voy. Uno me golpea las pantorrillas con el mango de una escoba para darme prisa.

—¿Habéis visto cómo la agarra? Es tan grande que podría hacerme pedazos y me mira como un niño.

Se ríen y después les oigo murmurar a mis espaldas, las cabezas muy juntas. Zumbido de maquinaria negra, que va zumbando odio y muerte y secretos del hospital. No se toman la molestia de bajar la voz para intercambiar sus secretos de odio cuando estoy cerca porque me creen sordomudo. Todos lo creen. He tenido la astucia de hacérselo creer. Si de algo me ha servido ser mestizo en esta puerca vida, ha sido para enseñarme a actuar con astucia todos estos años.

Estoy fregando cerca de la puerta de la galería cuando del otro lado se oye una llave y sé que es la Gran Enfermera porque la cerradura cede rápida, suave y familiarmente. ¡Lleva tanto tiempo rondando cerraduras! Se desliza a través de la puerta con un chorro de aire frío y luego la cierra tras de sí y veo cómo pasa los dedos sobre el acero pulido; la punta de cada dedo tiene el mismo color que sus labios. Curioso naranja. Como el extremo de un soldador. Un color tan caliente o tan frío, que si ella te toca no puedes decir con cuál.

Lleva su bolso de mimbre trenzado como los que la tribu Umpqua vende junto a la carretera en el caluroso mes de agosto, un bolso en forma de caja de herramientas con un asa de cáñamo. La he visto con él todos los años que llevo aquí. El tejido es de malla grande y puedo ver lo que lleva dentro; no hay polvera ni lápiz de labios ni cosas de mujeres, su bolso está lleno de miles de piezas que piensa utilizar hoy en sus tareas: ruedecillas y engranajes, ruedas dentadas pulidas hasta dejarlas relucientes, pastillitas que brillan como porcelana, agujas, fórceps, pinzas de relojero, rollos de alambre de cobre...

Cuando pasa a mi lado hace una inclinación de cabeza. Con mi escoba, me aplasto contra la pared y sonrío y procuro escabullirme al máximo de sus artilugios y hurtarle la mirada... no pueden adivinar tantas cosas cuando uno tiene los ojos cerrados.

En mis tinieblas oigo el eco de sus tacones de goma sobre las baldosas y el roce de su bolso de mimbre contra sus piernas se aleja de mí por el pasillo. Camina muy tiesa. Cuando abro los ojos, está en el extremo del pasillo y se dispone a entrar en la encristalada Casilla de las Enfermeras donde pasará el resto del día sentada junto a su mesa, mirando por la ventana y tomando nota de lo que en las próximas ocho horas suceda ante sus ojos, en la sala de estar. Parece complacida y apaciguada con la idea.

Entonces... ve a los chicos negros. Todavía siguen allí, muy juntos, murmurándose cosas. Ahora advierten que los está mirando, pero ya es tarde. Ya deberían saber que no es muy buena idea formar grupos y murmurar cuando es su hora de llegar a la galería. Separan los rostros, confusos. Ella se agazapa y comienza a avanzar hacia el lugar donde los tres han quedado atrapados, apiñados en el extremo del pasillo. Sabe qué han estado diciendo y noto que está furiosa, que ha

perdido completamente el control. Va a hacer pedazos a esos cochinos negros, tan furiosa está. Comienza a hincharse, se hincha y se hincha hasta desgarrar la espalda del blanco uniforme y despliega sus brazos y los extiende y alcanzan tal longitud que podrían dar cinco a seis vueltas en torno a los tres hombres. Mira a su alrededor con un rápido vaivén de la gran cabeza. Nadie a la vista, sólo allí al fondo el pobre Bromden Escoba, el mestizo, escondido detrás de su escoba, y ése no puede gritar para pedir ayuda. Conque ya no se contiene más y su sonrisa pintada se transforma, se despliega en un gran bufido, y ella se agranda, más cada vez, hasta parecer un gran tractor, tan grande que puedo oler el motor que lleva dentro, tal como huelen los motores sometidos a un esfuerzo demasiado grande. Contengo el aliento y me digo: ¡Dios mío, esta vez va en serio! ¡Van a hincharse de odio hasta los topes y van a hacerse pedazos unos a otros antes de que se den cuenta de lo que están haciendo!

Pero cuando ya empieza a enlazar a los negros con aquellos brazos extensibles y ellos están a punto de desgarrarle el vientre con los mangos de las escobas, todos los pacientes comienzan a salir de los dormitorios para ver qué alboroto es aquél, y ella tiene que transformarse de nuevo para que no descubran su verdadera y espantosa apariencia. Cuando por fin los pacientes se han frotado los ojos y logran vislumbrar, a medias, en qué consiste el tumulto, sólo ven a la enfermera jefe que, sonriente serena y fría como de costumbre, les dice a los muchachos que no deberían formar grupos y murmurar, porque es lunes por la mañana y hay muchas cosas que hacer... la primera mañana de la semana.

—... ya sabéis cómo son los lunes, muchachos...

—Sí, señorita Ratched...

—... y esta mañana tendremos muchas visitas, conque a lo mejor, si lo que estaban haciendo aquí los tres juntos no es demasiado urgente...

— ¿Siii?, señorita Ratched...

Se interrumpe y saluda con la cabeza a algunos de los pacientes que se han reunido a su alrededor y que miran con ojos enrojecidos e hinchados de sueño. Los va saludando uno a uno. Un gesto preciso y automático. Tiene un rostro regular, calculado y construido con precisión, como una muñeca de lujo, con la piel como esmalte color

carne, una mezcla de blancos y cremas, y ojos azul cielo, nariz pequeña, con diminutas ventanillas sonrosadas, todo bien armonizado, excepto el color de sus labios y de sus uñas, y el tamaño de sus pechos. Fue todo un error de fabricación colocar esos grandes senos femeninos en la que, de otro modo hubiera resultado una obra perfecta, y salta a la vista lo mucho que eso le fastidia.

Los hombres siguen ahí a la espera de averiguar qué iba a hacerles a los negros y ella recuerda haberme visto y dice:

—Y ya que *es* lunes, chicos, ¿por qué no empezamos bien la semana y afeitamos lo primero esta mañana al pobre señor Bromden, antes de la aglomeración que se arma en la barbería después del desayuno?, y a ver si logran evitar que organice — ah— el alboroto de costumbre, ¿qué les parece?

Antes de que se vuelvan hacia mí, me zambullo en el armario de las escobas, cierro la puerta con cuidado, contengo el aliento. Afeitarse antes del desayuno es lo peor de todo. Con algo en el estómago uno se siente más fuerte y más despierto, y no es tan fácil que los cabrones que trabajan en la Sala de Máquinas te enchufen una de sus maquinitas en vez de la afeitadora eléctrica. Pero si hay que afeitarse antes del desayuno, como ella me manda hacerlo algunas mañanas —a las seis y media de la mañana, en un cuarto rodeado de paredes blancas y blancas jofainas y con largas luces de neón en el techo, para evitar cualquier sombra, y rodeado de rostros que chillan atrapados en los espejos—, ¿qué posibilidades de éxito tiene uno frente a sus máquinas?

Escondido en el armario de las escobas, escucho, mi corazón golpea en la oscuridad e intento no asustarme, intento pensar en otra cosa —pensar en otros tiempos y recordar cosas del pueblo y del gran río Columbia, pensar que una vez Papá y yo fuimos a cazar pájaros a un bosque de cedros junto a Los Rápidos... Pero, como siempre que intento llevar mis pensamientos al pasado y ocultarme allí, el miedo siempre a mano se filtra a través de la memoria. Noto que por el pasillo se aproxima ese raquítico muchacho negro, y cómo olfatea mi miedo. Abre las ventanas de la nariz como negras chimeneas, balancea a uno y otro lado su desmesurada cabeza y no para de olfatear, y va absorbiendo miedo por toda la galería. Ahora me huele a mí, puedo oír sus bufidos. No sabe dónde me escondo, pero me huele y me está buscando. Procuero no moverme...

(Papá me dice que no me mueva, me dice que el perro ha olfateado un pájaro muy cerca. Un hombre de Los Rápidos nos prestó un perro perdiguero. Todos los perros del pueblo son inútiles callejeros, dice Papá, devoradores de tripas de pescado, sin ninguna clase; ¡pero este perro tiene *instinto!* Yo no digo nada, pero ya he visto el pájaro, encaramado en un cedro mocho, hecho una bola de plumas grises. El perro corre en círculos bajo el árbol, el excesivo olor le impide señalar un punto concreto. El pájaro está a salvo mientras no se mueva. Resiste bastante bien, pero el perro sigue olfateando y dando vueltas, cada vez más alborotado y más cerca. Al fin, el pájaro no puede más, extiende las plumas, salta del cedro y cae bajo el disparo de la escopeta de Papá.)

El negro raquítrico y uno de los más grandes me atrapan antes de que haya logrado alejarme ni diez pasos del armario de las escobas, y me arrastran hasta la barbería. No me resisto ni hago ruido. Gritar sólo empeora las cosas. Contengo los gritos. Me contengo hasta que llegan a las sienes. Hasta que llegan a las sienes no puedo saber con certeza si han sustituido la máquina de afeitar por otra de esas máquinas; entonces ya no puedo continuar resistiendo. Cuando llegan a las sienes ya no es una cuestión de fuerza de voluntad. Es un... *botón*, al apretarlo (dice Bombardeo, Bombardeo) me disparo a tal volumen que desaparece todo ruido, todos me gritan tapándose los oídos, detrás de paredes de cristal, sus caras se mueven como si hablasen pero de las bocas no sale ni un sonido. Mi sonido absorbe todos los demás sonidos. Hacen funcionar de nuevo la máquina de hacer niebla y sobre mi cuerpo comienza a caer una nieve fría y blanca como crema de leche, tan espesa que incluso podría escabullirme en ella si no me tuvieran cogido. Con esa niebla no puedo ver ni a diez centímetros y lo único que consigo oír por encima de mi gran lamento son los alaridos de la Gran Enfermera que avanza por el pasillo y se abre paso entre los pacientes a golpes de ese cesto de mimbre. La oigo llegar pero no consigo acallar mis aullidos. Sigo aullando hasta que llega. Me sujetan mientras ella me tapa la boca con todo lo que tiene a mano, cesto de mimbre incluido, y me lo empuja garganta abajo con el mango de una escoba.

(Un perro de caza aúlla ahí afuera en la niebla, corretea temeroso y desconcertado porque no puede ver. Ningún rastro en el suelo



excepto el suyo propio, y olfatea en todas direcciones con su fría nariz roja y elástica y no capta olor alguno sino el de su propio miedo, un miedo que le bulle y le abrasa por dentro como vapor caliente.) También me abrasará y me hará estallar a mí y acabaré contando todo lo del hospital, y lo de ella, y lo de los muchachos... y lo de McMurphy. Llevo tanto tiempo callado que va a salir a borbotones como la crecida de un río y pensarán que el tipo que está contando todo esto desvaría y delira, por Dios; ¡pensarán que es demasiado horrible para que haya ocurrido realmente!, ¡que es demasiado terrible para ser verdad! Pero, un momento, por favor. Cuando lo recuerdo, todavía me cuesta conservar la calma. Sin embargo, es cierto, aunque no hubiera ocurrido.

Cuando se disipa la niebla a mi alrededor, estoy sentado en la sala de estar. No me han llevado a la Sala de Shocks esta vez. Recuerdo que me sacaron de la barbería y me llevaron a Aislamiento. No recuerdo si desayuné o no. Probablemente no. Puedo recordar las mañanas que he estado encerrado en Aislamiento, los negros siempre traían un segundo plato de todo —aparentemente para mí, pero se lo comían ellos— y se quedaban allí hasta que los tres habían desayunado mientras yo seguía echado en el colchón hediondo de orines y veía cómo mojaban tostadas en el huevo. Me llegaba el olor a grasa y les oía masticar la tostada. Otras veces me traían una papilla fría y me obligaban a comerla aunque estuviera salada.

Esta mañana simplemente no recuerdo nada. Me hicieron tragar un buen número de esas cosas que llaman pastillas, conque no me he enterado de nada hasta que se ha abierto la puerta de la galería. Si se ha abierto la puerta de la galería, ello significa que son, al menos, las ocho, y que debo haber estado desmayado más o menos una hora y media en esa Sala de Aislamiento, una hora y media durante la cual los técnicos pueden haber venido a instalar cualquier cosa que les haya ordenado la Gran Enfermera sin que yo pueda tener la menor idea de lo que es.

Oigo un ruido junto a la puerta de la galería, en el otro extremo del pasillo, fuera del alcance de mi vista. Esa puerta empieza a abrirse a las ocho y se abre y se cierra unas mil veces al cabo del día, *clash*, *click*. Cada mañana nos sentamos en fila a ambos lados de la sala de estar, después del desayuno empezamos a montar rompecabezas, siempre atentos al ruido de la llave en la cerradura, y en espera de ver qué entra. No hay mucho más que hacer. A veces, un joven interno

aparece, temprano, junto a la puerta para observar qué aspecto tenemos Antes del Tratamiento. AT, lo llaman. A veces, aparece una esposa que viene de visita, con sus altos tacones y su bolso muy apretado contra el vientre. A veces, nos visita un grupo de maestras acompañadas por ese estúpido de Relaciones Públicas que no para de restregarse las manos húmedas y de repetir cuánto se alegra de que los hospitales psiquiátricos hayan eliminado todas las anticuadas crueldades: «Un ambiente muy *alegre*, ¿no les parece?». Da vueltas alrededor de las profesoras, que se han apiñado para sentirse más seguras, y se frota las manos. «Oh, cuando pienso en los viejos tiempos, en la suciedad, en la mala alimentación, incluso, sí, en la brutalidad, ¡oh, señoras, es evidente que nuestra campaña ha supuesto un gran progreso!». Todo el que aparece junto a la puerta suele decepcionarnos, pero siempre cabe una posibilidad de que no sea así, y cuando se oye la llave en la cerradura todas las cabezas se levantan como si una cuerda tirara de ellas.

Esta mañana la cerradura chirría de un modo extraño; el que se encuentra junto a la puerta no es un visitante habitual. Un Escolta grita con voz cortante e impaciente: —Ingreso, vengan a firmar su admisión—, y los negros acuden.

Ingreso. Todo el mundo deja las cartas y el Monopoly, todas las miradas se vuelven hacia la puerta de la sala de estar. Generalmente estoy afuera barriendo el pasillo y puedo ver quién ha ingresado; pero esta mañana, como les he dicho, la Gran Enfermera me ha cargado bien cargado y no puedo moverme de la silla. En general, soy el primero que veo al Ingreso, observo cómo se desliza por la puerta, y se arrastra a lo largo de la pared, y se queda allí, asustado, hasta que los negros vienen a firmar la admisión, y lo llevan a las duchas, donde lo desnudan y lo dejan, temblando, con la puerta abierta, mientras los tres se ponen a recorrer los pasillos muy sonrientes, en busca de la Vaselina. «Necesitamos la Vaselina», le dicen a la Gran Enfermera, «para el termómetro». Ella los mira fijamente, uno a uno: «No lo dudo», y les tiende un frasco que contiene al menos 3 litros, «pero, por favor, muchachos, no se metan todos allí al mismo tiempo». Luego veo a dos de ellos, a veces a los tres, ahí dentro, en las duchas con el Ingreso, untando el termómetro de grasa hasta cubrirlo con una capa del grosor de un dedo, mientras canturrean, «Esto va bien, esto va bien», y luego

cierran la puerta y hacen correr todas las duchas a chorro de modo que sólo se oye el insidioso rumor del agua sobre las baldosas verdes. Casi siempre estoy ahí y lo veo todo.

Pero esta mañana tengo que quedarme sentado y sólo les oigo entrarlo. Pero, aunque no puedo verlo, sé que no es un Ingreso corriente. No le oigo escurrirse asustado junto a las paredes y cuando le hablan de la ducha no lo acepta sumiso con un tímido «sí»; les contesta claramente, con una sonora voz metálica, que ya está perfectamente limpio, gracias.

—Esta mañana me dieron una ducha en los tribunales y ayer me ducharon en la cárcel. Y juro que, lo que es por ellos, me hubieran limpiado las orejas en el taxi que me traía aquí si hubieran tenido con qué hacerlo. Anda chico, parece que cada vez que me mandan a algún sitio tienen que fregotearme antes, después y durante el traslado. He llegado a un punto en que apenas oigo el ruido del agua ya me pongo a empaquetar mis cosas... Y apártate de mí con ese termómetro, Sam, y déjame contemplar primero mi nuevo hogar; es la primera vez que estoy en un Instituto de Psicología.

Los pacientes se miran desconcertados, luego vuelven a observar la puerta, por donde sigue llegando su voz. Grita más fuerte de lo que sería necesario si los negros no anduvieran más o menos cerca de él. Parece que estuviera por encima de ellos, que les hablara de arriba abajo, como si flotara en el aire a treinta metros, apabullando desde allí arriba a los que están en el suelo. Parece todo un hombre. Le oigo avanzar por el pasillo y por sus pisadas parece todo un hombre, y desde luego no se arrastra; lleva chapas de hierro en los tacones y los hace rechinar sobre el piso como si fueran herraduras. Aparece en la puerta, se detiene, se mete los pulgares en los bolsillos, y, con las botas muy separadas, se queda allí, de pie, con todas las miradas fijas en él.

—Hola, amigos.

Sobre su cabeza pende de un hilo un murciélago de papel, de esos que se cuelgan la víspera de Todos los Santos; alarga el brazo y le da un golpecito que lo hace girar.

—Bonito día.

Habla como solía hacerlo Papá, con voz fuerte y llena de encono, pero no tiene el mismo aspecto que Papá; Papá era de pura raza india

—un jefe— y duro y reluciente como la caja de un fusil. Este tipo es pelirrojo con largas patillas rojas y una masa de rizos que asoman bajo su gorra, debería haberse cortado el pelo hace tiempo, y es tan ancho como alto era Papá, tiene una ancha mandíbula y también son anchos sus hombros y su pecho, luce una ancha y blanca sonrisa diabólica, y su dureza no es como la de Papá, resulta duro en el mismo sentido en que es dura una pelota de béisbol bajo el cuero rasposo. Una cicatriz le cruza la nariz y una mejilla, alguien debió darle un buen puñetazo en una riña, y todavía lleva los puntos en la herida. Sigue ahí de pie, esperando, y cuando nadie da señales de querer decirle nada se pone a reír. Nadie sabría decir exactamente por qué se ríe; no ha ocurrido nada divertido. Pero no se ríe de la misma manera que el de Relaciones Públicas, su risa es espontánea y sonora y brota de su ancha boca abierta y se va extendiendo en anillos cada vez más amplios hasta estrellarse contra todas las paredes de la galería. No es como la risa de ese gordo de Relaciones Públicas. Es una risa genuina. De pronto me doy cuenta de que es la primera risa que oigo en muchos años.

Sigue ahí, de pie, nos mira, se balancea sobre sus botas y ríe y ríe. Entrelaza los dedos sobre el vientre, sin sacar los pulgares de los bolsillos. Y puedo ver cuan grandes y rugosas son sus manos. Todos los de la galería, pacientes, personal y demás, todos, se han quedado anonadados con su presencia y su risa. Nadie hace un gesto para interrumpirle, nadie dice nada. Sigue riendo hasta que no puede más y entra en la sala de estar. Incluso cuando no se ríe, la risa sigue flotando a su alrededor, como flota el sonido de una gran campana que acaba de tañer en aquel momento; la risa está en sus ojos, en su forma de sonreír y de fanfarronear, en su modo de hablar.

—Me llamo McMurphy, amigos, R. P. McMurphy, y me vuelvo loco por el juego.

Parpadea y canturrea una cancioncilla:

—... y dondequiera que encuentre una baraja apuesto mi dinero —y vuelve a reír.

Se acerca a una de las mesas donde juegan, mira las cartas de un Agudo, las repasa con su grueso dedo y hace una mueca al ver la mano y sacude la cabeza.

—Sí señor, a eso he venido a esta casa, a animar un poco las cosas en las mesas de juego. En el Centro de Trabajo de Pendleton ya

no quedaba nadie que pudiera alegrarme un poco la vida, conque fui y pedí un *traslado*, eso es. Necesitaba sangre nueva. ¡Eh!, mirad a éste, mirad cómo enseña sus cartas a los cuatro vientos; ¡caramba!, voy a esquiláros como a ovejas.

Cheswick esconde sus cartas. El pelirrojo le tiende la mano.

—Hola, amigo; ¿a qué jugáis? ¿Pinnacle? Dios mío, no me extraña que no te preocupes de enseñar las cartas. ¿No tenéis ni una buena baraja por ahí? Bueno, ahí va, me he traído mi propia baraja, por si acaso, es un poco distinta; y qué te parecen las figuras, ¿eh? Todas son distintas. Cincuenta y dos posiciones.

Cheswick ya tiene los ojos desorbitados y lo que ve en esas cartas no mejora las cosas.

—Tranquilo, no las estropees; tenemos mucho tiempo, muchas partidas, por delante. Me gusta usar esta baraja porque los otros jugadores tardan al menos una semana en empezar a descubrir los palos...

Lleva pantalones y camisa camperos, tan desteñidos por el sol que han quedado del color de la leche aguada. Tiene la cara y el cuello y los brazos curtidos de tanto trabajar en los campos. Se cubre el pelo con una gorra de motorista que antaño fuera negra y lleva una chaqueta de cuero colgada del brazo, y usa unas botas grises y polvorientas y tan pesadas que podrían partir a un hombre en dos. Se aparta de Cheswick, se quita la gorra y comienza a sacudirse una nube de polvo de los muslos. Uno de los negros va dando vueltas a su alrededor con el termómetro, pero es demasiado rápido para ellos; se desliza entre los Agudos y, antes de que el joven negro pueda colocarse en buena posición, comienza a dar la vuelta y a estrecharles la mano. Su modo de hablar, sus guiños, su fuerte vozarrón, su fanfarronería, todo me hace pensar en un vendedor de coches usados o en un tratante de ganado, o en uno de los charlatanes que pueden verse junto a los escenarios de segunda, de pie bajo las pancartas bamboleantes, con una camisa a rayas y botones amarillos, que atrae a las multitudes como si fuera un imán.

—Verán, la verdad es que me metí en un par de líos en el centro de trabajo y el tribunal decidió que soy un psicópata. ¿Y cómo voy a discutir con un tribunal? Desde luego, pueden apostar lo que quieran a que no lo haré. Con tal de que me saquen de los puñeteros campos de

guisantes estoy dispuesto a ser cualquier cosa que se les meta en la cabecita, psicópata, perro furioso u hombre lobo, porque, francamente, no tengo ningún interés en volver a ver un azadón hasta que me muera. Ahora van y me dicen que un psicópata es un tipo que pelea demasiado y jode demasiado, pero no lo veo muy claro, ¿qué opinan ustedes? Quiero decir que ¿cuándo es «demasiado»? Hola, amigo, ¿cómo te llamas? Yo me llamo McMurphy y ahora mismo te apuesto dos dólares a que no eres capaz de decirme cuántas señales hay en esa mano de pinnacle, *no* mires. Dos dólares, ¿hace? ¡Maldita sea, Sam! ¿No puedes esperar dos minutos para meterme ese maldito termómetro?

El nuevo se detuvo a mirar a su alrededor un minuto, para captar el ambiente de la sala de estar.

A un lado de la sala están los pacientes más jóvenes, llamados Agudos porque los médicos suponen que aún están lo suficientemente enfermos como para poder hacer algo con ellos; practican pulsos y juegos de manos en los que se trata de sumar y restar y contar tantas cartas y se adivina la carta escogida. Billy Bibbit intenta aprender a liar cigarrillos perfectos y Martini va dando vueltas y descubre cosas debajo de las sillas y de las mesas. Los Agudos se mueven mucho. Se cuentan chistes y hacen muecas tapándose la boca (nadie se atreve a actuar espontáneamente y soltar una carcajada, de inmediato aparecería todo el personal con libritos de notas y un montón de preguntas) y escriben cartas con lápices amarillos, gastados y mordidos.

Se espían unos a otros. A veces uno dice algo personal que no tenía intención de revelar y alguno de sus compañeros de mesa bosteza y se levanta y se desliza hasta el gran cuaderno de bitácora junto a la Casilla de las Enfermeras y escribe lo que acaba de oír; la Gran Enfermera dice que ese cuaderno es de interés terapéutico para toda la galería, pero yo sé que lo único que ella desea es obtener información suficiente para mandar a alguno de los chicos al Edificio Principal, para que lo recompongan, lo examinen de arriba abajo y resuelvan la cuestión.

A los tipos que anotan algún dato en el cuaderno de bitácora se les señala en la lista con una estrella y pueden acostarse tarde al día siguiente.

Al otro lado de la sala, frente a los Agudos, se encuentran los desechos del Establecimiento, los Crónicos. Éstos no están en el

hospital para que los recompongan, sino simplemente para evitar que corran por las calles y desprestigien el producto. Los Crónicos no saldrán nunca de aquí, así lo admite el personal. Los Crónicos se subdividen en Ambulantes que, como yo, aún pueden andar solos si se les alimenta, en Rodantes y en Vegetales. En realidad, los Crónicos —o la mayoría de nosotros— son máquinas con fallos sin reparación posible, fallos de origen, o fallos que han ido formándose a lo largo de tantos años de darse con la cabeza contra obstáculos impenetrables hasta que cuando el hospital da con el tipo en cuestión éste sólo es un montón de chatarra abandonada en un erial.

Para algunos de nosotros, los Crónicos fueron víctimas, años atrás, de un par de errores del personal, algunos entraron como Agudos y fueron transformados. Ellis es un Crónico que entró siendo Agudo y quedó muy malparado cuando lo sobrecargaron, en esa cochina sala de destruir cerebros que los negros llaman el «Cuarto de Chocs». Ahora lo tienen clavado en la pared tal como le retiraron de la mesa la última vez, en la misma posición, con los brazos extendidos, las palmas entreabiertas, la misma expresión horrorizada en su rostro. Lo tienen así, clavado en la pared, como un animal disecado. Le quitan los clavos a la hora de comer o para acostarlo o cuando quieren que se aparte para que yo pueda fregar el charco que hay a sus pies. Antes estuvo tanto tiempo en el mismo lugar que los orines corroyeron el suelo y las vigas bajo sus pies y constantemente se estaba cayendo a la galería de abajo, cosa que, a la hora de pasar lista, les creaba todo tipo de problemas.

Ruckly es otro Crónico que ingresó hace algunos años como Agudo, pero le sobrecargaron de otra forma: se equivocaron en una de las conexiones. Había armado un gran jaleo en la sala, dándoles puntapiés a los negros y mordiendo las piernas de las enfermeras internas, conque se lo llevaron para hacerle una cura. Lo ataron a esa mesa y lo último que supimos de él durante cierto tiempo fue que lo tenían ahí atado, hasta que cerraron la puerta; justo antes de que ésta se cerrara, hizo un guiño y les dijo a los negros que se retiraban: «Me las pagaréis, malditos monos.»

Y al cabo de dos semanas lo devolvieron a la galería, calvo, y con una grasienta mancha rojiza en la frente y dos clavijas del tamaño de un botón cosidas una sobre cada ojo. Se ve en sus ojos cómo le quemaron ahí dentro; tiene los ojos todos llenos de humo y grises y vacíos como

fusibles quemados. Ahora, se pasa todo el día sosteniendo frente a ese rostro quemado una vieja fotografía y le da vueltas y más vueltas entre sus fríos dedos, y de tanto manosearla, la fotografía se ha vuelto tan gris como sus ojos, por las dos caras, hasta el punto de que resulta imposible saber qué representaba.

Ahora el personal considera a Ruckly como uno de sus fracasos, pero yo no estoy seguro, pues tal vez esté mejor que si las conexiones hubiesen sido perfectas. Actualmente, sus conexiones suelen tener éxito. Los técnicos están mejor preparados y tienen más experiencia. Se acabaron los ojales en la frente, nada de cortes: ahora proceden directamente a través de las órbitas. A veces un tipo va a que le hagan una conexión, sale de la galería furioso y enloquecido y despotricando contra todo el mundo y al cabo de unas semanas regresa con los ojos morados como si hubiese tenido una riña, y se ha convertido en la persona más dulce, amable y complaciente que hayan visto en su vida. Incluso es posible que regrese a su casa en un par de meses, con un sombrero bien encasquetado sobre un rostro de sonámbulo que deambula por un simple y dulce sueño. Un éxito, dicen, pero para mí sólo es otro robot del Establecimiento y más le valdría ser un fracaso, como Ruckly, ahí sentado manoseando y escudriñando su fotografía. Nunca hace mucho más. A veces el negro raquíco logra espabilarlo un poco, cuando se le acerca y le pregunta: «Dime, Ruckly, ¿qué estará haciendo tu mujer esta noche en la ciudad?» Ruckly levanta la cabeza. La Memoria murmura algo en algún rincón de la máquina destrozada. Enrojece y sus venas se obstruyen en un extremo. Se le hincha la cara y su garganta apenas logra emitir un ligero silbido. Comienzan a salirle burbujas por las comisuras de la boca, tan grande es el esfuerzo que hace para mover la mandíbula y decir algo. Cuando por fin consigue emitir algunas palabras, le sale un bajo murmullo ahogado que pone los pelos de punta: «¡Joder la mujer! ¡Joder la mujer!», y se desvanece allí mismo a causa del esfuerzo.

Ellis y Ruckly son los más jóvenes de los Crónicos. El más viejo es el Coronel Matterson, un viejo y petrificado soldado de caballería que luchó en la primera gran guerra y que ha dado en levantar las faldas de las enfermeras con su bastón, o en vanagloriarse con su versión personal de algún hecho histórico, frente a cualquiera que esté dispuesto a escucharle. Es el más viejo de la galería, pero no es el que



lleva más tiempo aquí; su mujer lo trajo hace sólo un par de años, cuando llegó a un punto en que ya no estaba dispuesta a seguir cuidando de él.

Yo soy el que llevo más tiempo en la galería, desde la segunda guerra mundial. Llevo aquí más tiempo que nadie. Más que cualquier otro paciente. La Gran Enfermera estaba aquí antes que yo.

Los Crónicos y los Agudos no suelen mezclarse. Cada cual permanece en su parte de la sala de estar, como les gusta a los negros. Dicen que así todo está más ordenado y dan a entender a todo el mundo que les gustaría que así siguiera. Nos conducen a la sala de estar después del desayuno y observan cómo nos instalamos, y asienten: «Muy bien, caballeros, eso va bien. Y ahora no se muevan.»

En realidad, casi no necesitan decir nada porque, menos yo, los Crónicos apenas se mueven y los Agudos dicen que por nada del mundo se moverían de su sitio, y aducen razones como que el rincón de los Crónicos huele peor que un pañal sucio. Pero yo sé que lo que les mantiene apartados de los Crónicos no es tanto el olor como que no les gusta pensar que eso es lo que podría ocurrirles algún día *a ellos*. La Gran Enfermera conoce este temor y sabe aprovecharlo; siempre que algún Agudo se enfurruña le hace notar que hay que ser buenos chicos y cooperar con el personal cuyo propósito es curaros o acabaréis al otro lado.

(En la galería, todos están muy satisfechos con la cooperación de los pacientes. Tenemos una plaquita de bronce clavada sobre un trozo de madera de arce en la que hay escrito: UN APLAUSO A LA GALERÍA QUE HA LOGRADO OPERAR CON MENOR NÚMERO DE PERSONAL EN TODO EL HOSPITAL. Es un premio a la cooperación. Está colgado en la pared encima mismo del cuaderno de bitácora, a igual distancia de los Crónicos y de los Agudos.)

Este nuevo y peligroso Ingreso, McMurphy, sabe al instante que no es un Crónico. Después de observar un minuto la sala de estar, comprende que le toca situarse al lado de los Agudos y allí se dirige en el acto, sonriendo y estrechando la mano a todo el mundo. Advierto que al principio todos se sienten incómodos con su presencia, que les inquietan sus bromas y chistes y el descaro con que le chilla al muchacho negro que aún le persigue con un termómetro, y sobre todo esa franca risa sonora. Cuando ésta suena oscilan las agujas del cuadro

de mandos. Cada vez que se ríe los Agudos adoptan un aire asustado e inquieto, como niños de colegio que, cuando un chico revoltoso empieza a alborotar demasiado en ausencia del maestro temen que éste vuelva y se le ocurra castigar sin recreo a toda la clase. Se agitan y se estremecen, al mismo tiempo que las agujas del cuadro de mandos; advierto que McMurphy comprende que les está poniendo nerviosos, pero eso no le arredra.

—Caramba, qué grupo más lastimoso. A mí no me parecís demasiado locos, chicos.

Está intentando que se relajen, como el subastador que cuenta chistes para que el público se sienta a sus anchas antes de empezar a pujar.

—¿Quién cree ser el más loco de todos? ¿Quién es el peor lunático? ¿Quién organiza estas partidas de cartas? Es mi primer día aquí y me gustaría producirle una buena impresión al jefe, si es capaz de demostrarme que él es quien manda aquí. ¿Quién es el gran lunático de esta sala?

Se dirige claramente a Billy Bibbit. Se inclina y le mira tan fijamente que Billy se ve obligado a balbucear que todavía no es el gra-a-a-an lunático, pero que está en la li-i-i-i-ista.

McMurphy le tiende una gran manaza y Billy no tiene más remedio que estrecharla.

—Muy bien, amigo —le dice a Billy— me alegra que estés en la lista de grandes lunáticos, pero como tengo la intención de ponerme al frente de todo este tinglado, lo mejor será que hable con el primero de a bordo.

Mira a su alrededor, hacia el rincón donde algunos Agudos han interrumpido su partida de cartas, y, al verlos, se cubre una mano con la otra y hace crujir todos los nudillos.

—Veréis, amigos, mi intención es convertirme en una especie de rey del juego de esta galería, dirigir un pérfido juego de bacará. O sea que lo mejor será que me presentéis a vuestro jefe y decidiremos quién va a mandar aquí.

Nadie sabe con certeza si este hombre de ancho tórax con la cicatriz y la terrible sonrisa está haciendo comedia o si está lo bastante loco como para ser exactamente lo que parece, o ambas cosas a la vez,

pero a todos comienza a divertirles seguirle la corriente. Todos observan cómo apoya su gran manaza roja sobre el delgado brazo de Billy y esperan a ver qué dirá éste. Billy comprende que le toca romper el silencio, conque mira a su alrededor y señala a uno de los jugadores de pinacle:

—Harding —dice Billy— supongo que de-be-be-bes s-s-ser tú. Tú eres el p-p-presidente del Co-co-co-comité de Pacientes. Este ho-ho-hom-bre quiere hablar contigo.

Los Agudos comienzan a sonreír, ya no se sienten tan incómodos, y les complace que ocurra algo fuera de lo corriente. Todos se lanzan sobre Harding y le preguntan si él es el gran lunático. Harding deja las cartas sobre la mesa.

Es un hombre nervioso, con una cara que a veces hace pensar que uno le ha visto en una película, una cara demasiado bonita para un hombre de la calle. Tiene los hombros anchos y delgados y, cuando desea encerrarse en sí mismo, suele arquearlos en torno a su pecho. Tiene unas manos tan largas y blancas y finas que me dan la impresión de haberse modelado la una a la otra con jabón, y a veces se desprenden y revolotean frente a él como dos blancos pájaros hasta que se da cuenta y las aprisiona entre sus rodillas; le molesta poseer unas manos bonitas.

Es presidente del Comité de Pacientes a cuenta de un papel que dice que se graduó en la universidad. Lo tiene enmarcado sobre su mesita de noche junto al retrato de una mujer en traje de baño que también parece salida de una película; tiene unos pechos muy grandes y se los cubre sujetando con los dedos la parte de arriba del bañador, mientras mira de reojo a la cámara. Detrás de ella, puede verse a Harding sentado sobre una toalla, muy flacucho, en bañador, como si esperara que en cualquier momento un tipo más fuerte fuese a tirarle arena con el pie. Harding fanfarronea mucho de tener por esposa una mujer como ésa, dice que es la mujer más sensual del mundo y que le agotaba por las noches.

Cuando Billy le señala, Harding se echa hacia atrás en su silla y adopta un aire de importancia; habla mirando hacia el techo, sin prestar atención a Billy ni a McMurphy.

—¿El... caballero tiene una cita, señor Bibbit?

—¿Tiene una cita, señor McM-m-murphy? El señor Harding es un hombre ocupado y no recibe a nadie sin una ci-ci-cita.

—¿Este ocupado señor Harding es el gran lunático?

Mira a Billy de reojo y Billy mueve a toda prisa la cabeza en señal de asentimiento; le halaga estar llamando tanto la atención.

—Entonces dígame al Gran Lunático Harding que R. P. McMurphy desea verle y que en este hospital no hay lugar para los dos. Estoy acostumbrado a ser el jefe. Fui el mejor conductor de caballos en todas las desastradas operaciones madereras al Noroeste y el mejor tahúr desde Corea hasta aquí, incluso fui el mejor recolector de guisantes en esa granja de Pendleton y supongo que si tengo que ser un lunático también voy a ser uno de los mejores. Dígame a ese Harding que si no se enfrenta conmigo de hombre a hombre sólo es un bravucón y que más le vale largarse de esta ciudad antes de la puesta del sol.

Harding se recuesta aún más, se mete los pulgares en las solapas.

— Bibbit, dile a ese exaltado McMurphy que le veré este mediodía en el salón principal y que resolveremos definitivamente este asunto.

Harding intenta arrastrar las palabras como McMurphy; resulta gracioso con su voz chillona y temblorosa.

—También puede decirle, para que esté advertido, que he sido el gran lunático de esta galería durante dos años y que estoy más loco que nadie.

—Señor Bibbit, dígame a ese señor Harding que estoy tan loco que reconozco haber votado por Eisenhower.

— ¡Bibbit! ¡Dígame al señor McMurphy que estoy tan loco que voté por Eisenhower *dos veces!*

—Y ya puede contestarle al señor Harding —apoya las dos manos sobre la mesa y se inclina, al tiempo que baja el tono de voz— que estoy tan loco que pienso votar otra vez por Eisenhower el próximo *noviembre*.

—Me quito el sombrero —dice Harding, inclina la cabeza y le estrecha la mano a McMurphy. No me cabe la menor duda de que McMurphy ha ganado, pero no sé muy bien qué.

Todos los demás Agudos dejan lo que estaban haciendo y se acercan a ver qué clase de tipo es el recién llegado. Nunca había habido nadie como él en la galería. Le preguntan de dónde es y a qué se dedica en un tono que yo nunca les había visto emplear antes. Dice que es un hombre con vocación. Dice que era un simple vagabundo y maderero hasta que el Ejército lo reclutó y le mostró su verdadero camino; dice que al igual que otros aprendieron a hacer el mínimo esfuerzo o a escurrir el bulto, él aprendió a jugar al póquer. Desde entonces sentó cabeza y se dedicó a jugar a troche y moche. Dice que si le dejaran se limitaría a jugar al póquer y no se casaría y viviría donde y como le diera la gana.

—Pero ya saben cómo persigue la sociedad a las personas con vocación. Desde que descubrí mi vocación he cumplido condenas en tantas cárceles de pueblo que podría editar un folleto. Dicen que soy un matón habitual. Porque peleo de vez en cuando. Mierda. Cuando era un estúpido leñador y me metía en una riña no le daban tanta importancia; es *comprensible*, dicen, es un tipo que trabaja duro y tiene que desahogarse un poco, dicen. Pero cuando uno es un jugador, si saben que de vez en cuando se echa una partidita algo fuerte en la trastienda, basta que escupa con la boca torcida para que le motejen de criminal. Uuuy, ya empezaba a desequilibrarles el presupuesto tanto llevarme y traerme de chirona en chirona.

Menea la cabeza e hincha las mejillas.

—Pero eso sólo duró una temporada. Aprendí los trucos. A decir verdad, la condena que estaba cumpliendo en Pendleton era la primera en casi un año. Por eso me cogieron. Estaba desentrenado; aquel tipo pudo levantarse y correr a la policía antes de que yo lograra salir de la ciudad. Un personaje muy resistente...

Vuelve a reír y estrecha manos y se sienta a echarse un pulso cada vez que ese negro se le acerca demasiado con el termómetro, hasta que ha saludado a todos los del lado de los Agudos. Y cuando termina con los Agudos continúa directamente con los Crónicos, como si no hubiera ninguna diferencia. Imposible saber si realmente es tan cordial o si sigue alguna táctica de juego al intentar hacer amistad con tipos tan idos que muchos de ellos ni siquiera saben cómo se llaman.

Ahora le aparta a Ellis la mano de la pared y se la estrecha como si fuese un candidato a unas elecciones de algo y el voto de Ellis tuviera tanto valor como cualquier otro.

—Amigo —le dice a Ellis en tono solemne—, me llamo R. P. McMurphy y no me gusta ver a un hombre ya crecido chapoteando en su propia meada. ¿Por qué no vas a secarte?

Ellis mira muy sorprendido el charco que hay a sus pies.

—Claro, gracias —dice e incluso avanza un par de pasos en dirección al retrete hasta que los clavos tiran de él hacia la pared.

McMurphy avanza a lo largo de la hilera de Crónicos, estrecha la mano al Coronel Matterson y a Ruckly y al Viejo Pete. Saluda a los Rodantes y a los Ambulantes y a los Vegetales, estrecha manos que tiene que coger de los regazos como si fueran aves muertas, aves mecánicas, artilugios de diminutos huesecillos y alambre que se han desgastado y desprendido. Estrecha la mano a todo el mundo, excepto al Gran George, el maniático del agua, que hace una mueca y rehuye esa mano poco aséptica, de modo que McMurphy se limita a saludarle y, mientras se aleja, le dice a su propia mano derecha: —Mano, ¿cómo crees que ese tipo ha podido descubrir todo el mal que has hecho?

Nadie logra adivinar qué se propone o por qué arma tanto alboroto y saluda a todo el mundo, pero más vale eso que montar rompecabezas. Sigue repitiendo que es preciso moverse y conocer a la gente con quien tendrá que habérselas, forma parte de su tarea de jugador. Pero debe saber que no va a tener ninguna relación con un orgánico de ochenta años que lo único que podría hacer con una carta es ponérsela en la boca y masticarla un rato. Parece pasarlo bien, como si fuera uno de esos tipos que se divierten a costa de la gente.

Soy el último. Sigo atado a la silla en el rincón. Cuando llega a mi lado, McMurphy se detiene y vuelve a meterse los pulgares en los bolsillos y se echa hacia atrás con una carcajada, como si hubiera visto en mí algo más gracioso que en todos los demás. De pronto me asustó la idea de que su risa respondiera a que sabía que esa forma de sentarme, con los brazos en torno a las rodillas levantadas y con la mirada fija, como si no pudiera oír nada, era pura comedia.

—Eh —dijo—, mirad lo que tenemos aquí.

Recuerdo con toda claridad esta parte. Recuerdo cómo cerró un ojo y echó la cabeza hacia atrás y miró por encima de la cicatriz color vino que tenía en la nariz, mientras se reía de mí. Primero pensé que se reía porque resultaba divertido ver un rostro de indio y de negro y un untuoso pelo de indio en una persona como yo. Pensé que tal vez se reía de mi débil apariencia. Pero entonces recuerdo haber pensado que se reía porque mi comedia del sordomudo no había logrado engañarle ni un minuto; no importaba cuán astuta fuera la comedia, me había descubierto y se estaba riendo y guiñándome el ojo para hacérmelo saber.

—¿Y a ti qué te pasa, Gran Jefe? Pareces Toro Sentado en huelga de brazos caídos.

Miró hacia los Agudos para comprobar si se reían de su broma; cuando éstos se limitaron a soltar una risita tonta, volvió a mirarme y me hizo otro guiño.

—¿Cómo te llamas, Jefe?

Billy Bibbit habló desde el otro lado de la sala.

—Se lla-lla-llama Bromden. Jefe Bromden. Pero todos le llaman Jefe E-e-e-e-escoba, porque los ayudantes le hacen barrer casi todo el tiempo. N-n-no puede hacer gran cosa más, supongo. Es sordo. —Billy apoyó la barbilla sobre sus manos—. Si yo fu-fu-fu-era sordo —suspiró—, me mataría.

McMurphy seguía mirándome.

—Cuando se yergue debe ser bastante grande, ¿no? Me gustaría saber cuánto mide.

—Creo que alguien le mi-mi-mi-midió una vez y hacía más de do-o-o-os metros; pero aunque sea grande, tiene miedo de su pro-o-o-o-pia sombra. So-so-sólo es un gran indio so-o-o-or-do.

—Cuando le vi aquí pensé que parecía un indio. Pero Bromden no es un nombre indio. ¿De qué tribu es?

—No sé —dijo Billy—. Ya e-e-e-estaba aquí cu-cu-cuando vine.

—Según me informó el doctor —dijo Harding—, sólo es medio indio, de Columbia, creo. De una tribu del Desfiladero de Columbia, ya desaparecida. El doctor dijo que su padre era el jefe de la tribu, por eso le llaman «Jefe». En cuanto a lo de Bromden, me temo que mis conocimientos de las costumbres indias no lleguen a tanto.

McMurphy acercó su cabeza a la mía de tal forma que no tuve más remedio que mirarle.

— ¿Es cierto eso? ¿Eres sordo, Jefe?

—Es so-so-so-sordomudo.

McMurphy frunció los labios y estuvo mirándome largo rato a la cara. Después se irguió y me tendió la mano.

—Bueno, qué demonios, puede estrechar una mano, ¿no? Sordo o lo que sea. Venga Jefe, serás muy grande, pero si no me estrechas la mano lo tomaré como un insulto. Y no es buena cosa insultar al nuevo gran lunático del hospital.

Al decir esto miró en dirección a Harding y Billy e hizo una mueca, pero dejó tendida ante mí aquella mano, grande como un plato sopero.

Recuerdo con toda claridad el aspecto de esa mano: tenía manchas de carbón bajo las uñas, señal de su antiguo empleo en un garaje; tenía tatuada un ancla encima de los nudillos; en el del medio llevaba una tirita sucia que comenzaba a deshilacharse por los bordes. Los nudillos restantes estaban cubiertos de cortes y de cicatrices, antiguas y recientes. Recuerdo que, de tanto manejar los mangos de madera de hachas y de azadas, tenía la palma lisa y dura como un hueso, no era la mano que uno imaginaba repartiendo cartas. Tenía la palma callosa y las callosidades se habían resquebrajado y las hendiduras estaban llenas de mugre. Un mapa de los caminos recorridos en sus viajes por todo el Oeste. Esa palma sonó como un rasguido sobre mi mano. Recuerdo que los dedos se cerraron gruesos y fuertes sobre los míos y que la mano empezó a producirme una rara sensación y comenzó a hincharse en el extremo de ese palo que tengo por brazo, como si él estuviera transmitiendo su propia sangre. Zumbaba de sangre y vigor. Se hinchó hasta alcanzar el tamaño de la suya, recuerdo...

—Señor McMurry.

Es la Gran Enfermera.

—Señor McMurry, ¿puede venir, por favor?

Es la Gran Enfermera. El negro del termómetro ha ido a buscarla. Está ahí, de pie, golpeando su reloj de pulsera con el termómetro, y mira con ojos zumbones, mientras intenta atrapar al recién llegado. Sus



labios forman un triángulo, como los de una muñeca dispuestos para recibir un falso pezón.

—El ayudante Williams me dice que usted ha puesto dificultades a su ducha de ingreso, señor McMurry. ¿Es así? Por favor, no me interprete mal, me complace que haya procurado hacer amistad con los otros pacientes de la galería, pero cada cosa a su hora, señor McMurry. Lamento interrumpirles a usted y a Mr. Bromden, pero debe comprenderlo: *todos...* deben respetar las normas.

El echa la cabeza hacia atrás y hace una mueca que indica que ella no le engaña, como tampoco le engañé yo, que la ha visto venir. La mira un momento con un solo ojo.

—Sabe usted, señora —dice—, que eso es exactamente lo que me dicen en todas partes sobre las normas...

Muestra los dientes. Los dos se lanzan mutuas sonrisas, mientras miden sus fuerzas.

—... cuando imaginan que voy a hacer todo lo contrario.

Dicho lo cual me suelta la mano.

En la Casilla de cristal, la Gran Enfermera ha abierto un paquete con remitente extranjero y está aspirando con jeringas hipodérmicas el líquido verde lechoso que venía en las ampollas del paquete. Una de las enfermeras menores, una joven con un ojo bizco que siempre mira ansioso por encima de su hombro mientras el otro prosigue con sus funciones habituales, coge la bandejita con las jeringas llenas, pero aún no se las lleva.

— ¿Qué opina usted del nuevo paciente, señorita Ratched? Quiero decir, que es guapo y simpático y todo eso, pero en mi modesta opinión, desde luego *sabe* imponerse.

La Gran Enfermera prueba una aguja en la yema de su dedo.

—Me temo —clava la aguja en el tapón de goma de la ampolla y tira del émbolo—, que eso es exactamente lo que piensa hacer el nuevo paciente: imponerse. Es lo que solemos llamar un «manipulador», señorita Flinn, un hombre que se aprovecha de todo y de todos para sus propios fines.

—Oh. Pero. Bueno, ¿en un hospital psiquiátrico? ¿Con qué objeto?

—Cualquiera. —Está serena, sonriente, absorta en la tarea de cargar las jeringuillas—. Comodidad y una buena vida, por ejemplo; una sensación de poder y de respeto, tal vez; ventajas pecuniarias, a lo mejor todo al mismo tiempo. A veces lo único que se propone un manipulador es simplemente *desorganizar* la galería por el puro gusto de hacerlo. Existen personas así en nuestra sociedad. Un manipulador puede influir a los demás pacientes y perturbarlos hasta el punto de que tal vez se requieran meses para que todo vuelva a marchar bien. Con la filosofía permisiva que hoy en día prevalece en los hospitales mentales, les cuesta poco conseguir lo que se proponen. Años atrás todo era muy distinto. Recuerdo que hace unos años tuvimos en la galería a un tal señor Taber, un *intolerable* manipulador. Al principio.

Alza la vista de su trabajo, y ante su cara, sostiene una jeringa a medio llenar, como si fuese una varita mágica. Se le va la mirada, perdida en el agradable recuerdo.

—El sei-ñor Tay-lor —dice.

—Pero, oiga —dice la otra enfermera—, ¿qué interés puede tener alguien en desorganizar la galería, señorita Ratched? ¿Cuál podría ser realmente el motivo...?

Interrumpe a la pequeña enfermera y clava otra vez la aguja en el tapón de goma de la ampolla, llena la jeringa, la sacude y la coloca en la bandeja. Observo cómo tiende la mano para coger otra jeringa vacía, cómo apunta, planea sobre el blanco, cae.

—Señorita Flinn, parece olvidar que ésta es una institución para locos.

La Gran Enfermera tiene tendencia a alterarse mucho cuando algo impide que su equipo funcione como una máquina bien aceiteada, exacta, de precisión. Cualquier objeto desordenado o fuera de lugar o en medio del paso la convierte en un blanco hatillo de sardónica furia. Se pasea arriba y abajo con la misma sonrisa de muñeca, colgada entre la barbilla y la nariz, y con el mismo centellear sereno en los ojos, pero, en el fondo, tensa como el acero. Lo sé, lo noto. Y no se relaja un ápice hasta que consigue que, como ella dice, el estorbo se «somete al Orden».

Bajo su mando, el Interior de la galería está casi perfectamente sometido al Orden. Pero el caso es que ella no puede permanecer siempre en la galería. Algún rato tiene que salir al Exterior. Por ello también tiene puesto un ojo en el sometimiento del mundo Exterior. La colaboración con otras personas como ella a las que yo llamo el Tinglado, gran organización dedicada a someter el Exterior con la misma perfección con que ella ha sometido el Interior, la ha convertido en una auténtica veterana en el arte de someter las cosas. Cuando hace mucho tiempo, yo llegué del Exterior, ya era la Gran Enfermera del lugar y Dios sabe cuántos años llevaba dedicada a someter.

Y la he visto perfeccionarse más y más con los años. La práctica la ha templado y la ha fortalecido y ahora ejerce un firme poder, que se extiende en todas direcciones, a través de hilos finos como un cabello, invisibles a todas las miradas excepto la mía; la veo ahí sentada en el centro de su red de hilos como un vigilante robot, observo cómo controla su red con mecánica habilidad de insecto, cómo sabe a cada instante a dónde conduce cada hilo y qué voltaje debe aplicarle para obtener el resultado deseado. Fui ayudante de electricista en el campamento antes de que el Ejército me enviase a Alemania y estudié un poco de electrónica el año que estuve en el instituto, así aprendí cómo funcionan estas cosas.

Sus fantasías ahí en el centro de esos hilos la llevan a un mundo de precisión, de eficiencia y de orden semejante a un reloj de bolsillo con el dorso transparente; a un lugar donde sea imposible no respetar el horario y en el cual todos los pacientes que no están en el Exterior, obedientes bajo su fulgor, son Crónicos rodantes con catéteres que conectan directamente la pernera de cada pantalón con la cloaca que corre bajo el suelo. Año tras año ha ido acumulando su equipo ideal: médicos, de todo tipo y edad, han venido y se han enfrentado a ella con ideas propias sobre la manera de dirigir una galería, algunos con coraje suficiente para defender sus ideas, y ella ha fijado su mirada de hielo seco en esos médicos, un día y otro, hasta que han emprendido la retirada con escalofríos muy poco naturales. «La verdad es que no sé *qué* me pasa», le han dicho al encargado del personal. «Desde que empecé a trabajar en esa galería con esa mujer siento como si tuviera amoníaco en las venas. No paro de temblar, mis hijos no quieren sentarse en mis rodillas, mi mujer no quiere acostarse conmigo. *Exijo*

que me trasladen... al rincón de neurología, al depósito de borrachos, a pediatría, ¡tanto me da!»

Lleva años haciendo lo mismo. Los médicos duran tres semanas, tres meses. Hasta que por fin se ha quedado con un hombrecillo de ancha frente y de amplios pómulos salientes, y con una arruga entre los diminutos ojillos, como si en alguna ocasión hubiera usado unas gafas demasiado pequeñas, y durante tanto tiempo que le hundieron la cara en el medio; y, por ello, ahora lleva las gafas atadas con una cinta a un botón; las gafas se balancean sobre el puente rojizo de su naricilla y no paran de resbalar hacia uno u otro lado, de modo que mientras habla siempre está balanceando la cabeza para mantenerlas en equilibrio. Ése es su médico.

Los tres muchachos negros del servicio de día los adquirió al cabo de otros tantos años de probar y rechazar a miles. Se iban presentando ante ella en una larga fila negra de enfurruñadas máscaras chatas, llenos de odio hacia ella y su blancura de muñeca de yeso desde el primer vistazo. Ella ha sopesado a los muchachos y su odio durante un mes poco más o menos, luego los ha despedido porque no sentían el odio suficiente. Cuando por fin ha dado con los tres que deseaba —los ha conseguido de uno en uno, a lo largo de varios años, y los ha ido incorporando a su plan de acción y a su red— no le cabía la menor duda de que su odio era suficiente para que resultaran eficaces.

El primero lo ha obtenido cuando yo ya llevaba cinco años en la galería, un retorcido enano sinuoso color de alquitrán frío. Su madre fue violada en Georgia frente a los ojos de su padre al que habían atado a la estufa caliente con riendas de cuero, chorreando sangre en sus zapatos. El chico lo vio todo desde un armario, tenía cinco años y torcía el ojo para espiar por la rendija entre la puerta y el marco, después ya no creció ni una pulgada más. Ahora los párpados le cuelgan de la frente, finos y lacios, como si tuviera un murciélago posado en el puente de la nariz. Párpados como fino cuero gris, apenas los levanta un poco cuando entra un nuevo blanco en la galería, espía por debajo y examina al hombre de arriba abajo y hace un único gesto de asentimiento como si, oh claro, hubiera comprobado algo que ya sabía de todos modos. Cuando empezó a trabajar quería traerse un calcetín lleno de perdigones para poner a raya a los pacientes, pero ella le dijo que ya no se hacía así, le hizo dejar la porra en casa y le enseñó su

propia técnica, le enseñó a no dejar ver su odio y a conservar la calma y esperar, esperar una pequeña ventaja, una pequeña vacilación, y entonces apretar la cuerda y no aflojar. Nunca. Así se les pone a raya, le enseñó.

Los otros dos negros llegaron dos años después, entraron a trabajar con sólo un mes de diferencia, aproximadamente, y los dos se parecen tanto que pienso que ella mandó hacer una copia del primero que vino. Son altos y angulosos y huesudos y tienen esculpida en las caras semejantes puntas de flecha de piedra, una expresión que no cambia nunca. Sus ojos se contraen en una mirada perversa. Si uno roza su cabello le raspa la piel como una lija.

Los tres son negros como teléfonos. Cuanto más negros, así lo descubrió ella a base de observar a la larga fila negra que les precedió, cuanto más negros más tiempo suelen dedicar a limpiar y fregar y poner orden en la galería. Por ejemplo, los tres chicos llevan siempre el uniforme immaculado como la nieve. Tan blanco y frío y tieso como el de ella.

Los tres llevan níveos pantalones almidonados y camisas blancas con broches de metal en un costado y zapatos blancos relucientes como el hielo y los zapatos tienen suelas de caucho rojo que recorren el pasillo silenciosas como ratones. Nunca hacen el menor ruido al moverse. Aparecen en distintos lugares de la galería cada vez que un paciente cree poder burlar la vigilancia para estar a solas o para susurrar un secreto a otro. Un paciente está solo en un rincón y de pronto se oye un chillido y siente que se le hiela la mejilla y se vuelve hacia ese lado y ahí ve una fría máscara de piedra que flota sobre su cabeza junto a la pared. Sólo ve la cara negra. Sin cuerpo. Las paredes son blancas como los trajes blancos, limpias y relucientes como las puertas de una nevera, y la cara y las manos negras parecen flotar frente a ellas como espectros.

Años de aprendizaje y los tres muchachos negros sintonizan cada vez mejor con la onda de la Gran Enfermera. Uno a uno van desconectando los hilos directos y aprendiendo a operar a través de ondas. Ella nunca da órdenes en voz alta ni deja instrucciones escritas que podrían ser halladas por una esposa o una profesora durante una visita. Ya no necesita hacerlo. Están en contacto a través de una onda

de odio de gran voltaje y los negros corren a ejecutar sus órdenes aun antes de que a ella se le hayan ocurrido.

Y cuando la enfermera ha reunido su equipo, la eficiencia cae sobre la galería como un reloj de vigilante. Todo lo que los muchachos piensan y dicen y hacen es planeado con meses de antelación, en base a las pequeñas anotaciones que la enfermera hace durante el día. Estas notas las mecanografían y las introducen en la máquina que oigo zumbar detrás de la puerta de acero, al fondo de la Casilla de las Enfermeras. De la máquina sale una serie de Tarjetas de Instrucciones, perforadas según un esquema de pequeños agujeritos cuadrados. Al empezar cada nuevo día se introduce la tarjeta correspondiente a la fecha en una ranura de la puerta de acero y las paredes se ponen a zumbar: a las seis treinta se encienden las luces del dormitorio; los Agudos saltan de la cama tan deprisa como pueden azuzarlos los negros, que los ponen a trabajar, a lustrar el suelo, a vaciar ceniceros, a pulir las rayas de la pared ahí donde un compañero el día anterior se desplomó en un terrible estremecimiento de humo y olor de goma quemada al saltarle sus fusibles. Los Rodantes dejan caer sus muertas piernas de palo y se quedan allí sentados, como estatuas, en espera de que alguien les acerque una silla de ruedas. Los Vegetales se mean en la cama y conectan una descarga eléctrica y un zumbador, que les hace rodar sobre las baldosas hasta el lugar donde los negros pueden darles un manguerazo y enfundarlos en un uniforme limpio...

A las seis cuarenta y cinco zumban las máquinas de afeitar y los Agudos se alinean en orden alfabético frente a los espejos, A, B, C, D... Los Crónicos ambulantes como yo entran cuando han terminado los Agudos, luego empujan las sillas de ruedas de los Rodantes. Los tres viejos han salido con una capa de moho amarillento sobre la piel colgante de sus barbillas, y son afeitados en sus tumbonas en la sala de estar, con una correa de cuero en la frente para evitar que se agiten bajo la máquina de afeitar.

Algunas mañanas —en particular, los lunes— me escondo e intento hacerle un quite al horario. Otras mañanas considero más perspicaz ocupar en seguida mi lugar entre la A y la C y marcar el paso como todos los demás, sin levantar los pies —en el suelo hay potentes magnetos que mueven al personal por la galería como muñecos de feria...

A las siete se abre el comedor y se invierte el orden de sucesión: primero los Rodantes, luego los Ambulantes, luego los Agudos, cogen bandejas, platos de cereal, huevos con tocino, tostadas —y esta mañana un melocotón de lata sobre una arrugada y verde hoja de lechuga—. Algunos Agudos les llevan bandejas a los Rodantes. La mayor parte de los Rodantes sólo son Crónicos de piernas débiles, y comen solos, pero hay tres que no pueden moverse en absoluto del cuello para abajo, y muy poco del cuello para arriba. Los llaman Vegetales. Los negros los entran cuando todo el mundo está sentado, colocan sus sillas de ruedas junto a la pared y les traen idénticas fuentes de comida pastosa con pequeñas tarjetitas blancas con las instrucciones dietéticas. Puré Mecánico dicen las instrucciones dietéticas de estos tres desdentados: huevos, jamón, tostadas, tocino, todo molido treinta y dos veces para cada uno en la máquina de acero inoxidable que hay en la cocina. La veo fruncir unos labios partidos, como si fuera el tubo de una aspiradora, y escupir en un plato, con un ruido de establo, un grumo de jamón triturado.

Los negros van llenando las bocas chuponas y rosadas de los Vegetales algo más deprisa de lo que pueden tragar y el Puré Mecánico les chorrea por las diminutas barbillas y cae sobre el uniforme. Los negros insultan a los Vegetales y les abren más la boca con un brusco vaivén de la cuchara, como si estuvieran vaciando una manzana podrida.

—Este asqueroso «pástico», se me está deshaciendo entre las manos. Ya no sé si le estoy dando puré de jamón o pedazos de su propia lengua...

A las siete treinta de vuelta a la sala de estar. La Gran Enfermera otea a través de su cristal especial, siempre bruñido hasta que no se nota que está ahí, hace señales de asentimiento ante lo que va viendo, y extiende la mano y arranca una hoja de su calendario, un día menos para llegar a la meta. Aprieta un botón para que todo empiece. Oigo el rumor de una gran lámina de latón que alguien sacude en algún lugar. Todo en orden. Agudos: siéntense a su lado de la sala de estar y esperen que traigan las cartas y los juegos de Monopoly. Crónicos: siéntense a su lado y esperen que traigan los rompecabezas de la Cruz Roja. Ellis: a su lugar junto a la pared, levante los brazos para que le pongan los clavos y deje correr el pipí por la pierna. Pete: menea la cabeza como

un monigote. Scanlon: mueva las nudosas manos sobre la mesa, construya una bomba imaginaria para hacer volar un mundo imaginario. Harding: comience a hablar, agite sus manos de paloma en el aire y escóndalas luego bajo las axilas, porque las personas mayores no deben agitar de ese modo sus lindas manos. Sefelt: comience a lamentarse de su dolor de muelas y del pelo que se le cae. Todos: inspiren... expiren... en perfecto orden; todos los corazones a latir al ritmo que indican las Tarjetas de Instrucciones. Sonido de cilindros ajustados.

Como en un mundo de dibujos animados, con personajes planos de contornos negros, dando tumbos en una especie de historieta que podría ser francamente divertida si los personajes no fuesen hombres de verdad...

A las siete cuarenta y cinco los negros avanzan a lo largo de la hilera de Crónicos y van colocando catéteres a los que se los dejan poner sin moverse. Los catéteres son preservativos de segunda mano a los que se les ha cortado la punta para unirlos con esparadrapo a unos tubos que bajan por la pernera del pantalón hasta una bolsa de plástico con la etiqueta DESECHABLE, NO VOLVER A USAR, que a mí me toca lavar al concluir cada día. Los negros fijan el preservativo con esparadrapo que se adhiere a los pelos; los Crónicos de Catéter se han quedado lampiños como recién nacidos de tanto arrancarles el esparadrapo...

A las ocho las parece chirrían y zumban a todo volumen. El altavoz del techo dice, «Medicamentos», con la voz de la Gran Enfermera. Miramos a la casilla de cristal donde está sentada, pero no está junto al micrófono ni mucho menos; de hecho, está a más de un metro de aquél y adoctrina a una de las enfermeras menores sobre la manera de arreglar una bandeja presentable con todas las píldoras en orden. Los Agudos forman una fila junto a la puerta de cristal, A, B, C, D, luego los Crónicos, luego los Rodantes (los Vegetales reciben su pastilla más tarde, mezclada con una cucharada de puré de manzanas). Los muchachos van desfilando y reciben una cápsula y un vaso de papel —ponerse la cápsula en el fondo de la garganta y que la pequeña enfermera les llene el vaso de agua y tragar la cápsula—. Muy de vez en cuando algún tonto pregunta por qué tiene que tragar.



—Un momentito, preciosa; ¿qué son esas dos cápsulas rojas que me han dado con la vitamina?

Lo conozco. Es un gran Agudo quejoso que ya empieza a tener fama de impertinente.

—Una medicina, señor Taber, le hará bien. Venga, tráguesela.

—Pero, qué *clase* de medicina. Cielo santo, ya creo que son pastillas...

—Trágueselas, quiere, señor Taber... Hágalo por mí.

Mira a hurtadillas a la Gran Enfermera para comprobar qué acogida merece su técnica de seducción, luego vuelve a mirar al Agudo. Aún no está dispuesto a tragarse algo que no sabe qué es, ni siquiera por ella.

—Señorita, no me gusta crear problemas. Pero tampoco me gusta tragar algo sin saber qué es. ¿Cómo puedo estar seguro de que no son esas pastillas raras que me convierten en lo que no soy?

—No se altere, señor Taber...

—¿Alterarme? Todo lo que quiero saber, por el amor de Dios...

Pero la Gran Enfermera se ha aproximado sin ruido, le ha puesto la mano en el brazo y se lo aprieta, paralizándolo hasta el hombro.

—No se preocupe, señorita Flinn —dice—. Si el señor Taber quiere portarse como un niño, tendremos que tratarle como tal. Hemos procurado ser amables y considerados con él. Es evidente que no es ésa la solución. Hostilidad, hostilidad, es todo lo que recibimos a cambio. Puede irse, señor Taber, si no desea tomar sus medicamentos por vía oral.

—Todo lo que yo quería saber, por el...

—Puede irse.

Se marcha, refunfuñando, en cuanto ella le suelta el brazo, y se pasa la mañana en el retrete, preguntándose qué debían ser esas cápsulas. Una vez logré esconder una de esas mismas cápsulas rojas bajo la lengua, hice ver que me la tragaba y después la abrí en el armario de las escobas. Por un instante, antes de que todo se convirtiera en polvillo blanco, logré ver que contenía un elemento electrónico en miniatura, como los que ayudé a manipular en el Cuerpo de Radar del Ejército, alambres microscópicos y abrazaderas y transistores, éste

había sido diseñado de forma que se disolviese al entrar en contacto con el aire...

A las ocho veinte aparecen las cartas y los rompecabezas...

A las ocho veinticinco uno de los Agudos comenta que solía mirar cómo se bañaba su hermana; los tres que están sentados en la misma mesa que él se atropellan para ver quién llega primero y lo escribe en el cuaderno de bitácora...

A las ocho treinta se abre la puerta de la galería y entran trotando dos técnicos que huelen a vino tinto; los técnicos siempre se mueven a paso ligero o al trote porque siempre caminan muy inclinados hacia delante y tienen que moverse deprisa para no caer. Siempre van inclinados y siempre huelen como si hubiesen esterilizado con vino sus instrumentos. Cierran la puerta del laboratorio tras sí y yo me acerco veloz y consigo discernir voces por encima del horrible zzzt-zzzt-zzzt del acero sobre la piedra de amolar.

—¿Qué pasa a una hora tan intempestiva de la mañana?

—Tenemos que instalarle un Supresor de Curiosidad Incorporado a un metomentodo. Un trabajo de emergencia, ha dicho ella, y ni siquiera sé si tenemos algún aparato en el almacén.

—Tendremos que llamar a IBM y que nos traigan uno a toda prisa; voy a consultar con Suministros...

—Eh; de paso tráete una botella de ese pura cepa: he llegado al punto de que no puedo instalar ni el componente más sencillo sin un poco de tonificante. Bueno, qué más da, es mejor que trabajar en un garaje...

Las voces suenan forzadas y las respuestas son demasiado rápidas para que puedan corresponder a una conversación real; más bien parece un diálogo de dibujos animados. Sigo barriendo y me alejo antes de que me pillen escuchando detrás de la puerta.

Los dos negros altos descubren a Taber en el retrete y se lo llevan a rastras al cuarto de los colchones. Recibe una buena patada en la espinilla. Grita como un condenado. Me sorprende lo indefenso que se le ve cuando ellos le sujetan, como si le tuvieran agarrado con cintas de hierro.

Le aprietan boca abajo contra el colchón. Uno se sienta sobre su cabeza y el otro le baja los pantalones por atrás y va rasgando la tela

hasta que el trasero de Taber, de color melocotón, aparece enmarcado en jirones color verde lechuga. Sigue ahogando maldiciones en el colchón mientras el negro que se ha sentado sobre su cabeza dice, «Tranquilo, señor Taber, tranquilo...». La enfermera se acerca por el pasillo mientras va untando con vaselina una gran aguja, cierra la puerta y desaparecen un segundo de mi vista, luego vuelve a salir en el acto y se va secando la aguja con un jirón de los pantalones de Taber. Ha dejado el frasco de vaselina en la habitación. Antes de que el negro tenga tiempo de cerrar la puerta tras ella veo que el que está sentado sobre la cabeza de Taber le frota con un Kleenex. Permanecen largo tiempo ahí dentro hasta que se vuelve a abrir la puerta y salen y se lo llevan por el pasillo hacia el laboratorio. Ahora le han quitado los pantalones y está envuelto en una sábana húmeda...

A las nueve jóvenes internos con coderas de cuero hablan cincuenta minutos con los Agudos de lo que hacían cuando eran pequeños. La Gran Enfermera desconfía del aspecto de estos internos y los cincuenta minutos que permanecen en la galería son duros para ella. Las máquinas comienzan a atascarse mientras ellos están ahí y ella toma notas con el ceño fruncido para comprobar luego los historiales de estos chicos en busca de infracciones de tráfico y cosas por el estilo... A las nueve cincuenta salen los internos y las máquinas vuelven a funcionar como una seda. La enfermera observa la sala de estar desde su caja de cristal; el panorama ante sus ojos vuelve a adquirir la claridad acerada, el nítido movimiento ordenado de un dibujo animado.

Sacan a Taber del laboratorio en una camilla. —Tuvimos que ponerle otra inyección cuando empezó a recuperar el sentido durante la punción —le dice el técnico—. ¿Qué le parece si lo llevamos directamente al Edificio Número Uno y de paso le aplicamos un electrochoc y así aprovechamos ese Seconal adicional?

—Creo que es una excelente sugerencia. Y después podrían llevarlo a electroencefalogramas y que se le examine la cabeza, es posible que necesite una intervención cerebral.

Los técnicos salen al trote, detrás de la camilla con el hombre, como personajes de dibujos; o como marionetas, marionetas mecánicas de uno de esos espectáculos en que se supone que resulta divertido contemplar cómo el Demonio le da una paliza a la marioneta y después se la traga un cocodrilo sonriente...

A las diez llega el correo. A veces a uno le dan un sobre rasgado...

A las diez treinta entra el de Relaciones Públicas seguido de un club de señoras. Da una palmada con sus manos regordetas al llegar a la puerta de la sala de estar.

—Oh, hola, chicos; silencio, silencio... Fíjense ustedes; ¿verdad que está limpio y brillante? Aquí la señorita Ratched. He escogido esta galería por ser la *suya*. Señoras mías, ella es como una madre. No me refiero a la edad, ustedes comprenden...

El de Relaciones Públicas lleva el cuello de la camisa tan apretado que cuando se ríe la cara se le hincha; y casi no deja de reír, ni siquiera sé de qué, se ríe fuerte y deprisa como si quisiera parar pero no pudiera. Y su cara hinchada, roja y redonda, parece un globo con una cara pintada. No tiene vello en el rostro y casi ni un pelo en la cabeza; parece que una vez se pegó unos cuantos con cola pero constantemente se le estaban cayendo y se le metían por los puños y en el bolsillo de la camisa y por el cuello. Tal vez por eso lleve el cuello de la camisa tan apretado, para que no le entren trozos de pelo.

Tal vez por eso se ríe tanto, porque no consigue impedir que le entre algún trocito.

Acompaña a las visitas: mujeres serias con chaquetas deportivas que, mientras va comentando cómo han mejorado las cosas en los últimos años le miran en señal de asentimiento. Les señala el televisor, las grandes sillas de cuero, las fuentes automáticas para poder beber; después todos van a tomar café a la Casilla de las Enfermeras. A veces viene por su cuenta y se limita a situarse en el centro de la sala de estar y a golpear las manos (se oye que están mojadas), da dos o tres palmadas hasta que se le pegan las manos, después las mantiene unidas bajo la barbilla, como si rezara y comienza a dar vueltas. Gira y gira ahí en medio y va lanzando frenéticas miradas al televisor, a los cuadros de las paredes, a la fuente. Y se ríe.

Nunca nos da a entender qué le divierte tanto en lo que ve y yo lo único que encuentro gracioso es su figura dando vueltas alrededor como un muñeco de goma... tiene un peso en la base y, si uno lo empuja en seguida se pone tieso otra vez y sigue girando. Nunca, nunca mira a los hombres a la cara...

A las diez cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta, los pacientes van desfilando hacia sus citas en las distintas salas de tratamiento o hacia unos curiosos cuartitos que nunca tienen las paredes iguales ni el suelo plano. Las máquinas que rugen alrededor alcanzan velocidad de crucero.

La galería zumba como oí zumbiar una vez una fábrica de algodón cuando nuestro equipo de rugby jugó contra un instituto de California. Un año, después de una buena temporada, los hinchas de la ciudad se entusiasmaron tanto que nos pagaron un viaje en avión a California para que jugásemos un campeonato escolar que se celebraba allí. Cuando aterrizamos en la ciudad nos llevaron a visitar algunas industrias locales. Nuestro entrenador se las pintaba solo para convencer a la gente de que el atletismo era educativo por lo que se aprendía con los viajes y cada vez que íbamos a alguna parte conducía al equipo en tropel a visitar lecherías y cultivos de remolacha y fábricas de conservas, antes del partido. En California fuimos a la fábrica de algodón. Cuando llegamos a la fábrica, la mayor parte del equipo echó un vistazo y se fue otra vez al autobús a jugar una partida de póquer sobre las maletas, pero yo me quedé dentro, en un rincón, procurando no molestar a las jóvenes negras que se movían arriba y abajo entre las hileras de máquinas. La fábrica me hizo caer en una especie de sueño, con todos aquellos zumbidos y chasquidos y rumores de gente y máquinas, que se agitaban al compás. Por eso me quedé cuando los otros salieron, por eso y porque me recordaban un poco a los hombres de la tribu que se habían marchado del poblado en los últimos tiempos para trabajar en la hormigonera de la presa. El frenético movimiento, los rostros hipnotizados por la rutina... deseaba volver junto a los demás, pero no podía.

Era una mañana de principios de invierno y todavía llevaba la chaqueta que nos habían dado cuando ganamos el campeonato —una chaqueta roja y verde con mangas de cuero y un emblema en forma de pelota de rugby cosido en la espalda en el que podía leerse lo que habíamos ganado— y atraía las miradas de muchas negras. Me la quité, pero seguían mirándome. En aquel entonces era mucho más alto.

Una de las chicas dejó su máquina y miró a uno y otro extremo de la nave para comprobar si el encargado andaba por allí, luego se acercó hasta donde yo estaba. Me preguntó si íbamos a jugar contra el instituto

aquella noche y me dijo que tenía un hermano que jugaba de defensa. Hablamos un poco de rugby y cosas por el estilo y advertí que su rostro se veía borroso, como si una bruma se interpusiera entre ella y yo. Era el polvillo de algodón que flotaba en el aire.

Le comenté lo del polvillo. Entornó los ojos y bajó la boca para reírse tapándola con una mano cuando le dije que era como si le estuviera viendo la cara entre la niebla matutina que inunda las cañadas donde se va a cazar patos. Y ella dijo: —¿Y por qué diablos me ibas a llevar a cazar patos?—. Le dije que podría ocuparse de mi escopeta y todas las chicas se echaron a reír a hurtadillas. Yo también me reí un poco, complacido por mi agudeza. Seguimos hablando y riendo, cuando de pronto me agarró las muñecas y se aferró a mí. Las facciones de su rostro se dibujaban claramente; advertí que algo la aterraba.

—Llévame —me dijo en un susurro—, llévame contigo, muchachote. Sácame de esta fábrica, de esta ciudad, de esta vida. Llévame a cazar patos a alguna parte. A *otra* parte. ¿Eh, muchachote, eh?

Su oscuro y lindo rostro brillaba frente a mí. Me quedé parado, con la boca abierta, intentando encontrar una respuesta. Es posible que estuviéramos un par de segundos agarrados así; luego el sonido de la fábrica aumentó de tono y algo comenzó a apartarla de mí. En algún lugar había una cuerda que yo no veía que había enganchado su roja falda floreada y la arrastraba y la alejaba de mí. Sus uñas me arañaron las manos y, en cuanto dejó de tocarme, su rostro volvió a aparecer desenfocado, las facciones se ablandaron y comenzaron a diluirse como chocolate fundido tras esa bruma de algodón. Se rió, rió y me dejó ver la pierna al agitar la falda. Me guiñó el ojo por encima del hombro y volvió a su máquina donde una pila de fibras comenzaba a desbordar la mesa y a caer al suelo; la recogió y corrió con paso ligero al otro extremo de la nave para depositar la fibra en un gran recipiente; se perdió de vista tras una esquina.

Todo ese rodar y girar de los husos y el vaivén de las lanzaderas y las bobinas que retorcían las cuerdas en el aire, las paredes encaladas y las máquinas de un gris acerado y las chicas que corrían arriba y abajo con sus faldas floreadas y todo el lugar surcado de blancas líneas flotantes que conectaban todos los puntos de la fábrica, todo se me

quedó grabado y de vez en cuando algo de la galería me lo trae a la memoria.

Sí. Esto es lo que sé. La galería es una fábrica del Tinglado. Su función es rectificar los errores que se han cometido en los barrios y en las escuelas y en las iglesias, eso es el hospital. Cuando un producto terminado vuelve a nuestra sociedad, perfectamente reparado como si fuera nuevo, a veces *mejor* que nuevo, el corazón de la Gran Enfermera se llena de alegría; algo que llegó desajustado del todo ahora funciona, es una pieza bien adaptada, un orgullo para todo el equipo y una maravilla que despierta admiración. Miradle cómo cruza el terreno con una sonrisa soldada, cómo se adapta a un simpático vecindario donde comienzan a cavar las zanjas para colocar las conducciones de agua potable. Está contento. Por fin se ha adaptado al ambiente...

—Bueno, nunca he visto nada parecido a la transformación de Maxwell Taber desde que volvió del hospital; los ojos algo morados, un poco más delgado y, nadie lo diría, es un *hombre nuevo*. Dios mío, lo que puede hacer la ciencia moderna...

Y cada noche la luz de la ventana de su sótano permanece encendida hasta mucho después de medianoche mientras los Elementos de Reacción Retardada que le instalaron los técnicos prestan una artificiosa habilidad a sus dedos y él se inclina sobre la figura adormecida de su esposa, sobre sus hijas que acaban de cumplir los cuatro y los seis, sobre el vecino con quien va a jugar a los bolos todos los lunes; los adaptan como le adaptaron a él. Así operan ellos.

Cuando por fin, transcurrido un número predeterminado de años, deja de funcionar, la gente del lugar le adora y el periódico publica un retrato suyo con los Boy Scouts el año pasado en el Día de los Cementerios, y su esposa recibe una carta del director del colegio en que le dice que Maxwell Wilson Taber fue un magnífico ejemplo para la juventud de nuestra estupenda comunidad.

Hasta los embalsamadores, que suelen ser un par de terribles tacaños, se enternecen.

—Fíjate, el pobre Max Taber, era un buen tipo. Qué te parece si usamos el producto especial sin hacerle ningún recargo a su mujer. No, por una vez, pagará la casa.

Un Alta lograda como ésta es un producto que llena de alegría el corazón de la Gran Enfermera y dice mucho en favor de su habilidad y la de toda la industria en general. Un Alta es algo que satisface a todo el mundo.

Pero los Ingresos son otra cosa. Incluso el Ingreso más disciplinado requiere de modo inevitable algún trabajo de adaptación a la rutina y, además, nunca se sabe con certeza cuándo puede aparecer *aquél* que sea lo bastante independiente como para enredarlo todo, armar un verdadero zipizape y poner en peligro todo el buen funcionamiento del equipo. Y, como he dicho, la Gran Enfermera se altera francamente si cualquier cosa impide el buen funcionamiento de su equipo.

Antes de mediodía le dan otra vez a la máquina de hacer niebla, pero no la ponen a toda marcha; no es tan densa, por lo que, si me empeño de verdad, puedo ver. Un día de éstos dejaré de esforzarme y me abandonaré por completo, me hundiré en la niebla como han hecho otros Crónicos, pero de momento me interesa este recién llegado: quiero saber cómo reaccionará ante la Reunión de Grupo que se avecina.

A la una menos diez, la niebla se ha disipado por completo y los negros les están diciendo a los Agudos que despejen la sala para la reunión. Retiran todas las mesas de estar y las llevan a la sala de baños, en el otro extremo del pasillo; así tenemos una pista, dice McMurphy, como si fuéramos a celebrar un pequeño baile.

La Gran Enfermera lo observa todo desde su ventana. Lleva sus buenas tres horas sin moverse de su puesto frente a esa ventana, ni siquiera ha salido a comer. Retiran todas las mesas de la sala de estar y, a la una en punto, el doctor sale de su oficina, al fondo del pasillo, saluda con la cabeza a la enfermera al pasar junto a la ventana donde ésta se halla apostada y se sienta en su silla, justo a la izquierda de la puerta. Después toman asiento los pacientes, luego entran las enfermeras auxiliares y los internos. Cuando todo el mundo está instalado, la Gran Enfermera se aparta de su ventana, se dirige a la parte posterior de la Casilla de las Enfermeras, al panel lleno de indicadores y botones y conecta una especie de piloto automático que cuidará de todo durante su ausencia y pasa a la sala de estar, con el



cuaderno de bitácora y el cesto lleno de papeles en la mano. Aunque ya lleva aquí media jornada, su uniforme sigue almidonado y tieso y no se le marca ni una curva; los pliegues crujen ásperamente con un chasquido que hace pensar en una lona helada al doblarla.

Se sienta justo a la derecha de la puerta.

En cuanto está sentada, el Viejo Pete Bancini se levanta de un salto y comienza a menear la cabeza y a murmurar:

—Estoy cansado. Huy. Dios mío. Oh, estoy *terriblemente* cansado... —como suele hacer siempre que en la galería hay un recién llegado que tal vez esté dispuesto a escucharle.

La Gran Enfermera no mira a Pete. Está repasando los papeles que lleva en el cesto.

—Que alguien se siente junto al señor Bancini —dice—. Tranquilícenlo para que podamos comenzar la reunión.

Lo hace Billy Bibbit. Pete se ha vuelto hacia McMurphy y va girando la cabeza de un lado a otro como si fuese la señal indicadora de un paso a nivel. Trabajó treinta años en los ferrocarriles; ahora está completamente destrozado pero sus recuerdos aún siguen vivos.

—Ca-a-ansado —dice, mientras agita la cabeza en dirección a McMurphy.

—Tranquilo, Pete —dice Billy, y le pone una mano pecosa sobre la rodilla.

—... Terriblemente cansado...

—Lo sé, Pete —palmea la huesuda rodilla y Pete cambia de expresión, comprende que nadie va a escuchar sus quejas hoy.

La enfermera se saca el reloj y mira el reloj de pared de la galería, le da cuerda al suyo y lo coloca en el cesto de modo que pueda verlo. Saca una carpeta del cesto.

—Y bien, ¿empezamos la reunión?

Mira a su alrededor para comprobar si hay alguno que parezca dispuesto a interrumpirla y no deja de sonreír mientras hace girar la cabeza dentro del cuello del uniforme. Los chicos rehuyen su mirada; todos se miran las uñas. Excepto McMurphy. Se ha agenciado un sillón en el rincón, se ha sentado en él como si fuese su propietario y vigila todos los gestos de la enfermera. Aún lleva puesta la gorra, muy

encajada en la cabeza pelirroja como si fuese un corredor de motos. La baraja que tiene en el regazo se abre en abanico y luego se cierra con un chasquido que resuena en medio del silencio. Los ojos de la enfermera se detienen un segundo sobre su persona. Le ha estado observando jugar al póquer toda la mañana y, aunque no ha presenciado intercambio alguno de dinero, intuye que no es exactamente un tipo que se contente con apostar sólo cerillas, como es norma en la galería. La baraja susurra al abrirse, vuelve a cerrarse con un chasquido y luego desaparece en una de esas grandes palmas.

La enfermera lanza otra ojeada al reloj y, de la carpeta que tiene en la mano, saca una hoja de papel, la mira y vuelve a guardarla. Deja la carpeta y coge el cuaderno de bitácora. Ellis, en su sitio de la pared, tose; ella espera a que acabe.

—Bien. Al finalizar la reunión del viernes... estábamos discutiendo el problema del señor Harding... con respecto a su joven esposa. Había declarado que su esposa está dotada de abundante pecho y que ello le molestaba porque atraía las miradas de los hombres en la calle.

Comienza a abrir el cuaderno de bitácora por distintas páginas; del cuaderno sobresalen trocitos de papel que sirven de indicadores.

—Según las anotaciones que diversos pacientes han efectuado en el cuaderno, han oído decir al señor Harding que «es evidente que ella provocaba las miradas de esos cerdos». También le han oído decir que tal vez él le dio motivos para buscar otras atenciones sexuales. Se le ha oído decir, «Mi dulce aunque ignorante esposa considera que cualquier palabra o gesto que no huela a músculo y brutalidad es una muestra de débil afeminamiento».

Sigue leyendo el cuaderno en voz baja durante un rato, luego lo cierra.

—También ha afirmado que el pronunciado pecho de su esposa le causa a veces un sentimiento de inferioridad. Bien. ¿Alguien desea seguir tocando este tema?

Harding cierra los ojos y nadie dice nada. McMurphy mira a los tipos que le rodean, como esperando a ver si alguien le contesta a la enfermera, luego levanta la mano y hace chasquear los dedos, como los niños en la escuela; la enfermera le invita a hablar con un gesto.

—¿Señor... mmm... McMurry?

—¿Tocar qué?

—¿Qué? Tocar...

—Creo haber entendido que preguntaba, «Alguien desea seguir tocando...»

—Tocando el... tema, señor McMurry, el tema, el problema del señor Harding con su esposa.

—Oh. Creí que se refería a seguir tocándola a ella o... otra cosa.

—Bueno qué...

Pero se interrumpe. Durante un par de segundos, casi pareció confundida. Algunos Agudos sonrían a hurtadillas y McMurry se despreza, bosteza y le hace un guiño a Harding. Luego la enfermera, como si nada, vuelve a guardar el cuaderno de bitácora en el cesto, saca otra carpeta, abre y comienza a leer.

—McMurry, Randell Patrick. Internado a petición de la Granja Correccional de Pendleton. Diagnóstico y posible tratamiento. Treinta y cinco años de edad. Soltero. Cruz al Mérito Militar en Corea, por haber encabezado una evasión de un campo de prisioneros comunista. Después, licenciado sin honores, por insubordinación. Sigue a ello todo un historial de riñas callejeras y peleas de bar y una serie de detenciones por Embriaguez, Agresión y Desacato, Perturbación del Orden, *reincidencia* en la práctica ilegal de juegos de azar y una detención... por Violación.

— ¿Violación?

El doctor levanta la cabeza.

—Punible según la ley, con una chica de...

—Bah. No pudieron probarlo —le dice McMurry al doctor—. La chica no quiso declarar.

—Con una niña de quince años.

—Dijo que tenía *diecisiete*, doctor, y parecía *muy* bien dispuesta.

—El examen del médico forense del Juzgado reveló que la niña había sido penetrada, *varias veces*, el informe establece...

—Tan bien dispuesta, a decir verdad, que tuve que coserme la bragueta.

—La niña se negó a declarar pese al resultado del examen médico. Al parecer hubo intimidación. El acusado salió de la ciudad poco después del juicio.

—Ésa sí que es buena, *tuve* que irme, doctor, deje que le explique —se inclina hacia adelante, apoya un codo sobre la rodilla y baja la voz para hablarle al doctor a través de la habitación—, esa putilla hubiera acabado por destrozarme antes de alcanzar la edad legal. Acabó pisoteándome y dejándome tirado como una piltrafa.

La enfermera cierra el dossier y se lo pasa al doctor que está al otro lado de la puerta.

—Nuestro nuevo Ingreso, doctor Spivey —tal como si tuviera a un hombre doblado en aquella carpeta amarilla y pudiera pasárselo al otro para que lo examinase.

—Pensé que más tarde podría informarle al respecto, pero dado que parece insistir en llamar la atención en la Reunión de Grupo, podríamos ocuparnos de él aquí mismo.

El doctor tira del cordón y extrae sus gafas del bolsillo del abrigo, se las encaja sobre la nariz. Le resbalan un tanto hacia la derecha, pero él ladea la cabeza hacia la izquierda y las endereza. Mientras va pasando las hojas del dossier sonríe un poco como, si la desenvoltura del recién llegado le picase la curiosidad tanto como a todos los demás, pero, como todos los demás, se cuida de no delatarse y procura no reír. El doctor cierra el dossier cuando termina de leerlo y vuelve a guardarse las gafas en el bolsillo. Mira hacia el lugar donde McMurphy sigue inclinado como escuchándole, a través de la habitación.

—Parece que... ése es todo su... historial psiquiátrico, señor McMurry.

—*McMurphy*, doctor.

—¿Oh? Me ha parecido... la enfermera dijo...

Vuelve a abrir el dossier, extrae las gafas, examina unos minutos más el historial, luego la cierra y se guarda otra vez las gafas en el bolsillo.

—Sí. McMurphy. Tiene razón. Le ruego me perdone.

—No importa doctor. La culpa es de la señora, ella se equivocó primero. He conocido a gente que tenía tendencia a hacer eso. Un tío mío, que se llamaba Hallahan, salió una vez con una mujer que a cada

momento fingía no recordar su nombre y le llamaba Hooligan<sup>1</sup>, sólo para irritarle. La cosa duró varios meses hasta que la metió en cintura. Y lo hizo en serio, ya lo creo.

— ¿Oh? ¿Cómo la corrigió? —preguntó el doctor.

McMurphy hace una mueca y se frota la nariz con el pulgar.

—Ah-ah, bueno, no puedo ir pregonándolo. Siempre he guardado el más riguroso secreto sobre el método del tío Hallahan, por si necesito recurrir a él algún día, ¿comprende?

Lo dice con la mirada fija en la enfermera. Ella le devuelve la sonrisa y él mira al doctor.

—Bueno, ¿qué me preguntaba de mi historial, doctor?

—Sí. Estaba pensando si tendría algún antecedente psiquiátrico. ¿Algún análisis, una temporada en otra institución?

—Bueno, si incluimos los calabozos provinciales y locales...

—Instituciones *mentales*.

—Ah. Si se refiere a eso, no. Es mi primera experiencia. Pero *estoy loco*, doctor. Le juro que lo estoy. Bueno, a ver... deje que le muestre. Creo que el otro doctor, el del centro de trabajo...

Se levanta, desliza la baraja en el bolsillo de su chaqueta y cruza la sala para inclinarse sobre el hombro del doctor y hojear el dossier que éste tiene en el regazo.

—Creo que escribió algo, al dorso de no sé qué...

— ¿Sí? Se me ha pasado por alto. Un momento.

El doctor extrae otra vez las gafas, se las pone y mira donde le indica McMurphy.

—Aquí, doctor. La enfermera se saltó esta parte al *resumir* mi historial. Donde dice, «El señor McMurphy ha manifestado *repetidas*», sólo quiero asegurarme de haberlo entendido bien, doctor, «*repetidas* explosiones temperamentales que sugieren un posible diagnóstico de psicopatía». Me dijo que «psicopatía» significa que riño y jo... — perdón, señora— significa que demuestro *excesivo* entusiasmo en mis relaciones sexuales. ¿Eso es grave doctor?

---

<sup>1</sup> En inglés, pistolero. (N. del T.)

Al preguntarlo, aparece en su ancha y tosca cara una mirada tal de infantil preocupación e interés que el doctor no tiene más remedio que inclinar un poco la cabeza, para ocultar una risita, y entonces las gafas pierden el centro de gravedad, resbalan de la nariz y van a parar nuevamente a su bolsillo. Ahora, sonríen también todos los Agudos e incluso algunos Crónicos.

—Me refiero a ese excesivo entusiasmo, doctor, ¿lo ha sufrido usted alguna vez?

El doctor se frota los ojos.

—No, señor McMurphy, debo reconocer que no. Sin embargo, considero interesante que el médico del centro de trabajo añadiera este comentario: «Tener en cuenta la posibilidad de que este hombre esté fingiendo una psicopatía para escapar a la monotonía del trabajo en la granja».

Mira a McMurphy.

—¿Qué dice a eso, señor McMurphy?

—Doctor... —se incorpora en toda su altura, frunce el entrecejo y abre los brazos, en un gesto sincero y honrado dirigido a todo el mundo—, ¿parezco yo un hombre cuerdo?

El doctor está haciendo tales esfuerzos para no volver a reírse que no puede responder. McMurphy gira sobre sí mismo y, apartando la vista del doctor, pregunta otra vez lo mismo a la Gran Enfermera:

—¿Lo parezco?

En vez de responder, ella se levanta, coge el dossier de manos del doctor y vuelve a guardarlo en el cesto, debajo de su reloj. Se sienta de nuevo.

—Doctor, tal vez debería explicar al señor McMurry el funcionamiento de estas Reuniones de Grupo.

—Señora —dice McMurphy—, ¿le he contado lo de mi tío Hallahan y la mujer que pronunciaba mal su nombre?

Ella se queda mirándolo largo rato sin su sonrisa habitual. Tiene la habilidad de convertir su sonrisa en cualquier expresión que decida emplear para impresionar a alguien, pero su aspecto no varía, sigue mostrando una expresión calculada y mecánica destinada a servir sus fines. Por fin dice:

—Le ruego me perdone, Mack-Murphy.

Se vuelve nuevamente hacia la puerta.

—Ahora, doctor, si pudiera explicarle...

El doctor junta las manos y se reclina en la silla.

—Sí. Supongo que, en realidad, ahora que se ha planteado el tema, debería explicarle toda la *teoría* de nuestra Comunidad Terapéutica. En general, suelo esperar un poco. Sí. Una buena idea, señorita Ratched, una idea estupenda.

—La teoría también, desde luego, doctor, pero yo me refería más bien a la norma según la cual los pacientes deben permanecer sentados mientras dure la reunión.

—Sí. Claro. Después le explicaré la teoría. Señor McMurphy, una de las cosas más importantes es que los pacientes permanezcan sentados durante la sesión. Es la única forma de mantener el orden, ¿comprende?

—Claro, doctor. Sólo me levanté para enseñarle esa anotación de mi dossier.

Vuelve a su silla, se despereza otra vez y bosteza, se sienta y sigue revolviéndose un rato como un perro que intenta acomodarse. Cuando se ha instalado, mira al doctor y espera.

—En cuanto a la *teoría*...

El doctor emite un largo suspiro de satisfacción.

— ¡Joder a la mujer! —dice Ruckly.

McMurphy se tapa la boca con el dorso de la mano y le susurra a Ruckly que está al otro lado de la sala:

—¿La mujer de quién?

Y entonces se levanta la cabeza de Martini, con los ojos muy abiertos, desorbitados.

—Sí —dice—, ¿la mujer de quién? Oh. ¿Ésa? Sí, puedo verla. *Siiii*.

—Daría un potosí por tener los ojos de ese hombre —dice McMurphy, refiriéndose a Martini, y luego no vuelve a abrir boca en toda la reunión. Se limita a quedarse sentado observando y sin perderse nada de lo que pasa ni palabra de lo que se dice. El doctor se lanza a

exponer su teoría hasta que por fin la Gran Enfermera decide que ya ha pasado bastante rato y le pide que se calle para poder seguir con Harding, y se pasan el resto de la reunión hablando de eso.

Un par de veces, McMurphy se incorpora en su silla como si tuviera algo que decir, pero cambia de parecer y vuelve a recostarse. Su rostro va adquiriendo una expresión de asombro. Algo raro sucede aquí, comienza a descubrirlo. No consigue saber exactamente qué es. ¿Por qué no se ríe nadie? Estaba seguro de que se oiría una carcajada cuando le preguntó a Ruckly, «¿La mujer de quién?», pero nada. El aire queda comprimido por las paredes, demasiado hermetismo para una carcajada. Resulta extraño este lugar donde los hombres no se relajan ni ríen, es curiosa su manera de someterse a esa matrona sonriente de cara enharinada con un rojo de labios demasiado intenso y unos senos desmesurados. Y piensa que más vale seguir un rato a la expectativa para ver qué pasa en aquel paraje desconocido antes de intentar ninguna treta. Es una buena norma para un jugador avisado: observar un rato el juego antes de tentar una mano.

He oído tantas veces esa teoría de la Comunidad Terapéutica que soy capaz de repetirla del derecho y del revés: que un tipo primero tiene que aprender a desenvolverse en un grupo y sólo después será capaz de funcionar en una sociedad normal; que el grupo puede ayudar al tipo dándole a entender cuáles son sus fallos; que la sociedad es la que decide quién está cuerdo y quién no y, por tanto, es preciso pasar la prueba. Cuánta verborrea. Cada vez que llega un nuevo paciente a la galería, el doctor se lanza de lleno a exponer la teoría; de hecho ésas son las únicas ocasiones en que toma las riendas y se pone al frente de la reunión. Explica que la Comunidad Terapéutica tiene por objeto conseguir una galería democrática, completamente gobernada por los pacientes y por sus votos, y que se esfuerza por formar unos ciudadanos dignos, capaces de volver a salir a la calle, al Exterior. Cualquier pequeño problema, cualquier queja, cualquier cosa que uno quiera modificar, dice, debe ser expuesta al grupo y discutida en vez de dejar que nos corra por dentro. Uno también debería sentirse lo suficientemente seguro como para discutir con franqueza sus problemas emocionales en presencia de los pacientes y el equipo médico. Hablar, dice, discutir, confesar. Y si durante las conversaciones cotidianas uno



oye a un amigo decir algo interesante, debe anotarlo en el cuaderno de bitácora para conocimiento del equipo. No es «chivarse», como dicen en las películas, es ayudar a un semejante. Sacar a relucir esos viejos pecados para poder lavarlos a la vista de todos. Y participar en la Discusión de Grupo. Ayudarse y ayudar a los amigos a hurgar en los secretos del subconsciente. No debería haber secretos entre amigos.

Nuestro propósito, suele decir a guisa de conclusión, es que este sitio se parezca lo más posible a sus propios barrios, libres y democráticos, que sea un pequeño mundo en el Interior, prototipo a escala reducida del gran mundo Exterior en el que algún día volverá a ocupar su lugar.

Es posible que desee añadir algo, pero la Gran Enfermera suele hacerle callar cuando llega más o menos a este punto y el bueno de Pete que se había sosegado se levanta y menea esa cabeza que parece un abollado cacharro de cobre y comienza a explicar a todo el mundo cuan cansado está, y la enfermera indica a alguien que también le haga callar para que pueda proseguir la reunión, y en general Pete cierra la boca y continúa la reunión.

Que yo recuerde, sólo una vez, hará cuatro o cinco años, las cosas ocurrieron de otro modo. El doctor había concluido su discurso y la enfermera dijo sin más preámbulos:

— Bueno. ¿Quién empieza? Suelten todos sus viejos secretos.

Y todos los Agudos cayeron en un trance cuando se quedó veinte minutos sentada sin decir palabra después de la pregunta, inmóvil como una alarma eléctrica dispuesta a sonar en cualquier momento, aguardando que alguien comenzase a explicar algo sobre sí mismo. Sus ojos iban de uno a otro con la regularidad de un faro. La sala de estar permaneció veinte minutos sumida en un tenso silencio, con todos los pacientes pasmados en sus sitios. Transcurridos esos veinte minutos, la enfermera miró su reloj y dijo:

—¿Es que ninguno de ustedes ha cometido alguna vez un acto que aún no haya admitido? —Extendió la mano hacia el cesto para coger el cuaderno de bitácora—. ¿Quieren que repasemos el historial?

Eso puso en movimiento algún mecanismo, algún artilugio acústico instalado en las paredes, dispuesto para que se pusiera en marcha en el momento en que su boca pronunciara esas palabras. Los

Agudos se irguieron. Abrieron la boca al mismo tiempo. Los ojos inquisidores de la enfermera se detuvieron en el primer hombre que atisbaron junto a la pared.

Su boca articuló:

—Robé la recaudación en una gasolinera.

Pasó al siguiente.

—Intenté acostarme con mi hermana pequeña.

Sus ojos señalaron al hombre que venía a continuación; todos fueron saltando como blancos de feria.

—U-na vez... quise acostarme con mi hermano.

—Maté a mi gato cuando tenía seis años. Oh, que Dios me perdone, lo maté a pedradas y dije que había sido el vecino.

—Mentí cuando dije que lo intenté. ¡Me acosté con mi hermana!

— ¡Yo también! ¡Yo también!

— ¡Y yo! ¡Y yo!

Había resultado mejor de lo que imaginara. Ahí estaban todos gritando y compitiendo a ver quién decía la mayor atrocidad, y seguían y seguían —imposible detenerlos— seguían contando cosas que luego les harían avergonzarse para siempre ante los demás. La enfermera iba haciendo gestos de aprobación a cada confesión y decía «Eso, eso, eso».

Después el viejo Pete se levantó de un salto.

— ¡Estoy *cansado!* —gritó, con un vigoroso, airado, tono metálico que nadie había oído hasta entonces en su voz.

Todos callaron. Se sentían un poco avergonzados. Como si de pronto el viejo hubiera dicho algo real y verídico y de importancia y hubiera dejado en ridículo todo su infantil griterío. La Gran Enfermera estaba furiosa. Dio media vuelta y le fulminó con la mirada, mientras la sonrisa le chorreaba barbilla abajo; todo iba tan bien.

—Que alguien se ocupe del pobre señor Bancini —dijo.

Se levantaron dos o tres. Intentaron tranquilizarlo, le dieron palmaditas en el hombro. Pero Pete no tenía intención de callar.

— ¡Cansado! ¡Cansado! —seguía repitiendo.

Finalmente, la enfermera hizo que uno de los negros lo retirara a la fuerza de la sala de estar. Sin acordarse de que los negros no ejercían ningún control sobre tipos como Pete.

Pete es un Crónico congénito. Aunque no llegó al hospital hasta mucho después de cumplidos los cincuenta, siempre fue un Crónico. Su cabeza presenta dos grandes incisiones, una a cada lado, donde el médico que asistía a su madre en el parto le pinzó en un intento de ayudarlo a salir. Pete ya había echado un vistazo y, al ver todos los aparatos que le esperaban en la sala de partos, había comprendido, en cierto modo, en qué mundo iba a nacer y se había aferrado con todas sus fuerzas, en un intento de eludir el nacimiento. El doctor metió la mano y le agarró por la cabeza con un triste *par de pinzas de hielo*, y le sacó de un tirón, convencido de que todo estaba resuelto. Pero Pete aún tenía la cabeza demasiado tierna, y blanda como la arcilla, y cuando se le endureció, allí estaban las dos señales que le habían hecho las pinzas. Y ello le dejó atontado hasta el punto de que ahora tenía que poner todo su empeño, concentración y fuerza de voluntad para hacer cosas que un crío de seis años podía realizar sin dificultad.

Pero tenía una ventaja: su simpleza de espíritu le salvó de las garras del Establecimiento. No pudieron ponerlo en un molde. Conque le permitieron ejercer una tarea simple en los ferrocarriles, donde se limitaba a permanecer sentado en una casucha de madera, campo adentro, en un cruce poco transitado y a agitar una lámpara roja al paso de los trenes cuando las agujas estaban en una posición, una lámpara verde cuando estaban en la otra, y una amarilla cuando había un tren un poco más adelante. Y lo hizo con una fuerza vital, visceral, que no lograron eliminar de su cabeza, ahí, solo en aquel cruce. Y nunca le instalaron ningún control.

Por esa razón el negro no tenía ninguna autoridad sobre él. Pero al pronto el negro no pensó en ello, como tampoco se le ocurrió a la enfermera cuando ordenó que sacaran a Pete de la sala de estar. El negro se le acercó sin rodeos y al igual que se tira de las riendas de un caballo de labor para hacerle dar la vuelta, le retorció el brazo, dirigiéndose a la puerta.

—Venga, Pete. Vamos al dormitorio. Estás molestando a todo el mundo.

Pete se zafó.

—Estoy *cansado* —dijo en tono de advertencia.

—Venga, hombre, estás armando un follón. Vamos, a la cama y a portarse bien.

—Cansado...

— ¡He dicho al dormitorio!

El negro le retorció otra vez el brazo y Pete dejó de menear la cabeza. Se puso muy tieso y sus ojos destellaron con viveza. Pete suele tener los ojos entrecerrados y muy nublados, como si estuvieran llenos de leche, pero en ese momento aparecieron despejados como un neón azul. Y la mano comenzó a hinchársele en el extremo del brazo que sujetaba el negro. El personal y la mayoría de los pacientes estaban charlando entre sí, sin prestar la menor atención a aquel viejo y su conocida cantinela de que estaba cansado, suponían que se había calmado como de costumbre y que pronto continuaría la reunión. No vieron cómo en el extremo del brazo se iba hinchando la mano mientras el viejo abría y cerraba el puño. Sólo yo lo vi. Contemplé cómo se hinchaba y cómo se cerraba el puño, la vi fluir ante mis ojos, aflojarse, endurecerse. Una gran bola de hierro oxidado en el extremo de una cadena. Me quedé mirándola y esperé, mientras el negro le retorció otra vez el brazo a Pete, empujándolo hacia el dormitorio.

—Oye, dije que debías...

Vio la mano. Intentó esquivarla, al tiempo que decía: —Eres un buen chico, Pete—, pero era un segundo demasiado tarde. Pete hizo oscilar aquella bola de hierro desde la altura de sus rodillas. El negro cayó redondo contra la pared y se quedó allí aplastado, luego resbaló hasta el suelo como si la pared estuviera engrasada. Oí explosiones y cortocircuitos en los tubos instalados en el interior de esa pared y el estucado se resquebrajó justo en el lugar del golpe.

Los otros dos —el enano y el otro negro grande— se quedaron estupefactos. La enfermera chasqueó los dedos y los negros, en un gesto de reflejo, se pusieron en movimiento. El pequeño al lado del otro, como su imagen en un espejo reductor. Casi habían llegado junto a Pete cuando, de pronto, advirtieron lo que debió haber sabido el otro, que Pete no estaba conectado al sistema de control como todos los demás, que no iba a someterse simplemente porque le dieran una orden o le retorcieran el brazo. Si querían llevárselo deberían domeñarlo

como si fuese un oso o un toro salvaje y ahora que uno de ellos yacía inconsciente en el suelo, los otros dos negros no querían arriesgarse.

Los dos pensaron lo mismo y al mismo tiempo y se quedaron paralizados, el negro grande y su diminuta imagen, exactamente en la misma posición, con el pie izquierdo en el aire, la mano derecha extendida, a medio camino entre Pete y la Gran Enfermera. Entre aquella bola de hierro que se balanceaba delante y la blanca ira nívea detrás, comenzaron a temblar y a echar humo y pude oír un crujido de engranajes. Podía verles temblar de confusión, como máquinas lanzadas a todo gas pero con el freno puesto.

Pete estaba de pie ahí, en medio de la habitación y balanceaba aquella bola que le colgaba de un costado, completamente ladeado por su peso. Todos se habían quedado mirándole. Escudriñó al negro grande y luego al pequeño y cuando vio que no se acercarían más se volvió hacia los pacientes.

—Lo veis... pura farsa —les dijo—, pura farsa.

La Gran Enfermera se había deslizado de su silla y avanzaba cautelosamente hacia su cesto de mimbre que estaba apoyado contra la puerta.

—Sí, sí, señor Bancini —canturreó—, ahora, cálmese...

—Eso es, pura farsa.

Su voz perdió el vigor metálico y adquirió un tono forzado e imperioso como si no le quedara tiempo para acabar lo que deseaba decir.

—Fijaos bien, yo no puedo hacer nada, no puedo... no lo veis, yo nací muerto. Vosotros no. No nacisteis muertos. Ahhh, ha sido difícil...

Comenzó a llorar. Ya no lograba articular las palabras; abría y cerraba la boca para hablar, pero ya no podía organizar las palabras en frases. Agitó la cabeza para aclararse las ideas e hizo un guiño a los Agudos.

—Ahhh, yo... yo... os digo.

Comenzó a encogerse otra vez y su bola de hierro volvió a recuperar la forma de una mano. La extendía ahuecando la palma como si ofreciera algo a los pacientes.

—Yo no puedo hacer nada. Era un aborto cuando nació. Me insultaron tanto que morí. Nací muerto. No puedo hacer nada. Estoy cansado. Ya no quiero seguir luchando. Vosotros podéis hacer algo. Me insultaron tanto que nació muerto. Para vosotros es fácil. Nací muerto y la vida fue dura. Estoy cansado. Cansado de hablar y de dar la cara. Llevo cincuenta y cinco *años* muerto.

La Gran Enfermera le acertó desde el otro extremo de la habitación, a través del uniforme verde. Después del pinchazo, se apartó de un salto sin sacar la jeringa que se quedó colgando de los pantalones como una colita de vidrio y acero, mientras el viejo Pete se inclinaba cada vez más hacia adelante, no a resultas de la inyección sino por el esfuerzo; el último par de minutos le habían agotado total y definitivamente, para siempre: bastaba mirarle para comprender que estaba acabado.

Conque la inyección no era en realidad necesaria; su cabeza ya había comenzado a balancearse y tenía los ojos turbios. Cuando la enfermera se le acercó otra vez para recuperar la jeringa estaba tan inclinado que sus lágrimas caían directamente al suelo, sin mojarle la cara, e iban manchando una gran superficie, pues meneaba la cabeza de un lado a otro; salpicones, salpicones que formaban un dibujo regular sobre el piso de la sala de estar, como si lo estuviera bordando.

—Ahhhhh —dijo.

No se movió cuando le sacó la aguja.

Había revivido, tal vez un minuto, en una tentativa de decirnos algo, algo que ninguno de nosotros deseaba oír ni procuró entender, y el esfuerzo le había dejado seco. La inyección en la cadera fue tan inútil como si se la hubiera puesto a un cadáver: faltaba un corazón que la bombease, unas venas que la llevaran a su cabeza, un cerebro que, allí arriba, pudiera sufrir con su veneno. Tanto daría que se la hubieran inyectado a un viejo cadáver reseco.

—Estoy... cansado...

—Vamos. Chicos, creo que no os falta *valor*, el señor Bancini se acostará como un buen chico.

—... terri-ble cansado.

—Y el Ayudante Williams está volviendo en sí, doctor Spivey. Ocúpese de él, por favor. Mire. Se le ha roto el reloj y tiene un corte en el brazo.

Pete nunca volvió a intentar nada parecido, ni volverá a hacerlo jamás. Ahora, cuando comienza a alborotar durante una reunión y procuran calmarlo, siempre calla. Sigue levantándose de vez en cuando para menear la cabeza y comunicarnos su cansancio, pero ya no lo hace en son de queja ni de excusa ni de advertencia, eso terminó; es como un viejo reloj que con las manecillas torcidas y sin números en la esfera y con la campana herrumbrada y silenciosa, ni nos dice la hora ni acaba de pararse, un viejo e inútil reloj de pared que sigue tictaqueando sin sentido alguno.

Cuando dan las dos, el grupo continúa despedazando al pobre Harding.

A las dos, el doctor comienza a agitarse en su silla. El doctor se siente incómodo en las reuniones, a menos que pueda hablar de su teoría; preferiría pasar el tiempo en su oficina y dibujar gráficas. Se agita y por último carraspea; entonces la enfermera mira su reloj y nos ordena que volvamos a traer las mesas de la sala de baños y que mañana proseguirá la discusión. Los Agudos salen en el acto, de su trance, miran un momento en dirección a Harding. Tienen la cara encendida de vergüenza como si acabaran de comprender que les han tomado el pelo una vez más. Algunos se dirigen a buscar las mesas a la sala de baños, en el otro extremo del pasillo, otros se acercan a los anaqueles de revistas y manifiestan gran interés por los números atrasados de *McCall's*, pero el verdadero propósito de todos ellos es evitar a Harding. Nuevamente han sido manipulados y han acosado a uno de sus amigos como si fuese un criminal y todos ellos han ejercido funciones de fiscal, juez o jurado. Han estado despedazando a un hombre durante cuarenta y cinco minutos, casi como si fuera un placer, y lo han bombardeado a preguntas: ¿Por qué *cree* que no logra complacer a su dama? ¿Por qué *insiste* en afirmar que ella nunca ha tenido nada que ver con otros hombres? ¿Cómo espera poder curarse si no responde con *sinceridad*? Preguntas e insinuaciones que ahora les atormentan; y no desean que su proximidad les haga sentirse aún más incómodos.

Los ojos de McMurphy observaron todos estos movimientos. No se mueve de su silla. Otra vez parece desconcertado. Se queda un rato ahí sentado y contempla a los Agudos mientras con la baraja se rasca la roja perilla, luego acaba por levantarse del sillón, bosteza, se despereza, se rasca el ombligo con el borde de una carta, y después se guarda la baraja en el bolsillo y se acerca al rincón donde Harding se ha quedado solo, como pegado a su silla.

McMurphy se queda mirando a Harding un minuto, luego posa su manaza sobre el respaldo de una silla de madera próxima a él, la hace girar de modo que el respaldo quede frente a Harding y se sienta a horcajadas como si montara un diminuto caballo. Harding no se ha dado cuenta de nada. McMurphy se palpa los bolsillos hasta dar con sus cigarrillos, saca uno y lo enciende; lo sostiene frente a sus ojos y hace un gesto de desagrado al ver la punta mal encendida, se chupa el índice y el pulgar y rectifica el encendido.

Ambos hombres parecen no prestarse atención. Ni siquiera sabría decir si Harding ha advertido la presencia de McMurphy. Harding tiene los delgados hombros muy doblados, como alas verdes, y permanece sentado muy tieso en el borde de la silla, con las manos apretadas entre las rodillas. Mira fijo ante sí y canturrea para sus adentros, procurando mostrarse sereno; pero se muerde los carrillos y ello le presta una curiosa mueca de calavera, que no indica serenidad ni mucho menos.

McMurphy vuelve a encajarse el cigarrillo entre los dientes, cruza las manos sobre el respaldo de la silla y, al tiempo que cierra un ojo para evitar el humo, apoya la barbilla sobre ellas.

—¿Dime, amigo, es así como funcionan habitualmente estas reuniones?

— ¿Habitualmente?

Harding interrumpe su canturreo. Ya no se muerde los carrillos, pero sigue con la mirada ante sí, por encima del hombro de McMurphy.

—¿Es éste el *procedimiento* habitual de estas funciones de Terapia de Grupo? ¿Un hatajo de gallinas en una orgía de picoteos?

Harding vuelve con brusquedad la cabeza y mira fijamente a McMurphy, como si acabara de enterarse de que tiene a alguien sentado delante. Vuelve a morderse los carrillos y, en el centro de la cara, se le marca un surco que podría inducir a pensar que sonrío.



Endereza los hombros, se acomoda mejor en la silla y procura mostrarse relajado.

—¿Una «orgía de picotazos»? Me temo que conmigo su singular manera de hablar le servirá de poco, no tengo la menor idea de a qué se refiere.

—Se lo explicaré. —McMurphy alza el tono de voz; aunque parece no prestar atención a los demás Agudos, que escuchan a sus espaldas sus palabras, en realidad van dirigidas a ellos—. El gallinero descubre una mancha de sangre en el plumaje de algún pollo y todos se lanzan a *picotearlo*, comprende, hasta que dejan al pobre pollo convertido en un montón de huesos, plumas y sangre. Pero lo normal es que con el barullo se manchen otros pollos y entonces les toca a ellos. Y otros se manchan a su vez y son picoteados hasta morir, y así sucesivamente. Oh, una orgía de picotazos puede diezmar a todo un gallinero en cuestión de horas, amigo, lo he visto con mis propios ojos. Un espectáculo terrible. La única manera de evitarlo —tratándose de gallinas— es vendarles los ojos. Para que no vean.

Harding se enlaza una rodilla con sus largos dedos y la atrae hacia sí, mientras se recuesta en la silla.

—Una orgía de picotazos. Una hermosa analogía, sin duda, amigo.

—Para ser sincero, exactamente eso me ha recordado la reunión que acabo de presenciar, compañero. Me ha recordado un corral de sucias gallinas.

—¿Y yo sería el pollo con la mancha de sangre, verdad?

—Así es, compañero.

Siguen lanzándose sonrisas, pero han bajado tanto la voz que tengo que ponerme a barrer más cerca de ellos para poder oírles. Los otros Agudos van aproximándose también.

—¿Y quiere saber algo más, amigo? ¿Quiere saber quién da el primer picotazo?

Harding espera que siga hablando.

—Ella, la enfermera.

Por encima del silencio se oye un gemido de terror. Oigo cómo se encasquilla la maquinaria de las paredes y cómo luego, sigue

funcionando. A Harding le cuesta lo suyo mantener quietas las manos, pero sigue procurando mostrarse sereno.

—Conque eso es —dice—, un procedimiento tan estúpidamente sencillo. Lleva seis horas en nuestra galería y ya ha logrado simplificar toda la obra de Freud, Jung y Maxwell Jones y la ha sintetizado en una analogía: es una «orgía de picotazos».

—No estoy hablando de Fred, Yong y Maxwell Jones, amigo, sólo estoy hablando de esa asquerosa reunión y de lo que esa enfermera y esos desgraciados acaban de hacerte. Y con saña.

—¿Lo que me han *hecho*?

—Eso es, lo que te han *hecho*. Te han hecho todo lo que han podido. Por delante y por detrás. Algo debes haber hecho tú para ganarte tal caterva de enemigos en un lugar como éste, amigo, porque lo que está claro es que son muchos los que te tienen manía.

—Pero, es increíble. ¿No tiene en cuenta para nada, absolutamente para nada, que lo que los chicos han hecho hoy es por mi propio bien? ¿Que todos los problemas o discusiones que plantean la señorita Ratched o el resto del equipo obedecen a una finalidad exclusivamente terapéutica? No debe haber escuchado ni una palabra de la teoría del doctor Spivey sobre la Comunidad Terapéutica y si lo hizo, su poca formación no le permitió comprenderla. Me ha decepcionado, amigo, oh, me ha decepcionado mucho. Nuestra charla de esta mañana me había hecho suponer que era más inteligente: tal vez algo patán, un vulgar fanfarrón con menos sensibilidad que un ganso, sin duda, pero a pesar de todo inteligente. Sin embargo, aunque suelo ser observador y perspicaz, a veces también me equivoco.

—Vete al diablo.

—Oh, claro; me olvidaba de decirle que esta mañana también he tomado nota de su primitiva brutalidad. Un psicópata con claras inclinaciones sádicas, resultado, con toda probabilidad, de una irracional egomanía. Sí. Con tanto talento natural, sin duda puede erigirse en competente terapeuta, capacitado a la perfección para criticar el procedimiento que emplea la señorita Ratched en sus reuniones, pese a que ella es una enfermera psiquiátrica muy reputada, con veinte años de experiencia. Sí, con su talento, amigo, podría efectuar milagros en el subconsciente, calmar al ello dolorido y curar al

superego herido. Es probable que consiguiera curar a toda la galería, Vegetales incluidos, en sólo seis meses, damas y caballeros, o les será reembolsado su dinero.

En vez de entrar en la discusión, McMurphy se limita a mirar fijamente a Harding y por fin pregunta en tono impersonal:

—¿De verdad cree que la farsa celebrada en la reunión de hoy puede contribuir a curarle, puede hacerle algún bien?

—¿Por qué íbamos a someternos a ello si no, querido amigo? El personal está tan interesado en que sanemos como nosotros mismos. Es posible que la señorita Ratched sea una mujer madura algo estricta, pero no es una especie de monstruo del gallinero, cuyos sádicos propósitos sean sacarnos los ojos. ¿No pensará así de ella, verdad?

—No, amigo, eso no. No quiere sacarle los *ojos*. No es eso lo que busca.

Harding se estremece y veo que sus manos comienzan a asomar entre sus rodillas, que se arrastran como arañas blancas entre dos ramas cubiertas de musgo, y que van subiendo por las ramas hacia el tronco que las une.

— ¿Los ojos no? —dice—. ¿Podría decirnos, entonces, *qué* busca la señorita Ratched?

McMurphy hace una mueca.

— ¿Pero, no lo *sabe*, amigo?

—No, ¡claro que no! Quiero decir si insis...

—Quiere arrancarle las pelotas, compañero, sus *queridas pelotas*.

Las arañas llegan a la juntura del tronco y ahí se quedan, temblorosas. Harding intenta sonreír, pero tiene la cara y los labios tan pálidos que la sonrisa se difumina. Mira con fijeza a McMurphy. Éste se quita el cigarrillo de la boca y repite lo que acaba de decir.

— Las pelotas, ni más ni menos. No, esa enfermera no es una especie de monstruosa gallina, amigo, es una capadora. He conocido a miles como ella, jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Los he visto por todo el país y en muchas casas; gente que intenta desarmar a los demás, para hacerles marcar el paso, seguir sus reglas, vivir según sus dictados. Y la mejor forma de conseguirlo, de doblegar a alguien, es cogerle por donde más duele. ¿Nunca te han dado una patada en los huevos en una

pelea, amigo? ¿Te deja frío, verdad? Es lo peor que hay. Te da náuseas, te deja sin fuerzas. Cuando te enfrentas con un tipo que quiere doblegarte a base de que tú pierdas terreno en vez de intentar ganarlo él, cuidado con su rodilla, seguro que intentará darte en las partes. Y eso es lo que hace esa urraca, intenta darte en las partes.

El rostro de Harding sigue lívido, pero ha recuperado el control de sus manos; se agitan desmayadas ante él, como si quisieran rechazar las palabras de McMurphy:

—¿Nuestra querida señorita Ratched? ¿Nuestro dulce y tierno ángel protector, la Madrecita Ratched, una capadora? Pero, amigo, eso es imposible.

—Compañero, nada de tonterías de madrecitas. Tal vez sea una madre, pero es más grande que un corral y resistente como el acero. Esta mañana, cuando he llegado no me ha engañado más de tres minutos con esa comedia suya de la gentil madrecita. No creo que de verdad haya podido engañar durante seis meses a un año, a lo sumo, a ninguno de los que están aquí. Uuuuy, he visto unas cuantas arpías en mi vida, pero ésta se lleva la palma.

—¿Una arpía? Pero hace un momento dijo que era una capadora, después una urraca, ¿o fue una gallina? Se está armando un lío con sus metáforas, amigo.

—Al diablo; es una arpía y una urraca y una capadora, y no me venga con tretas, sabe usted perfectamente a qué me refiero.

Ahora la cara y las manos de Harding se agitan con más rapidez que nunca, una película a cámara rápida de gestos, sonrisas, muecas y miradas despectivas. Cuanto mayor es su esfuerzo por controlarse, con mayor velocidad se contrae su rostro. Cuando no se preocupa de contener los movimientos de sus manos y su cara, éstas fluyen y gesticulan de un modo que resulta realmente agradable a la vista, pero cuando les presta atención e intenta contenerse, se convierte en un desenfrenado muñeco descoyuntado en pleno bailoteo. Conforme los gestos se aceleran, su voz va aumentando de velocidad, al mismo ritmo.

—Bueno, verás, querido señor McMurphy, mi psicópata camarada, la señorita Ratched es un verdadero ángel de piedad y *todo* el mundo lo sabe. Es desinteresada como el viento, anda siempre preocupada por ayudarnos a todos, día tras día, sin que nadie se lo

agradezca. No todos serían capaces de hacerlo, amigo mío. De hecho, sé de buena tinta —no puedo revelar mis fuentes de información—, pero puedo decirle que Martini suele estar casi siempre en contacto con las mismas personas-bien, sé que en sus días libres ella *continúa* sirviendo a la humanidad y que se presta generosamente a realizar obras de caridad en la ciudad. Prepara sustanciosos donativos —conservas, queso, por su efecto astringente, jabón— y los ofrece a jóvenes parejas con problemas económicos.

Sus manos se agitan en el aire y dibujan el cuadro que está describiendo.

—Ah, mire: Ahí está, nuestra enfermera. Llama suavemente a la puerta. Lleva una cesta adornada con un lazo. La joven pareja está tan emocionada que no puede decir palabra. El marido se ha quedado boquiabierto, la mujer no oculta sus lágrimas. Ella observa la vivienda. Promete enviarles dinero para comprar... detergente, eso es. Deja la cesta en medio de la habitación. Y cuando nuestro ángel se marcha -echándoles besos, con una sonrisa etérea— va tan *embriagada* de la dulce leche de gentileza humana que su buena acción ha generado en su amplio pecho que no cabe en sí de generosidad. No cabe en sí, ¿se da cuenta? Se detiene en la puerta, llama aparte a la tímida recién casada y le ofrece veinte dólares para sus gastos personales: «Toma, pobre criatura desnutrida, coge esto y cómprate un vestido *decente*. *Comprendo* que tu marido no puede pagarlo, pero toma, coge esto y ve.» Y la pareja le queda eternamente agradecida por su benevolencia.

Las palabras le han ido saliendo cada vez más rápidas, se le marcan las cuerdas vocales en el cuello. Cuando deja de hablar, la galería está en absoluto silencio. Sólo oigo un débil rumor, de algo que gira, supongo que un magnetófono escondido en alguna parte está grabando todo esto.

Harding mira a su alrededor, ve que todos le observan, y pone todo su empeño en reír. De su boca sale un sonido semejante al de un clavo arrancado con tenazas de un tablón de pino verde; iiii-iiii-iiii. No puede parar. Se retuerce las manos y aprieta los ojos al oír ese terrible chirrido. Pero no puede contenerlo. Sube y sube de tono hasta que por fin, con una profunda inspiración, Harding deja caer la cara entre las manos que ya la están aguardando.

—Oh, la bruja, la bruja, la bruja —murmura entre dientes.

McMurphy enciende otro cigarrillo y se lo ofrece; Harding lo coge sin decir palabra. McMurphy sigue observando el rostro de Harding, ahí frente a él, con una especie de sorprendida admiración, como si fuese el primer rostro humano que ven sus ojos. Observa cómo se van calmando los temblores y estremecimientos y cómo el rostro comienza a asomar otra vez entre las manos.

—Tiene razón —dice Harding—, todo lo que ha dicho es cierto.

Mira a los demás pacientes que le están contemplando.

—Es la primera vez que alguien se atreve a decirlo abiertamente, pero no hay uno solo de nosotros que no haya pensado lo mismo, que no opine lo mismo de ella y de todo el Tinglado... que no lo sienta en algún profundo recoveco de su angustiado espíritu.

McMurphy frunce el entrecejo y pregunta:

—¿Y ese bribón de médico? Es posible que sea un poco lento, pero no tanto como para no advertir lo que está haciendo esa enfermera.

Harding da una fuerte chupada al cigarrillo y mientras habla va expulsando el humo.

—Al doctor Spivey... le ocurre lo mismo que a todos nosotros, McMurphy, es del todo consciente de que no está a la altura. Está asustado, desesperado, paralizado como un conejito, es por completo incapaz de dirigir esta galería sin la ayuda de la señorita Ratched, y lo sabe. Y, lo que es peor, *ella* sabe que él lo sabe y se lo recuerda cada vez que se presenta la ocasión. Cada vez que descubre que ha cometido un pequeño error en los papeles o en la clasificación, por ejemplo, se lo pasa por la cara, como puede imaginar.

—Así es —dice Cheswick, que se ha situado junto a McMurphy—, nos pasa nuestros errores por la cara.

— ¿Por qué no la echan?

— En este hospital —dice Harding—, el médico no está capacitado para contratar o despedir. De eso se encarga el supervisor, y el supervisor es una mujer, una vieja amiga de la señorita Ratched; sirvieron juntas como enfermeras militares en los años treinta. Aquí sufrimos un matriarcado, amigo, y el doctor está tan indefenso como nosotros mismos. Sabe que la Ratched no tiene más que coger ese teléfono que puede ver ahí, junto a su codo, y llamar a la supervisora y

comentarle, bueno, que, por ejemplo, el doctor está pidiendo al parecer *mucho* Demerol.

—Alto, Harding, no estoy al corriente de toda esa jerga.

—El Demerol es un opiáceo sintético, amigo, dos veces más adictivo que la heroína. Es muy frecuente que los médicos se droguen con ese producto.

—¿Ese renacuajo? ¿Un drogadicto?

—La verdad es que no lo sé.

—Entonces de qué le sirve a ella acusarle de...

—Oh, escúcheme bien, amigo. Ella *no* le acusa. Basta con que insinúe, cualquier cosa, ¿no lo comprende? ¿No lo ha notado hoy? Llama a uno desde la puerta de la Casilla de las Enfermeras, se lo queda mirando y le comenta que ha encontrado un Kleenex debajo de su cama. Sólo lo comenta. Y, cualquiera que sea la explicación que dé, uno tiene la sensación de que está mintiendo. Si dice que lo ha usado para limpiar la pluma, ella dirá, «una pluma, comprendo», y si dice que está resfriado, le dirá, «un resfriado, comprendo», y agitará su impecable moñito gris y sonreirá con su impecable sonrisa y dará media vuelta y volverá a la Casilla de las Enfermeras, mientras uno se queda allí parado pensando para *qué* usó ese Kleenex.

Comienza a temblar de nuevo y se le doblan otra vez los hombros.

—No. No tiene necesidad de acusar. Es un genio para las insinuaciones. Durante la discusión de hoy, ¿la ha oído acusarme alguna vez? Sin embargo, es como si me hubieran acusado de un montón de cosas: de celos y de paranoia, de no saber satisfacer a mi mujer, de tener relaciones con amigos del sexo masculino, de sostener el cigarrillo con afectación, incluso —ésta es la impresión que tengo— me ha acusado de no tener sino una mata de vello entre las piernas; ¡y un *vello sedoso y suave y rubio, por añadidura!* ¿Capadora? ¡Oh, la está *infravalorando!*

Harding calla de improviso y se inclina para recoger la mano de McMurphy entre las suyas. Tiene el rostro curiosamente ladeado, aguzado, moteado de gris y de rojo, como una botella de vino rota.

— ¡Este mundo... es de los fuertes, amigo! El ritual de nuestra existencia se basa en el fortalecimiento del más fuerte a base de devorar

al débil. Tenemos que aceptarlo. Es muy justo que así sea. Tenemos que aprender a reconocer que ésta es la ley natural de la existencia. Los conejos aceptan su papel en el ritual y reconocen que el lobo es el fuerte. Para defenderse, el conejo se vuelve cauto y huidizo y temeroso y cava agujeros y se esconde cuando se acerca el lobo. Y resiste, sigue adelante. Sabe cuál es su lugar. Desde luego, no desafía al lobo a un combate. Porque, ¿cree que eso sería prudente? ¿Lo sería?

Suelta la mano de McMurphy, se echa hacia atrás y cruza las piernas, da otra larga chupada al cigarrillo, lo extrae de la estrecha hendidura de su sonrisa y suelta otra vez aquella risa: iiiii-iiii-iiii, semejante al chirrido de un clavo al ser arrancado de un tablón.

—Señor McMurphy... amigo mío... no soy un pollo, soy un conejo. El doctor es un conejo. Cheswick, ese de ahí, es un conejo. Billy Bibbit es un conejo. Todos los que estamos aquí somos conejos, de variada edad y condición, que vamos dando saltitos por nuestro mundo a lo Walt Disney. Oh, fíjese bien, no estamos aquí por *ser* conejos —siempre lo seremos, estemos donde estemos—, todos estamos aquí porque no conseguimos *adaptarnos* a nuestra condición de conejos. *Necesitamos* un buen lobo fuerte como la enfermera, que nos ponga en nuestro lugar.

—Tonterías. ¿No vas a decirme que piensas quedarte sentado y dejar que una vieja con el pelo azul te convenza de que eres un conejo?

—Convencerme no. Yo nací conejo. No tienes más que mirarme. Simplemente necesito a la enfermera para que me haga sentirme *feliz* con mi papel.

— ¡No eres un conejo, qué demonios!

—¿No ves las orejas?, ¿la naricilla inquieta?, ¿la graciosa colita?

—Estás hablando como un lo...

— ¿Cómo un loco? Qué perspicaz.

—Maldita sea, Harding, no me refería a eso. No estás loco en ese sentido. Quería decir... diablos, me ha sorprendido comprobar lo cuerdos que estáis todos. A mi entender, no estáis más locos que cualquiera de los necios que corren por las calles...

—Ah sí, los necios de las calles.

—Pero no, ya me entendéis, locos como los que salen en las películas. Sólo estáis obsesionados y... un poco...



—Y un poco acoquinados como conejos, ¿no es eso?

— ¡Conejos, qué va! No os parecéis en nada a un conejo, córcholis.

—Señor Bibbit dé unos saltitos para que le vea el señor McMurphy. Señor Cheswick muéstrele su pelaje.

En el acto, Billy Bibbit y Cheswick se convirtieron ante mis propios ojos, en dos jorobados conejitos blancos, pero les da vergüenza hacer lo que les ha indicado Harding.

—Ah, son vergonzosos, McMurphy. ¿Encantadores, verdad? O, a lo mejor, están incómodos porque no se han portado como buenos amigos. Tal vez sientan remordimientos por haber permitido que ella les hiciera actuar de interrogadores. Ánimo, amigos, no hay motivo para avergonzarse. Así son las cosas. Los conejos no deben ser fieles a sus amigos. Sería una tontería. No, habéis obrado prudentemente, como unos cobardes, pero prudentemente.

—Oye, Harding —dice Cheswick.

—No, no, Cheswick. No te irrites al oír la verdad.

—Óyeme bien; yo mismo he dicho alguna vez lo mismo que McMurphy ha estado diciendo ahora de la vieja señora Ratched.

—Sí, pero lo dijiste con gran sigilo y después te retractaste de todo. Tú también eres un conejo, no intentes rehuir la verdad. Por eso no te guardo rencor por las preguntas que me has hecho durante la reunión de hoy. No has hecho más que desempeñar tu papel. Si te hubiese tocado el turno a ti, o a ti, Billy, o a ti, Fredrickson, yo os hubiera atacado con la misma crueldad con que lo habéis hecho vosotros. No debemos avergonzarnos de nuestro comportamiento; así deben actuar los pequeños animalillos.

McMurphy da media vuelta sobre la silla y mira de arriba abajo a los demás Agudos.

—No estoy muy seguro, pero creo que deberían avergonzarse. En mi opinión, su manera de conchabarse con ella contra usted fue bastante rastrera. Por un instante he creído que volvía a encontrarme en un campo de prisioneros de los chinos rojos...

—McMurphy, por el amor de Dios —dice Cheswick—, escúcheme un momento.

McMurphy vuelve la cabeza y escucha, pero Cheswick no sigue adelante. Cheswick nunca sigue adelante; es uno de esos tipos que, como si estuviesen a punto de lanzarse al ataque, arman, gritan, se abalanzan, saltan arriba y abajo unos minutos, avanzan un par de pasos, y abandonan. McMurphy lo mira, desconcertado otra vez, después de tan gallarda entrada en escena, y le dice:

—Es casi una copia perfecta de los campos de prisioneros chinos.

Harding levanta las manos instando a la calma.

—Oh, no, no, no es cierto. No debe culparnos, amigo. No. La verdad es que...

Veo que los ojos de Harding se encienden de nuevo; me parece que va a echarse a reír, pero en vez de eso se quita el cigarrillo de la boca y lo blande en dirección a McMurphy; el cigarrillo en el extremo de su mano parece uno más de aquellos delgados y blancos dedos, sólo que echa humo por la punta.

—... también usted, señor McMurphy, pese a sus bravuconadas de vaquero y a su fanfarronería de vía estrecha, y muy probablemente bajo esa apariencia encallecida, también usted es tan sensible y melindroso y conejil como nosotros.

—Claro, seguro. Yo tengo una colita de algodón. ¿En qué me parezco a un conejo, Harding? ¿Por mis inclinaciones psicópatas? ¿Por mi inclinación a la pelea o por mi inclinación a las mujeres? ¿Por lo de las mujeres, verdad? Todo ese taca-taca-gracias-hasta-otra. Sí, el taca-taca, probablemente por eso soy un conejo...

—Un momento; creo que ha planteado una cuestión que debe ser discutida. Los conejos son famosos por determinada característica, ¿verdad? En realidad, su capacidad reproductora es notoria. Sí. Mmm. Pero, en cualquier caso, lo que usted ha dicho sólo indica que es un conejo sano, bien adaptado y perfectamente funcional, mientras que la mayoría de los que estamos aquí ni siquiera poseemos la habilidad sexual suficiente para clasificarnos entre los conejos normales. Unos fracasados, eso somos: débiles, raquítics, amedrentadas criaturas de una raza canija. Conejos, sin taca-taca; una imagen patética.

—Alto ahí; siempre tergiversas lo que digo...

—No. Tenía razón. Fue usted quien nos hizo notar hacia dónde iban dirigidos los picotazos de la enfermera. ¿Recuerda? Tenía razón.

No hay aquí un solo hombre que no tema estar perdiendo o haber perdido ya su potencia. Somos unas ridículas criaturas incapaces incluso de demostrar virilidad en un mundo de conejos, hasta ahí llega nuestra flaqueza y nuestra ineptitud. Eeey. ¡Yo diría que somos los *conejos* de los conejos!

Se inclina otra vez hacia adelante y de su boca comienza a brotar la forzada risa estridente que yo esperaba, sus manos revolotean a su alrededor, su rostro se retuerce.

— ¡Harding! ¡Cierra ese maldito pico!

Es como una bofetada. Harding calla, para en seco con la boca todavía abierta en una tensa mueca, las manos le cuelgan en medio de una azulada nube de humo de tabaco. Se queda un segundo así inmóvil; luego sus ojos se cierran hasta dejar tan sólo una taimada rendija y los mueve lentamente hacia McMurphy, habla tan bajo que tengo que arrastrar la escoba hasta su silla para poder oír lo que dice.

—Amigo... *usted*... tal vez sea un lobo.

—Maldita sea, no soy ningún lobo y usted no es un conejo. Anda, nunca había oído tamaña...

—Gruñe usted como un lobo.

McMurphy suspira con un sonoro silbido y se aparta de Harding para dirigirse al resto de los Agudos que les rodean.

—A ver, muchachos. ¿Qué demonios os pasa? No estáis tan locos, no creéis que os parecéis a un animal, ¿verdad?

—No —dice Cheswick y se sitúa junto a McMurphy—. No, cielo santo, yo no. No soy un conejo, faltaría más.

—Así me gusta, Cheswick. ¿Y los demás? Aclaremos las cosas. Os habéis visto, intentando convenceros unos a otros de que esa cincuentona es un ser temible. Al fin y al cabo, ¿qué puede hacerlos?

—Sí, ¿qué? —dice Cheswick y fulmina al resto con la mirada.

—No os puede azotar. No os puede quemar con hierros ardientes. No puede ataros al potro. Ahora hay leyes que prohíben estas cosas; no estamos en la Edad Media. No puede hacerlos absolutamente na...

— ¡Usted ha vi-vis-to lo que pu-pu-puede hacernos! En la reu-u-  
unión.

Observo que Billy Bibbit ya no tiene aspecto de conejo. Se inclina sobre McMurphy, procura seguir hablando con la boca llena de baba y el rostro encendido. Luego da media vuelta y se aleja de él.

—Ah, es i-i-i-imposible. Debería ma-ma-ma-tarme.

McMurphy le grita mientras se aleja.

—¿En la reunión? ¿Qué he visto yo en la reunión? Repámpanos, lo único que le he visto hacer ha sido un par de preguntas y preguntas sencillas, amables, por lo demás. Las preguntas no hacen daño, no son palos ni piedras.

Billy le mira otra vez.

—Pero la ma-ma-manera de hacerlas...

—No tienes por qué contestarle, ¿verdad?

—Si u-u-uno no contesta, ella sólo sonríe y to-to-toma nota en su libreta y después, después, ¡oh, *no!*

Scanlon se acerca a Billy.

—Si uno no le contesta, Mac, se está *delatando* con su mismo silencio. Es el truco de esos bribones del gobierno para atraparnos a todos. No hay salida. La única solución es volar todo el tinglado de esta cochina tierra... volarlo todo.

—Bueno, cuando hace una de esas preguntas, ¿por qué no la mandáis a freír espárragos?

—¿Y de qué serviría, Mac? Se limitaría a replicar con un «¿Por qué parece *alterarle* tanto esa pregunta concreta, Paciente McMurphy?».».

—Y bien, se la manda al carajo otra vez. Se los manda a todos al carajo. De momento, no te han hecho nada.

Los Agudos comienzan a apiñarse a su alrededor. Esta vez el que responde es Fredrickson.

—Muy bien, le dices eso y te clasifican como Potencialmente Agresivo y te mandan arriba a la galería de los Perturbados. A mí me pasó eso. Tres veces. Esos pobres tipos de ahí arriba ni siquiera pueden salir de la galería para ir a ver la película del sábado por la tarde. No tienen ni televisión.

—Y, óyelo bien, si *continúas* manifestando actitudes hostiles, como esa tendencia a mandar a la gente al carajo, te ponen en lista para

la Sala de Chocs, o tal vez incluso para algo más grave, una operación, un...

—Maldita sea, Harding, ya le he dicho que no entiendo esta jerga.

—La Sala de Chocs, señor McMurphy, quiere decir la máquina de TES, Terapia de Electrochoc. Un artilugio que es como un compendio de la pastilla para dormir, la silla eléctrica y el potro de torturas, todo en uno. Es un buen truco, simple, rápido, apenas doloroso, tan rápido es; pero nadie quiere pasar por eso, nunca.

—¿Cuáles son sus efectos?

—Atan al paciente a una mesa con los brazos en cruz —es curioso— y con una corona de electrodos en vez de espinas. Le conectan unos alambres a ambos lados de la cabeza y — ¡zap! —. Una corriente eléctrica que cuesta cuatro chavos le atraviesa el cerebro y, así, de una sola vez, uno recibe un tratamiento y un castigo por su hostil actitud de mandar a la gente al carajo, aparte de que le dejan fuera de combate por un período que oscila entre seis horas y tres días, según los casos. Incluso después de recuperar el conocimiento, uno continúa desorientado varios días. Imposible recordar nada. Si los tratamientos son frecuentes, el tipo puede acabar como el señor Ellis, colgado ahí de la pared. Un idiota babeante que, a los treinta y cinco años, se mea en los calzones. O puede convertirse en un organismo que come y elimina y grita «joder a la mujer», como Ruckly. O si no fíjese en el Jefe Escoba agarrado a su apodo ahí detrás de usted.

Harding me señala con el cigarrillo, no tengo tiempo de apartarme. Finjo no advertirlo. Sigo moviendo mi escoba.

—He oído decir que, hace años, cuando eso estaba realmente de moda, al Jefe le aplicaron más de doscientos tratamientos de electrochoc. Figúrese el efecto que eso puede producir sobre una mente ya un poco ida. Mírelo: un criado gigante. Ahí tiene al Americano en Vías de Extinción, una máquina de barrer de dos metros de altura, asustado hasta de su propia sombra. Ésa es la amenaza que pesa sobre nosotros, amigo mío.

McMurphy se me queda mirando un momento, luego se vuelve otra vez hacia Harding.

— ¡Caramba! Pero, ¿cómo toleráis algo semejante? ¿Y todo ese rollo de la galería democrática que me endilgó el doctor? ¿Por qué no lo ponéis a votación?

Harding le lanza una sonrisa y da otra lenta chupada al cigarrillo.

— ¿Votar qué, amigo? ¿Votar que la enfermera no pueda hacer más preguntas en las Reuniones de Grupo? ¿Votar que no nos *mire* de esa manera? ¿Podría decirme, señor McMurphy, qué íbamos a votar?

—A mí qué me importa. Voten algo. ¿No comprende que para demostrar que todavía son hombres tienen que hacer algo? ¿No comprende que no pueden permitir que acabe por dominarlos a todos? Mire a su alrededor: dice que el Jefe está asustado de su propia sombra, pero en mi vida había visto semejante hatajo de cobardes.

— ¡Yo no estoy asustado! —dice Cheswick.

—Tú no lo estarás, viejo, pero los demás hasta tienen miedo de *reír* libremente. Sabéis una cosa, lo primero que me sorprendió de este lugar es que nadie se reía. ¿Me creeréis si digo que no he oído ni una sola verdadera carcajada desde que crucé esa puerta? Cuando uno no es capaz de reírse pierde *terreno*. Un tipo que deja que su mujer le insulte hasta que pierde la capacidad de reírse, se queda sin una de sus mejores cartas. De entrada, empieza a creer que ella es más fuerte que él y...

—Ah. Parece que nuestro amigo comienza a comprender, compañeros conejos. ¿Dígame, señor McMurphy, cómo enseñarle a una mujer quién es el que manda aparte de reírse de ella? ¿Cómo hacerle ver quién lleva los pantalones? Un tipo como usted tendría que ser *capaz* de decírnoslo. No es cosa de pegarle, ¿verdad que no? Acudiría a los tribunales. Tampoco se trata de perder los estribos y gritarle; ella le derrotaría con sus esfuerzos por calmar a su irritado muchachote: «¿Mi hombrecito se ha vuelto *quisquilloso*! ¿Ahhhh?» ¿Ha intentado mantenerse firme ante tamaño comentario alguna vez? Conque ya ve, amigo, es más o menos como usted ha dicho: el hombre sólo posee *un arma* realmente efectiva contra el bastión del matriarcado moderno, pero desde luego no es la risa. Una sola arma, en esta penetrante sociedad en la que se estudian todas las motivaciones, cada año que pasa aumenta el número de gente capaz de inutilizar esa arma y de dominar a los que hasta el momento habían dominado...

—Cielo santo, Harding, vaya rollo —dice McMurphy.

—... y, pese a todas sus pretendidas capacidades psicopáticas, ¿se cree capaz de emplear con eficacia su arma contra nuestra campeona? ¿Cree que podría blandiría ante la señorita Ratched, McMurphy? ¿Cree que podría?

Y agita una mano en dirección a la casilla de cristal. Todas las cabezas se vuelven en el mismo sentido. Ella está allí, mirando por la ventana, tiene una grabadora escondida en algún sitio fuera del alcance de nuestra vista y lo está grabando todo, y planea la forma de incorporarlo al informe.

La enfermera advierte que todos la están mirando y hace un gesto con la cabeza y todos apartan la vista. McMurphy se quita el gorro y se pasa los dedos por el rojo pelo. Ahora, todos le observan a él; esperan que haga algo y él lo sabe. Se siente un poco acorralado. Vuelve a encasquetarse la gorra y se frota la señal de la nariz.

—Bueno, si queréis saber si se me levantaría con esa vieja urraca, no, me parece que no...

—No es tan fea como todo eso, McMurphy. Tiene una cara bastante atractiva y bien conservada. Y pese a todos sus esfuerzos para *ocultarlos* tras esa indumentaria asexuada, todavía se ven trazas de unos pechos más bien abundantes. Debe de haber sido bastante bonita de joven. Además —es sólo una suposición—, ¿cree que se le levantaría si ella no fuera vieja, si fuera joven y hermosa como Elena de Troya?

—No sé quién es esa Elena, pero ya veo adonde quieres ir a parar. Y tienes razón, válgame Dios. No se me levantaría con esa cara de palo, ni que tuviera la belleza de Marilyn Monroe.

—Ahí tiene. Ella gana.

Ya está. Harding se recuesta en la silla y todos esperan a ver qué dirá McMurphy ahora. Éste comprende que está acorralado. Se queda mirando un momento todas esas caras, luego se encoge de hombros y se levanta de la silla.

—Bueno, qué diablos, no es asunto mío.

—Tiene razón, no es asunto suyo.

—Y desde luego no tengo el menor deseo de que una enfermera enfurecida venga a por mí con esos tres mil voltios. Sobre todo cuando no puedo ganar nada, excepto la experiencia de la aventura.

—No. Tiene razón.

Harding ha vencido en la discusión, pero nadie parece alegrarse mucho. McMurphy se mete los pulgares en los bolsillos e intenta reír.

—No señor, jamás he visto ofrecer una recompensa por atrapar a una capadora.

Todos hacen una mueca al oír esto, pero no parecen contentos. Me alegra que, a fin de cuentas, McMurphy demuestre cierta cordura y que no se deje arrastrar a un terreno que no es el suyo, pero comprendo cómo se sienten los muchachos; yo tampoco estoy muy contento. McMurphy enciende otro cigarrillo. Todos siguen aún en el mismo sitio. Continúan ahí de pie, y sonríen, incómodos. McMurphy se rasca otra vez la nariz y aparta los ojos del ramillete de caras que le rodea, mira otra vez a la enfermera y se muerde el labio.

—¿Pero decíais que... no os manda a esa otra galería a menos que os haga perder los estribos? ¿A menos que de algún modo consiga excitaros hasta el punto de maldecirla o de romper una ventana o algo por el estilo?

—A menos que uno haga una cosa de ese tipo.

—¿Estáis seguros? Porque se me está ocurriendo una manera de ganarme una fortunita a costa vuestra. Pero no quiero hacer el tonto. Me costó mucho salir de aquel otro agujero; no quiero saltar de la sartén para caer en las brasas.

—Perfectamente seguros. No puede hacer nada a menos que uno haga algo que francamente aconseje un traslado a la otra galería o una sesión de electrochoc. Si uno resiste a las provocaciones, ella no puede hacer nada.

— ¿O sea que si me porto bien y no la insulto...

—Ni insultas a los ayudantes.

—... ni insulto a los ayudantes ni armo ningún alboroto no puede hacer nada?

—Ésas son las reglas del juego. Naturalmente, siempre gana ella, amigo, siempre. Ella es invulnerable y, con el *concurso* del tiempo, siempre acaba por descubrir las intenciones de los demás. Por eso está considerada como la enfermera del hospital y puede actuar con tanta libertad; es maestra en el arte de poner al descubierto la libido temblorosa...



—Me importa un carajo. Lo que quiero saber es si no corro peligro jugando al mismo juego que ella. ¿Si me muestran amable con ella, no se enfurecerá y me hará electrocutar, aunque *insinúe* algo?

—Estarás a salvo, a condición de que no pierdas el control. Si no te exasperas y no le das un verdadero motivo para solicitar tu confinamiento en la Galería de Perturbados o la aplicación terapéutica del electrochoc, estarás a salvo. Pero la primera y principal condición es no exasperarse. ¿Y tú? ¿Con tu pelo rojo y tus antecedentes? No nos engañemos.

—Muy bien. De acuerdo — McMurphy se frota las manos—. Os diré lo que se me ha ocurrido. Vosotros parecéis convencidos de que ella es el no va más, ¿verdad? Que es una — ¿cómo dijisteis? — una mujer inexpugnable. Lo que quiero saber es cuántos están dispuestos a apostar algo.

Apostar...

—Eso dije: ¿hay algún listorro que quiera apostar algo contra estos cinco dólares a que —en menos de una semana— soy capaz de dejar en pelotas a esa mujer sin que ella me haga nada? Una semana, y si no consigo desconcertarla hasta que no sepa por dónde va, os quedáis con los cinco dólares.

— ¿Eso apuestas?

Cheswick salta ora sobre un pie ora sobre el otro y comienza a frotarse las manos igual que McMurphy.

—Como lo oyes.

Harding y unos cuantos más dicen que no lo entienden.

—Es bastante fácil. No tiene ninguna complicación. Me gusta apostar. Y me gusta ganar. Y creo poder ganar esta apuesta, ¿conforme? Tengo tanta suerte en las apuestas que, en Pendleton, llegó un momento en que nadie quería jugarse ni un céntimo conmigo. La verdad es que uno de los motivos de que intentara venir aquí fue que necesitaba nuevas presas. Os diré una cosa: antes de venir me enteré de algunos detalles. Casi la mitad de los que estáis aquí cobráis una pensión, tres o cuatrocientos al mes, y no podéis hacer nada con ese dinero, excepto dejar que vaya acumulando polvo. Pensé que podría aprovechar esa circunstancia y de paso alegraros un poco la vida a todos vosotros. Soy un jugador empedernido y no estoy acostumbrado

a perder. No he conocido aún a una mujer más macho que yo, tanto me da si se me levanta con ella como si no. Es posible que el tiempo juegue a su favor, pero yo también llevo una larguísima temporada de buena racha.

Se quita la gorra, la hace girar sobre un dedo, la lanza al aire y la coge por la espalda con la otra mano, con gran elegancia.

—Y otra cosa: estoy aquí porque así lo había planeado, pura y simplemente, porque es mejor estar aquí que en un correccional. Que yo sepa no soy un lunático, o al menos nunca me lo habían dicho. Vuestra enfermera no lo sabe; no se espera que se le acerque alguien con una mente tan sagaz como la mía. Son cosas que me dan una provechosa ventaja. Conque, cinco dólares contra cualquiera que desee apostar que soy incapaz de comerme viva a esa enfermera en menos de una semana.

—Todavía no sé si...

—Está muy claro. Me la como viva, la hago trizas. La dejo en pelotas. La atormento hasta que se desmorone y demuestre, por una vez, que no es tan inexpugnable como creéis. Una semana. Tú decidirás quién gana.

Harding saca un lápiz y escribe algo en el bloc del pinacle.

—Conforme. Apuesto diez dólares de ese dinero que tienen apollándose a mi nombre en Depósitos. Pagaría hasta el doble por presenciar tan improbable milagro, amigo.

McMurphy mira el papel y lo dobla.

—¿Alguien más?

Los demás Agudos se han puesto en fila, esperan su turno para usar el bloc. A medida que los van llenando, él va cogiendo los trozos de papel y se los guarda en la palma de la mano, sujetándolos con un grueso pulgar muy tieso. Veo cómo van amontonándose los trozos de papel en su mano. Los mira.

—¿Me confiáis las apuestas, amigos?

—Creo que no hay milagro —dice Harding—. Estarás una temporada sin salir de aquí.

Una Navidad, al filo de medianoche, cuando estábamos en el antiguo local, la puerta de la galería se abrió violentamente de un empujón y dio paso a un hombre gordo y barbudo, con los ojos enrojecidos por el frío y con la nariz como una cereza. Los negros lo acorralaron en el pasillo con sus linternas. Observé que se había enredado de mala manera con las guirnaldas que había colgado por todas partes el de Relaciones Públicas y que avanzaba a trompicones en la oscuridad. Con una mano se protegía los ojos enrojecidos de la luz de las linternas, mientras se chupaba el bigote.

—Jo, jo, jo —dijo—. Me gustaría quedarme un rato, pero tengo prisa. Llevo un programa muy apretado, saben. Jo, jo. He de irme...

Los negros avanzaron con sus lámparas. Le obligaron a permanecer seis años aquí antes de darle de alta, bien afeitado y flaco como un palo.

La Gran Enfermera puede hacer marchar el reloj de la pared a la velocidad que desee, le basta hacer girar uno de los mandos de la puerta de acero. De pronto, se le ocurre acelerar las cosas, aumenta la velocidad del reloj y las manecillas se lanzan desenfrenadas por la esfera como los rayos de una rueda. Las escenas que se proyectan en las pantallas que tenemos por ventanas muestran rápidas variaciones de luz para indicar que es la mañana, el mediodía o la noche, la luz y la oscuridad se suceden velozmente y todo el mundo enloquece al intentar seguir el ritmo de ese tiempo ficticio; un terrible torbellino de afeitados y desayunos y citas y comidas y medicamentos y diez minutos de noche, de forma que uno apenas tiene tiempo de cerrar los ojos cuando las luces del dormitorio ya le obligan a levantarse otra vez y vuelta a empezar el torbellino, a todo vapor, cumpliendo tal vez veinte veces en una hora todo el programa del día, hasta que la Gran Enfermera advierte que todos están al borde del colapso y aminora la marcha, reduce el ritmo de la esfera, como si fuese un niño que, después de jugar un rato con el proyector de cine, cansado de contemplar la película a una velocidad diez veces superior a la normal, hartado de ese corretear como de insectos y de esas voces chillonas, vuelve a ponerlo al ritmo que le corresponde.

Tiene propensión a acelerar las cosas, de ese modo los días en que, por ejemplo, uno tiene visita o cuando las Damas de Caridad han traído de Portland un espectáculo arrevistado, ocasiones en que uno

quisiera que el tiempo se detuviera y se dilatara. Ésos son los momentos que escoge para acelerar las cosas.

Pero en general ocurre todo lo contrario: se marcha a ritmo lento. Hace girar el mando hasta el punto cero y deja el sol paralizado ahí, en la pantalla y éste pasa semanas sin moverse un ápice y no se ve ni un fulgor en las hojas de los árboles ni en las briznas de hierba. Las manecillas del reloj se quedan inertes a las tres menos dos minutos y la enfermera es capaz de dejarlas ahí quietas hasta que nos pudramos. Permanecemos sentados como estatuas y no podemos movernos, no podemos caminar ni cambiar de posición para desentumecernos, no podemos tragar saliva ni respirar. Sólo los ojos pueden moverse y lo único que se ve son Agudos petrificados al otro lado de la sala en espera de que alguno decida a quién le toca jugar. El viejo Crónico que tengo al lado lleva seis días muerto y se está pudriendo pegado a la silla. Y en vez de niebla, a veces ella deja salir una especie de gas químico por las rendijas de ventilación y, cuando el gas se transforma en plástico, toda la galería queda convertida en una masa compacta.

Dios sabe cuánto rato permanecemos así suspendidos.

Luego, comienza a mover gradualmente el mando, paso a paso, y eso resulta aún peor. Me es más fácil quedarme ahí como muerto que seguir esa lánguida y pegajosa partida de cartas al otro lado de la habitación, en la cual los jugadores tardan tres días en dejar caer una carta. Mis pulmones absorben el denso aire plástico como si lo chuparan por el ojo de una aguja. Intento ir al lavabo y me siento sepultado bajo una tonelada de arena, que me aprieta la vejiga hasta que la frente comienza a zumbarme y a echar chispas verdes.

Pongo todos mis músculos y mis huesos en el empeño de salir de esa silla e ir al lavabo, me esfuerzo hasta que me tiemblan las piernas y los brazos y me duelen los dientes. Tiro y tiro y lo único que consigo es apartarme tal vez medio centímetro del asiento de cuero. Conque abandono y me desplomo y dejo correr la orina, cuyas sales corrosivas activan un alambre que me recorre la pierna izquierda, lo cual enciende humillantes alarmas, sirenas, luces; todo el mundo se levanta y se pone a gritar y a correr de un lado a otro y los dos negros altos van dando puñetazos a diestro y siniestro para abrirse paso entre el barullo mientras avanzan decididos hacia mí, blandiendo fregonas de alambre

de cobre que rechinan y crepitan con los cortocircuitos que provoca el agua.

De hecho, la única ocasión en que nos vemos libres de ese control del tiempo es en medio de la niebla; entonces el tiempo pierde todo sentido. Se esfuma en la niebla, como todo lo demás. (Hoy no han conectado la niebla a fondo en todo el día, al menos desde que llegó McMurphy. Me apuesto cualquier cosa a que bramaría como un toro si lo hicieran.)

Cuando no ocurre nada de particular, solemos estar ocupados luchando contra la niebla o el control del tiempo, pero hoy ha sucedido algo: no han empleado ninguna de esas artimañas desde la hora del afeitado. Esta tarde todo funciona como es debido. Cuando entra el nuevo turno de guardia, el reloj marca las cuatro treinta, tal como debe ser. La Gran Enfermera despidе a los negros y echa un último vistazo a la sala. Extrae una larga aguja de plata del moño azul acerado que le adorna la nuca, se quita el gorro blanco y lo deposita con cuidado en una caja de cartón (hay bolas de naftalina en esa caja) y vuelve a clavar con energía la aguja de sombrero en su pelo.

Veo cómo les da las buenas noches a todos detrás del cristal. Entrega una nota a la enfermera del turno de noche, la que tiene una gran mancha de nacimiento en la piel; luego alarga la mano hacia el panel de control, encima de la puerta de acero y conecta el altavoz de la sala de estar:

—Buenas noches, muchachos. A portarse bien.

Y sube aún más el volumen. Pasa un dedo por el cristal de su ventana; su mirada de disgusto indica al negro gordo que acaba de entrar de servicio que más vale que lo limpie, y él comienza a frotar el cristal con una toallita de papel antes de que ella haya tenido tiempo de cerrar tras sí la puerta de la galería.

La maquinaria de las paredes silba, murmura, aminora el ritmo.

Luego, hasta que anochece, comemos y nos duchamos y volvemos a sentarnos en la sala de estar. El Viejo Blastic, el más viejo de los Vegetales, se aprieta el estómago y gimotea. George (los negros le llaman *Rub-a-Dub*<sup>1</sup>) se está lavando las manos en la fuente. Los

---

<sup>1</sup> De una copla infantil que dice: «Ruba-a-adub-dub/Three men in a tub» (Frota, frota/tres hombres en la bañera). (N. del T.)

Agudos se sientan a jugar a las cartas y se esfuerzan por captar una imagen con nuestro televisor, para lo cual lo trasladan de un lado a otro, hasta donde les permite el cordón, a ver si logran la onda.

Los altavoces siguen emitiendo música en el techo. La música de los altavoces no se transmite por radioondas, por eso la maquinaria no produce interferencias. La música procede de un magnetófono que tienen en la Casilla de las Enfermeras, nos conocemos tan bien la cinta que nadie la escucha conscientemente, excepto los nuevos como McMurphy. Todavía no se ha acostumbrado. Está jugando cigarrillos al «veintiuno» y el altavoz está justo encima de la mesa de juego. Se ha calado la gorra tan adelante que tiene que echar la cabeza hacia atrás y atisbar bajo la visera para ver su mano. Sostiene un cigarrillo entre los dientes y va parloteando como un tratante de ganado que vi una vez en una subasta en Los Rápidos.

—... vamos, vamos, vamos, adelante —dice muy deprisa en voz bastante alta—; estoy esperando que te decidas; venga, lo tomas o lo dejas. ¿Lo tomas dices? Vaya, vaya, vaya, el chico quiere probar suerte, y eso que ya tiene un rey. Hay que ver. Ahí va; mala suerte, una dama para el rey. Te toca a ti, Scanlon, y ¡ojalá esos idiotas de la casilla bajaran esa horripilante música! ¡Huuu! ¿Nunca para de tocar ese aparato, Harding? En mi vida había oído algo parecido.

Harding le mira sin comprender.

—¿De qué ruido me habla, señor McMurphy?

—Esa maldita *radio*. Válgame Dios. Ha estado sonando desde que llegué esta mañana. Y ahora no me vengas con el cuento de que no oyes nada.

Harding escucha atentamente.

—Oh sí, eso que llaman música. Sí, supongo que la oímos si prestamos atención, pero uno también puede oír los latidos de su corazón, si se concentra suficientemente. —Le hace un guiño a McMurphy—. Verá, lo que oye es un magnetófono. Casi nunca escuchamos la radio, amigo. Las noticias internacionales podrían resultar poco terapéuticas. Y todos hemos oído tantas veces esa cinta que nos resbala, al igual que el que vive cerca de una cascada acaba por no oír el sonido del agua. ¿Cree que si viviera cerca de una cascada la oiría durante mucho tiempo?

(Yo aún oigo el sonido de las cascadas en el río Columbia, siempre, siempre, oiré el aullido de Charley Barriga de Oso cuando ensartó un gran salmón, y el rumor de los peces en el agua, y las risas de los niños desnudos en la orilla, y las mujeres junto a los bastidores donde ponen el pescado a secar... sonidos que me llegan de un tiempo muy lejano.)

—¿Siempre lo tienen conectado, como una cascada? —dice McMurphy.

—Lo apagan cuando dormimos —dice Cheswick —, pero funciona el resto del día, en serio.

—No lo soporto más. ¡Voy a decirle a ese estúpido de ahí dentro que lo pare o le daré una patada en el culo!

Va a levantarse y Harding le da en el brazo.

—Amigo, declaraciones como ésta pueden valerte una etiqueta de peligroso. ¿Quieres perder la apuesta?

McMurphy le mira.

—¿Ah, conque es eso? ¿Una guerra de nervios? ¿No aflojan ni un momento?

—Eso es.

Se recuesta lentamente en su silla y dice: —Repámpanos.

Harding mira a los demás Agudos sentados en torno a la mesa.

—Caballeros, creo detectar ya un desmoronamiento muy poco heroico en el estoicismo de cowboy de película de nuestro pelirrojo retador.

Mira a McMurphy que está en el otro extremo de la mesa y le sonrío. McMurphy asiente con la cabeza, la echa hacia atrás como si se dispusiera a guiñar el ojo y se chupa el grueso pulgar.

—Muy bien, parece que el viejo Profesor Harding se está espabilando. Ha ganado un par de vueltas y comienza a ponerse chulo. Bueno; ahí lo tienen con un dos a la vista y ahí va un paquete de Marlboro a que no sigue... *Huuu*, quiere ver mi juego, de acuerdo, Profesor, ahí va un tres, quiere otro, ahí va otro dos, ¿a por todo Profesor? ¿Quiere ver si consigue esa doble paga o prefiere jugar sobre seguro? Otro paquete a que no sigue. Bueno, el Profesor quiere ver mi juego, se acabó la comedia, mala suerte, otra dama y el Profesor cateó...

Del altavoz comienza a salir otra canción, sonora y estridente y con mucho acordeón. McMurphy mira el altavoz y su discurso va subiendo de tono para no quedarse atrás.

—Andando, andando, muy bien, el siguiente, maldita sea, lo tomas o lo dejas... ¡Ahí voy...!

Sin parar hasta que, a las nueve treinta, se apagan las luces.

Podría haberme pasado la noche contemplando a McMurphy en esa mesa de «veintiuno», su manera de repartir las cartas, cómo hablaba y los iba avasallando hasta que parecían *a punto* de abandonar, luego les dejaba ganar un par de manos para que recuperasen la confianza y los hacía picar otra vez. En cierto momento, hizo una pausa para fumar un cigarrillo, se balanceó hacia atrás en la silla, con las manos bajo la nuca, y les dijo:

—El secreto de los buenos jugadores es saber descubrir qué *espera* el otro y saber hacerle creer que va a obtenerlo. Lo aprendí cuando trabajé una temporada en la rueda de la fortuna de una feria. Uno *palpa* al incauto con la mirada cuando se acerca y dice para sus adentros: «Ahí viene un tipo que se las da de muy macho.» Y cada vez que parece enfadarse porque no le va bien el juego se finge un miedo terrible y con expresión temblorosa se le dice: «No se preocupe, señor. La próxima vez invita la casa, señor.» Y así cada uno obtiene lo que deseaba.

Se echa hacia delante y las patas de su silla tocan el suelo con un chasquido. Coge la baraja, recorre el borde de las cartas con el dedo y lo golpea contra la mesa, se chupa el índice y el pulgar.

—Y en mi opinión lo que vosotros andáis buscando es un buen envite capaz de tentaros. Ahí van diez paquetes para la próxima vuelta. Andando, allá voy, a ver quién es el macho...

Y echa la cabeza hacia atrás y suelta una fuerte risotada al ver cómo se apresuran a apostar los chicos.

Esa risotada estuvo resonando toda la noche en la sala de estar y él no paró de bromear y parlotear y de intentar hacer reír a los otros jugadores mientras iba repartiendo las cartas. Pero todos tenían miedo de lanzarse; hace demasiado tiempo que han perdido la costumbre. Al fin él se cansó y se puso a jugar en serio. Le ganaron un par de vueltas,



pero siempre lograba recuperarse, con esfuerzo o con astucia, y las pirámides de cigarrillos que tenía a ambos lados no paraban de crecer.

Entonces, poco antes de las nueve treinta, comenzó a dejarles ganar, les dejó que lo recuperaran todo con tanta rapidez que casi olvidaron lo que habían perdido. Pagó el último par de cigarrillos que le quedaba, dejó la baraja sobre la mesa, se recostó en la silla con un suspiro, se apartó la gorra de los ojos, y así terminó la partida.

—Bueno, se gana un par de manos, se pierden las otras, es la vida. —Meneó la cabeza con aire resignado—. No sé, siempre fui bastante bueno jugando al «veintiuno», pero creo que sois demasiado *listos* para mí. ¡Con esa especie de *intención* vuestra cualquiera se arriesga mañana a jugarse billetes de verdad!

Ni siquiera comete el error de imaginar que se lo creen. Les ha dejado ganar y todos los que contemplamos la partida lo sabemos. También lo saben los jugadores. Pero aun así, no hay ni uno que no tenga una mirada de triunfo en la cara mientras recoge su pila de cigarrillos —cigarrillos que en realidad no ha ganado, sino que sólo ha recuperado, puesto que de entrada eran suyos—, como si fuese el jugador más empedernido de todo el Mississippi.

El negro gordo y el otro negro, que se llama Geever, nos hacen salir de la sala de estar y comienzan a apagar las luces con una llavecita que llevan colgada de una cadena y, a medida que se va oscureciendo la sala, más grandes y más brillantes se ven allí, en su casilla, los ojos de la enfermera que tiene una marca de nacimiento. Se ha apostado junto a la puerta de la casilla de cristal y comienza a distribuir pastillas para dormir a los hombres que van desfilando frente a ella, y tiene que hacer un esfuerzo para no hacerse un lío con las pócimas que esta noche le corresponden a cada uno. Ni siquiera mira dónde echa el agua. Lo que la tiene tan alterada es el gigante pelirrojo de la espantosa gorra y la horrible cicatriz, que comienza a aproximársele. Observa cómo McMurphy se aparta de la mesa de juego en la oscura sala de estar, se pasa una mano callosa por la roja mata de vello que le asoma por la abertura de la camisa de trabajo y, por su forma de retroceder cuando él llega a la puerta de la casilla, imagino que la Gran Enfermera le ha hecho alguna advertencia. («Oh, antes de dejarlo todo en sus manos durante la noche, quisiera decirle una cosa, señorita Pilbow; ese nuevo

paciente que está ahí sentado, el de las patillas rojas y las cicatrices en la cara... tengo buenos motivos para creer que es un obseso sexual.»)

McMurphy advierte que la enfermera le mira asustada, con los ojos muy abiertos, y asoma la cabeza por la puerta donde ella está repartiendo pastillas y le lanza una amplia sonrisa que quiere ser amistosa. Ella se aturulla al verlo y deja caer el jarro de agua a sus pies. Da un grito y un saltito, y al sacudir la mano se le escapa la píldora que estaba a punto de entregarme y se le cae en el escote del uniforme, en el mismo lugar donde esa marca de nacimiento parece formar un río de vino que fluye hacia un valle.

—Permita que le eche una mano, señora.

Y esa terrible garra traspasa la puerta de la casilla, llena de cicatrices y tatuajes y de un vivo color rojo.

— ¡Apártese! ¡Tengo dos ayudantes aquí en la galería!

Busca a los negros con la mirada, pero han salido a atar a los Crónicos a sus camas y están demasiado lejos para poder acudir en su ayuda en caso de emergencia. McMurphy sonrío y le muestra la palma de la mano para que vea que no tiene ninguna navaja. Ella sólo advierte el reflejo de la luz sobre esa palma callosa, lisa y brillante.

—Señorita, sólo quiero...

— ¡Apártese! Los pacientes no pueden entrar en... Oh, apártese, ¡soy *católica!* —y al decirlo tira de la cadenita de oro que lleva colgada al cuello y entre sus pechos aparece una cruz, ¡que catapulta la pastilla perdida! McMurphy da un manotazo justo frente a sus ojos. Ella grita y se mete la cruz en la boca y aprieta los ojos como si estuvieran a punto de violarla, y así se queda, blanca como el papel, a excepción de la mancha que parece aún más intensa, como si hubiera absorbido la sangre del resto del cuerpo. Cuando por fin vuelve a abrir los ojos su mirada topa con aquella mano callosa que le ofrece la cápsula roja.

—... iba a recoger el jarro que usted dejó caer. —Y se lo tiende con la otra mano.

Ella jadea con violencia. Coge el jarro que él le ofrece.

—Gracias. Buenas noches, buenas noches —y cierra la puerta en las narices del siguiente hombre, se acabaron las pastillas por hoy.

En el dormitorio, McMurphy deja caer la pastilla sobre mi cama.

—¿Quieres tu dulcecito, Jefe?

Niego con la cabeza y él sacude la pastilla de la cama con el dedo como si fuera un bicho molesto. La pastilla cae al suelo dando tumbos con un chirrido de grillo. Él se dispone a acostarse, comienza a desvestirse. Debajo de los pantalones de trabajo lleva unos calzoncillos de satén negro como el carbón, cubiertos de grandes ballenas blancas con los ojos rojos. Sonríe cuando ve que estoy mirando sus calzoncillos.

— Regalo de una estudiante de Oregón, Jefe, graduada en Literatura. —Tira del elástico con el pulgar—. Dijo que me los daba porque yo era un símbolo.

Tiene los brazos y el cuello y la cara tostados por el sol y cubiertos de un rizado vello anaranjado. Luce un tatuaje en cada uno de sus grandes hombros; uno dice «Luchadores Empecinados» y ostenta un diablo con un ojo rojo y cuernos también rojos y un rifle M-1; el otro representa una mano de póquer extendida sobre el músculo: ases y ochos. Deja el hatillo de ropas sobre la mesita de noche que hay junto a mi cama y comienza a dar puñetazos a la almohada. Le han dado una cama justo al lado de la mía.

Se mete entre las sábanas y me dice que más vale que también me acueste porque ahí viene uno de los negros a escudriñarnos con la linterna. Miro a mi alrededor y veo que se acerca el negro llamado Geever, me quito los zapatos a toda prisa y me meto en la cama, en el momento en que se acerca para asegurarme las mantas con una sábana puesta de través. Cuando acaba conmigo echa un último vistazo a la habitación, suelta una risita y apaga las luces.

A excepción del blanco halo de luz de la Casilla de las Enfermeras que alumbra el pasillo, el dormitorio está a oscuras. Apenas logro distinguir a McMurphy junto a mí; respira profunda y regularmente y las mantas que le cubren suben y bajan de forma rítmica. La respiración se va haciendo más y más lenta, hasta que supongo que lleva un rato dormido. Entonces, procedente de su cama, oigo un suave carraspeo, como un relincho de caballo. Aún está despierto y se ríe solo.

Deja de reír y me susurra:

—Bueno, Jefe, diste un buen salto cuando te dije que venía ese tipo. Creí que me habían dicho que eras sordo.

Es la primera vez en mucho, mucho tiempo que estoy acostado sin haber tomado esa capsulita roja (si me escondo para que no me la den, la enfermera de noche con la marca de nacimiento envía al negro llamado Geever en mi busca y éste me persigue y me acorrala con su linterna mientras ella prepara la jeringa), por eso finjo estar dormido cuando pasa el negro con su linterna.

Cuando se toma una de esas pastillas rojas, uno no se duerme; el sueño lo paraliza, y no puede despertarse en toda la noche, ocurra lo que ocurra a su alrededor. Por eso me dan pastillas; en el otro local adquiriré la costumbre de despertarme por la noche y los cogía cometiendo todo tipo de horribles crímenes en la persona de los pacientes que dormían a mi alrededor.

Me quedo muy quieto y contengo el aliento, a la espera de que ocurra algo. Está oscuro, cielo santo, y les oigo arrastrar los pies ahí fuera con sus zapatillas de caucho; se asoman dos veces al dormitorio y van iluminando a todo el mundo con una linterna. Mantengo los ojos cerrados y sigo despierto. Oigo un gemido en la sala de los Perturbados, uuu, uuu, uuuu —han conectado a algún tipo para captar mensajes en clave.

—Oh, no nos vendría mal una cerveza, nos espera una noche muy larga —oigo que le susurra un negro a otro.

Las zapatillas de caucho se encaminan chirriando hacia la Casilla de las Enfermeras, donde está la nevera.

— ¿Una cerveza, encanto? Nos espera una noche muy larga.

El tipo de arriba se calla. El débil quejido de los mecanismos de la pared se va haciendo más y más imperceptible, hasta quedar reducido a nada. Ni un sonido en todo el hospital, a excepción de un sordo murmullo apagado en algún profundo rincón de las entrañas del edificio, un sonido que oigo por primera vez; se parece un poco al rumor que se escucha por la noche en lo alto de una gran presa hidroeléctrica. Una profunda, implacable, fuerza bruta.

El negro gordo está parado ahí fuera en el pasillo y desde mi cama puedo ver cómo mira a su alrededor y se ríe entre dientes. Avanza

a paso lento hacia la puerta del dormitorio, golpeándose los sobacos con las grises palmas húmedas. La luz de la Casilla de las Enfermeras proyecta su sombra contra la pared del dormitorio, primero es del tamaño de un elefante, y luego cuando se acerca al dormitorio y mira por la puerta, va haciéndose más pequeña. Suelta otra risita, abre la caja de los fusibles que hay junto a la puerta y mete la mano dentro.

—Eso es, preciosos, seguid durmiendo.

Gira un botón y todo el piso comienza a deslizarse hacia abajo, ¡va hundiéndose en el edificio como la plataforma de un montacargas!

Todo permanece inmóvil excepto el suelo del dormitorio y nos deslizamos y nos alejamos de las paredes y de la puerta y de las ventanas de la galería a gran velocidad; las camas, las mesitas de noche, todo. La maquinaria —probablemente algún tipo de rueda dentada, engranada a una cremallera, en cada esquina del pozo— está bien engrasada y no hace el menor ruido. Sólo oigo la respiración de los demás, y el retumbar que se oye ahí abajo va haciéndose más fuerte a medida que descendemos. Cien metros más arriba, en lo alto del agujero la luz del dormitorio se ha convertido en un puntito que parece cubrir, con un polvillo luminoso, las paredes del pozo. Se hace más y más débil cada vez hasta que un grito lejano resuena en las paredes del pozo. —¡Apártese!— y la luz se apaga por completo.

El suelo toca fondo muy abajo y se detiene con una tenue sacudida. Está oscuro como una boca de lobo y la sábana que me sujeta ahoga mi aliento. Cuando por fin consigo zafarme de la sábana, el piso comienza a inclinarse hacia adelante con un ligero vaivén. Como si debajo tuviera unos cojinetes que no puedo oír. Ni siquiera puedo oír respirar a los tipos que me rodean y de pronto comprendo que ello se debe a que el retumbo ha ido subiendo gradualmente de tono hasta convertirse en lo único que consigo oír. Debemos estar justo en medio de ese ruido. Comienzo a tirar de la sábana que me sujeta, y en el momento en que empieza a soltarse, toda una pared se levanta y deja al descubierto una gran sala con una interminable hilera de máquinas que se extienden hasta el infinito y entre las cuales se afana un enjambre de hombres sudorosos, sin camisa, con los rostros pálidos y embobados bajo los reflejos emitidos por un centenar de altos hornos.

Corresponde exactamente —todo lo que veo— al sonido que se oía, como si fueran las entrañas de una enorme presa. Grandes tubos de

latón desaparecen en la oscuridad que nos cubre. Se ven hilos tendidos hacia invisibles transformadores. Todo está cubierto de grasa y de cenizas que, sobre las juntas, los motores y las dinamos, dejan manchas rojas y negras como el carbón.

Todos los trabajadores se mueven a un mismo ritmo acompasado, con paso fluido y sin esfuerzo. Nadie tiene prisa. Uno se detiene un segundo, gira un mando, aprieta un botón, acciona un interruptor y un lado de su cara se ilumina con blancos destellos que recuerdan el chisporroteo del interruptor que acaba de conectar, y sigue avanzando, y sube unos peldaños de acero y continúa a lo largo de una pasarela de hierro ondulado —se cruzan tan suavemente y pasan tan cerca unos de otros que puedo oír el roce de sus costados húmedos como el rumor de la cola de un salmón en el agua— y se detiene otra vez, hace chisporrotear otro interruptor y sigue adelante. Las breves imágenes de los soñadores rostros de muñeco de los trabajadores destellan en todas direcciones hasta perderse de vista.

Un trabajador cierra bruscamente los ojos mientras corre a toda velocidad y se desploma allí mismo; dos de sus compañeros que cruzaban corriendo lo cogen y, al pasar, lo dejan caer en un horno. El horno arroja una bola de fuego y oigo estallar un millón de tubos como si estuviera caminando por un campo cubierto de cáscaras secas. Ese sonido se mezcla con el zumbido y el repiqueteo de las otras máquinas.

Es un ruido arrítmico, como un pulso desenfrenado.

El suelo del dormitorio se desliza fuera del pozo y se introduce en la sala de máquinas. En el acto advierto qué es lo que tenemos justo encima: es un raíl, parecido a los que pueden verse en los mataderos, unas vías con vagonetas para que se pueda trasladar la carne del congelador al mostrador del carnicero. En la pasarela, sobre nuestras camas, hay dos hombres que visten pantalones sport, camisas blancas con las mangas arremangadas y estrechas corbatas negras y que se inclinan sobre nosotros y gesticulan al hablar trazando rojas líneas luminosas con los cigarrillos que sostienen en el extremo de largas boquillas. Están hablando pero, entre el rítmico estruendo que les rodea, es imposible distinguir las palabras. Uno de los tipos chasquea los dedos y el trabajador más próximo hace un rápido giro y, de un salto, acude a su lado. El tipo le indica con la boquilla una de las camas y el operario se aleja en dirección a las escaleras de acero y baja hasta

donde estamos nosotros y desaparece entre dos transformadores grandes como silos.

Cuando el operario reaparece va tirando de un gancho que cuelga del raíl y avanza a grandes pasos. Pasa junto a mi cama y de pronto su rostro se ilumina justo sobre el mío con la luz de un horno que brama en algún rincón; es un rostro bello y brutal y con una consistencia de cera, como si fuese una máscara, un rostro inexpresivo. He visto millones de caras parecidas.

Se acerca a la cama y con una mano agarra al viejo Vegetal Blastic por un pie y lo levanta como si sólo pesase unas cuantas libras; con la otra mano clava el gancho en el tendón del talón y el viejo queda, allí, colgado cabeza abajo, con el rostro mohoso muy grande, asustado, los ojos empañados de mudo terror. Agita sin parar los brazos y la pierna que tiene libre hasta que la chaqueta del pijama cae sobre su cabeza. El operario coge la chaqueta del pijama y la retuerce como si fuese un saco de arpillera y empuja la vagoneta que, traqueteando, retrocede sobre el carril, hasta la pasarela y levanta los ojos hacia los dos tipos con camisas blancas que siguen allí de pie. Uno de los tipos se saca un bisturí de la pistolera que cuelga de su cinturón. El bisturí está soldado a una cadena. El tipo se lo tiende al operario y enrolla el otro extremo de la cadena en torno al raíl de modo que aquél no pueda salir corriendo con un arma en la mano.

El operario coge el bisturí y con un hábil movimiento abre el vientre del viejo Blastic y éste deja de agitarse. Creo que voy a marearme, pero no se ve sangre ni se le salen las entrañas como esperaba —sólo un chorro de orín y cenizas y, de tarde en tarde, un trozo de vidrio o de alambre. El operario está hundido hasta la rodilla en lo que parece escoria.

En algún rincón, un horno ha abierto la boca y se traga a alguien.

Pienso que debería levantarme y moverme y despertar a McMurphy y a Harding y a todos los que pueda, pero no tendría sentido. Si despertase a alguno a sacudidas, me diría, vamos idiota, ¿qué demonios tienes? Y luego probablemente ayudaría a uno de los obreros a colgarme de un gancho de esos y diría, ¿vamos a ver cómo son las tripas de un *indio*!

Oigo el agudo, frío, siseante aliento húmedo de la máquina de hacer niebla, veo cómo comienza a asomarse la bruma por debajo de la cama de McMurphy. Espero que se le ocurra esconderse en la niebla.

Oigo un estúpido parloteo que me recuerda algo familiar y me vuelvo un poco para poder ver qué ocurre al otro lado. Es el calvo de Relaciones Públicas, el de la cara embotada, cuya hinchazón es motivo de constantes discusiones entre los pacientes que se preguntan a qué será debida.

—Yo creo que lo lleva —argumenta uno.

—Yo digo que no; ¿habéis conocido alguna vez a alguien que de verdad lo llevara?

—Bueno, ¿pero habías conocido alguna vez a un tipo como ése?

El primer paciente se encoge de hombros y asiente.

—Un detalle a considerar.

Ahora va desnudo, excepto por una larga camiseta con curiosos monogramas rojos bordados delante y detrás. Y compruebo sin lugar a dudas (cuando pasa junto a mí, la camiseta se le levanta un poco por detrás y me permite echar un vistazo) que desde luego lleva el corsé, y tan apretado que podría estallar en cualquier momento.

Y de las ballenas del corsé le cuelgan media docena de bichos disecados atados por los pelos como si fuesen cueros cabelludos.

Lleva una botellita de algo y va bebiendo sorbos para que no se le agarrote la garganta y así poder hablar y un pañuelo empapado en alcanfor que se lleva de vez en cuando a la nariz para protegerse del hedor. Le sigue un apretado grupo de maestras y colegialas y gente por el estilo. Llevan delantales azules y el cabello rizado y peinado sobre las orejas. Escuchan la breve disertación que les ofrece durante el recorrido.

Se le ocurre algo divertido y tiene que interrumpir un momento su discurso para beber un sorbo de la botella y cortar de cuajo la risa. Una de sus discípulas aprovecha la pausa para mirar a su alrededor y ve al Crónico destripado que cuelga de un pie. Traga saliva y da un salto atrás. El de Relaciones Públicas se vuelve, divisa el cuerpo y corre a coger una de esas manos inertes y la retuerce. La alumna se agacha para echarle un prudente vistazo con el rostro como en trance.

—¿Lo ve?, ¿lo ve?



Lanza agudos chillidos y hace girar los ojos y va bebiendo sorbos de su botella, tan fuertes son sus carcajadas. Sigue riendo hasta que creo que va a explotar.

Por fin consigue ahogar la risa y continúa avanzando a lo largo de la hilera de máquinas mientras prosigue su disertación. De pronto, se detiene y se da una palmada en la frente —¡Oh, qué distraído soy! — y corre otra vez junto al Crónico que cuelga del gancho para hacerse con otro trofeo y prendérselo en el corsé.

A derecha e izquierda ocurren cosas igualmente horribles: cosas alucinantes demasiado absurdas y extravagantes para provocar el llanto y demasiado ciertas para poder reírse de ellas; pero la niebla ya comienza a ser bastante espesa y no tengo que seguir mirando. Alguien me está tirando del brazo. Ya sé lo que ocurrirá: alguien me arrastrará fuera de la niebla y nos encontraremos nuevamente en la galería y no quedará rastro de lo que ha ocurrido esta noche y si fuese lo suficientemente estúpido para intentar hablar de ello a alguien, dirían: Idiota, sólo fue una pesadilla; cosas tan alucinantes como una gran sala de máquinas en las entrañas de una presa en la que obreros robots abren a la gente en canal no puede existir.

Pero si no existen, ¿cómo se explica que alguien las vea?

El señor Turkle me arrastra fuera de la niebla por un brazo y sonrío mientras me sacude. Dice: —Ha tenido un mal sueño, señor Bromden.

Es el ayudante que hace la larga guardia solitaria de las 11 a las 7, un viejo negro con una sonrisa como dormida, sobre un largo cuello vacilante.

—Vamos, ahora a dormir, señor Bromden.

Algunas noches, cuando la sábana que me sujeta está tan apretada que me obliga a retorcerme, me la afloja un poco. No lo haría si pensara que los del equipo de día podían descubrir que había sido él, pues probablemente le despedirían; pero supone que pensarán que la he aflojado yo mismo. Creo que en realidad se propone ser amable, ayudarme; pero antes se asegura de que no corre riesgo alguno.

Esta vez no afloja la sábana sino que se aleja para prestar ayuda a dos enfermeros, que veo por primera vez, y a un joven médico; están

colocando al viejo Blastic en una camilla y se lo llevan, cubierto con una sábana. Nunca en su vida le habían tratado con tanto cuidado.

Por la mañana, McMurphy está en pie antes que yo; desde que estuvo aquí el Tío Jules, el Trepamuros, es la primera vez que alguien se levanta antes que yo. Jules era un viejo y astuto negro de cabello blanco, según el cual los enfermeros negros le daban la vuelta al mundo por la noche; solía deslizarse de la cama muy temprano, con objeto de descubrirles con las manos en la masa. Yo también me levanto temprano, como Jules, para ver qué maquinaria están introduciendo a hurtadillas o qué artefactos instalan en la sala de afeitar, y en general, antes de que se levante el próximo paciente, pasan quince minutos, durante los cuales estoy solo con los negros en el pasillo. Pero esta mañana, cuando aparto las mantas, oigo a McMurphy en el lavabo. ¡Le oigo cantar! ¡Canta como si no tuviera ninguna preocupación! Su voz rebota nítida y vigorosa contra el cemento y el acero.

—«Los caballos tienen hambre, dijo ella.» Disfruta con el eco de su voz en el retrete. «A mi lado arrímate y tendrás pienso.»

—«Mis caballos ya no tienen hambre, encanto, de tu pienso ya están hartoo-os.»

Alarga la nota y juguetea con ella, después baja otra vez de tono en el último verso para cerrar la canción.

—«Adiós, me voy, me voy.»

¡Está cantando! Todo el mundo se ha quedado estupefacto. Hacía años que no oían algo parecido, no en esta galería. La mayor parte de los Agudos del dormitorio se han incorporado en sus camas, apoyándose en un codo. ¿Cómo no le han hecho callar aún esos negros de ahí fuera? Es la primera vez que permiten que alguien arme tamaño escándalo, ¿verdad? ¿Cómo se explica que su comportamiento con este tipo sea distinto? Es un hombre de carne y hueso que acabará por debilitarse, palidecer y morir, como cualquier otro. Su vida está sometida a las mismas leyes, tiene que comer, tiene los mismos problemas; luego, es tan vulnerable a los ataques del Tinglado como todos los demás ¿o no?

Pero el recién llegado *es* distinto y los Agudos lo notan, es distinto a todos los que han pasado por esta galería en los últimos diez

años, distinto a toda la gente que han conocido fuera. Es posible que sea igualmente vulnerable, pero el Tinglado no lo ha atrapado.

—«Con mi carro bien cargado» —canta—, «rienda en mano»...

¿Cómo logró escapar? Tal vez, como en el caso del Viejo Pete, el Tinglado no pudo ponerle a tiempo bajo control. Tal vez tuvo una infancia tan salvaje, siempre de un lugar a otro, por todo el país, sin pasar nunca, cuando era niño, más de un par de meses en la misma ciudad, que en realidad jamás llegó a sufrir las garras de una escuela; anduvo cortando madera, jugando, operando ruedas de feria, siempre viajando y trasladándose con tal frecuencia que el Tinglado nunca tuvo oportunidad de instalarle un control. Es posible que sea eso, que el Tinglado nunca tuvo una oportunidad, como tampoco ayer ese negro tuvo una oportunidad de acercársele con el termómetro, porque es difícil darle a un blanco en movimiento.

Nada de esposas pidiendo un parquet nuevo. Ni parientes tirándole de la manga con viejos ojos llorosos. Nadie que se *ocupara* de él, por eso goza de la libertad necesaria para ser un buen farsante. Y tal vez ésta es la razón de que los negros no corran a interrumpir su canto en el lavabo, porque *saben* que queda fuera de su control, y recuerdan lo que pasó aquella vez con Pete y lo que puede hacer un hombre incontrolado. Y comprenden que McMurphy es mucho más corpulento que el Viejo Pete; si van en serio a por él, los derribará a los tres y a la Gran Enfermera armada de una jeringa en la retaguardia. Los Agudos se hacen signos con la cabeza; por eso, suponen, los negros no han interrumpido su canto como hubieran hecho de tratarse de cualquiera de nosotros.

Salgo al pasillo justo en el momento en que McMurphy sale del lavabo. Lleva puesta la gorra y poca cosa más, sólo una toalla en torno a las caderas. Con una mano sostiene la toalla y con la otra un cepillo de dientes. Se queda de pie en medio del pasillo y comienza a pasear la mirada de arriba abajo mientras va dando saltitos de puntillas para evitar, en la medida de lo posible, el frío de las baldosas. Fija la vista en uno de los negros, el más bajito, se le acerca y le da una palmada en el hombro como si fuesen amigos de toda la vida.

—Hola, viejo, ¿hay forma de conseguir un poco de pasta de dientes para cepillarme la herramienta?

El enano negro gira la cabeza y se da de narices con esa mano. Retrocede un poco, luego echa un rápido vistazo para asegurarse de que los otros dos negros están ahí, por si acaso, y le dice a McMurphy que el botiquín no se abre hasta las seis cuarenta y cinco.

—Es la norma —dice.

—¿En serio? Quiero decir, ¿de verdad guardan la pasta de dientes ahí? ¿En el botiquín?

—Así es, en el botiquín, bajo llave.

El negro hace un ademán para indicar que debe continuar frotando el zócalo, pero esa mano sigue agarrada a su hombro como una gran abrazadera roja.

—¿Conque la guardan en el botiquín? Vaya, vaya, vaya, ¿y por qué crees que la guardarán bajo llave? No es una cosa peligrosa, ¿verdad? Es imposible envenenar a alguien con pasta de dientes, ¿no? ¿Por qué razón crees tú que guardan bajo llave algo tan inocuo como un tubito de pasta de dientes?

—Es una norma de la galería, señor McMurphy, ésa es la razón.

Y cuando advierte que, al oír esta explicación, McMurphy no se impresiona como debiera, mira con recelo aquella mano apoyada sobre su hombro, y añade:

— ¿Qué supone que ocurriría si todo el mundo empezara a lavarse los dientes cuando le diera la gana?

McMurphy le suelta el hombro, se da un tironcito al mechón de vello rojo que le adorna el cuello y reflexiona.

—Uy-uy. Uy-uy, ya, ya veo adonde quiere ir a parar: la norma está pensada para los que no pueden lavarse los dientes después de cada comida.

—Por todos los santos, ¿no lo entiende?

—Sí, ahora sí. Dice que la gente se limpiaría los dientes siempre que se le ocurriera.

—Así es, por eso...

—Cielo santo, ¿se imagina? Empezarían a lavarse los dientes a las seis treinta, a las seis veinte... ¿quién sabe? Sí, ya comprendo.

Mira por encima del hombro del negro y hace un guiño en dirección a mi persona, allí, de pie junto a la pared.

—Tengo que limpiar este zócalo, McMurphy.

—Oh, no era mi intención estorbarle en su trabajo.

Comienza a retroceder, mientras el negro se pone otra vez manos a la obra. Luego da un paso adelante y se inclina para mirar la lata que el negro tiene junto a sí.

—Bueno, veamos; ¿qué tiene aquí?

El negro baja la vista.

-¿Dónde?

—Aquí, en esta vieja lata, Sam. ¿Qué es ese polvo que hay en esa lata?

—Ees... detergente.

—Bueno, por lo general uso pasta, pero... — McMurphy hunde su cepillo de dientes en el polvo, lo remueve, lo saca y lo sacude contra el borde de la lata— ...pero ya me las arreglaré con esto. Gracias. Luego seguiremos hablando de esas normas de la galería.

Y vuelve al lavabo, desde donde me llega su canto acompañado del redoble de su cepillo de dientes.

Inmóvil, con el estropajo colgado de su mano gris, el negro se le ha quedado mirando mientras desaparecía. Al cabo de un minuto parpadea, atisba a su alrededor y advierte que lo he visto todo y se me acerca y me arrastra pasillo abajo por el cordón de mi pijama y me empuja hasta un punto del mosaico que ya limpié ayer.

— ¡Ah! Maldita sea, ¡no te muevas de ahí! ¡Quiero verte trabajar y que no te quedes por ahí embobado como una vaca inútil! ¡Quieto! ¡Quieto!

Y me inclino y sigo fregando de espaldas a él para que no pueda ver mi sonrisa. Me alegra que McMurphy se haya enfrentado con el negro como pocos podrían hacerlo. Papá solía hacer lo mismo: con las piernas muy abiertas, inmóvil, apuntando al cielo, como la primera vez que se presentaron los funcionarios del gobierno para negociar la cancelación del tratado.

—Miren, patos del Canadá —dice Papá, apuntando hacia arriba.

Los hombres del gobierno miran y hacen crujir sus papeles.

— ¿En qué mes estamos...? ¿En julio? No hay... este... ánaes en esta época del año. Uh, no ánaes.

Hablaban como los turistas del Este que creen que es preciso procurar hablar de forma que les resulte comprensible a los indios. Papá no parecía prestar ninguna atención a su modo de hablar. Seguía mirando al cielo.

—Patos ahí arriba, hombre blanco. Tú saber. Patos este año. Y el año pasado. Y el otro año y el otro.

Los hombres se miran unos a otros y carraspean.

—Sí. Es posible, Jefe Bromden. Pero, olvídense de esos patos. Mire este contrato. Nuestra oferta podría ser muy beneficiosa para usted... para su gente... podría cambiar la vida del hombre rojo.

Papá dijo:

—... y el otro año y el otro año y el otro...

Cuando por fin los funcionarios cayeron en que les estaban tomando el pelo, todos los miembros del consejo de la tribu, que estaban sentados a la entrada de nuestra choza e iban sacando las pipas de los bolsillos de sus camisas de lana roja y negra para luego guardarlas de nuevo, mientras intercambiaban sonrisas entre sí y en dirección a Papá, todos se estaban riendo a mandíbula batiente. El Tío R. J. Wolf rodaba por el suelo, ahogándose de risa, e iba diciendo:

—Comprendes, hombre blanco.

Fue demasiado para ellos; dieron media vuelta sin decir palabra y se marcharon en dirección a la carretera, con la nuca enrojecida, mientras nosotros nos reíamos a sus espaldas. A veces me olvido del gran poder de la risa.

La llave de la Gran Enfermera entra en la cerradura y el negro corre a su lado en cuanto cruza la puerta, balanceándose alternativamente sobre uno y otro pie, como un niño que quiere ir al lavabo. Estoy lo suficientemente cerca para oír la pronunciar un par de veces el nombre de McMurphy, y comprendo que le está contando que McMurphy quería limpiarse los dientes, olvidándose por completo de viejo Vegetal que murió durante la noche. Agita los brazos y se esfuerza por comunicarle lo que ya ha conseguido hacer, tan de mañana, ese estúpido pelirrojo: ha desorganizado las cosas, ha infringido las normas de la galería, ¿por qué no *hace* algo ella?

La enfermera mira fijamente al negro hasta que deja de agitarse, después otea el extremo del pasillo donde, a través de la puerta del lavabo, se oye, más fuerte que nunca, el atronador canto de McMurphy.

—«Oh, tus padres no me quieren, les parece que soy pobre; les parece que no merezco cruzar tu puerta.»

Su rostro, primero, revela asombro; como todos los demás, hace tanto tiempo que no oía cantar a nadie que tarda un segundo en comprender de qué se trata.

—«Fuerte es mi placer, mi dinero es muy mío, y al que no le guste, que no se meta conmigo.»

Escucha un minuto más para asegurarse de que no está oyendo cosas raras; después empieza a hincharse. Abre las ventanas de la nariz y a cada inspiración se hace más grande, se hincha y adquiere una mirada tan obstinada como no le había vuelto a ver desde que Taber estuvo aquí. Acciona los goznes de sus codos y sus dedos. Oigo un pequeño chirrido. Comienza a avanzar y yo me aplasto contra la pared y cuando irrumpe por donde yo estoy ya ha alcanzado el tamaño de un camión, y tras el tubo de escape va arrastrando el cesto de mimbre como si fuera un remolque Diesel. Tiene los labios entreabiertos y lleva la sonrisa por delante como la rejilla de un radiador. Cuando pasa por mi lado noto que huele a aceite caliente y a chispas electromagnéticas y cada vez que pone un pie en el suelo aumenta un poco más de tamaño, se va hinchando y dilatando, ¡arrollaría todo lo que se interpusiera en su camino! Me horroriza imaginar *qué* piensa hacer.

Entonces, cuando ya va lanzada a toda marcha y en plena furia, McMurphy asoma por la puerta del lavabo justo frente a ella, sujetándose la toalla en torno a las caderas y... ¡la deja *helada!* Se encoge hasta que su cabeza queda más o menos a la altura de aquella toalla que cubre su vientre y él la mira desde lo alto con una sonrisa. Ella, por su parte, empieza a perder la sonrisa que comienza a aflojarse en las comisuras.

— ¡Buenos días, señorita Rat-shed<sup>1</sup>! ¿Cómo van las cosas ahí fuera?

---

<sup>1</sup> Juego de palabras intraducible. En inglés, *rat-shit* significa boñiga de rata. (N. del T.)

— ¡No puede pasarse... con una *toalla!*

— ¿No? —Mira hacia el punto de la toalla que ella tiene frente a los ojos; la toalla está húmeda y muy apretada—. ¿También hay una norma contra las toallas? Bueno, supongo que no tendré más remedio que...

—¡Alto!, no se atreva. ¡Vuelva al dormitorio y vístase *ahora mismo!*

Parece una profesora riñendo a un alumno, de modo que McMurphy baja la cabeza como un alumno y dice con un hilo de voz, como si estuviera a punto de romper a llorar:

—No puedo, señora. Creo que un ladrón me ha soplado la ropa esta noche mientras dormía. Con los colchones que tiene aquí, he dormido como un lirón.

—¿Alguien le ha soplado...?

—Birlado, limpiado, afanado, robado —dice muy satisfecho y en su excitación inicia un bailoteo con los pies descalzos frente a ella.

—¿Le han robado la ropa?

—Eso parece.

—Pero... ¿ropas de presidiario? ¿Para qué?

Interrumpe su bailoteo y baja otra vez la cabeza.

—Sólo sé que allí estaban cuando me acosté y que cuando me he levantado habían desaparecido. Como por encanto. Oh, ya *sé* que eran simples ropas de presidiario, bastas y desteñidas y poco refinadas, señora, lo sé... y es posible que un traje de presidiario no tenga gran valor para el que tiene *otro*. Pero para un hombre desnudo...

—Ese traje —dice ella, que al fin ha comprendido— *debía* ser retirado. Esta mañana le han entregado un uniforme verde de convaleciente.

Él menea la cabeza y suspira, pero sigue con la mirada gacha.

—No. No, me parece que no me lo han dado. Esta mañana me he encontrado sin nada, excepto la gorra que llevo en la cabeza y...

—Williams —brama ella en dirección al negro, que continúa junto a la puerta de la galería como si estuviera a punto de salir corriendo—. Williams, ¿puede venir un momento?



Se arrastra hasta ella como un perro que va a recibir unos azotes.

—Williams, ¿por qué no le han dado un uniforme de convaleciente a este paciente?

El negro suspira aliviado. Se endereza y sonríe, levanta la mano derecha y señala en dirección al otro extremo del pasillo, donde está uno de los negros altos.

—El señor Washington es el encargado de la ropa esta mañana. No yo. No.

— ¡Señor *Washington!* —Le deja clavado, allí con la fregona colgando sobre el cubo, inmóvil, helado—. ¡Quiere venir un momento!

La fregona vuelve a caer silenciosamente en el cubo y él apoya el mango contra la pared con gesto lento y cauteloso. Da media vuelta y mira en dirección a McMurphy y al negro bajito y la enfermera. Luego otea a derecha e izquierda, como si creyera que tal vez ella se dirigía a otra persona.

— ¡Venga aquí!

Se mete las manos en los bolsillos y comienza a arrastrar los pies pasillo adelante en dirección a ella. Nunca camina demasiado rápido y advierte que si no se da un poco de maña ella le *paralizará* y le hará trizas de una simple mirada; todo el odio y la furia y la frustración que había pensado verter sobre McMurphy se proyecta hacia el negro que avanza por el pasillo y él la siente chocar contra su cuerpo como un viento huracanado que le obliga a ir aún más despacio. Tiene que inclinarse contra ese vendaval, y apretar los brazos en torno a su cuerpo. Sobre su pelo y en sus cejas se forman cristales de escarcha. Avanza muy inclinado, pero sus pasos se hacen cada vez más lentos; nunca conseguirá llegar.

Entonces McMurphy comienza a silbar «Sweet Georgia Brown» y la enfermera aparta los ojos del negro justo a tiempo. Está más enfadada y más frustrada que nunca, jamás la había visto tan furiosa. Su sonrisa de muñeca se ha esfumado, se ha transformado en una rendija apretada y estrecha como un alambre al rojo vivo. Si algún paciente pudiera estar aquí para verla ahora, McMurphy ya podría empezar a cobrar sus apuestas.

Por fin el negro llega a su lado; ha tardado dos horas. Ella da un profundo suspiro.

—Washington, ¿por qué no se le entregó una muda a este hombre esta mañana? ¿No se ha fijado en que sólo lleva una toalla?

—Y la gorra —susurra McMurphy, y con el dedo, se da un golpecito en la visera.

—¿Señor Washington?

El negro grandote mira al pequeñajo que le ha delatado y el pequeño comienza a retorcerse otra vez. El grande se le queda mirando un buen rato con unos ojos como lámparas de radio y se hace el propósito de arreglarle las cuentas más tarde; después gira la cabeza y escudriña a McMurphy de arriba abajo, sopesando los duros y fuertes hombros, la sonrisa torcida, la cicatriz de la nariz, la mano que sujeta la toalla, y luego mira a la enfermera.

—Creo... —comienza a decir.

—*¡Cree!* ¡Crea menos y haga algo! ¡Vaya ahora mismo a buscarle un uniforme, señor Washington, o se pasará las próximas dos semanas en la Galería de Geriátrica! Sí. Un mes de orinales y baños de barro le vendrá bien para refrescar su cabeza y tal vez comprenda cuan poco trabajo tienen en esta galería. En cualquier otra galería, ¿quién cree que estaría fregando el pasillo todo el día? ¿El señor Bromden? No, sabe muy bien quién lo haría. Les dispensamos de la mayor parte de sus tareas domésticas para que puedan ocuparse de los pacientes. Y eso incluye el preocuparse de que no corran exhibiéndose por ahí. ¿Qué habría pasado si una de las enfermeras jóvenes llega temprano y se encuentra a un paciente en el pasillo, sin uniforme? ¡Qué me dice!

El negro grandote no sabe muy bien qué podría haber pasado, pero comprende la intención y sale hacia el ropero en busca de un uniforme para McMurphy —probablemente diez tallas demasiado pequeño para él—, vuelve a pasar ligero y le tiende el uniforme con la mirada de más puro odio que jamás he visto. McMurphy se queda inmóvil, muy confundido, como si no supiera cómo coger el traje que le ofrece el negro, cómo arreglárselas con el cepillo en una mano y la otra sosteniendo la toalla. Por último, le hace un guiño a la enfermera, se encoge de hombros, se quita la toalla y se la cuelga a ella en un hombro, como si ella fuera un colgador de madera.

Descubro que todo el rato ha llevado los calzoncillos puestos, debajo de la toalla.

La verdad es que me parece que, en vez de verle así vestido, ella preferiría que hubiera estado completamente desnudo debajo de esa toalla. Muda y absolutamente agraviada, lanza furiosas miradas a las enormes ballenas blancas que cubren sus calzoncillos. Es demasiado para ella. Tarda un minuto largo en recuperar un poco su compostura y volverse hacia el negro bajito; su voz tiembla incontrolada, tanta es su rabia.

—Williams... creo que... debía haber limpiado los cristales de la Casilla de las Enfermeras para cuando yo llegara esta mañana.

Williams sale escapando como un pequeño escarabajo blanco y negro.

—Y usted, Washington... y usted...

Washington vuelve a su cubo, casi al trote. Ella mira a su alrededor, a ver si encuentra a alguien más con quien meterse. Me descubre, pero a estas alturas otros pacientes han comenzado a salir del dormitorio y a preguntarse qué hace nuestro grupito allí en el pasillo. Ella cierra los ojos y se concentra. No puede permitir que le vean el rostro así, lívido e impregnado de furia. Recurre a toda su capacidad de autocontrol.

Poco a poco, los labios se van recomponiendo bajo la naricilla blanca, se dilatan, como si el alambre encendido hubiera llegado a fundirse de tanto calor, refulgen un instante y luego se cierran con firmeza como si fueran piezas de hierro colado y comienzan a adquirir una apariencia fría y curiosamente mortecina. Los labios se entreabren y entre ellos asoma la lengua, como un trozo de blanca escoria. Sus ojos vuelven a abrirse y tienen el mismo y extraño aspecto mortecino y frío e inexpresivo de los labios, pero se lanza de cabeza a la rutina cotidiana como si nada hubiera ocurrido, con la esperanza de que los pacientes estén demasiado dormidos para darse cuenta de nada.

— Buenos días, señor Sefelt, ¿van mejor sus dientes? Buenos días, señor Fredrickson, ¿usted y el señor Sefelt han pasado buena noche? Duermen uno al lado del otro, ¿verdad? Por cierto, me han comunicado que han llegado a una especie de acuerdo con sus medicamentos: ¿usted le cede su medicina a Bruce, verdad, señor Sefelt? Luego hablaremos de eso. Buenos días, Billy; vi a su madre cuando venía hacia aquí y me pidió que sobre todo le dijera que piensa constantemente en usted y que está *segura* de que no la defraudará.

Buenos días, señor Harding... pero, mire, sus dedos, tienen las puntas enrojecidas y descarnadas. ¿No habrá estado mordiéndose las uñas otra vez?

Antes de que puedan responderle, aun suponiendo que hubiera algo a responder, se vuelve hacia McMurphy que sigue ahí de pie, en calzoncillos. Harding mira los calzoncillos y suelta un silbido.

— Y a usted, señor McMurphy —dice con una sonrisa dulce como la miel—, le sugeriría que, si ya ha terminado de exhibir su viril musculatura y sus llamativos calzoncillos, vaya al dormitorio y se ponga el uniforme.

Él se lleva la mano a la gorra y dirigiéndose a ella y a los pacientes que están contemplando las ballenas blancas de sus calzoncillos, mientras hacen burlones comentarios, saluda y se va al dormitorio sin decir palabra. Ella da media vuelta y sale en sentido contrario, con la rígida y roja sonrisa por delante; antes de que llegue a cerrar la puerta de su casilla de cristal, ya comienza a salir del dormitorio otra vez el canto de McMurphy.

—«Me llevó al salón, y me abanicó» —puedo oír resonar las palmadas sobre su vientre desnudo—, «y dijo al oído de su mamá, quiero a este tipo que sabe jugar.»

Comienzo a barrer el dormitorio en cuanto queda vacío. Estoy buscando pelusas debajo de su cama cuando percibo un olor que, por primera vez desde que estoy en el hospital me hace comprender que este gran dormitorio lleno de camas, en el que duermen cuarenta hombres maduros, siempre ha estado impregnado de mil olores distintos —olor a germicida, a pomada de cinc, a polvo fungicida, a orines y a acre estiércol de viejo, a Pablum y a elixir, a calzoncillos y a calcetines mohosos incluso cuando acaban de llegar de la lavandería, olor inflexible al almidón de las sábanas, hedor acre y de las bocas por la mañana, olor a plátano del aceite de máquina y, a veces, olor a brillantina—, pero jamás hasta hoy, hasta su llegada, había tenido este viril olor a polvo y a barro de los campos recién labrados, y a sudor, y a trabajo.

McMurphy se pasa todo el desayuno hablando y riendo sin parar. Cree que después de lo de esta mañana ya no le costará nada vencer a la Gran Enfermera. No sabe que tan sólo la ha cogido desprevenida y que, más bien, la ha ayudado a reforzar su línea de defensa.

Está haciendo el payaso y se esfuerza por arrancarles una carcajada a algunos muchachos. Le molesta que sólo sean capaces de sonreír débilmente y soltar una risita ahogada de vez en cuando. Comienza a provocar a Billy Bibbit que está sentado frente a él y le dice en tono misterioso:

—Eh, Billy, ¿te acuerdas del día en que conocimos a aquellos bombones en Seattle? Uno de los mejores bocados que me ha tocado en suerte en mi vida.

Billy levanta del plato unos ojos muy abiertos. Abre la boca pero no consigue articular palabra. McMurphy se vuelve hacia Harding.

—Y, por otra parte, nunca habiéramos conseguido llevárnoslas así de improviso, de no ser porque habían oído hablar de Billy Bibbit. Billy Bibbit, el de la porra<sup>1</sup>, así le llamaban entonces. Aquellas chicas ya estaban a punto de largarse cuando una le miró y dijo: «¿Eres el famoso Billy Bibbit el de la Porra? ¿El de las catorce pulgadas?» —Y Billy bajó la cabeza y se ruborizó como ahora— y ahí mismo nos embarcamos. Y recuerdo que cuando subimos a las habitaciones del hotel, junto a la cama de Billy se oyó una voz de mujer que decía, «Señor Bibbit, ¡qué desengaño! ¡Me habían dicho que tenía cator... cator... por todos los santos!».

Y grita y se da palmadas en el muslo y señala a Billy con el pulgar hasta que parece que Billy se va a desvanecer de tanto sonrojarse y sonreír.

McMurphy dice, como si fuera lo más natural de mundo, que un par de bomboncitos como éstos es lo *único* que le falta a este hospital. Nunca había dormido en una cama como la que dan aquí, y qué bien servida está la mesa. No logra comprender por qué todos parecen tan poco satisfechos de estar encerrados aquí.

—Fijaos —les dice a los chicos y levanta su vaso a contraluz—, el primer vaso de jugo de naranja que bebo en seis meses. Uuuy, qué

---

<sup>1</sup> Billy «Club» Bibbit, juego de palabras intraducible; *billy-club*, es una porra.

rico. ¿Y sabéis qué me daban para desayunar en el centro de trabajo? ¿Qué me servían? Bueno, puedo describiros lo que *parecía*, pero desde luego no sabría decir qué era;

mañana, tarde y noche estaba siempre quemado y tenía patatas y parecía brea para impermeabilizar techos. Una cosa es segura: no era jugo de naranja. Y ahora, en cambio: tocino, tostadas, mantequilla, huevos, café —esa dulzura de la cocina incluso me pregunta si lo tomo solo o con leche, gracias— y ¡un gran vaso entero de zumo de naranja! ¡No me iría de aquí ni que me pagaran!

Repite de todo y concierta una cita con la chica que sirve el café en la cocina, para cuando le den de alta, y felicita al cocinero negro por freír el mejor par de huevos que ha comido en su vida. Nos han dado plátanos para acompañar el cereal y él coge un puñado y le dice al negro que cogerá uno para él porque se le ve muy hambriento, y el negro atisba hacia la sala donde la enfermera está sentada en su casilla de cristal y dice que el servicio no está autorizado a comer con los pacientes.

— ¿Va contra las normas de la galería?

—Así es.

—Qué lástima... —y pela tres plátanos bajo las mismas narices del negro, se los come uno tras otro y le dice al negro que «siempre que quiera algo del comedor, no tiene más que decírmelo, Sam».

Cuando termina el último plátano, se da una palmada en la barriga, se levanta y se encamina hacia la puerta, y el negro grandote le cierra el paso y le dice que la norma es que los pacientes se queden sentados en el comedor hasta que a las siete treinta salgan todos. McMurphy se lo queda mirando como si no pudiera dar crédito a sus oídos, luego da media vuelta y mira a Harding. Éste hace un gesto afirmativo, conque McMurphy se encoge de hombros y vuelve a su sitio.

—Le aseguro que no quiero infringir esas malditas normas.

El reloj que cuelga al fondo del comedor señala las siete y cuarto, miente al decir que sólo llevamos quince minutos aquí, cuando todos sabemos que ha pasado al menos una hora. Todo el mundo ha terminado de comer y se apoya en el respaldo de las sillas y va siguiendo con la mirada el avance de la manecilla larga hasta que

marca las siete y media. Los negros se llevan las bandejas sucias de los Vegetales y empujan los cochecitos de los dos viejos para llevarlos a la ducha. Casi la mitad de los tipos que están en el comedor dejan caer la cabeza entre los brazos con la intención de echar un sueñecito antes de que regresen los negros. Es lo único que se puede hacer, sin cartas ni revistas ni rompecabezas. Sólo dormir o mirar el reloj.

Pero McMurphy no puede quedarse quieto haciendo eso; necesita movimiento. Después de pasar dos minutos apartando con la cuchara los restos de comida que quedan en su plato, se dispone a entrar en acción. Se mete los pulgares en los bolsillos, se echa hacia atrás y cierra un ojo para mirar el reloj de pared. Luego se frota la nariz.

—Sabéis una cosa... ese viejo reloj me ha hecho pensar en los *blancos* del campo de tiro de Fort Riley. Allí conseguí mi primera medalla, por mi gran puntería. Murphy, Ojo Certero. ¿Quién quiere apostarse un miserable dólar a que no consigo acertar en medio de la esfera de ese reloj con este trocito de mantequilla o a que ni tan sólo le doy a la esfera?

Tres aceptan la apuesta y McMurphy coge su trocito de mantequilla, lo coloca sobre el cuchillo y lo catapulta. Queda pegado en la pared, al menos a unas seis pulgadas a la izquierda del reloj y todo el mundo se ríe de él hasta que comienza a pagar sus deudas. Aún siguen preguntando si ha dicho ojo certero u

ojos ciegos<sup>1</sup> cuando el negro más bajito vuelve de limpiar a los Vegetales y todo el mundo baja la vista y se queda muy quieto mirando su plato. El negro nota que algo pasa, pero no consigue adivinar qué. Y es muy probable que nunca lo hubiera descubierto de no ser por el viejo Coronel Matterson que al mirar a su alrededor, ve el trozo de mantequilla pegado a la pared y ello le impulsa a señalarlo y a iniciar una de sus disertaciones. Comienza a explicarnos con voz pausada y sonora, como si lo que está diciendo tuviera algún sentido:

—La man-te-qui-lla... es el par-ti-do re-pu-bli-cano...

El negro mira hacia donde señala el coronel y ahí está la mantequilla que comienza a deslizarse pared abajo como un caracol

---

<sup>1</sup> Juego de palabras intraducible entre *Dead-Eye*, ojo certero, y *Dead-eyes*, ojos ciegos. (N. del T.)

amarillo. Parpadea al verla, pero no dice ni media palabra, ni siquiera se preocupa de intentar averiguar quién la ha tirado allí.

McMurphy murmura y gesticula ante los Agudos que tiene cerca y al cabo de un instante todos asienten y él deja tres dólares sobre la mesa y se apoya en el respaldo de la silla. Todo el mundo vuelve la cabeza y se queda mirando el trocito de mantequilla que, resbalando por la pared, avanza, se detiene, sigue otra vez adelante y va dejando sobre la pintura un rastro brillante. Nadie abre la boca. Miran la mantequilla, luego el reloj, luego otra vez la mantequilla. El reloj ha comenzado a moverse.

La mantequilla llega al suelo aproximadamente medio minuto antes de las siete treinta y McMurphy recupera todo el dinero que había perdido.

El negro se despabila, vuelve la espalda a la línea de grasa que surca la pared y dice que podemos salir y McMurphy sale metiéndose el dinero en el bolsillo. Rodea los hombros del negro con el brazo y medio andando, medio empujándole, avanza por el pasillo en dirección a la sala de estar.

—Van pasando las horas, Sam, amigo, y apenas me he recuperado. Tengo que apresurarme si quiero ganar algo. A ver si sacas la baraja que tienes guardada bajo llave ahí en el armario y yo ya intentaré gritar más que ese altavoz.

Se pasa la mayor parte de la mañana esforzándose en recuperar el tiempo perdido, sirviendo al «veintiuno»; ahora juegan con pagarés en vez de cigarrillos. Mueve la mesa de juego dos o tres veces, en un intento de alejarse del altavoz. Salta a la vista que le está exasperando. Por fin se va a la Casilla de las Enfermeras y golpetea el cristal hasta que la Gran Enfermera da media vuelta en su silla y le abre la puerta, y él le pregunta si no podría apagar ese ruido infernal durante un rato. Ella se muestra más serena que nunca, ahora que vuelve a encontrarse instalada en su silla detrás de su panel de cristal; aquí no puede perturbarla ningún sacrílego en calzoncillos. Su sonrisa ha cuajado con firmeza. Cierra los ojos, mueve negativamente la cabeza y le dice a McMurphy en un tono muy amable: No.



—¿No podría al menos bajar un poco el volumen? No todo el estado de Oregón tiene por qué escuchar a Lawrence Welk en «Té para dos» tres veces por hora, ¡todo el santo día! Si el ruido no impidiera oír lo que dice el jugador

que está al otro lado de la mesa, tal vez podría organizar una partidita de póquer...

—Ya sabe, señor McMurphy, que jugar dinero en la galería va contra las normas.

—Bueno, pues bájela para que podamos jugarnos cerillas, botones de bragueta... ¡bájela y ya está!

—Señor McMurphy... —antes de seguir hablando espera a que su serena voz de maestra produzca todo su impacto; sabe que les están escuchando todos los Agudos de la galería—, ...¿sabe cuál es mi opinión? Considero que su actitud es muy egoísta. ¿No se ha dado cuenta de que en este hospital hay otras personas además de usted? Hay hombres de edad que no podrían oír la radio si la pusiéramos más baja, ancianos que simplemente no pueden leer, ni montar rompecabezas... ni jugar a las cartas para ganarles cigarrillos a los demás. Viejos como Matterson y Kittling cuya única distracción es esa música que sale del altavoz. Y usted quiere quitarles hasta eso. Nos gusta acceder a las sugerencias y peticiones siempre que nos es posible, pero creo que, antes de pedir algo así, por lo menos debería pensar un poco en los demás.

Él da media vuelta y echa un vistazo al lado de los Crónicos y comprende que ella tiene su poco de razón. Se quita la gorra, se pasa los dedos por el pelo y finalmente se vuelve otra vez hacia ella. Sabe tan bien como ella que todos los Agudos están pendientes de cada una de sus palabras.

—Conforme... no se me había ocurrido.

—Eso me pareció.

Da un tirón al mechón de pelo rojo que le asoma por el cuello del uniforme verde y luego dice:

—Bueno, ¿qué le parecería entonces si nos fuésemos a jugar a otra parte? ¿A otra sala? Como, por ejemplo, ese cuarto donde ponen las mesas durante la reunión. El resto del día está vacío. Podría abrir

ese cuarto y permitir que los que desean jugar a cartas se quedasen ahí, y dejar aquí a los viejos con su radio... y todos contentos.

La enfermera sonrío, vuelve a cerrar los ojos y sacude gentilmente la cabeza.

— Desde luego, puede exponer la sugerencia al resto del personal cuando se presente la ocasión, pero creo que todos compartirán mi punto de vista: no disponemos de personal suficiente para atender dos salas de estar. Somos muy pocos. Y le agradecería que no se apoyase en ese cristal, por favor; tiene las manos grasientas y lo está manchando. Alguien tendrá que limpiarlo luego.

Él retira la mano sobresaltado y veo que está a punto de decir algo y luego calla, al comprender que ella no le ha dejado nada que decir, a menos que empiece a maldecirla. Tiene la cara y el cuello enrojecidos. Suspira profundamente y hace acopio de toda su fuerza de voluntad, como hizo ella esta mañana, y le dice que lamenta mucho haberla molestado y vuelve a la mesa de juego.

Todos en la galería advierten que la cosa está en marcha.

A las once se presenta el doctor y llama a McMurphy y le dice que le gustaría que fuese a su oficina para hablar un rato.

— Entrevisto a todos los recién llegados al día siguiente de su admisión.

McMurphy deja las cartas, se levanta y va hacia el doctor. Éste le pregunta cómo ha pasado la noche, pero McMurphy apenas masculla una respuesta.

— Parece muy ensimismado hoy, señor McMurphy.

— Oh, a veces también pienso —dice McMurphy y salen juntos al pasillo.

Cuando, transcurridos lo que parecen días, regresan los dos, sonrían y parlotean y parecen muy contentos por algún motivo. El doctor está limpiando sus gafas y parece que realmente ha estado riéndose, y McMurphy vuelve a mostrarse tan ruidoso y fanfarrón como de costumbre. Sigue en ese estado de ánimo hasta después de comer y a la una es el primero en sentarse para la reunión, mirándolo todo, desde su rincón con sus ojos azules muy abiertos.

La Gran Enfermera entra en la sala de estar con su séquito de enfermeras auxiliares y su cesto lleno de papeles. Coge de la mesa el

cuaderno de bitácora y lo mira un instante con el ceño fruncido (nadie ha escrito nada sobre nadie en todo el día), luego se instala en su silla junto a la puerta. Del cesto que tiene en el regazo coge un par de dossiers y los hojea hasta encontrar el correspondiente a Harding.

—Si no recuerdo mal, ayer adelantamos bastante con el problema de señor Harding...

—Ah... antes de empezar —dice el doctor—, quisiera interrumpirles un momento, si me lo permiten. Se trata de una conversación que he tenido con el señor McMurphy esta mañana, en mi oficina. Estuvimos recordando cosas, en realidad. Charlando de los viejos tiempos. Verán, el caso es que el señor McMurphy y yo tenemos algo en común... fuimos al mismo colegio.

Las enfermeras se miran unas a otras y se preguntan qué le pasará a ese hombre. Los pacientes miran de reojo a McMurphy que sonrío en su rincón y esperan que el doctor siga hablando. Él asiente con la cabeza.

—Sí, al mismo colegio. Y rememorando viejos tiempos recordamos los carnavales que solía organizar el colegio, unas fiestas maravillosas, animadas, fuera de serie. Adornos, guirnaldas de papel, casetas de feria, juegos; solía ser uno de los máximos acontecimientos del año. Yo —como le decía a McMurphy— fui director del carnaval del colegio los años que estuve allí; aquellos eran tiempos felices...

En la sala de estar se ha hecho un gran silencio. El doctor levanta la cabeza y mira a su alrededor para comprobar si está haciendo el ridículo. La mirada de la Gran Enfermera no deja lugar a dudas al respecto, pero él no lleva las gafas puestas y esa mirada le resbala.

—En fin, para no alargarme en nostálgicas sensiblerías, hablando de ello, McMurphy y yo hemos pensado que tal vez a los hombres de esta galería les gustaría organizar un carnaval.

Se pone las gafas y vuelve a observar a los que le rodean. Nadie se ha puesto a dar saltos de alegría ante la perspectiva. Algunos aún recordamos que Taber intentó organizar un carnaval hace unos años y cómo acabó la cosa. Mientras el doctor aguarda, de la enfermera sale un penetrante silencio que flota sobre todo el grupo, como un desafío. Sé que McMurphy no puede romper el hielo porque la idea del carnaval es cosa suya, y justo cuando empezaba a pensar que nadie cometería la

locura de quebrantar ese silencio, Cheswick, que está sentado junto a McMurphy, emite un gruñido y, antes de que pueda comprender qué ocurre, se encuentra ahí de pie, frotándose las costillas.

—Uh... yo por mi parte creo que, bueno... —baja los ojos y ve el puño de McMurphy apoyado en su silla, con el gordo pulgar muy tieso como una pica—, ...un carnaval parece una idea estupenda. Rompería la monotonía.

—Tiene razón, Charley —dice el doctor, agradecido por el apoyo que le está prestando Cheswick—, y desde luego no deja de tener su valor terapéutico.

—Desde luego —dice Cheswick, con aire más satisfecho— . Desde luego. Un carnaval es muy terapéutico. Ya lo creo.

—S-s-sería dive-e-ertido —dice Billy Bibbit.

—Sí, eso también —corroborra Cheswick—. Podríamos organizarlo, doctor Spivey, claro que podríamos. Scanlon puede hacer el número de la bomba humana, y yo podría hacer un juego de anillas en la sala Terapéutica Ocupacional.

—Yo adivinaré la fortuna —dice Martini y mira de soslayo a algún lugar del techo.

—Yo también soy bastante bueno para diagnosticar patologías por las líneas de la mano —añade Harding.

—Estupendo, estupendo —exclama Cheswick y aplaude. Es la primera vez que alguien le apoya.

—Por mi parte —dice McMurphy arrastrando las palabras—, me complacerá hacerme cargo de una rueda de la fortuna. Tengo alguna experiencia...

—Oh, hay muchísimas posibilidades —comenta el doctor que, sentado muy erguido en su silla, comienza en realidad a entusiasmarse—. Yo mismo tengo un millón de ideas...

Sigue hablando a todo gas durante unos cinco minutos más. No cuesta adivinar que muchas de esas ideas ya las ha discutido previamente con McMurphy. Describe juegos, casetas de feria, habla de vender entradas y de pronto se interrumpe con tanta brusquedad como si la mirada de la enfermera acabara de darle en medio de la frente. Parpadea y le pregunta:

— ¿Y usted qué opina, señorita Ratched? ¿De un carnaval? ¿Aquí en la galería?

—Convengo en que tal vez ofrezca una serie de posibilidades terapéuticas —dice ella y hace una pausa. Deja que el silencio vaya imponiéndose otra vez. Cuando está segura de que nadie lo romperá, prosigue—: Pero también opino que, antes de tomar una decisión, debería discutirse esta sugerencia en la reunión del personal. ¿No cree usted lo mismo, doctor?

—Desde luego. Sólo he pensado, compéndalo, en averiguar primero qué acogida tenía entre los hombres. Pero, sin duda, es preciso discutirlo primero en la reunión del personal. Luego seguiremos haciendo proyectos.

Todo el mundo sabe que ése es el fin del carnaval.

La Gran Enfermera se dispone a tomar las riendas otra vez y comienza a arañar el dossier que tiene en la mano.

—Muy bien. Entonces, si no hay otros asuntos que tratar y si el señor Cheswick hace el favor de sentarse, sugiero que iniciemos de inmediato la discusión. Nos quedan... —saca el reloj del cesto y lo mira— ...cuarenta y ocho minutos. Bien, como...

—Oh. Eeep, un momento. Acabo de recordar otra cosa.

McMurphy ha levantado la mano y chasquea los dedos. Ella se queda un largo rato con los ojos fijos en esa mano y por fin dice:

—¿Sí, señor McMurphy?

—No es asunto mío, es cosa del doctor Spivey. Doc, dígales lo que ha pensado sobre los pacientes duros de oído y la radio.

La cabeza de la enfermera se estremece un poco; el gesto es casi imperceptible, pero mi corazón comienza a galopar. Guarda el dossier en el cesto y se vuelve hacia el doctor.

—Sí —dice el doctor—. Por poco me olvido.

Se reclina en su silla, cruza las piernas y junta las yemas de los dedos; advierto que aún está de buen humor, pensando en su carnaval.

—Verá, McMurphy y yo hemos estado hablando de ese eterno problema de jóvenes y viejos. No es el marco ideal para nuestra Comunidad Terapéutica, pero la Administración dice que no hay solución pues el Edificio de Geriátría ya está sobrecargado. Soy el

primero en admitir que la situación no resulta de lo más agradable para ninguno de los afectados. Pero, a McMurphy y a mí se nos ha ocurrido una idea que podría hacer la vida más agradable a ambos grupos. McMurphy me comentaba que ha observado que algunos de los más viejos parecen tener dificultades para escuchar la radio. Me ha sugerido que tal vez podríamos subir un poco el volumen para que pudiesen oírlos los Crónicos con problemas auditivos. Una sugerencia muy humanitaria, a mi entender.

McMurphy hace un ademán como para quitarle importancia a la cosa y el doctor le mira con expresión de aprobación y continúa:

—Pero le he hecho notar que en otras ocasiones, he recibido quejas de los más jóvenes para quienes la radio ya está tan alta que molesta para charlar y leer. McMurphy me ha dicho que había pensado en ello y que consideraba indignante que los que deseaban leer no pudieran retirarse a un lugar tranquilo y dejar la radio para quienes quisieran escucharla. Convine con él y me disponía a pasar a otro tema, cuando recordé la vieja sala de baños donde guardamos las mesas durante las reuniones. Nunca usamos ese cuarto excepto para este propósito; con los nuevos medicamentos la hidroterapia a la que estaba destinado ya no es necesaria. Luego he pensado que tal vez al grupo le gustaría poder contar con ese cuarto como una especie de segunda sala de estar, un sala de *juego*, como si dijéramos.

El grupo no dice nada. Saben a quién le toca intervenir ahora. Ella vuelve a coger el dossier de Harding, lo deja sobre su regazo y cruza las manos sobre las tapas mientras escudriña la sala con la mirada, por si alguien tiene la osadía de querer hablar. Cuando no queda la menor duda de que nadie dirá palabra hasta que ella exponga su opinión, se vuelve otra vez hacia el doctor.

—Parece una buena idea, doctor Spivey, y me complace saber que el señor McMurphy se preocupa del bienestar de los demás pacientes, pero mucho me temo que no contemos con personal suficiente para atender una segunda sala de estar.

Y está tan segura de que no debe hablarse más del asunto que comienza a abrir otra vez la carpeta. Pero el doctor lo ha meditado mejor de lo que ella creía.

—Ya he pensado en eso, señorita Ratched. Pero dado que en esta sala de estar con el altavoz se quedarían principalmente pacientes

Crónicos —la mayoría de los cuales no puede moverse de sus camillas o sillas de ruedas— un empleado y una enfermera deberían bastar para controlar con facilidad cualquier revuelta o sublevación que pudiera producirse, ¿no cree?

Ella no responde, no le hace ninguna gracia su broma sobre las posibles revueltas y sublevaciones, pero su expresión permanece inmutable. Sigue sonriendo.

—Entonces los otros dos ayudantes y las demás enfermeras podrían ocuparse de los hombres que estuvieran en la sala de baños, tal vez incluso con mayores garantías que en un espacio tan amplio como éste. ¿Vosotros qué pensáis, muchachos? ¿Sería posible? Personalmente, estoy bastante entusiasmado con la idea y mi opinión es que deberíamos hacer la prueba, experimentar cómo van las cosas durante un par de días. Que falla, bueno, siempre nos queda la posibilidad de echarle la llave a ese cuarto otra vez, ¿no?

— ¡Eso es! —dice Cheswick y se golpea la palma de la mano izquierda con el puño de la derecha. Sigue de pie, como si temiera volver a toparse con el pulgar de McMurphy—. Eso es, doctor Spivey, si no funciona, podemos echarle la llave otra vez. Qué duda cabe.

El doctor atisba a su alrededor y ve que los demás Agudos asienten y sonríen y parecen tan complacidos con lo que él considera su propuesta que se ruboriza como Billy Bibbit y tiene que limpiarse un par de veces las gafas antes de conseguir decir algo. Me divierte ver a este hombrecillo tan pagado de sí mismo. Observa cómo asienten todos los chicos y él también hace un gesto de asentimiento y dice:

—Muy bien, muy bien —y apoya las manos sobre las rodillas—. Estupendo. Bueno, si todos estamos de acuerdo... creo que se me ha olvidado de qué íbamos a hablar esta mañana.

La cabeza de la enfermera vuelve a estremecerse ligeramente. Se inclina sobre su cesto y coge un dossier. Hojea los papeles y parece como si le temblaran las manos. Saca una hoja, pero antes de que pueda comenzar a leer, McMurphy se ha puesto de nuevo en pie y levanta la mano mientras se balancea alternativamente sobre uno y otro pie, y suelta un largo y meditado, «Oigaaa», y ella deja de pasar hojas, y se queda inmóvil como si el sonido de esa voz la hubiera petrificado al igual que el sonido de la suya había petrificado a aquel negro esta

mañana. Cuando se queda ahí helada me sobrecoge otra vez esa extraña sensación. La observo con atención mientras habla McMurphy.

—Oigaaa, doctor, me muero por saber qué significa un sueño que tuve la otra noche. Verá fue como si fuera *yo*, el del sueño, pero al mismo tiempo *no* lo fuera como si fuese otra persona parecida a mí, como... como... ¡mi *papá!* Sí, era él. Tenía que ser mi papá porque a ratos me veía —le veía— con un clavo de hierro en la mandíbula como el que tenía papá...

— ¿Su padre lleva un *clavo* de hierro en la mandíbula?

—Bueno, ahora no, pero lo llevó en un tiempo, cuando yo era niño. ¡Se pasó unos diez meses con un gran clavo de metal que le entraba por *aquí* y le salía por *acá!* Cielo santo, parecía un verdadero Frankenstein. Le habían dado en la mandíbula con una pértiga un día que tuvo un altercado con el encargado de empujar los troncos río abajo en la serrería... ¡Hey! ¿Quieren que les cuente *ese* incidente...?

El rostro de la enfermera sigue sereno, como si le hubieran sacado un molde y lo hubiera pintado para prestarle exactamente la expresión deseada. Confiada, paciente, imperturbable. Ni un leve estremecimiento más, sólo la terrible mirada helada, una serena sonrisa moldeada en plástico rojo; una frente lisa, despejada, sin ni una arruga que demuestre flaqueza o preocupación; inexpresivos y grandes ojos verdes pintados sobre la cara, pintados con una mirada que dice puedo esperar, de vez en cuando, tal vez pierda algún que otro metro de terreno, pero puedo esperar, y mostrarme paciente y serena y segura de mí misma, porque sé que en realidad no tengo nada que perder.

Por un instante he creído verla derrotada. Es posible que así fuera. Pero ahora comprendo que no tiene ninguna importancia. Los pacientes van mirándola de reojo, uno tras otro, para comprobar cómo reacciona ante la manera en que McMurphy ha conseguido dominar la reunión y todos ven lo mismo. Es demasiado grande para nosotros. Cubre todo un lado de la habitación como una estatua de Jasper Jones. Imposible hacer mella en ella, imposible resistírsele. Acaba de perder una pequeña batalla, pero es una batalla sin importancia dentro de una gran guerra que ella ha venido ganando y que seguirá ganando. No debemos permitir que McMurphy nos haga abrigar esperanzas de algo distinto, que nos arrastre a cometer una estupidez. Ella seguirá ganando, como el Tinglado, porque la respalda todo el poder del



Tinglado. No pierde con sus derrotas, pero gana con las nuestras. Para vencerla no basta con ganarle dos manos de cada tres o tres de cada cinco, es preciso salir triunfante cada vez que uno se enfrenta a ella. Basta que uno se descuide, basta que pierda *una vez*, para que ella gane toda la partida. Y todos tenemos que acabar perdiendo más pronto o más tarde. Es inevitable.

Ahora mismo, ha enchufado la máquina de hacer niebla y está funcionando a tal velocidad que ya sólo veo su rostro, y la niebla se hace más y más densa, y yo me siento tan desamparado y muerto como feliz me sentía hace un minuto, cuando ella se estremeció; casi me siento más desesperado que nunca, pues ahora sé que no hay forma de enfrentarse a ella o a su Tinglado. McMurphy está tan desamparado como yo. Nadie puede hacer nada. Y mientras más pienso en la imposibilidad de actuar, más densa se hace la niebla. Y, cuando por fin es tan espesa que uno se pierde en ella y puede dejarse ir y sentirse a salvo otra vez, yo me alegro.

En la sala de estar juegan al Monopoly. Llevan tres días jugando y todo está lleno de casas y de hoteles; han juntado dos mesas para que quepan todas las hipotecas y las pilas de falsos billetes. McMurphy les ha convencido de que el juego es más interesante si ponían un centavo por cada falso dólar que les entregara la banca; la caja del Monopoly está llena de calderilla.

—Te toca tirar, Cheswick.

—Un momento, antes de que tire. ¿Qué hay que hacer para comprar un hotel?

—Primero tienes que poseer cuatro casas en cada terreno del mismo color, Martini. Vamos, a ver si seguimos jugando de una vez.

—Un minuto.

Un montón de billetes comienzan a revolotear en ese extremo de la mesa, papeles rojos y verdes y amarillos salen volando en todas direcciones.

—¿Compras un hotel o celebras un carnaval, por todos los demonios?

—Te toca tirar, Cheswick.

— ¡Doble as! Vaya, Cheswick, ¿dónde has caído? ¿No será en mi terreno por casualidad? ¿Con qué vas a pagarme, a ver, trescientos cincuenta dólares?

—Maldita sea.

—¿Qué es eso? Un momento. ¿Qué es eso que hay ahí en el tablero? Esas cosas...

—Martini, pero si esas cosas han estado siempre ahí, hace dos días que las estás viendo. Claro que pierdo. McMurphy, no sé cómo puedes concentrarte con Martini ahí alucinando a cien por hora.

—No te preocupes de Martini, Cheswick. Lo está haciendo muy bien. Suelta esos trescientos cincuenta y Martini ya se las arreglará; ¿no le hacemos pagar cada vez que una de sus «cosas» cae en nuestra propiedad?

Un minuto. Hay muchas.

—Tranquilo, Mart. Tú sólo tienes que preocuparte de dónde caen. Te toca tirar otra vez, Cheswick, sacaste un doble. Ahí va. ¡Anda! Un seis.

—Y me voy a... Suerte: «Ha sido elegido director del Consejo de Administración: pague...» ¡Mierda y doble mierda!

—¿De quién es este maldito hotel en la Estación de Reading?

—Amigo, salta a la vista que eso no es un hotel; es un almacén.

—Un momento...

McMurphy se afana en su extremo de la mesa, ordena las tarjetas, amontona el dinero, completa sus hoteles. Se ha puesto un billete de cien dólares en la visera como si fuese un carnet de prensa; de reserva, dice.

—¿Scanlon? Te toca tirar, muchacho.

—Pasad esos dados. Voy a hacer trizas el tablero. Muéveme once casillas, Martini.

—Bueno, si tú lo dices.

—No, ésa no, imbécil; ésa no es mi ficha, es mi *casa*.

—Es del mismo color.

—¿Y qué hace esa casita en la Compañía de Electricidad?

—Es un generador.

—Martini, eso no son los dados...

— Déjalo; ¿qué más da que tire con los dados o con lo que quiera?

— ¡Son dos casas!

—*Anda*. Y Martini saca, a ver, déjame ver, diecinueve. Muy bien, Mart; vas a parar a... ¿Dónde está tu pieza?

— ¿Eh? Aquí la tengo.

—La tenía en la boca, McMurphy. Estupendo. Dos pasos sobre el primer y el segundo molar, cuatro pasos hasta el tablero y vas a parar a... Baltic Avenue, Martini. Tu única propiedad. ¿Habéis visto hombre más afortunado, chicos? Martini lleva tres días jugando y casi siempre cae en su propiedad.

—Calla y tira, Harding. Te toca a ti.

Harding coge los dados con sus largos dedos; palpa la lisa superficie con el pulgar como si fuera ciego. Los dedos son del mismo color que los dados y parecen haber sido esculpidos por la otra mano. Cuando los agita, los dados cascabelean en el cuenco de su mano. Salen dando tumbos y se detienen frente a McMurphy.

—*Anda*. Cinco, seis, siete. Mala suerte, amigo. Otra de mis numerosas propiedades. Me debes... oh, con doscientos dólares bastará.

—Qué lástima.

Y así, al compás del tintineo de los dados y del crujido de los falsos billetes va continuando el juego.

Hay largos períodos —tres días, tres años— en que resulta imposible ver nada, en que la única referencia respecto al lugar donde nos encontramos es el altavoz que retumba sobre nuestras cabezas como la campana de un faro en la niebla. Cuando consigo ver algo, en general los otros siguen haciendo sus cosas tan tranquilos, como si no hubieran notado ni la más ligera bruma. Yo creo que la niebla les afecta la memoria de un modo distinto que a mí.

Tampoco McMurphy parece advertir que lo llenan todo de niebla. Y si se da cuenta, procura no traslucir que eso le molesta. Hace todo lo posible para impedir que alguien del equipo crea que algo puede

incomodarle; sabe que la mejor manera de agraviar a alguien que está intentando hacerte la vida imposible es hacer ver que no te importa.

Por muchas cosas que le digan, por muchas jugarretas que le hagan para hacerle perder los estribos, no cambia los señoriales modales con que trata a las enfermeras o a los ayudantes negros. De tarde en tarde se irrita ante alguna estúpida norma, pero ello sólo le impulsa a mostrarse aún más amable y educado, hasta que logra encontrarle el lado gracioso a todo el asunto —las normas, las miradas de desaprobación con que suelen imponerlas, la manera de hablarnos como si no tuviéramos más de tres años— y cuando descubre cuan gracioso resulta, empieza a reír y eso es lo que más le ofende. Estará a salvo mientras sea capaz de reír, eso cree, y de momento parece irle bastante bien. Sólo una vez ha perdido el control y ha dejado traslucir su irritación, y no fue a causa de los negros, sino por culpa de los pacientes y de lo que *no* hicieron.

Fue en una de las reuniones de grupo. Se enfureció con los muchachos por su cautelosa actitud, su cagada actitud, dijo él. Había apostado con todos ellos sobre los resultados del Campeonato del Mundo que debía celebrarse el viernes. Se había propuesto contemplar los partidos en la televisión, aunque los transmitían fuera de las horas establecidas. Unos días antes del partido preguntó en la reunión si se acepta la propuesta de hacer la limpieza por la noche, durante la hora normalmente reservada a la televisión, y ver los partidos por la tarde. La enfermera dice que no, cosa que él ya se esperaba. Ella le explica que el horario se ha establecido después de sopesar una serie de consideraciones y que de alterarse la rutina todo se desorganizaría.

Ello no le sorprende, en boca de la enfermera; lo que le sorprende es la reacción de los Agudos cuando les pide su opinión al respecto. Nadie dice ni media palabra. Todos intentan ocultarse tras pequeñas nubecitas de niebla. Apenas consigo vislumbrar sus figuras.

—Vamos a ver —dice él, pero nadie le mira.

Esperaba que alguien interviniese, que respondiesen a su pregunta. Pero nadie parece haberle oído.

—Fijaos bien, maldita sea —dice al ver que nadie se mueve—, que yo sepa, al menos doce de los que estamos aquí tenemos un pequeño *interés* personal en averiguar quién va a ganar ese campeonato. ¿No queréis verlo?

—La verdad es que no sé, Mac —dice finalmente Scanlon—, estoy muy acostumbrado a ver las noticias a las seis. Y si cambia el horario realmente desorganiza tanto las cosas como dice la señorita Ratched...

—Al carajo el horario. Podremos continuar con ese horario la semana próxima, cuando termine el Campeonato. ¿Qué opináis amigos? ¿Por qué no lo sometemos a votación? ¿Quién vota a favor de ver la televisión por la tarde en lugar de verla por la noche?

—Yoo —grita Cheswick y se pone en pie.

—Todos los que estén a favor que levanten la mano. ¿Entendido? ¿Quién vota a favor?

Cheswick levanta la mano. Algunos observan a los demás para ver si aparecen otros locos. McMurphy no puede creerlo.

—Venga, qué significa esta estupidez. Tenía entendido que podíais votar el reglamento y esas cosas. ¿No es así, doctor?

El doctor asiente sin levantar la vista.

—Bueno, veamos pues; ¿quién quiere ver esos partidos?

Cheswick levanta aún más la mano y mira a los demás con los ojos muy abiertos. Scanlon menea la cabeza y luego alza la mano, con el codo apoyado en el brazo de la silla. Y nadie más se pronuncia. McMurphy se queda boquiabierto.

—Bien, si esa cuestión ya está resuelta —dice la enfermera—, podríamos continuar con la reunión.

—Sí —dice él y se hunde en su silla hasta que la visera de la gorra casi le toca el pecho—. Sí, seguramente lo mejor será que continuemos con esa maldita reunión.

—Sí —dice Cheswick y lanza una mirada de reprobación a los demás mientras vuelve a sentarse—, sí, continuemos con la bendita reunión.

Mueve la cabeza muy envarado y luego hunde la barbilla en el pecho y se queda, así, enfurruñado. Le complace estar sentado junto a McMurphy, se siente valiente. Es la primera vez que Cheswick ha recibido algún apoyo para sus causas perdidas.

Después de la reunión no quiere hablar con ninguno de ellos, está furioso y muy disgustado. Billy Bibbit es quien da el primer paso.

—Algunos lle-lle-lle-vamos ci-ci-cinco años aquí, Randle —dice Billy. En la mano tiene una revista enrollada y comienza a retorcerla; se le notan las quemaduras de cigarrillo en el dorso de las manos—. Y algunos s-s-seguiremos aquí a-a-al menos o-o-o-otros tantos, mu-mu-mucho después de que te ha-ha-hayas ido, mu-mu-mucho después del Campeo-o-onato. Y... no lo comprendes... —Deja caer la revista y se aparta de él—. Oh, qué más da, al fin y al cabo.

McMurphy le sigue con la mirada, vuelve a fruncir las desteñidas cejas como extrañado.

Se pasa el resto del día discutiendo con algunos de los chicos porque no han votado, pero ellos no quieren hablar de eso, conque aparentemente se ve obligado a abandonar y no vuelve a mencionar el asunto hasta el día antes de empezar el Campeonato.

—Ya estamos a jueves —anuncia, mientras meneaba tristemente la cabeza.

Sentado sobre una mesa en la sala de baños con los pies encima de una silla, intenta hacer girar su gorra en la punta de un dedo. Los otros Agudos deambulan arriba y abajo y procuran no prestarle atención. Ya nadie quiere jugarse dinero con él al póquer o al «veintiuno»; cuando los pacientes no quisieron votar se enfureció tanto que les desplumó a conciencia y todos están tan endeudados que les preocupa seguir perdiendo, y no pueden jugarse cigarrillos porque la enfermera ahora les hace dejar sus cajetillas en la Casilla de las Enfermeras y se las va administrando a razón de una al día, para que no perjudiquen su salud, dice, pero todos saben que el verdadero motivo es impedir que McMurphy se los gane a las cartas. Sin nadie que juegue al póquer o al «veintiuno», la sala de baños está callada, sólo se oye el sonido del altavoz que se filtra desde la sala de estar. El silencio es tan absoluto que puede oírse cómo trepa por la pared el tipo de la galería de arriba, la de Perturbados, y cómo de vez en cuando emite una señal, uuu, uuu, *uuu*, un sonido monótono, aburrido, como el de un bebé que llora para acunarse hasta que se duerme.

—Jueves —repite McMurphy.

— *Uuuu* —grita el tipo de ahí arriba.

—Es Rawler —dice Scanlon mientras mira hacia el techo. No desea escuchar a McMurphy—. Rawler el Llorón<sup>1</sup>. Estuvo en esta galería hace unos años. No se entendía con la señorita Ratched, ¿recuerdas, Billy? Uuuu, uuuu, uuuu, todo el día, hasta que creí volverme loco. Lo que tendrían que hacer es soltar una bomba en medio de todos los lunáticos de ahí arriba. No sirven para nada...

—Y mañana es viernes —dice McMurphy. No tiene intención de permitir que Scanlon cambie de tema.

—Sí —dice Cheswick, y mira a los demás con el ceño fruncido—, mañana es viernes.

Harding vuelve la página de su revista.

—Y casi había pasado una semana desde que llegó el amigo McMurphy y sigue sin conseguir derrocar al gobierno, ¿te referías a eso, Cheswick? Dios mío, qué apáticos nos estamos volviendo... es una vergüenza, una verdadera vergüenza.

—Olvídate de eso —dice McMurphy—. Lo que Cheswick quiere decir es que mañana empiezan a transmitir por la tele los partidos del Campeonato y ¿nosotros qué haremos? Nada, seguir limpiando esta maldita guardería.

—Sí —dice Cheswick — . La Guardería Terapéutica de Mamá Ratched.

Ahí, apoyado contra la pared de la sala de baños, me siento un espía; el mango de la fregona que tengo en la mano no es de madera sino de metal (es mejor conductor) y está hueco; podría ocultar perfectamente un micrófono miniatura. Si la Gran Enfermera oye esto, Cheswick las pagará en serio. Saco una bola de goma de mascar, endurecida, que guardo en el bolsillo, le arranco un poco de pelusa que se le había pegado y me la meto en la boca para que se ablande.

—Vamos a ver, por última vez —dice McMurphy—. ¿Quién está dispuesto a votar a mi favor si vuelvo a plantear la cuestión del cambio de horario?

Casi la mitad de los Agudos hacen con la cabeza una señal afirmativa, muchos más de los que realmente piensan votar. Él se encasqueta la gorra y apoya la barbilla entre las manos.

---

<sup>1</sup> En inglés rima, *Rawler the Squawler*. (N. del T.)

—Bueno, no lo entiendo. Harding, ¿qué te pasa, por qué no te atreves a hablar? Tienes miedo de que esa vieja urraca te corte la mano si la levantas.

Harding alza una de sus finas cejas.

—Es posible; es posible que *tema* que me la corte.

—¿Y tú, Billy? ¿De qué tienes miedo?

—No. No creo que ella *ha-ha-haga nada*, pero... —se encoge de hombros, suspira, se encarama sobre el gran panel desde donde se controla los chorros de las duchas y se queda ahí sentado como un mono—, ...pero no creo que votar si-i-irva de nada. No a la la-la-larga. Es inútil, M-Mac.

—¿Que no servirá de nada? ¡Venga! Al menos servirá para que hagáis un poco de ejercicio al levantar el brazo.

—Pero es correr un riesgo, amigo. Ella siempre encuentra la manera de hacernos las cosas más difíciles. Un partido de béisbol no merece correr ese riesgo —dice Harding.

— ¿Quién diablos dice eso? Voto a..., no me he perdido un Campeonato del Mundo en muchos años. Incluso cuando estuve en chirona un mes de septiembre, nos dejaron tener un televisor y ver el Campeonato; de lo contrario se hubieran encontrado con un motín entre manos. Tal vez no tenga más remedio que derribar esa puerta para ir a ver el partido en algún bar, con mi amigo Cheswick, él y yo solitos.

—Ahí tienen una sugerencia digna de encomio —dice Harding y arroja a un lado la revista—. ¿Por qué no lo ponemos a votación en la reunión de mañana? «Señorita Ratched, quisiera proponer que la galería sea transportada *en masa* al Bar Horas Muertas para tomar una cerveza y ver el partido.»

—Yo apoyaré la propuesta —dice Cheswick—. Ya lo creo.

—Qué masas ni que ocho cuartos —dice McMurphy—. Estoy harto de vosotros, hatajo de viejas; cuando Cheswick y yo salgamos de aquí pienso clavar la puerta por fuera. Más vale que no vengáis; mamá no os dejaría cruzar solos la calle.

—¿Sí? ¿Eso piensas? — Fredrickson se le ha acercado por detrás—. ¿Piensas levantar una de esas botazas que llevas y derribar la puerta de una *patada!* Como todo un hombre.



McMurphy apenas le presta atención a Fredrickson; ya sabe que, de vez en cuando éste se envalentona, pero que todo su arrojo se viene abajo al menor sobresalto.

—¿Qué me dices, macho —insiste Fredrickson—, piensas derribar la puerta a puntapiés y demostrarnos de lo que eres capaz?

— No, Fred, no creo que lo haga. No quiero estropearme las botas.

—¿Noo? Bueno, ¿no hablabas tanto? ¿Cómo piensas arreglártelas para salir de aquí?

McMurphy echa un vistazo a su alrededor.

—Pues... supongo que, si quisiera, podría arrancar la tela metálica de una de esas ventanas con una silla...

—¿Sí? ¿Podrías, eso crees? ¿Podrías arrancarla de cuajo? Muy bien, ¿por qué no lo pruebas? Venga, machote, te apuesto diez dólares a que no eres capaz.

—No pierdas el tiempo, Mac —dice Cheswick—. Fredrickson sabe que sólo conseguirás romper la silla y que te manden con los Perturbados. El mismo día que llegué aquí nos hicieron una demostración de la resistencia de esas rejillas. Son de un material especial. Un técnico cogió una silla como ésa donde apoyas los pies y empezó a golpear la tela metálica hasta que la silla quedó hecha astillas. Casi no le hizo ni una abolladura a la rejilla.

—Muy bien —dice McMurphy mientras mira a su alrededor. Veo que comienza a mostrar interés. Espero que la Gran Enfermera no esté escuchando; le mandaré a la sala de Perturbados en menos de una hora—. Necesitaremos algo más sólido. ¿Una mesa tal vez?

—Pasaré lo mismo que con la silla. La misma madera, el mismo peso.

—Vaya por Dios, entonces intentaremos encontrar algo capaz de romper esa tela metálica para poder salir. Y si creéis que no puedo hacerlo si me lo propongo, tendréis que cambiar de opinión. Muy bien... algo más grande que una mesa o una silla... Bueno, si fuera por la noche podría tirar a ese gordo; pesa lo suficiente.

— Es demasiado blando —dice Harding—. Pasaría por la rejilla y saldría cortado a taquitos como una berenjena.

—¿Y una cama?

—Demasiado grande. Aun suponiendo que pudieras levantarla, una cama no pasaría por la ventana.

—Claro que podría levantarla. Bueno, repámpanos, ahí lo tenemos: ese trasto sobre el que está sentado Billy. Ese gran panel lleno de pomos y de manijas. Es bastante duro, ¿no? Y desde luego pesa más que suficiente.

—Ya lo creo —dice Fredrickson—. Es lo mismo que derribar de una patada la puerta de acero de la entrada.

—¿Por qué no voy a poder romperla con ese panel? No veo que esté clavado.

—No, no está atornillado, probablemente sólo lo sostienen un par de cables, pero míralo, por el amor de Dios.

Todos miran. El panel es de cemento y acero, es casi tan grande como la mitad de una de las mesas, debe de pesar más de doscientos kilos.

—Muy bien, ya lo veo. No parece más grande que las balas de paja que solían cargar en los camiones.

—Amigo, mucho me temo que este artefacto pese algo más que esas balas de paja.

—Como un cuarto de tonelada más, diría yo —añade Fredrickson.

—Tiene razón, Mac —dice Cheswick—. Debe pesar muchísimo.

—Al carajo, ¿queréis decir que no soy capaz de *levantar* esa porquería?

—Amigo mío, no recuerdo haber oído decir nunca que, además de sus otras notables cualidades, los psicópatas sean capaces de mover montañas.

—Muy bien, decís que no soy capaz de levantarlo. Bueno, voto o...

McMurphy baja de la mesa de un salto y comienza a quitarse la chaqueta verde; los tatuajes que asoman debajo de su camiseta comienzan a temblar sobre los músculos de sus brazos.

—¿Quién se apuesta cinco dólares? Nadie puede convencerme de que no soy *capaz* de hacer algo si no lo he intentado primero. Cinco dólares...

—McMurphy, es tan insensato como la apuesta de la enfermera.

—¿Quién quiere perder cinco dólares? Lo tomáis o lo dejáis...

En el acto, todos los muchachos firman pagarés; les ha ganado tantas veces al póquer y al «veintiuno» que están ansiosos de desquitarse y esta vez sí que no pueden perder. No sé qué se propone; por ancho y fornido que sea, se necesitarían tres como él para levantar ese panel, y él lo sabe. No tiene más que echarle un vistazo para comprobar que probablemente ni siquiera conseguirá moverlo un poco y mucho menos levantarlo. Se necesitaría un gigante para despegarlo del suelo. Sin embargo, cuando los Agudos terminan de firmar sus pagarés, se acerca al panel, baja a Billy que está sentado encima, se escupe las grandes palmas callosas, se las frota y comienza a doblar los hombros.

—Venga, atrás. Cuando hago ejercicio absorbo todo el aire que tengo cerca y he visto a hombres ya crecidos desmayarse de asfixia. Atrás. Seguramente se resquebrajará el cemento y algún trozo de acero saldrá despedido. Llevaos a las mujeres y los niños. Atrás...

—Santo cielo, ¿y si lo consigue? —musita Cheswick.

—Claro, a lo mejor lo convence para que se desprenda del suelo —replica Fredrickson.

—Es más probable que consiga una bonita hernia —comenta Harding—. Vamos, McMurphy, deja de portarte como un necio; no hay persona humana capaz de levantar ese artefacto.

McMurphy cambia un par de veces la posición de los pies, para afianzarse bien, y se seca las manos contra los muslos, luego se inclina y agarra las barras que hay a ambos lados del panel. Cuando comienza a nacer fuerza, los chicos se ponen a abuchearlo y a chancearse. Él suelta las barras, se incorpora y vuelve a poner bien los pies.

—¿Abandonas? —se burla Fredrickson.

—Sólo me coloco bien. Ahora va en serio... —y vuelve a agarrar las barras.

Y de pronto todos dejan de zaherirle. Comienzan a hinchársele los brazos y se le marcan las venas. Aprieta los ojos y sus labios se

separan y dejan ver los dientes. Echa hacia atrás la cabeza y, desde su cuello levantado hasta los brazos y a lo largo de éstos hasta llegar a las manos, los tendones se dibujan como tensas cuerdas. Todo su cuerpo se estremece y se esfuerza en levantar algo que él *sabe* que no conseguirá mover, que *todos* saben que no conseguirá mover.

Pero, por un breve instante, cuando oímos crujir el cemento a nuestros pies, pensamos, cielo santo, ¿y si lo consigue?

Luego el aliento le abandona como si hubiera explotado y va a dar contra la pared como un peso muerto. Las barras aparecen ensangrentadas allí donde se ha abierto las manos. Se queda un minuto jadeando, apoyado contra la pared, con los ojos cerrados. No se oye ni un rumor, excepto su ronco jadeo; nadie abre la boca.

Abre los ojos y pasea la mirada sobre todos nosotros. Uno a uno, va observando a todos los muchachos —incluso a mí—, luego saca del bolsillo todos los pagarés que había ganado al póquer estos últimos días. Se inclina sobre la mesa e intenta ordenarlos, pero tiene las manos agarrotadas como rojas garras y no puede mover los dedos.

Acaba arrojando todo el montón al suelo —probablemente cuarenta o cincuenta dólares en pagarés por cada hombre— y nos vuelve la espalda camino de la puerta. Se detiene en el umbral y desde allí nos lanza una última mirada a todos.

—Pero, al menos lo he intentado —dice — . Maldita sea, al menos nadie puede reprocharme eso, ¿no?

Y sale, dejando tras sí todos aquellos trozos de papel manchados, esparcidos por el suelo, por si alguien quiere buscar el que le corresponde.

En la sala del personal un médico visitante con grises telarañas sobre el cráneo amarillo dirige la palabra a los jóvenes internos.

Paso junto a él con mi escoba.

—Oh, y quién es éste.

Me mira como si fuese una especie de insecto. Uno de los internos le señala con un gesto las orejas, indicándole así que soy sordo, y el médico visitante continúa hablando.

Sigo con mi escoba hasta llegar frente a un gran cuadro que el de Relaciones Públicas trajo una vez que había tanta niebla que no pude verle. El cuadro representa a un tipo que está pescando con mosca en algún lugar de las montañas, parecen las Ochocos, cerca de Paineville; por encima de los picos asoma la nieve, largos chopos de blanco tronco flanquean el arroyo, las acederas crecen en acres manojos verdes. El tipo está echando el anzuelo en un remanso, detrás de una roca. No es lugar para pescar con mosca, sería más apropiado usar un anzuelo del número seis; más le valdría hacer correr la mosca por esos remolinos que se forman corriente abajo.

Un sendero desciende entre los chopos y yo voy barriendo el sendero con mi escoba y me siento en una roca y desde el cuadro miro a ese médico visitante que les habla a los internos. Puedo ver cómo se clava el dedo en algún punto de la palma de la mano, pero no puedo escuchar sus palabras a causa del estruendo del frío torrente espumoso que brota de las rocas. Puedo oler la nieve en el viento que sopla desde los picos. Puedo ver madrigueras de topo hundidas bajo la hierba. Es un rincón realmente agradable para estirar las piernas y relajarse un poco.

Se llega a olvidar —si uno no se sienta y hace un esfuerzo por recordar—, se llega a olvidar cómo era el viejo hospital. No tenían bonitos paisajes como éste colgados de las paredes para poder meterse en ellos. No había televisión, ni piscina, ni pollo dos veces al mes. Sólo había paredes y sillas, camisas de fuerza que exigían horas de esfuerzo para poder zafarse de ellas. Han aprendido muchas cosas desde aquel entonces. «Se ha progresado mucho», dice el de Relaciones Públicas con su cara hinchada. Le han dado una apariencia muy agradable a la vida con pinturas y decorados y grifería cromada en el baño. «Si alguien quisiera escapar de un lugar tan bonito como éste», dice el de Relaciones Públicas con su cara hinchada, «bueno, seguro que le fallaba algo».

En la sala del personal, mientras responde a las preguntas de los jóvenes internos, la eminencia visitante se frota los codos y tiembla como si tuviera frío. Es delgado y escuálido y la ropa le cuelga sobre los huesos. Se frota los codos y se estremece, ahí de pie. A lo mejor él también nota el frío viento que sopla de los picos nevados.

Comienza a resultarme difícil localizar mi cama por la noche, tengo que arrastrarme a gatas e ir palpando los muelles por debajo hasta encontrar, pegadas allí, mis bolas de chicle. Nadie se queja de la niebla. Ahora ya sé por qué: aunque resulte molesta, permite hundirse en ella y sentirse seguro. Es lo que McMurphy no comprende, que queramos estar seguros. Sigue intentando hacernos salir de la niebla, ponernos al descubierto, donde sería fácil atraparnos.

Abajo acaban de recibir un cargamento de vísceras congeladas: corazones, riñones y cerebros, y cosas por el estilo. Puedo oírlos caer en la cámara frigorífica ¡i través del vertedero del carbón. Una persona, sentada en algún lugar de la sala donde no alcanzo a verla, comenta que se ha suicidado uno de la sala de Perturbados. El viejo Rawler. Se cercenó los dos testículos y se desangró hasta morir, sentado en la taza del retrete, rodeado de media docena de personas que no advirtieron nada hasta que cayó al suelo, muerto.

Lo que no alcanzo a comprender es la impaciencia de la gente; el tipo sólo tenía que esperar.

He descubierto cómo funciona la máquina de hacer niebla. Nosotros teníamos todo un pelotón dedicado a manejar máquinas de hacer niebla en los campos de aviación de ultramar. Siempre que los servicios de inteligencia insinuaban la posibilidad de un bombardeo o cuando los generales deseaban organizar algo muy secreto, a hurtadillas, tan bien camuflado que ni los espías de la base pudieran descubrir qué estaban haciendo, inundaban el campo de niebla.

Es un artilugio muy simple: un compresor ordinario succiona agua de un tanque y aceite especial de otro tanque y comprime ambos líquidos, y del negro tubo situado en un extremo de la máquina comienza a brotar una blanca nube de niebla capaz de cubrir, en noventa segundos, todo un campo de aviación. Lo primero que vi al aterrizar en Europa fue la niebla que producían estas máquinas. Algunos interceptores seguían muy de cerca nuestro vuelo y, en cuanto tocamos tierra, el personal encargado de hacer niebla puso en marcha las máquinas. Miramos por los rayados cristales de las claraboyas del avión y vimos que unos jeeps acercaban las máquinas al aparato y

contemplamos cómo la niebla que salía a borbotones, cubría todo el campo y empezaba a adherirse a las ventanas como algodón mojado.

Para salir del avión seguimos el sonido de un silbato que el teniente tocaba sin parar; parecía el graznido de un ganso. Una vez fuera de la escotilla resultaba imposible ver más allá de un metro en cualquier dirección. Cada uno tenía la sensación de ser la única persona en todo el aeródromo. Habíamos conseguido escapar del enemigo, pero nos sentíamos terriblemente solos. Los sonidos quedaban ahogados, se disolvían a los pocos metros y resultaba imposible oír al resto de la tripulación, sólo el graznido del silbato en medio de la suave blanca lanosa, tan densa, que el cuerpo desaparecía de cintura para abajo en la blanca bruma; aparte de la camisa marrón y de la hebilla metálica del cinturón, lo único que se veía era una blancura, como si la niebla también comenzara a disolvernó de cintura para abajo.

Y entonces, de pronto, uno topaba de sopetón con otro tipo tan desorientado como uno mismo, cuyo rostro desmesurado resaltaba nítidamente como jamás lo hiciera rostro humano alguno visto hasta entonces. Forzábamos tanto la vista para conseguir vislumbrar algo en medio de esa niebla que, cuando por fin divisábamos alguna cosa, la veíamos con una nitidez diez veces mayor que de costumbre, con tal claridad que uno y otro nos veíamos obligados a apartar la vista. Cuando aparecía otro hombre, ninguno de los dos deseaba mirar al otro a la cara, porque resulta penoso percibir a una persona con tal nitidez que parezca que estamos penetrando en su interior, pero tampoco deseábamos apartar los ojos y perderla por completo de vista. Sólo cabía una opción: hacíamos un esfuerzo y mirábamos las cosas que aparecían ante nuestros ojos en medio de la niebla, por doloroso que resultase, o bien abandonábamos y nos perdíamos.

Cuando empezaron a utilizar la máquina de hacer niebla en la galería —una máquina que adquirieron en una subasta del Ejército y que luego ocultaron en los tubos de ventilación de las nuevas instalaciones, antes del traslado— me quedaba mirando con todas mis fuerzas y tanto rato como podía todo lo que se me aparecía en medio de la niebla, para no perderle la pista, tal como solía hacer cuando en Europa inundaban de niebla los campos de aterrizaje. Nadie tocaba un silbato para indicarnos el camino, no había ninguna cuerda a la cual asirse, de modo que la única forma de no perderse era mantener la

mirada fija en algo. A veces, a pesar de todo, me perdía, me hundía en las profundidades, en un intento de ocultarme, y cada vez que eso ocurría parecía que iba a dar a aquel mismo lugar, a aquella misma puerta metálica con la hilera de remaches, como ojos, y sin ningún número, como atraído por la habitación en la cual se abría aquella puerta, pese a todos mis esfuerzos por mantenerme apartado de ella, exactamente igual que si la corriente generada por los malos espíritus que poblaban esa habitación cruzara la niebla cual un rayo y me arrastrara en aquella dirección como un autómatas. Me pasaba días enteros vagabundeando por la niebla, temeroso de no volver a ver nunca otra cosa y entonces, de pronto, me topaba con esa puerta y ésta se abría para dejarme ver el acolchado que la recubría por la parte interior, destinado a ahogar los sonidos, y veía a los hombres alineados, de pie, como autómatas, en medio de brillantes cables, lámparas centelleantes, y el chisporroteo de los tubos fluorescentes. Ocupaba mi lugar en la fila y esperaba a que me llegase el turno de tenderme sobre la mesa. Una mesa en forma de cruz, con las sombras de mil hombres asesinados estampadas en su superficie, siluetas de puños y tobillos dibujadas bajo las correas de cuero, verdes por el sudor y el uso, y el perfil de un cuello y una cabeza que se alargaban hasta una banda de plata destinada a ceñir la frente. Y, entonces, uno de los técnicos que operaban los controles junto a la mesa levantaba la vista de sus mandos, la paseaba por la fila que esperaba y me señalaba con su guante de goma.

—Un momento, ya *conozco* a ese granuja grandullón que está ahí, más vale que le deis un buen golpe en la nuca o que pidáis ayuda o algo. Se las sabe todas cuando se trata de armar escándalo.

Por lo que, en general, procuraba no adentrarme demasiado en la niebla, por temor a perderme e ir a parar a la puerta de la Sala de Chocs. Me quedaba mirando fijamente cualquier cosa que por casualidad apareciera ante mis ojos y me aferraba a ella como uno se agarra a los palos de una cerca hasta que pasa la tormenta. Pero la niebla que insuflaban era cada vez más densa y empecé a tener la impresión de que, por mucho que me esforzara, por lo menos dos o tres veces al mes acababa yendo a parar junto a esa puerta que se abría ante mis ojos y me arrojaba un acre olor a chispas y ozono. Pese a todas mis mañas, comenzaba a resultarme difícil no perderme.



Entonces descubrí una cosa: no tenía por qué ir a parar junto a esa puerta si no me movía cuando comenzaba a cubirme la niebla y me limitaba a quedarme quieto en mi sitio. El problema estaba en que yo mismo acababa dirigiéndome a esa puerta porque me asustaba permanecer tanto rato perdido y entonces me ponía a aullar y les ayudaba a descubrirme. Chillaba para que me descubriesen; tenía la impresión de que cualquier cosa, incluso la Sala de Chocs, era preferible a continuar eternamente perdido. Ahora ya no sé. Estar perdido no resulta tan terrible.

Me he pasado toda la mañana esperando que volvieran a insuflar esa niebla. Los últimos días lo han hecho cada vez con más frecuencia. Tengo la impresión de que es a causa de McMurphy. Aún no le han instalado los controles y se proponen cogerle desprevenido. Comprenden que sin duda creará problemas; ya ha logrado sublevar media docena de veces a Cheswick y Harding y a algunos más hasta el punto de que parecía que iban a rebelarse contra uno de los negros... pero siempre, en el momento en que todos pensábamos que por fin algún paciente haría algo, comenzaba a aparecer la niebla, como ha sucedido ahora.

Hace un par de minutos oí que detrás de la rejilla, empezaba a bombear el compresor, en el momento en que los chicos sacaban las mesas de la sala de estar para la reunión terapéutica y la bruma ya está inundando el piso, tan densa, que tengo húmedas las perneras de los pantalones. Estoy limpiando los cristales de la puerta de la casilla de cristal y oigo que la Gran Enfermera coge el teléfono y llama al doctor para decirle que en seguida estaremos dispuestos para comenzar la reunión y le comunica que tal vez debiera reservar una hora libre esta tarde, para celebrar una reunión del equipo médico.

—La cuestión es que —le dice— he estado pensando que ya es hora de que discutamos el caso del paciente Randle McMurphy y la conveniencia de que permanezca en esta galería.

Escucha un minuto, luego le dice:

—No creo prudente permitir que siga alterando a los pacientes, tal como ha venido haciendo estos últimos días.

Por eso está insuflando niebla antes de la reunión. No suele hacerlo. Pero tiene la intención de ocuparse hoy mismo de McMurphy, tal vez piense trasladarle a Perturbados. Dejo el paño y me dirijo a mi

silla en el extremo de la hilera de los Crónicos; apenas consigo ver cómo se van acomodando los muchachos y diviso a duras penas al doctor, que se limpia las gafas al cruzar la puerta, como si creyera que éstas son la causa de que lo vea todo borroso, y no la niebla.

Nunca había visto una niebla tan densa como ésta.

Puedo oírles a lo lejos, puedo oír cómo intentan proseguir la reunión, dicen alguna bobada sobre el tartamudeo de Billy Bibbit y su aparición. Tan densa es la niebla que las palabras llegan a mis oídos como a través del agua. En realidad, es tal su semejanza con el agua, que me levanta de mi silla y me quedo un rato flotando sin saber dónde tengo los pies y dónde la cabeza. Al principio, esto de flotar me marea un poco. No consigo ver absolutamente nada. Nunca había sido tan densa como para hacerme flotar de este modo.

Las palabras se desvanecen, para luego subir otra vez de tono, se apagan y reaparecen, mientras sigo flotando a la deriva; pero, por fuertes que suenen, a veces tan fuertes que tengo la certeza de estar al lado mismo del tipo que las pronuncia, sigo sin ver nada.

Reconozco la voz de Billy, tartamudea peor que nunca porque está nervioso:

—... m-m-me e-e-e-echaron del colegio po-po-porque no me presenté a la formación. N-n-no po-po-podía soportarlo. Cu-cu-cu-cuando el encargado pasaba lista y decía «Bibbit», no podía contestar. Ha-bi-i-ía que decir p-p-p-presen...

La palabra se le ha atravesado como un hueso en la garganta. Le oigo tragar saliva y empezar otra vez.

—Había que decir, «Presente, señor», y nunca co-co-co-conseguí decirlo.

Su voz comienza a esfumarse; luego, por la izquierda, empieza a tronar la voz de la Gran Enfermera:

—¿Podrías recordar cuándo empezaste a tener problemas de locución Billy? ¿Recuerdas cuándo empezaste a tartamudear por primera vez?

No sabría decir si Billy se está riendo o qué.

—¿Ta-ta-tartamudear por primera vez? ¿Por primera vez? Ya ta-ta-tartamudeé al decir la pr-i-i-mera palabra: m-m-m-m-mamá.

Entonces las voces se desvanecen por completo; nunca había ocurrido nada parecido. Tal vez Billy también se ha escondido en la niebla. Tal vez todos han optado por esconderse total y definitivamente en esta niebla.

Me cruzo con una silla que también flota. Es lo primero que consigo vislumbrar. Se acerca a la deriva entre la niebla, justo a mi derecha, y durante un par de segundos la tengo exactamente frente a mi cara, a unos milímetros fuera de mi alcance. Últimamente he adquirido la costumbre de no tocar las cosas que se me aparecen en la niebla; me quedo quieto e intento no aferrarme a nada. Pero esta vez tengo miedo, el mismo que solía sentir antes. Pongo todo mi empeño en alcanzar esa silla y agarrarme a ella, pero nada me sostiene y sólo consigo nadar en el vacío; tengo que conformarme con observar cómo se va perfilando la silla, más claramente que nunca, hasta tal punto que consigo ver la huella que dejó el dedo de un trabajador al tocarla antes de que el barniz estuviera seco. La silla permanece unos segundos ante mis ojos y luego se desvanece. Nunca había visto una niebla en la cual las cosas flotasen de este modo. Nunca la había visto tan densa, hasta el punto de que, aunque quisiera, no podría tocar el suelo y caminar. De ahí mi terrible miedo; creo que esta vez voy a salir flotando hacia algún sitio del que ya nunca volveré.

Un Crónico flota ante mis ojos, un poco más abajo que yo. Es el viejo coronel Matterson que lee las arrugadas líneas de su larga mano amarilla. Le miro detenidamente, pues supongo que es la última vez. Tiene la cara enorme, tan grande que casi no puedo resistir el verla. Cada cabello y cada arruga se ha ampliado, como si le estuviera observando con uno de esos microscopios. Le veo con tanta nitidez que ante mis ojos se despliega toda su vida. Es el rostro de sesenta años de campamentos militares del suroeste, surcado por los aros de hierro de las ruedas de los furgones, gastado hasta los huesos por las pisadas de millares de pies en marchas de dos días.

Extiende su larga mano, la pone ante sus ojos y frunce el entrecejo al verla, levanta la otra mano y va siguiendo las palabras con un dedo de madera que la nicotina ha teñido del color de una caja de fusil. Su voz suena tan profunda, lenta y paciente como siempre y mientras lee veo cómo de sus frágiles labios brotan oscuras y pesadas palabras.

—Ahora... La bandera es... A-mér-ica. América es... la ciruela. El melocotón. La san-dí-a. América es... tel-e-visión.

Es cierto. Todo eso está escrito en esa mano amarilla. Yo también puedo leerlo.

—Ahora... La cruz es... Méx-i-co —levanta la vista para comprobar si presto atención y, al ver que así es, me sonrío y continúa—: México es... la nu-ez. La avellana. La be-llota. México es... el arco-iris. El arco-iris es... de madera. México es... de madera.

Comprendo a dónde quiere ir a parar. Ha estado diciendo cosas parecidas desde que llegó hace seis años, pero nunca le había prestado la menor atención, suponía que no era más que una estatua parlante, un muñeco de hueso y artritis, que no paraba de farfullar esas extravagantes definiciones sin una pizca de sentido. Ahora, por fin, comprendo lo que dice. Hago un esfuerzo por captar una última imagen de él que me sirva para recordarle y eso me obliga a mirarle con la suficiente insistencia como para comprender. Se interrumpe y vuelve a levantar los ojos hacia mí para asegurarse de que le comprendo, y yo quiero gritarle, sí, ya veo: México es como la nuez; es marrón y duro ¡y al recorrerlo con la mirada hace pensar en una nuez! Lo que dices tiene sentido, viejo, tu propio sentido. No estás loco como ellos creen. Sí... comprendo...

Pero la niebla me ha obturado la garganta y no consigo emitir el menor sonido. Cuando comienza a deslizarse lejos de mí veo que vuelve esa mano.

—Ahora... La oveja verde es... Can-a-dá. Canadá es... el abeto. El campo de trigo. El ca-len-da-rio...

Cuando se aleja hago un esfuerzo para seguirle con la mirada. Fuerzo tanto la vista que me duelen los ojos y tengo que cerrarlos, y cuando los vuelvo a abrir el coronel ha desaparecido. Nuevamente floto solo más perdido que nunca.

Ha llegado el momento, me digo. Me voy para siempre.

Ahí está el Viejo Pete, con la cara como una linterna. Está a unos cincuenta metros a mi izquierda, pero puedo verle tan claramente como si no hubiera niebla. O también es posible que esté muy cerca y se haya empequeñecido, sería incapaz de asegurarlo. Me repite una vez más cuan cansado está y me basta oír sus palabras para que aparezca ante

mis ojos toda su vida en el ferrocarril: le veo cómo se esfuerza por aprender a leer la hora, sudando cuando intenta pasar cada botón del mono de ferroviario por su correspondiente ojal, poniendo todo su empeño en estar a la altura de una tarea que a los demás les resulta tan sencilla que pueden recostarse en una silla forrada de cartón y leer novelas de misterio y libros eróticos. No es que en ningún momento haya creído que podría estar a su altura —desde un principio supo que sería imposible conseguirlo—, pero tenía que intentarlo, para no perderse por completo. Y así logró vivir cuarenta años, si no sumergido en el mundo de los hombres, al menos en los límites del mismo.

Comprendo todo esto, y me duele, como me dolieron las cosas que presencié en el Ejército, en la guerra. Como me dolió contemplar lo que le ocurrió a Papá y a la tribu. Creí haber superado ya la fase en que veía estas cosas y me torturaba su presencia. No tiene sentido. No hay remedio.

—Estoy cansado —dice.

—Sé que estás cansado, Pete, pero de nada te servirá que me torture pensando en ello. Tú lo sabes.

Pete sale flotando en la misma dirección que el viejo coronel.

Ahora, por donde vino Pete, aparece Billy Bibbit. Todos van desfilando para dejarse ver por última vez. Sé que Billy no puede estar a mucho más de un metro de distancia, pero se ve tan diminuto que parece encontrarse a un kilómetro de aquí. Vuelve el rostro hacia mí como si fuera un mendigo, necesitado de muchísimo más de lo que nadie es capaz de darle. Su boca se mueve como la de una muñequita.

—Y hasta cuando me de-de-declaré, lo estropeé todo. Dije «Ca-ca-ca-riño, quieres ca-ca-ca-ca-ca-...» hasta que la chica se echó a-a-a-a reír.

No logro distinguir de dónde viene la voz de la enfermera:

—Tu madre me ha hablado de esa chica, Billy. Según parece no te convenía. ¿Qué es lo que te asustó tanto de esa chica, Billy?

—La que-que-quería.

Yo tampoco puedo ayudarte, Billy. Tú lo sabes. Ninguno de nosotros puede hacerlo. Tienes que comprender que en cuanto uno comienza a ayudar a otro, se pone al descubierto. Es *preciso* ser astuto, Billy, deberías saberlo tan bien como yo. ¿Qué podría hacer por ti? No

puedo corregir tu tartamudeo. No puedo suprimir las cicatrices que dejó la hoja de afeitar en tus muñecas ni las quemaduras de cigarrillo que tienes en el dorso de la mano. No puedo darte otra madre. Y en cuanto a las imposiciones de la enfermera, a su costumbre de restregarte tus flaquezas por la cara hasta hacerte perder la poca dignidad que te queda, pues te obliga a encogerte hasta que estás aniquilado por tanta humillación, tampoco puedo remediarlo. En Anzio ataron a un compañero mío a un árbol, a menos de tres metros y medio de donde yo estaba; gritaba pidiendo agua, tenía el rostro lacerado por el sol. Quería que fuese en su ayuda. Me habrían partido por la mitad desde la granja que se veía al otro lado.

Aparta la cara, Billy.

Siguen pasando junto a mí.

Es como si cada rostro fuese un rótulo, como esos carteles con la frase «Soy ciego» que se cuelgan al cuello los acordeonistas italianos en Portland, pero éstos dicen: «Estoy cansado» o «Estoy asustado» o «Me está matando el rencor» o «Estoy lleno de engranajes y la gente me empuja de un lado para otro». Puedo leer todos esos rótulos, por pequeñas que sean las letras. Algunas caras miran a su alrededor y ven las de los demás y podrían leer en ellas si quisieran, pero ¿para qué? Las caras pasan flotando en la niebla como confetti.

Nunca me había alejado tanto. Ésta es la sensación que se tiene cuando se está muerto. Supongo que así se sienten los Vegetales, perdidos en la niebla. Sin moverse. Alimentan su cuerpo hasta que por fin deja de comer; entonces lo queman. No es tan terrible. No duele. Prácticamente no siento nada, excepto un poco de frío que supongo se me pasará con el tiempo.

Veo al oficial que coloca una nota en el tablón de anuncios, diciendo cómo debemos vestir hoy. Veo al Departamento del Interior de los EE.UU. que se abalanza sobre nuestra pequeña tribu con una máquina apisonadora.

Veo a Papá que sale corriendo lentamente de la hondonada y se detiene para apuntar a un gran ciervo con astas de seis puntas que corre dando saltos entre los cedros. Del cañón sale un tiro tras otro; levantan polvo muy cerca del ciervo. Salgo de la hondonada, detrás de Papá y derribo al animal al segundo disparo, en el momento en que estaba a punto de desaparecer en lo alto de la ladera. Le hago un guiño a Papá.

*Nunca te había visto fallar una pieza a esta distancia, Papá.*

*Voy perdiendo la vista, hijo. No consigo fijarla. Ahora mismo, el punto de mira temblaba ante mis ojos como un perro con diarrea.*

*Te lo digo en serio, Papá, ese aguardiente de cacto de Sid va a hacerte envejecer antes de tiempo.*

*El hombre que empieza a beber el aguardiente de cacto de Sid, hijo, ya ha envejecido antes de tiempo. Vamos a descuartizar ese animal antes de que se lo coman las moscas.*

Ni siquiera es algo que esté ocurriendo ahora. ¿Lo veis? Es imposible hacer nada para cambiar un hecho del pasado como éste.

*Fíjate allí, viejo...*

Oigo susurros, son los negros.

*Fíjate en ese pobre tonto, se ha quedado dormido.*

*Tranquilo, Jefe Escoba, tranquilo. Sigue durmiendo y no armes escándalo. De acuerdo.*

Ya no tengo frío. Creo que casi lo he conseguido. He llegado a un lugar inaccesible al frío. Puedo quedarme aquí para siempre. Ya no tengo miedo. No pueden alcanzarme. Sólo me llegan sus palabras, y también empiezan a difuminarse.

*Bien... puesto que Billy ha decidido abandonar la discusión, ¿alguien más desea exponer un problema ante el grupo?*

*A decir verdad, señora, hay una cosa...*

Es McMurphy. Está muy lejos. Intenta sacar a la gente de la niebla. ¿Por qué no me deja tranquilo?

—... ¿recuerda la votación de hace un par de días, sobre el horario de la tele? Pues bien, hoy es viernes y pensé que tal vez podría plantearlo otra vez, para ver si alguien más ha conseguido librarse de su cobardía.

—Señor McMurphy, esta reunión se realiza como una terapia, terapia de grupo, y no creo que esas pequeñas ofensas...

—Ya, ya, al diablo con eso, ya lo sabemos. Yo y unos cuantos más decidimos...

—Un momento, señor McMurphy, permítame hacer una pregunta al grupo: ¿no les parece que tal vez el señor McMurphy se está

excediendo en sus intentos de imponer sus deseos personales sobre algunos de ustedes? He pensado que tal vez todo iría mejor si fuese trasladado a otra galería.

Todos permanecen callados un minuto. Luego alguien dice:

—¿Por qué no le deja ponerlo a votación? ¿No pensará enviarlo a Perturbados sólo por proponer una votación? ¿Qué tiene de malo un cambio de horario?

—Pero, señor Scanlon, si no recuerdo mal, usted estuvo tres días sin comer, hasta que le permitimos poner la televisión a las seis en vez de a las seis y media.

—Uno tiene que ver las noticias, ¿no cree? Cielo santo, podrían haber bombardeado Washington y hubiera pasado una semana antes de que nos enterásemos.

—¿Sí? ¿Y no le molesta renunciar a sus noticias para contemplar a una pandilla de hombres jugando al béisbol?

—¿No podemos ver las dos cosas, eh? No, supongo que no. Bueno, qué diablos... no creo que nos bombardeen esta semana.

—Dejémosle ponerlo a votación, señorita Ratched.

—De acuerdo. Pero creo que hay pruebas evidentes de la excitación que está causando en algunos de los pacientes. ¿Cuál es su propuesta, señor McMurphy?

—Propongo votar de nuevo si deseamos ver la tele por la tarde.

—¿Seguro que se dará por satisfecho con una nueva votación? Hay cosas más importantes...

—Me daré por satisfecho. Sólo quiero comprobar quién tiene pelotas y quién no.

—Doctor Spivey, este lenguaje es lo que me hace sospechar que tal vez los pacientes saldrían beneficiados si se trasladase al señor McMurphy.

—¿Por qué no le deja ponerlo a votación?

—Desde luego, señor Cheswick. Pueden votar. ¿Le basta con una votación a mano alzada, señor McMurphy, o prefiere un escrutinio secreto?

—Quiero ver las manos. También quiero comprobar cuáles no se levantan.



—Que levanten la mano todos los que estén a favor de ver la televisión por la tarde.

La primera mano que se levanta es la de McMurphy, lo sé por la venda que lleva, pues se cortó con un panel al intentar levantarlo. Y luego veo cómo se van levantando otras manos entre la niebla. Es como si... la gran manaza roja de McMurphy se introdujera en la niebla y hurgase en ella y arrastrase a los hombres por la mano, obligándoles a salir parpadeando a plena luz. Primero uno, luego otro, luego el siguiente. Va recorriendo toda la fila de Agudos, obligándoles a salir de la niebla, hasta que todos están de pie, los veinte levantados, no sólo para poder ver la televisión, sino también contra la Gran Enfermera, contra su propósito de enviar a McMurphy a la galería de Perturbados, contra la manera en que les ha estado hablando y como les ha tratado y les ha doblegado durante años.

Nadie dice nada. Advierto que todos están estupefactos, pacientes y personal por igual. La enfermera no acierta a comprender qué ha pasado; ayer, antes de que intentase levantar el panel, sólo cuatro o cinco hombres hubieran votado a su favor. Cuando habla, no permite que su voz deje traslucir su sorpresa.

—Sólo cuento veinte votos, señor McMurphy.

—¿Veinte? Bueno, ¿y qué? Somos veinte... —Se le cortan las palabras cuando comprende a qué se refiere la enfermera—. Alto ahí, un minuto, señora mía...

—Creo que ha perdido la votación.

— ¡Sólo un *minuto!*

—Hay cuarenta pacientes en la galería, señor McMurphy. Cuarenta pacientes, y sólo han votado veinte. Es preciso contar con un voto mayoritario para modificar las normas de la galería. Creo que esto pone fin a la votación.

Las manos empiezan a bajar en toda la sala. Los muchachos saben que han sido derrotados, desean hundirse de nuevo en la seguridad de la niebla. McMurphy se pone de pie de un salto.

—Bueno, que me aspen. ¿No me diga que ahora me va a salir con ésas? ¿Que también piensa contar con los votos de esos pájaros?

—¿No le ha explicado el procedimiento de las votaciones, doctor?

—Mucho me temo que... se precisa una mayoría, McMurphy. Ella tiene razón, tiene razón.

—Un voto mayoritario, McMurphy; lo dice la constitución de la galería.

—Y supongo que para cambiar esa maldita constitución se requiere un voto mayoritario. Claro. ¡De todas las guarradas que he visto en mi vida, ésta se lleva la palma!

—Lo siento, señor McMurphy, pero verá que está escrito en el reglamento, si permite que se lo...

— ¡Así es como funciona esta mierda de democracia... córcholis!

—Parece un poco alterado, señor McMurphy. ¿No cree usted que está alterado, doctor? Quisiera que tomase nota de ello.

—Basta de cháchara, señorita. Cuando a uno le hacen una jugada tiene derecho a quejarse. Y desde luego nos han hecho una buena jugada.

—Doctor, dado el estado del paciente, tal vez sería preferible concluir la reunión por hoy...

— ¡Espere! Espere un minuto, déjeme hablar con esos viejos.

—La votación ha terminado, señor McMurphy.

—Deje que les hable.

Cruza la sala y se dirige hacia nosotros. Se va haciendo más y más grande y tiene el rostro muy encendido. Mete la mano en la niebla e intenta sacar a Ruckly, porque es el más joven.

— ¿Y tú qué me dices, compañero? ¿Quieres ver el Campeonato del Mundo? ¿Béisbol? ¿Partidos de béisbol? No tienes más que levantar la mano...

—Al c-c-c-carajo la mujer.

—Muy bien, olvídale. ¿Y tú, compañero, qué me dices? ¿Cómo te llamas... Ellis? ¿Te gustaría ver un partido en la tele, Ellis? Sólo tienes que levantar la mano...

Ellis tiene la manos clavadas en la pared, no pueden contarse como un voto.

—He dicho que había terminado la votación, McMurphy. Está dando un espectáculo.

McMurphy no le presta ninguna atención. Sigue recorriendo la hilera de Crónicos.

—Vamos, vamos, sólo falta un voto vuestro, amigos, sólo tenéis que levantar la mano. Demostradle que aún sois capaces de hacerlo.

—Estoy cansado —dice Pete y menea la cabeza.

—La noche es... el océano Pacífico. —El coronel está leyendo en su mano, no le interesa la votación.

— ¡Uno solo de vosotros, uno que se atreva a levantar la voz! Así es como os tienen cogidos, ¿no lo comprendéis? ¡Tenemos que conseguirlo... o nos habrán hecho polvo! ¿Ninguno comprende un poquito lo que estoy haciendo? ¿Lo suficiente para levantar la mano? ¿Tú, Gabriel? ¿George? ¿No? ¿Tú, Jefe, qué me dices?

Su figura se alza ante mí entre la bruma. ¿Por qué no me deja en paz?

—Jefe, eres nuestra última oportunidad.

La Gran Enfermera está guardando sus papeles; las otras enfermeras esperan de pie a su alrededor. Por fin se levanta.

—Entonces queda aplazada la reunión —le oigo decir—. Y desearía que el equipo médico se reuniese en la sala de personal dentro de una hora, aproximadamente. Si no hay na...

Es demasiado tarde para impedirlo. McMurphy le hizo algo el primer día que estuvo aquí, le echó una especie de maleficio a mi mano y ahora no obedece mis órdenes. No tiene sentido, cualquier imbécil puede darse cuenta; jamás lo haría por mi propia voluntad. La forma en que me mira la enfermera, sin palabras en la boca, me indica que me estoy metiendo en un lío, pero no puedo evitarlo. McMurphy la ha enganchado con hilos ocultos y la levanta lentamente con el solo propósito de obligarme a salir de la niebla y ponerme al descubierto, donde cualquiera pueda atraparame. Es obra suya, los alambres...

No. No es cierto. Yo mismo la levanté.

McMurphy me obliga a ponerme en pie, me palmea la espalda.

— ¡Veintiuno! ¡Con el voto del Jefe somos veintiuno! ¡Y si eso no es mayoría que me aspen!

—Yupii —grita Cheswick. Los otros Agudos se me acercan.

—Ya había terminado la reunión —dice ella.

Su sonrisa sigue ahí, pero cuando sale de la sala de estar y se dirige a la Casilla de las Enfermeras tiene el cuello encendido e hinchado como si estuviera a punto de estallar.

Pero no estalla, no en ese momento, no hasta una hora más tarde. Su sonrisa aparece retorcida y extraña detrás del cristal, como nunca la habíamos visto hasta entonces. No hace nada, se limita a permanecer sentada. Puedo ver cómo suben y bajan sus hombros al compás de su respiración.

McMurphy mira el reloj y dice que ha llegado la hora del partido. Está junto a la fuente con otros Agudos y friega el suelo de rodillas. Yo estoy barriendo el armario de las escobas por décima vez este día. Scanlon y Harding pasan la aspiradora por el pasillo arriba y abajo, sacándole brillo al piso recién encerado. McMurphy repite que debe ser la hora del partido y se levanta, dejando el trapo allí tirado. Nadie más interrumpe su trabajo. McMurphy pasa frente a la ventana donde ella está sentada mirándole y le sonrío como si supiera que la ha derrotado. Cuando echa la cabeza hacia atrás y le hace un guiño, ella se estremece ligeramente como es su costumbre.

Todos siguen entregados a sus tareas, pero todos le miran con el rabillo del ojo cuando coloca su silla frente al televisor; después conecta el aparato y se sienta. En la pantalla aparece la imagen de un loro que anuncia hojas de afeitar en el campo de juego. McMurphy se levanta y sube el volumen para ahogar la música que sale del altavoz instalado en el techo, coloca otra silla frente a la suya, se sienta, apoya los pies en la otra silla, se recuesta y enciende un cigarrillo. Se rasca la barriga y bosteza.

— ¡Aaaah! Bueno, sólo me falta una botella de cerveza y una linda chica.

Podemos ver cómo se enciende el rostro de la enfermera y cómo se retuerce su boca mientras le observa. Mira un segundo a su alrededor y advierte que todo el mundo está pendiente de su reacción... hasta los negros y las enfermeras menores la miran a hurtadillas y también la observan los internos que comienzan a entrar para la reunión del equipo médico. Mira otra vez a McMurphy y espera a que termine el anuncio de la hoja de afeitar; luego se levanta y se dirige a la puerta de acero donde están los mandos, acciona un interruptor y la imagen del

televisor se queda gris. En la pantalla sólo queda un puntito de luz parpadeante, frente a McMurphy que sigue allí sentado.

El puntito luminoso no le altera en absoluto. En realidad, ni siquiera deja traslucir que ha advertido la desaparición de la imagen; aprieta el cigarrillo entre los dientes y se cala la gorra en el pelo rojo hasta que tiene que inclinar la cabeza para mirar por debajo de la visera.

Y así queda, allí sentado, con las manos cruzadas bajo la nuca y los pies apoyados en la silla, y un cigarrillo que suelta una voluta de humo bajo la visera de la gorra... con la mirada fija en la pantalla del televisor.

La enfermera procura resistir con todas sus fuerzas; luego se asoma a la puerta de la Casilla de las Enfermeras y le grita que más le valdría ayudar a los demás a hacer la limpieza. Él la ignora.

—Señor McMurphy, le he dicho que debería trabajar a estas horas. —Su voz es un agudo gemido, suena como una sierra eléctrica al cortar un pino—. ¡Señor McMurphy, se lo advierto!

Todos interrumpen su trabajo. La enfermera mira a su alrededor, sale de la Casilla y da un paso en dirección a McMurphy.

— ¿No comprende que está internado? Está... bajo *mi jurisdicción*... bajo el control... del personal. —Levanta un puño en el aire, las uñas rojo-anaranjadas se le clavan en la palma de la mano—. Bajo la jurisdicción y el *control*...

Harding desenchufa la aspiradora y la deja en el pasillo, se instala una silla junto a McMurphy, se sienta y también enciende un cigarrillo.

— ¡Señor Harding! ¡Continúe el trabajo que se le ha encomendado!

Creo que su voz suena como si hubiese chocado con un clavo y me resulta tan gracioso que casi suelto una carcajada.

— ¡Señor Harding!

Entonces Cheswick también va a buscarse una silla, y luego lo hace Billy Bibbit, y Scanlon y Fredrickson y Sefelt, y por fin todos dejamos las fregonas y las escobas y los trapos y nos instalamos en nuestras sillas.

—Escuchadme bien... Basta de tonterías. ¡*Basta!*

Y todos nos quedamos allí sentados, alineados frente a ese televisor apagado, con la mirada fija en la pantalla gris, como si pudiéramos ver perfectamente el partido de béisbol, mientras ella continúa despotricando y chillando a nuestras espaldas.

Si alguien hubiese entrado y echado un vistazo, si alguien hubiera visto a todos esos hombres mirando un televisor apagado y una mujer cincuentona gritando y chillando a sus espaldas algo referente a la disciplina y el orden y las recriminaciones, habría pensado que todos estábamos más locos que un rebaño de cabras.

## SEGUNDA PARTE

En el lugar más extremo de mi campo visual diviso en la Casilla de las Enfermeras el rostro esmaltado de blanco; lo veo balancearse sobre la mesa, observo cómo se retuerce y se diluye en sus esfuerzos por recuperar su forma primitiva. Los demás también lo observan, aunque procuran fingir que no lo ven. Procuran fingir que sólo tienen ojos para el televisor apagado, ahí, frente a nosotros, pero salta a la vista que todos miran de reojo a la Gran Enfermera tras su cristal, igual que hago yo. Es la primera vez que ella se encuentra al otro lado del cristal y puede hacerse una idea de lo que se siente al ser observado precisamente cuando, lo que más se desearía, es poder tender un verde telón entre el propio rostro y todas esas miradas que uno quisiera eludir.

Los internos, los negros, las enfermeras menores también la observan, mientras aguardan que salga al pasillo, pues ya es la hora de la reunión que ella misma ha convocado, y se mantienen a la expectativa para comprobar cuál será su actuación ahora que todos saben que también ella puede llegar a perder el control. Sabe que la están mirando, pero no se mueve, ni siquiera cuando empiezan a dirigirse a la sala del personal sin esperarla. Observo que toda la maquinaria de las paredes está parada, como si esperase un gesto de la enfermera.

Ya no se ve ni rastro de niebla por ninguna parte.

De pronto recuerdo que tengo que limpiar la sala del personal. Siempre limpio la sala del personal cuando celebran estas reuniones, lo hago desde hace años. Pero, ahora, el miedo me tiene pegado a la silla. Siempre me habían dejado limpiar la sala del personal porque creían que no podía oírles, pero ahora que me han visto levantar la mano cuando McMurphy me lo indicó, sabrán, sin duda, que puedo oírles.

¿Supondrán que los he podido oír todos estos años y que he estado escuchando secretos que sólo ellos podían compartir? ¿Qué me harán en la sala de personal si se han enterado?

Sin embargo, esperan que acuda. Si no voy, tendrán la certeza de que puedo oírles, y pensarán, ¿habéis visto? No ha venido a limpiar la sala, ¿no es eso una prueba suficiente? Es evidente que eso indica...

Ahora empiezo a comprender todo el alcance del riesgo que hemos corrido al permitir que McMurphy intentara sacarnos de la niebla.

Uno de los negros, con los brazos cruzados, está apoyado en la pared cerca de la puerta; se pasa la punta sonrosada de la lengua por los labios, mientras nos contempla allí sentados frente al televisor. Sus ojos se mueven a un lado y a otro al mismo ritmo que su lengua y por fin se detienen en mi persona, y puedo ver cómo levanta un poco sus párpados correosos. Se queda mirándome un largo rato y comprendo que está meditando sobre mi proceder en la reunión de grupo. Luego se aparta bruscamente de la pared, con lo cual rompe el contacto, se dirige al armario de las escobas y vuelve con un cubo lleno de agua jabonosa y una esponja, me tira del brazo y me cuelga el cubo de él, como si colgase una perola de la cadena de un hogar.

—Vamos, Jefe —dice—. Levántate y ponte a trabajar.

No me muevo. El cubo se balancea en mi brazo. No doy señales de haber oído nada. Me está tendiendo una trampa. Vuelve a pedirme que me levante y, cuando no me muevo, levanta la vista hacia el techo y suspira, extiende la mano, me coge por el cuello del uniforme y me da un tirón, entonces me levanto. Me mete la esponja en el bolsillo y me señala el otro extremo del pasillo, donde se halla la sala del personal, y salgo en esa dirección.

Mientras avanzo por el pasillo con mi cubo, zuum, la Gran Enfermera pasa junto a mí con la serena agilidad y energía de antaño y cruza la puerta. Eso me intriga.

Cuando me quedo solo en el pasillo, advierto lo claro que está el ambiente, ni rastro de niebla. El aire está un poco frío por donde acaba de pasar la enfermera y de los blancos tubos del techo fluye una luz helada como si fuesen barras de hielo transparente, como los alambres escarchados de un refrigerador aparejados para que emitan un blanco



resplandor. Las barras se extienden hasta la puerta de la sala del personal que acaba de cruzar la enfermera, en el extremo más lejano del pasillo: una pesada puerta de acero igual que la puerta de la Sala de Chocs del Edificio Número Uno, pero ésta lleva grabados unos números y tienen una pequeña mirilla a la altura de la cabeza para que los del personal puedan saber quién llama. Cuando me aproximo, puedo ver la luz que se filtra por la mirilla, una luz verde, amarga como bilis. La reunión del personal está a punto de comenzar tras la puerta, por eso se filtra ese verde fluido; cuando estén a media reunión el fluido habrá inundado todas las paredes y ventanas y yo tendré que recogerlo con la esponja y escurrirlo en mi cubo; el agua me servirá luego para enjuagar las tuberías del retrete.

Nunca resulta agradable limpiar la sala del personal. Nadie creería las cosas que he llegado a limpiar durante esas reuniones; cosas horribles, venenos fabricados directamente por los poros de la piel y ácidos que impregnan el ambiente, tan concentrados que podrían corroer a una persona. Yo mismo lo he visto.

He estado presente en algunas reuniones en las cuales las patas de las mesas se quedaron contorsionadas, las sillas retorcidas y las paredes desconchadas, tal fue la tensión del ambiente. He presenciado reuniones en las que se ha hablado tanto de un paciente que éste se ha materializado allí, delante de todos, desnudo sobre la mesita de café, vulnerable a cualquier ocurrencia que les pasara por la cabeza; lo embadurnan todo con un mejunje horrible antes de dar por concluido un asunto.

Por eso me hacen asistir a las reuniones del equipo médico, por las porquerías que llegan a hacer y que alguien tiene que limpiar; y ya que la sala del personal sólo se abre para las reuniones, es preciso encargar la tarea a alguien que ellos creen que no podrá difundir lo que allí sucede. Yo soy la persona indicada. Hace tanto tiempo que me encargo de fregar, quitar el polvo y restregar esta sala del personal y la otra, más vieja, de madera, que había en las antiguas dependencias, que por lo general no me prestan la menor atención; evoluciono por allí, entregado a mis tareas, y ellos ni siquiera parecen verme, como si no estuviera; si no me presentara a las reuniones, sólo echarían de menos la esponja y el cubo de agua dando vueltas por la habitación.

Pero esta vez, cuando llamo a la puerta y la Gran Enfermera pone el ojo en la mirilla, me lanza una terrible mirada y tarda más de lo habitual en descorrer el cerrojo y dejarme pasar. Su rostro ha recuperado su forma habitual, tan rígido como siempre, o así me lo parece. Todos remueven el azúcar en su café y se ofrecen cigarrillos, como suelen hacer antes de empezar cada reunión, pero el ambiente está tenso. Al principio creo que es a causa de mi presencia, pero luego advierto que la Gran Enfermera aún no se ha sentado, ni siquiera se ha servido una taza de café. Me deja entrar por la puerta entreabierta y vuelve a clavarme la vista cuando paso a su lado, cierra la puerta en cuanto entro y le echa la llave, gira sobre sí misma y me lanza una nueva ojeada. Sé que está recelosa. Creía que tal vez la actitud desafiante de McMurphy la habría dejado demasiado alterada para que se dignara prestarme atención, pero no parece trastornada en absoluto. Tiene la cabeza despejada y se está preguntando: ¿Cómo se explica que el señor Bromden *oyera* a ese Agudo McMurphy cuando le pidió que levantara la mano para votar? Se está preguntando: ¿Cómo supo que debía dejar su fregona y sentarse frente al televisor con los otros Agudos? Ningún otro Crónico actuó de esa forma. Se está preguntando si no ha llegado el momento de hacer algunas averiguaciones sobre el señor Jefe Bromden.

Le doy la espalda y hurgo en un rincón con mi esponja. La levanto sobre mi cabeza para que todos los que están en la habitación puedan ver que está cubierta de limo verde y se hagan cargo de cuán duro es mi trabajo; luego me agacho y sigo fregoteando con todas mis fuerzas. Pero por mucho que me afane y por mucho que me empeño en fingir indiferencia hacia su persona, ahí detrás siento su presencia junto a la puerta y su mirada me va taladrando la cabeza hasta que sólo falta un minuto para que consiga penetrarme, hasta que estoy a punto de ceder y gritar y decirles todo, con tal de que ella aparte sus ojos de mí.

Entonces la enfermera advierte que también es blanco de otras miradas: del resto del personal. Del mismo modo que ella está intrigada por mi proceder, ellos se preguntan qué le habrá pasado a ella y qué tendrá pensado hacer con ese pelirrojo que se ha quedado ahí, en la sala de estar. Están a la espera de sus palabras al respecto y no prestan la menor atención a un estúpido indio que evoluciona a gatas por un rincón. Esperan que ella haga algo, por lo que deja de mirarme, se sirve

una taza de café, se sienta, se pone un poco de azúcar y lo remueve con tanto cuidado que la cucharilla no roza siquiera la pared de la taza.

El doctor da el primer paso.

—Bien, amigos, ¿les parece que empecemos?

Lanza una sonrisa a los internos que le rodean y sorben su café. Procura no mirar a la Gran Enfermera. Se ha quedado ahí sentada, tan callada, que le pone nervioso y le impacienta. Saca sus gafas y se las pone para echar un vistazo a su reloj, comienza a darle cuerda mientras sigue hablando.

—Pasan quince minutos de la hora. Ya es hora de que empecemos. Bien. Como la mayoría debe saber, la señorita Ratched ha convocado esta reunión. Me telefoneó antes de iniciarse la reunión de la Comunidad Terapéutica y me manifestó que a su entender McMurphy podía ser un elemento perturbador en la galería. Demostró una gran intuición, si tenemos en cuenta lo que acaba de ocurrir hace escasos minutos, ¿no creen?

Deja de darle cuerda al reloj, pues los muelles están tan tensos que una vuelta más haría saltar toda la maquinaria en añicos, y se queda sonriendo con los ojos fijos en la esfera, tamborilea sobre el dorso de la otra mano con sus menudos dedos sonrosados, y espera. Por lo general, cuando llegan a estas alturas de la reunión, ella toma las riendas, pero en esta ocasión no dice nada.

—Después de lo ocurrido —prosigue el doctor—, nadie puede decir que estamos ante un hombre corriente. No, desde luego que no. Y, sin duda, constituye un factor perturbador, salta a la vista. Luego... ah... a mi entender, el propósito de esta discusión debe ser decidir la línea de actuación a seguir con él. Creo que la enfermera convocó esta reunión — corrí-jame si me equivoco, señorita Ratched— para comentar la situación y contrastar las opiniones del personal en cuanto a las medidas a adoptar con respecto al señor McMurphy.

Le lanza una mirada plañidera, pero ella sigue sin abrir la boca. Ha levantado los ojos hacia el techo, seguramente en busca de rastros de suciedad, y no parece haber oído ni una palabra de lo que acaba de decir el doctor.

Éste se vuelve hacia los internos alineados al otro lado de la habitación: todos han cruzado la misma pierna sobre la otra y apoyan la taza de café en la misma rodilla.

—Veamos, amigos —dice el doctor—, comprendo que no han contado con tiempo suficiente para dar un buen diagnóstico del paciente, pero todos *han* tenido una oportunidad de observarlo en acción. ¿Qué opinan *ustedes*?

La pregunta les hace estallar la cabeza. Con gran astucia, el doctor acaba de pasarles la papeleta. Todos miran alternativamente al doctor y a la Gran Enfermera. De algún modo ella ha logrado recuperar su antiguo poder en cosa de escasos minutos. Sólo con permanecer ahí sentada, sonriéndole al techo y sin decir nada, ha conseguido hacerse otra vez con el control y que todos tomen conciencia de que aquí tendrán que habérselas con ella. Si esos muchachos no se portan bien, corren el riesgo de concluir su período de prácticas en el hospital para alcohólicos de Portland. Todos empiezan a mostrarse tan inquietos como el doctor.

—Su influencia es bastante perturbadora, sin duda.

El primer interno no quiere correr riesgos.

Beben sorbos de café y meditan. Después, el siguiente comenta:

—Y podría representar un verdadero peligro.

—Así es, así es —dice el doctor.

El chico cree haber dado en el clavo y prosigue:

—Todo un peligro, a decir verdad —dice y se inclina hacia delante en su silla—. No debemos olvidar que este hombre ha realizado actos violentos con el mero propósito de eludir el trabajo de la granja y acceder a la vida relativamente menos dura de este hospital.

—*Ha planeado* actos violentos —añade el primer interno.

Y el tercero musita:

—Pero, en realidad, el mismo carácter de su plan podría indicar que se trata simplemente de un astuto embaucador y no de un enfermo mental.

Echa un vistazo a su alrededor para comprobar cómo se lo toma la enfermera y ve que ésta aún no se ha movido ni ha hecho el menor gesto. Pero el resto del personal se queda mirándolo como si hubiese

pronunciado una terrible obscenidad. El chico comprende que ha errado el tiro e intenta fingir que era una broma, a base de soltar una risita y añadir:

—Ya saben, «El que no marca el paso es que oye otro tambor».

Pero es demasiado tarde. El interno que ha hablado en primer lugar se vuelve hacia él, deja su taza de café sobre la mesa y saca del bolsillo una pipa del tamaño de un puño:

—Francamente, Alvin —le dice al tercer muchacho—, me has defraudado. Incluso sin haber leído su historial, basta con observar su comportamiento en la galería para comprender lo absurdo de tal sugerencia. Ese hombre no sólo está gravemente enfermo, sino que le considero sin lugar a dudas como un Agresivo en Potencia. Creo que las sospechas de la señorita Ratched iban en ese sentido cuando decidió convocar esta reunión. ¿No has identificado en él al prototipo del psicópata? Nunca había visto un caso más claro. Ese hombre es un Napoleón, un Gengis Khan, un Atila.

Luego interviene otro. Recuerda los comentarios de la enfermera con relación a la sala de Perturbados.

—Robert tiene razón, Alvin. ¿No has observado cómo actuó hoy ese hombre? En cuanto falló uno de sus planes se levantó de un salto, dispuesto a cometer cualquier violencia. ¿Por favor, doctor Spivey, qué dice su historial en cuanto al uso de la violencia?

—Se evidencia una notoria falta de disciplina y respeto de la autoridad —responde el doctor.

—Exactamente, Alvin, su historial demuestra que en repetidas ocasiones ha dirigido su hostilidad contra figuras que representaban la autoridad: en la escuela, en el servicio militar, ¡en la *cárcel!* Y creo que su actuación después de la rabieta de la votación de hoy es un indicio perfectamente claro de lo que podemos esperar de él en el futuro.

Se interrumpe y frunce el entrecejo con la mirada fija en su pipa, vuelve a llevársela a la boca, enciende una cerilla y aplica la llama a la cazoleta con una sonora aspiración. Cuando por fin consigue encender la pipa, mira subrepticamente a la Gran Enfermera a través de la nube de humo amarillo; debe considerar que su silencio indica aprobación, pues sigue adelante, con mayor entusiasmo y aplomo que antes.

—Detente a pensarlo un minuto, Alvin —dice, con palabras algodonosas a causa del humo—, supón lo que le ocurriría a uno de nosotros si se encontrase a solas con el señor McMurphy en una sesión de Terapia Individual. ¡Piensa lo que ocurriría cuando llegases a un detalle particularmente doloroso y él decidiera que ya estaba harto de ti —¿cómo diría él? —, de tu «maldita curiosidad de métome-en-todo»! Y cuando le dijeras que no debía mostrarse agresivo, te mandaría al infierno, y aunque tú le dijeras que se serenase, en tono autoritario, sin duda, ahí lo tendrías, noventa kilos de psicópata irlandés pelirrojo lanzados sobre ti, por encima mismo de la mesa de la consulta. ¿Estás preparado —alguno de nosotros lo está— para hacerte cargo del señor McMurphy cuando se plantee una situación de ese tipo?

Vuelve a colocarse la pipa del número diez en la comisura de los labios, apoya las manos abiertas sobre las rodillas y espera. Todos piensan en los gruesos brazos rojos de McMurphy, en sus manos llenas de cicatrices y en su cuello que asoma por la camiseta como un grueso tarugo aherrumbrado. El interno llamado Alvin ha palidecido sólo de pensar en ello, como si el amarillento humo de pipa, que le está echando en la cara su compañero, se la hubiese manchado toda.

— ¿Por lo tanto, en su opinión —pregunta el doctor—, sería aconsejable enviarle a Perturbados?

—Opino que, como mínimo, sería lo más seguro —responde el chico de la pipa, que ha cerrado los ojos.

—Creo que tendré que retirar mi sugerencia y apoyar a Robert —dice Alvin dirigiéndose a todos en general—, aunque sólo sea por mi propia seguridad personal.

Todos ríen. Se les ve más relajados, con la certeza de que han logrado dar con el plan que ella esperaba. Todos beben un sorbo de café, excepto el chico de la pipa, demasiado ocupado con el artefacto que constantemente se le apaga, gasta un montón de cerillas y no para de chupar y fruncir los labios. Por fin consigue un encendido de su agrado y dice, con un cierto tono de orgullo en la voz:

—Sí, creo que la Galería de Perturbados será lo más conveniente para el viejo McMurphy, el Rojo. ¿Saben lo que he pensado después de observarle estos pocos días?

—¿Reacción esquizofrénica? —pregunta Alvin. El de la pipa mueve negativamente la cabeza.

—¿Homosexual Latente con Formación Reactiva? —apunta el tercero.

El de la pipa vuelve a negar con la cabeza y cierra los ojos.

—No —dice, y lanza una sonrisa a cuantos le rodean—, *Edipo Negativo*.

Todos le felicitan.

—Sí, creo que hay muchos detalles que apuntan en ese sentido —añade—. Pero, independientemente del diagnóstico definitivo, no debemos olvidar una cosa: nos las habernos con un hombre fuera de lo corriente.

—Se... equivoca por completo, señor Gideon.

Es la voz de la Gran Enfermera.

Todos vuelven la cabeza hacia ella, sobresaltados; yo también la miro, pero me contengo a tiempo y finjo que sólo pretendía limpiar una mancha que acabo de descubrir en la pared, por encima de mi cabeza. No cabe duda de que todos se han quedado desconcertados; creían estar proponiendo exactamente lo que ella deseaba, justo lo que ella misma había pensado proponer en la reunión. Hasta yo lo había pensado. La he visto enviar a la galería de Perturbados a hombres que no le llegaban ni al hombro a McMurphy, por la mera razón de que había un ligero riesgo de que le escupiesen a alguien, y ahora se enfrenta con este toro que se ha burlado de ella y de todo el resto del personal, un tipo del que ella había dicho esta misma tarde que debía salir de esta galería y, ahora, va y dice que no.

—No. No estoy de acuerdo. En absoluto —lanza una sonrisa dirigida a todos en general—. No creo que debamos mandarlo a Perturbados; eso no sería más que un fácil recurso para transferir nuestro problema a otra galería y no estoy de acuerdo en que sea una especie de personaje extraordinario... una especie de «súper» psicópata.

Hace una pausa aunque nadie tiene la intención de contradecirla. Por primera vez desde el principio de la reunión bebe un sorbo de café; cuando retira la taza de su boca, está teñida de ese color rojo anaranjado. No puedo evitar el echar una mirada al borde de la taza; no es posible que use un lápiz de labios de ese color. La mancha que ha

dejado en la taza debe ser producto del calor, el contacto con sus labios ha comenzado a fundirla.

—Debo reconocer que cuando empecé a advertir la fuerza perturbadora que puede representar McMurphy también pensé que, sin lugar a dudas, lo indicado era enviarlo a Perturbados. Pero creo que ya es demasiado tarde. ¿Suprimiríamos con ello el mal que ya ha hecho en nuestra galería? No lo creo, no después de lo ocurrido esta tarde. Creo que enviarle a Perturbados ahora sería proceder exactamente como esperan los pacientes. Lo convertiríamos en un mártir. Jamás tendrían la oportunidad de comprobar que ese hombre no es —como decía usted, señor Gideon— una «persona fuera de lo corriente».

Bebe otro sorbo de café y deja la taza sobre la mesa; suena como un mazazo; los tres residentes se yerguen en sus sillas.

—No. No se sale de lo corriente. No es más que un hombre, pura y simplemente, y experimenta todos los temores, toda la cobardía y toda la timidez que sienten los demás. Tengo la certeza de que bastarán unos cuantos días para que así lo demuestre, ante nosotros y también ante el resto de los pacientes. No me cabe la menor duda de que si lo retenemos en la galería pronto cederá su osadía, su rebelión personal se desvanecerá y... —sonríe, como si supiera algo que los demás ignoran...— nuestro héroe pelirrojo quedará reducido a algo que todos los pacientes conocerán en su justo valor y le perderán todo respeto: un fanfarrón y un charlatán de esos que se suben a una caja de jabón y gritan para ganarse adeptos, como todos hemos visto hacer al señor Cheswick, pero que se echan atrás cuando comienzan a correr un verdadero riesgo personal.

—El Paciente McMurphy —el chico de la pipa considera que debe intentar defender su posición y salvar un poco el tipo— no me produce la impresión de ser un cobarde.

Esperaba que la enfermera se enfureciese, pero no; se limita a echarle una mirada como diciendo «ya veremos» y añade:

—No he dicho que sea un cobarde, señor Gideon; oh, no. Lo único que sucede es que le tiene mucho apego a alguien. Como psicópata que es, le tiene demasiado apego a un tal señor Randle Patrick McMurphy y no lo expondrá a ningún riesgo innecesario. —No me cabe la menor duda de que la sonrisa que le lanza al chico apagará definitivamente su pipa—. No tenemos más que esperar un poco y



nuestro héroe... ¿cómo dicen los estudiantes?... ¿Bajará del burro? ¿Es eso?

—Pero podrían pasar semanas... —objeta el muchacho.

—Disponemos de tantas semanas como queramos —dice ella. Se levanta, con el aire más complacido que le he visto desde que McMurphy ingresó y empezó a crearle problemas hace una semana—. Disponemos de semanas, meses, e incluso años. No olvide que el señor McMurphy está internado. El período de tiempo que pase en este hospital depende absolutamente de nosotros. Ahora, si nadie tiene nada más que añadir...

La actuación tan confiada de la Gran Enfermera en esa reunión me tuvo preocupado durante algún tiempo, pero no hizo la menor mella en McMurphy.

El fin de semana, y toda la semana siguiente, se mostró con ella y sus negros tan duro como siempre, y los pacientes estaban encantados. Había ganado su apuesta; había hecho perder los estribos a la enfermera tal como prometiera y había cobrado, aunque eso no le impidió continuar con la misma actitud y comportarse como lo hiciera desde un principio, bramando arriba y abajo por el pasillo, burlándose de los negros, haciendo malas jugadas a todo el personal y llegando incluso hasta el punto de acercarse un día a la Gran Enfermera en el pasillo y preguntarle si no le importaría decirle cuál era exactamente el contorno de los grandiosos pechos que tanto se esforzaba en ocultar aunque no lo consiguiera jamás. Ella continuó su camino sin mirarlo, ignorándolo del mismo modo que había decidido ignorar esos desmesurados signos de feminidad con que la había dotado la naturaleza, como si estuviera por encima de él, y del sexo, y de todo lo que fuera débil y estuviera relacionado con la carne.

Cuando colocó en el tablón de anuncios la lista de las tareas asignadas a cada uno y McMurphy comprobó que le había mandado a los retretes, se dirigió a su despacho, golpeó en la ventana donde ella está apostada siempre, le agradeció personalmente ese honor y le dijo que pensaría en ella cada vez que vaciase un orinal. Ella le contestó que no era necesario; bastaba con que cumpliera con su obligación, gracias.

Lo máximo que hizo en los retretes fue pasar un par de veces el cepillo por cada taza, mientras cantaba una tonada a todo pulmón, marcando el compás; después echó un poco de Clorex y se acabó.

—Con eso basta —le decía al negro que venía a atosigarle por hacer su trabajo tan a la ligera—, es posible que *algunas* personas consideren que no están suficientemente limpios, pero por mi parte sólo pienso mear ahí, no comer en ellos.

Y cuando la Gran Enfermera accedió a las súplicas del negro y acudió a revisar personalmente el trabajo de limpieza realizado por McMurphy, llevó consigo un espejo de bolsillo y lo colocó bajo el reborde de las tazas. Salió moviendo la cabeza, al tiempo que decía: —Qué vergüenza... qué vergüenza... —, después de revisar cada taza. Y McMurphy la seguía, frunciendo la nariz y comentando: —No; no es una vergüenza, es una taza de retrete... una taza de retrete.

Pero ella no volvió a perder el control, ni siquiera dio señales de que pudiera suceder. Continuó atosigándolo con la cuestión de los retretes, haciendo acopio de la misma terrible, lenta, paciente presión que empleaba con todos los demás, mientras él estaba de pie frente a ella, como un niño al que le echan una regañina, con la cabeza gacha y la punta de una bota sobre la otra, y decía:

—Yo ya lo *intento*, señora, pero creo que nunca llegaré a destacar entre los mierdosos.

Una vez escribió algo en un trocito de papel, con una curiosa escritura que parecía un alfabeto extranjero, y lo pegó con un trozo de goma de mascar bajo el reborde de la taza de un retrete; cuando ella inspeccionó ese retrete con el espejo, casi se atraganta al leer lo que reflejaba, y de la impresión se le cayó en la taza. Pero no perdió la serenidad. Su cara y su sonrisa de muñeca siguieron fraguadas en un gesto de confianza en sí misma. Se incorporó y le lanzó una mirada como para despellejar a uno y le dijo que su obligación era *limpiar* los retretes, no ensuciarlos.

En realidad, poca cosa se limpiaba esos días en la galería. En cuanto llegaba la hora de la tarde en que el horario establecía que debíamos comenzar la limpieza, también llegaba la hora en que transmitían los partidos de béisbol por la televisión y todos empezaban a colocar las sillas frente al aparato y no se movían de allí hasta la hora de la cena. Poco importaba que hubieran cortado la corriente en la

Casilla de las Enfermeras y que no pudiéramos ver más que la apagada pantalla gris, porque McMurphy nos hacía pasar el rato con su charla y sus anécdotas, como esa vez que ganó mil dólares en un mes conduciendo un camión para una empresa maderera y luego perdió hasta el último centavo en una competición de arrojar el hacha en la que fue derrotado por un canadiense; o cuando con otro compinche convenció a un tipo para que montase un toro bravo en un rodeo, en Albany, y que lo hiciera con una venda sobre los ojos: «No el toro, quiero decir que el que llevaba los ojos vendados era el *tipo*.» Le dijeron que la venda le ayudaría a no marearse cuando el toro comenzase a dar vueltas; luego, después de taponarle los ojos con un pañuelo que no le dejaba ver nada, lo sentaron sobre el toro, mirando hacia atrás. McMurphy lo contó un par de veces y no dejaba de golpearse el muslo con la gorra y de reír a carcajadas sólo de recordarlo.

—Con los ojos vendados y mirando hacia la cola... Que me aspen si no resistió hasta el final y ganó el premio. Yo quedé segundo; si se hubiese caído, yo me hubiera llevado el primer lugar y un buen fajo de billetes. Os aseguro que la próxima vez que haga una jugada de estas le pondré la venda al maldito toro.

Se palmeó la pierna, echó la cabeza hacia atrás y comenzó a soltar carcajada tras carcajada, mientras iba hundiendo el dedo en las costillas de todos los que tenía cerca, en un intento de hacerles reír también.

Esa semana hubo momentos en que al oír esa risa contundente y contemplar cómo se rascaba la barriga y se desperezaba, bostezaba y levantaba la cabeza para hacerle un guiño a cualquiera que fuera dirigida la broma, con la misma naturalidad con que respiraba, dejé de preocuparme de la Gran Enfermera y el Tinglado que la apoyaba. Momentos en que pensaba que le bastaría seguir siendo fiel a sí mismo para resistir y no desmoronarse como ella deseaba. Momentos en que pensé que tal vez realmente era una persona fuera de lo corriente. Que era lo que era, eso es. Que tal vez mostrarse tal como era ya le daba la fuerza necesaria para resistir. Si el Tinglado no había conseguido atraparlo en todos estos años, ¿qué le hacía suponer a la enfermera que ella lo lograría en cuestión de semanas? Él no permitiría que lo doblegasen y lo manipulasen.

Y más tarde en el retrete, escondido de los negros, miraba mi imagen en el espejo y me preguntaba cómo era posible que alguien hubiese logrado algo tan fantástico como llegar a ser lo que él era. Veía mi rostro en el espejo, fuerte, moreno, con grandes pómulos salientes, como si el hueso que había debajo hubiese sido tallado con un hacha, con unos ojos completamente negros y una mirada dura y amenazadora, igual que los ojos de Papá y los de todos esos valerosos indios amenazadores que uno ve en la televisión, y pensaba: ése no soy yo, ésa no es mi cara. Ni siquiera era yo cuando intentaba parecerme a esa cara. Ni siquiera entonces era realmente yo mismo; no hacía más que mostrarme tal como los demás me veían, tal como querían verme. Creo que nunca he sido yo mismo. ¿Cómo puede McMurphy ser como es?

Lo veía de un modo distinto a como lo vi cuando llegó aquí; veía en él algo más que sus manazas, las patillas rojas y su burlona nariz rota: lo había visto hacer cosas que no casaban con su rostro y con sus manos, cosas como pintar un dibujo en Terapia Ocupacional, con colores de verdad, en un papel blanco sin líneas ni números que le indicasen dónde debía pintar, o escribir cartas a alguien con una letra bonita y fluida. ¿Cómo era posible que un hombre con su aspecto pintase cuadros o escribiese cartas a la gente, o se mostrase conmovido y preocupado como lo vi una vez cuando le devolvieron una carta? Eran cosas que uno esperaría de Billy Bibbit o de Harding. Las manos de Harding parecían hechas para dibujar, aunque nunca lo hacía; Harding aprisionaba sus manos y las obligaba a serrar tablones para construir casillas para perros. McMurphy no era así. No había permitido que su aspecto determinase su vida en uno u otro sentido, lo mismo que no había permitido que el Tinglado lo manipulase hasta colocarlo en el lugar donde ellos quisieran que estuviese.

Empezaba a ver muchísimas cosas de un modo distinto. Supuse que la máquina de hacer niebla empotrada en las paredes se había estropeado cuando la forzaron demasiado para la reunión del viernes, de modo que ahora no podían insuflar niebla y gas y deformar la apariencia de las cosas. Por primera vez en muchos años volvía a ver a la gente sin ese contorno negro que solían presentar, y una noche incluso conseguí mirar por la ventana.

Como ya he dicho, casi todas las noches me daban una pastilla antes de mandarme a la cama, me dejaban seco y fuera de circulación.

Y si algo fallaba con la dosis y me despertaba, tenía los ojos llenos de legañas y el dormitorio estaba saturado de humo, los cables de las paredes estaban cargados a tope, se retorcían y lanzaban chispas mortíferas y llenas de odio que inundaban el aire; todo eso era demasiado para mí, por lo que enterraba la cabeza bajo la almohada y procuraba volverme a dormir. Cada vez que echaba un vistazo fuera, me encontraba con el olor a pelo chamuscado y un ruido parecido al que hacen las chuletas sobre un asador caliente.

Pero aquella noche en concreto, algunos días después de la gran reunión, me desperté y encontré el dormitorio despejado y callado; el silencio era total, a excepción del suave respirar de los hombres y el traqueteo de piezas sueltas bajo las frágiles costillas de los dos viejos Vegetales. Había una ventana abierta, el aire del dormitorio estaba despejado y tenía un regusto que me hizo sentir como aturdido y un poco embriagado y despertó en mí un súbito impulso de bajar de la cama y hacer algo.

Me deslicé de entre las sábanas y empecé a andar descalzo sobre las frías baldosas, entre las camas. Al tocar las baldosas con los pies me pregunté cuántos miles de veces había pasado la fregona por ese mismo suelo, sin llegar a sentir nunca su tacto. Tanto fregar me parecía un sueño, como si no pudiera creer que realmente me había pasado todos estos años haciéndolo. En ese momento lo único verdaderamente real era ese piso frío bajo mis pies.

Caminé entre los muchachos amontonados en largas hileras blancas como bancos de nieve, procurando no tropezar con nadie, hasta que conseguí llegar a la pared de las ventanas. Avancé a lo largo de la fila de ventanas, hasta llegar a una en la cual las sombras se asomaban y desaparecían suavemente con la brisa, y apoyé la frente contra la tela metálica. El metal tenía un tacto frío y cortante, restregué la cabeza contra él para poder sentirlo en las mejillas, y aspiré la brisa. Pronto llegará el otoño, pensé, percibo el olor a melaza amarga del heno, un olor que permanece suspendido en el aire como el tañido de una campana: un olor como si alguien hubiera estado quemando hojas y hubiese dejado que se consumieran durante la noche porque estaban demasiado verdes.

Se acerca el otoño, seguí pensando, el otoño está próximo; como si fuese la cosa más extraña del mundo. El otoño. Hace poco, ahí fuera

era primavera, luego vino el verano y ahora, el otoño... curiosa idea, sin duda.

Advertí que aún tenía los ojos cerrados. Los había cerrado al acercar la cara a la tela metálica, como si tuviese miedo de mirar afuera. Ahora debía abrirlos.

Miré por la ventana y por primera vez pude ver que el hospital estaba en medio del campo. La luna estaba baja en el cielo, sobre las tierras de pastoreo; tenía la cara llena de arañazos y rasguños como si acabara de desprenderse de una maraña de jaras y madroños, allí, en el horizonte. Las estrellas próximas a la luna tenían un brillo pálido; éste se hacía más intenso cuanto más apartadas se hallaban del círculo de luz donde enseñoreaba la gigantesca luna. Recordé que había observado exactamente lo mismo una vez que salí de caza con Papá y los tíos y estaba allí tendido, envuelto en las mantas tejidas por la Abuela, un poco apartado de los hombres que se habían sentado en cuclillas en torno al fuego y pasaban de mano en mano una jarra de aguardiente de cacto, sin decir palabra. Observé cómo la gran luna de las praderas de Oregón que estaba sobre mi cabeza hacía palidecer a todas las estrellas que la rodeaban. Me quedé despierto mirándola, para comprobar si la luna empalidecía o las estrellas adquirían mayor brillo, hasta que el rocío comenzó a mojar mis mejillas y tuve que cubrirme la cabeza con la manta.

Algo se movió en el suelo bajo la ventana y proyectó una larga araña de sombra en la hierba mientras corría hasta perderse de vista tras el seto. Cuando volvió a situarse en un lugar donde podía verle mejor, comprobé que era un perro, un joven perro callejero que había salido a hurtadillas de casa para descubrir qué sucedía después de caer la noche. Olfateaba cuevas de ardillas zapadoras, no con la idea de atrapar una, sino con la sola intención de averiguar qué hacían a esas horas. Introducía el hocico en un agujero, con el trasero levantado y meneando la cola, luego corría a investigar el siguiente. La luna refulgía a su alrededor sobre la hierba húmeda y al correr dejaba huellas que parecían manchas de pintura oscura sobre el resplandor del prado. Galopó de un agujero interesante a otro hasta que quedó tan cautivado con lo que ocurría a su alrededor —la luna allí arriba, la noche, la brisa llena de salvajes olores que lo embriagaban— que no tuvo más remedio que echarse de espaldas y rodar por la hierba.

Empezó a contorsionarse y agitarse como un pez, con el lomo arqueado y el vientre al aire y cuando se puso en pie y se sacudió, esparció un halo de gotitas, como escamas plateadas bajo la luna.

Olfateó de nuevo todos los agujeros en rápido recorrido, para absorber bien los olores, y, de pronto, se quedó inmóvil, con una pata en el aire y la cabeza levantada, a la escucha. Yo también agucé el oído, pero no pude oír nada excepto el chasquido de la persiana. Estuve largo rato escuchando. Entonces, desde muy lejos, me llegó un agudo graznido cantarín, muy débil, que se iba acercando. Patos del Canadá que emigraban al Sur para pasar el invierno. Recordé todas las cacerías y las veces que me había arrastrado sobre el vientre al intentar cazar un pato, sin conseguirlo jamás.

Quise seguir la dirección de la mirada del perro para ver si conseguía descubrir la bandada, pero estaba demasiado oscuro. El graznido se fue acercando más y más hasta que parecía que volaran en el dormitorio, por encima de mi cabeza. Entonces pasaron por delante de la luna: un negro collar ondulante que el ganso guía dirigía en forma de V. Por un instante, el ganso guía estuvo justo en el centro del círculo, destacándose mayor que los otros, como una gran cruz negra que se abría y se cerraba, luego siguió arrastrando su V por el cielo, hasta perderse de vista.

Los oí desvanecerse hasta que sólo quedó mi recuerdo del rumor. El perro siguió oyéndoles mucho después que yo. Continuaba allí de pie con la pata levantada; no se había movido ni había ladrado cuando volaron sobre nosotros. Cuando también él dejó de oírlos, comenzó a correr en la misma dirección que los ánades y se alejó hacia la carretera con un trote acompasado y solemne como si tuviera una cita. Contuve el aliento y puede oír el redoble de sus grandes patas sobre la hierba, mientras se alejaba, luego oí un coche que tomaba velocidad en una curva. Los faros asomaron sobre el peralte y a continuación iluminaron el tramo de carretera. Observé que el perro y el coche iban a convergir en el mismo punto del asfalto.

El perro casi había alcanzado la valla que bordea el recinto cuando oí que alguien se deslizaba a mis espaldas. Dos personas. No me volví, pero sabía que serían el negro llamado Geever y la enfermera con la mancha en la piel y el crucifijo. Sentí que se formaba un

zumbido de temor en mi cabeza. El negro me cogió por el brazo y me hizo dar media vuelta.

—Yo me encargaré de él —dice.

—Hace frío aquí junto a la ventana, señor Bromden —me explica la enfermera—. ¿No cree que sería mejor volver a su camita calentita?

—No puede oírla —le explica el negro—. Yo me encargaré de él. Siempre se libra de la sábana y se pone a vagabundear por ahí.

Yo hago un movimiento y ella retrocede un paso y dice:

—Sí, ocúpese de él, por favor —dirigiéndose al negro. Comienza a jugar con la cadena que lleva colgada del cuello. Cuando llega a su casa, se encierra en el cuarto de baño, donde nadie puede verla, se desnuda y se frota ese crucifijo por toda la superficie de la mancha que le baja por el cuerpo en una estrecha franja, desde la comisura de su boca, por encima de los hombros y los pechos. Frota y frota e invoca a la Virgen María, pero la mancha sigue allí. Se mira en el espejo y la ve más intensa aún que antes. Por fin, coge un cepillo de cerdas de acero, como los que se usan para rascar la pintura vieja de las barcas, y se frota la mancha hasta hacerla desaparecer, se pone un camisón sobre la supurante piel en carne viva y se arrastra hasta la cama.

Pero está toda llena de ese mejunje. Mientras duerme, comienza a subirle por la garganta, hasta la boca, y va chorreándole por la comisura de los labios como una baba encarnada y le corre garganta abajo, extendiéndose por todo el cuerpo. Por la mañana, comprueba que vuelve a estar manchada y por algún motivo cree que la mancha no procede realmente de ella —imposible ¿una buena católica como ella?— y supone que se debe a que se pasa las noches rodeada de una galería llena de gente como yo. Es culpa nuestra y nos lo hará pagar aunque sea lo último que haga en su vida. Quisiera que McMurphy se despertase y me ayudara.

—Átele a la cama, señor Geever; yo iré a preparar la medicina.

En las reuniones de grupo salieron a relucir agravios que llevaban tanto tiempo enterrados que el motivo que los causara ya había cambiado. Ahora que contaban con el apoyo de McMurphy, los chicos comenzaron a soltar todo lo que no les gustaba de lo ocurrido en la galería.



—¿Por qué tienen que cerrar con llave los dormitorios los fines de semana? —preguntaba Cheswick o algún otro—. ¿Es que uno no puede pasar los fines de semana como le plazca?

—Sí, señorita Ratched —añadía entonces McMurphy—. ¿Porqué?

—Si los dejásemos abiertos, como hemos comprobado por experiencias anteriores, todos volverían a acostarse después del desayuno.

—¿Y es acaso un pecado mortal? La gente *normal* está acostada hasta más tarde los fines de semana.

—Ustedes están en este hospital —intervenía ella, como si lo repitiese por centésima vez—, debido a su demostrada incapacidad para adaptarse a la vida en sociedad. El doctor y yo opinamos que cada minuto que pasen en compañía de los demás, con algunas excepciones, es terapéutico, en tanto que cada minuto a solas no hace más que aumentar su distanciamiento.

—¿Por eso tienen que reunirse al menos ocho tipos antes de salir de la galería para dirigirse a Terapia Ocupacional o Terapia Física o cualquier otra de esas Terapias?

—Así es.

—¿Quiere decir que es pernicioso querer estar a solas?

—No he dicho eso...

—¿Quiere decir que cuando voy al retrete a hacer mis necesidades debería ir acompañado de al menos siete compañeros para que no se me ocurra ponerme a meditar sentado en la taza?

Antes de que consiguiera dar con una respuesta apropiada, Cheswick se había puesto de pie de un salto y le gritaba:

—Sí, ¿es eso lo que quería decir? —y los otros Agudos presentes en la reunión coreaban—: Sí, sí, ¿es eso?

Ella esperaba que se calmasen y que el grupo recobrará el silencio, para luego comentar, sin alterarse:

—Si son capaces de tranquilizarse un poco y comportarse como un grupo de adultos en una discusión, en lugar de actuar como niños en un patio de juegos, podríamos preguntarle al doctor si cree aconsejable revisar las normas al respecto. ¿Doctor?

Todos sabían cuál sería la respuesta del doctor, e incluso antes de que tuviese oportunidad de abrir la boca, Cheswick ya estaba soltando otra queja.

— ¿Y qué hay de nuestros cigarrillos, señorita Ratched?

—Sí, qué nos dice a eso —refunfuñaron los Agudos.

McMurphy se volvió hacia el doctor y le planteó la pregunta directamente a *él* sin darle una oportunidad de responder a la enfermera.

—Sí, doctor, ¿qué opina del asunto de los cigarrillos? No es posible que ella tenga derecho a guardar los cigarrillos —*nuestros* cigarrillos— en su mesa, como si fueran suyos e írnoslos racionando a su antojo. No tiene ninguna gracia comprarse un cartón de cigarrillos y que después venga alguien a decirnos cuándo y cuántos podemos fumar.

El doctor ladeó la cabeza para mirar a través de sus gafas a la enfermera. No sabía que ella se hubiese apoderado de los cigarrillos sobrantes para evitar que se hiciesen apuestas.

—¿Qué es eso de los cigarrillos, señorita Ratched? Nadie me había informado...

—Doctor, considero que tres o cuatro, y a veces hasta cinco, cajetillas de cigarrillos al día son algo excesivo para una persona. La semana pasada —después de llegar el señor McMurphy— los pacientes empezaron a fumar de tal modo que consideré prudente confiscar los cartones que adquirirían en la cantina y permitirles consumir sólo una cajetilla al día.

McMurphy se inclinó hacia delante y le murmuró a Cheswick en tono bastante alto:

—Ya verás como lo próximo que se le ocurre es controlar las idas al retrete; no sólo habrá que ir acompañado de siete amigos sino que no podremos ir más de dos veces al día, y, además, cuando ella lo disponga.

Se recostó en su silla y empezó a soltar unas carcajadas tan sonoras que nadie pudo decir palabra durante un minuto.

McMurphy se estaba divirtiendo mucho con todo el alboroto que estaba organizando y creo que también le extrañaba un poco que el personal no se mostrase más duro con él, sobre todo, que las

advertencias de la Gran Enfermera no fuesen más amenazadoras de lo que eran.

—Creí que la vieja urraca era más dura de pelar —le dijo a Harding al terminar una reunión—; tal vez sólo necesitaba una buena lección. Pero el caso es que... —frunció el entrecejo...— actúa como si aún tuviese todas las cartas escondidas en su blanca manga.

Continuó pasándose en grande, más o menos hasta el miércoles de la semana siguiente. Entonces descubrió por qué la enfermera demostraba tanto aplomo. El miércoles es el día que cogen a todos los que no están enfermos y nos llevan a la piscina, tanto si quieren como si no. Cuando la galería estaba llena de niebla, solía esconderme en ella para no tener que ir. Siempre me ha asustado la piscina; siempre he tenido miedo de caer de cabeza y ahogarme, de que el tubo del desagüe me succione y me arrastre al mar. De niño solía ser muy valiente cuando nos bañábamos en el río Columbia; recorría con los otros hombres el andamiaje que cubría las cataratas, chapoteando en las agitadas aguas verdes y blancas que casi nos cubrían y formaban una niebla en la que se reflejaban los arco iris, y ni siquiera llevaba suelas claveteadas como las que usaban los mayores. Pero cuando vi que Papá empezó a tener miedo, yo también me asusté, y al final ni siquiera era capaz de meterme en una charca poco profunda.

Salimos de los vestuarios y la piscina estaba llena de chapoteos de hombres desnudos; los gritos rebotaban en el alto techo como sucede en las piscinas cubiertas. Los negros nos hicieron entrar en tropel. El agua estaba agradablemente templada pero yo no quería apartarme de la orilla (los negros se pasean por la orilla con largas varas de bambú para apartarnos si intentamos agarrarnos a las paredes de la piscina) y me quedé junto a McMurphy, pues sabía que a él no intentarían empujarle hacia la parte profunda contra su voluntad.

Se puso a hablar con el socorrista, mientras yo permanecía a un metro de distancia escaso. McMurphy debía estar en una fosa porque tenía que chapotear para mantenerse a flote y yo en cambio hacía pie tranquilamente. El socorrista estaba de pie junto a la piscina: llevaba un silbato y una camiseta con el número de su galería. Él y McMurphy empezaron a hablar de las diferencias entre el hospital y la cárcel, y McMurphy comentó que el hospital era muchísimo mejor. El socorrista

no parecía muy convencido. Oí como le decía a McMurphy que, para empezar, estar internado no es lo mismo que cumplir condena.

—Cuando tienes que cumplir condena en una cárcel, hay fijada una fecha en la que *sabes* que te soltarán —dijo.

McMurphy dejó de chapotear como había estado haciendo hasta ese momento. Nadó lentamente hasta el borde de la piscina y se quedó allí agarrado, y mirando al socorrista.

—¿Y si estás internado? —preguntó al cabo de un rato.

El socorrista se encogió de hombros en musculoso gesto y dio un tirón al silbato que le colgaba del cuello. Había sido jugador de rugby profesional, en la frente lucía señales de los clavos de las botas y, de vez en cuando, en un momento de distracción, en sus ojos se encendía una chispa y sus labios empezaban a barbotear números, se ponía de cuatro patas como si estuviera en sus marcas y se arrojaba sobre alguna enfermera que pasase casualmente por allí, le hundía un hombro en los riñones y la lanzaba al suelo para que otro jugador se infiltrase por el boquete. Por eso estaba en la galería de Perturbados; cuando no estaba prestando servicio de socorrismo era capaz de hacer algo por el estilo al menor descuido.

Volvió a encogerse de hombros ante la pregunta de McMurphy, luego miró a uno y otro lado para comprobar que ningún negro anduviera cerca y se arrodilló junto a la piscina. Extendió un brazo para que McMurphy lo viera.

—¿Ves este yeso?

McMurphy miró el enorme brazo.

—Ese brazo no está enyesado, amigo.

El socorrista se limitó a sonreír.

—Bueno, me enyesaron porque sufrí una grave fractura en el último partido contra los Browns. No puedo volver a jugar hasta que esté soldada la fractura y puedan quitarme el yeso. La enfermera de mi galería dice que me está curando el brazo en secreto. Sí, amigo, dice que si me cuido este brazo, si no hago fuerza con él, ni nada de eso, me quitará el yeso y podré volver a formar parte del equipo.

Apoyó los nudillos en las baldosas mojadas y se colocó en posición apoyándose sobre una mano, para comprobar cómo respondía su brazo. McMurphy se lo quedó mirando un minuto; luego le preguntó

cuánto tiempo llevaba esperando que le confirmaran que su brazo estaba curado para poder abandonar el hospital. El socorrista se puso en pie muy despacio y se frotó el brazo. La pregunta de McMurphy parecía haberle ofendido, como si creyera que le estaba acusando de flaquear y compadecerse de sí mismo.

—Estoy internado —dijo—. Por mí, ya me habría marchado hace tiempo. Tal vez no hubiera podido jugar en primera línea, con este brazo malo, pero podría haber doblado toallas, ¿no? Podría haber hecho *algo*. La enfermera de mi galería siempre le dice al doctor que aún no estoy curado. Ni siquiera estoy curado para doblar toallas en esos viejos vestuarios.

Dio media vuelta y se dirigió a su silla de socorrista, trepó por la escalera como un gorila drogado y se puso a vigilarnos desde lo alto, sacando el labio inferior como si hiciera pucheros.

—Me internaron por borracho y alborotador y ya llevo ocho años y ocho meses aquí —dijo.

McMurphy dio un impulso contra la pared de la piscina y empezó a nadar de espaldas, mientras meditaba lo que acababa de oír: le habían condenado a seis meses de trabajos forzados en la granja, de los cuales ya había cumplido dos y sólo le faltaban cuatro, y cuatro meses más era todo lo que estaba dispuesto a permanecer encerrado donde fuese. Ya llevaba casi un mes en este manicomio y desde luego era mucho mejor que un correccional, con sus buenas camas y su zumo de naranja para desayunar, pero las ventajas no eran tan grandes como para desear pasarse un par de años aquí.

Nadó hasta la escalera en la parte menos honda de la piscina y se quedó allí sentado hasta que nos marchamos, con el ceño muy fruncido, mientras se daba tironcitos al mechón de vello que le cubría la garganta. Al contemplarlo allí sentado, tan meditabundo, recordé lo que había dicho la Gran Enfermera en la reunión, y comencé a tener miedo.

Cuando tocaron el silbato para que saliésemos de la piscina y todos corríamos hacia los vestuarios, nos cruzamos con los de otra galería que empezaban entonces su turno en la piscina; en la ducha, por la que todos teníamos que pasar, encontramos a un chico de esa otra galería. Tenía una gran cabezota esponjosa y sonrosada y las caderas y las piernas abultadas —como si alguien hubiera cogido un globo lleno de agua y lo hubiera apretado por la parte central—, estaba tendido de

costado bajo la ducha y hacia unos ruidos que recordaban a una foca dormida. Cheswick y Harding le ayudaron a levantarse pero se volvió a caer. Su cabeza daba tumbos en medio del desinfectante para los pies. McMurphy se quedó mirando cómo le levantaban otra vez.

— ¿Qué demonios es eso? —preguntó. —Tiene hidrocefalia —le explicó Harding—. Una especie de desarreglo linfático, creo. La cabeza se llena de líquido. Échanos una mano, a ver si podemos levantarlo.

Lo dejaron solo y volvió a caerse bajo la ducha; su rostro tenía una mirada resignada, desamparada y testaruda; su boca gorgoteaba y soltaba burbujas bajo el agua lechosa. Harding volvió a pedirle a McMurphy que le echara una mano, y él y Cheswick se agacharon otra vez para ayudar al chico. McMurphy los apartó de un empujón y pasó por encima del chico para meterse en la ducha.

—Dejadle en paz —dijo, mientras se lavaba—. A lo mejor no le gusta bañarse en agua profunda.

Vi lo que iba a pasar. Al día siguiente nos sorprendió a todos en la galería levantándose temprano y limpiando el retrete hasta dejarlo reluciente, y fregando luego el suelo del pasillo cuando así se lo ordenaron los negros. Todos nos quedamos extrañados excepto la Gran Enfermera; ella reaccionó como si no hubiera ocurrido nada sorprendente.

Y por la tarde, en la reunión, cuando Cheswick dijo que todos habían decidido que debía resolverse de algún modo la cuestión de los cigarrillos y comentó:

— ¡No soy ningún crío para que me racionen los cigarrillos como si fueran caramelos! Queremos que eso se resuelva, ¿verdad, Mac? —y esperó a que McMurphy le apoyase, sólo recibió un gran silencio por respuesta.

Miró al rincón donde estaba McMurphy. Los demás hicimos otro tanto. Allí estaba McMurphy, embebido en la contemplación de la baraja que se pasaba de una mano a otra. Ni siquiera levantó la vista. Se hizo un terrible silencio; sólo se oía el roce de las cartas grasientas y la pesada respiración de Cheswick.

— ¡Quiero *hacer* algo! —gritó de pronto Cheswick, por segunda vez—. ¡No soy un crío!

Dio una patada en el suelo y miró a su alrededor como si se sintiera perdido y estuviera a punto de echarse a llorar en cualquier momento. Apretó los puños y los estrechó contra su pecho regordete. Los puños parecían pequeñas pelotitas sonrosadas sobre un verde prado y los apretaba con tal fuerza que todo su cuerpo tembló.

Nunca había tenido un aspecto demasiado imponente; era bajito y demasiado gordo y tenía una señal de calvicie en la nuca, como una sonrosada moneda de un dólar, pero al verle allí solo, de pie, en medio de la sala de estar, me pareció diminuto. Miró a McMurphy y éste no le devolvió la mirada; entonces comenzó a recorrer toda la fila de Agudos con los ojos, como pidiendo ayuda. El pánico que se reflejaba en su rostro iba en aumento con cada hombre que apartaba la vista y se negaba a apoyarle. Por fin posó la mirada en la Gran Enfermera. Volvió a dar una patada.

— ¡Quiero *hacer* algo! ¿Me oye? ¡Quiero hacer *algo*! ¡Algo! ¡Algo! ¡Al...!

Los dos negros más altos le agarraron los brazos por la espalda y el más bajito le rodeó el cuerpo con una correa. Se dobló como si le hubiesen pinchado y los dos grandotes se lo llevaron a rastras a la sala de Perturbados; se oía el sonido ahogado de su cuerpo al re botar contra los peldaños mientras le arrastraban escaleras arriba. Cuando regresaron y se sentaron, la (irán Enfermera se volvió hacia la hilera de Agudos al otro lado de la habitación y les lanzó una mirada. Nadie había dicho ni una palabra desde que saliera Cheswick.

—¿Alguien desea añadir algo respecto al racionamiento de los cigarrillos? —dijo.

Recorrí con los ojos la derrotada fila de caras que se extendía al otro lado de la sala y finalmente posé la mirada sobre McMurphy, sentado en su silla del rincón, concentrado en el juego de manos que estaba practicando con las cartas... y los blancos tubos del techo vuelven a inundarnos con su luz glacial... la siento en mi cuerpo, me penetra hasta el estómago.

Desde que McMurphy dejó de levantar la voz para defendernos, algunos Agudos empiezan a hacer comentarios y dicen que todavía le lleva ventaja a la Gran Enfermera, dicen que se enteró de que pensaba

enviarle con los Perturbados y decidió aflojar un poco, para dejarla sin motivos que justificasen tal medida. Otros creen que tal vez le esté dando un respiro, para luego hacerle una nueva treta, algo mucho más terrible y perverso. Los oigo hablar en pequeños corros, desconcertados.

Pero yo sé la razón. Le oí hablar con el socorrista. Ha decidido obrar con un poco de cautela, eso es todo. Como acabó haciendo Papá cuando comprendió que jamás conseguiría derrotar al grupo de la ciudad que quería que el gobierno construyese la presa a causa del dinero y el trabajo que hacerlo supondría, y porque era una manera de librarse del poblado: ¡Que esa tribu de indios se largue a otra parte con sus hediondos trastos y los doscientos dólares que les dará el gobierno! Papá obró sabiamente al firmar los papeles; de nada hubiera servido negarse. El gobierno se hubiera salido con la suya de todos modos, antes o después; así la tribu sacó algo. Era la actitud más prudente. McMurphy también estaba adoptando la actitud más prudente. Lo veía perfectamente. Estaba cediendo porque era lo más inteligente que podía hacer, no por ninguno de los motivos que imaginaban los Agudos. No dijo nada, pero yo lo comprendí y pensé que era lo más prudente. Lo pensé una y otra vez: es lo más seguro. Como esconderse. Es una actitud inteligente, nadie podría negarlo. Comprendo por qué lo hace.

De pronto, una mañana, todos los Agudos lo descubrieron también, descubrieron el verdadero motivo por el que se había echado atrás y que las razones que habían estado imaginando eran simples mentiras para engañarse a sí mismos. Nunca ha comentado su conversación con el socorrista, pero todos la saben. Supongo que la enfermera radió la noticia por la noche a través de todos los canales que surcan el suelo del dormitorio, porque todos lo han descubierto al unísono. Lo comprendo por las miradas que le lanzan a McMurphy esa mañana cuando entra en la sala de estar. No como si estuviesen enfadados con él, ni tan sólo decepcionados, pues comprenden tan bien como yo que la única manera de conseguir que la Gran Enfermera le dé de alta es hacer lo que ella quiere; pero sí con una mirada que indica que quisieran que las cosas fueran de otro modo.

Hasta Cheswick lo comprendió y no le guardó ningún rencor a McMurphy por no haberle apoyado y haber armado un gran alboroto con lo de los cigarrillos. Volvió de la sala de Perturbados el mismo día



que la enfermera radió la información a todas las camas y le dijo personalmente a McMurphy que comprendía que actuara como lo hizo y que, sin duda, era lo más inteligente que podía hacer; si se le hubiese ocurrido pensar que Mac estaba internado no le hubiera dejado en la estacada como hizo el otro día. Le elijo todo esto a McMurphy mientras nos llevaban a la piscina. Pero cuando llegábamos al agua dijo que, a pesar de todo, hubiera deseado que fuese posible hacer *algo*, y se zambulló. Y no sé cómo, se le engancharon los dedos en la rejilla que cubre el desagüe, en el fondo de la piscina, y ni el corpulento socorrista, ni McMurphy, ni los dos negros, lograron librarlo de allí. Cuando por fin consiguieron un destornillador, retiraron la rejilla y sacaron a Cheswick del agua, con la rejilla aún adherida a sus gordezuelos dedos azul y rosa, se había ahogado.

En la cola del comedor, un poco más adelante, una bandeja salta por el aire, una nube de plástico verde que esparce una lluvia de leche y guisantes y potaje de verduras. Sefelt, muy excitado, se sale de la fila saltando a la pata coja con los dos brazos al aire, inclina la espalda hacia el suelo hasta que forma un rígido arco y sus ojos en blanco se cruzan con los míos mientras se precipita cabeza abajo. Su cabeza golpea las baldosas con un ruido parecido a un entorchocar de rocas bajo el agua, y continúa ahí arqueado, como un puente crispado y vibrante. Fredrickson y Scanlon acuden de un salto en su ayuda, pero el negro más alto los aparta de un manotazo, saca un trozo de madera del bolsillo del pantalón, envuelto en esparadrapo y con una mancha color marrón. Abre a la fuerza la boca de Sefelt, le introduce la madera entre los dientes y oigo cómo el mordisco de éste la hace astillas. Puedo sentir el sabor de las astillas en la boca. Los temblores de Sefelt se calman y luego reaparecen aún con mayor fuerza, poco a poco van convirtiéndose en potentes sacudidas rígidas que le hacen arquearse como un puente, para luego caer: sube y baja, cada vez más lentamente, hasta que entra la Gran Enfermera, se planta muy erguida frente a él y Sefelt se desmorona y comienza a esparcirse por el suelo formando un charquito.

Ella junta las manos, diríase que sostiene una vela, y mira al suelo para ver que lo que queda de él va derramándose por los bajos de sus pantalones y los puños de su camisa.

—¿El señor Sefelt? —le pregunta al negro.

—Sí, así es... uuf —el negro se retuerce en un intento de recuperar su trocito de madera—. El señor Seefel.

—Y el señor Sefelt ha estado asegurándonos que *ya no necesita medicarse*. —Asiente con la cabeza y retrocede un paso para evitar que los restos de Sefelt fluyan hasta sus blancos zapatos. Levanta la cabeza y lanza una mirada al círculo de Agudos que se han acercado a ver qué pasa. Asiente otra vez y repite — ... que *ya no necesita medicarse*. Su rostro tiene un aire sonriente, compasivo, paciente, y disgustado a la vez: una expresión muy bien preparada.

McMurphy no había visto nunca nada parecido.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

Ella mantiene los ojos fijos en el charquito, sin mirar a McMurphy.

—El señor Sefelt es epiléptico, señor McMurphy. Por eso corre el riesgo de sufrir ataques como éste en cualquier momento si no obedece las instrucciones del médico. Debería saberlo. Le habíamos advertido que ocurriría algo así si no tomaba sus medicamentos. Pero insistió en hacer el tonto.

Fredrickson sale de la fila con las cejas erizadas. Es un tipo pálido y delgado con el cabello rubio, unas fibrosas cejas castaño claro y una mandíbula prominente, y de vez en cuando se hace el duro como solía hacer Cheswick: gruñe, amenaza y maldice a alguna enfermera, dice que se *marchará* de este asqueroso lugar. Siempre le dejan gritar y blandir el puño hasta que se calma, luego le sugieren, si ha *terminado*, señor Fredrickson, iremos a redactar el parte; después se quedan en la Casilla de las Enfermeras apostándose cuánto tardará en golpear el cristal con expresión culpable, suplicando que le disculpen y ¿por qué no *olvidan* todas esas insensateces que dijo, por qué no esperan un par de días antes de enviar ese parte, eh?

Avanza hacia la enfermera y la amenaza con el puño.

—Oh, ¿así que es eso? ¿Es eso, eh? ¿Va a crucificar al viejo Sef corno si lo hubiera hecho para *molestarla* a usted o algo así, eh?

Ella apoya una mano apaciguadora en su hombro y el puño se abre.

—No se preocupe, Bruce. A su amigo no le pasará nada. Al parecer no ha estado tomando su Dilantin. Realmente no comprendo qué puede haber hecho con las pastillas.

Lo sabe tan bien como todos; Sefelt se guarda las cápsulas en la boca y luego se las entrega a Fredrickson. A Sefelt no le gusta tomarlas a causa de lo que denomina «desastrosos efectos secundarios» y Fredrickson prefiere tomar doble dosis porque le aterra la idea de sufrir un ataque. La enfermera lo sabe, se le nota en la voz, pero viéndola ahí, tan amable y compasiva, diríase que ignora cualquier detalle del trato entre Fredrickson y Sefelt.

—Claro —dice Fredrickson, pero no consigue reorganizar su ataque—. Claro, pero, bueno, no debería actuar como si todo se limitase a tomar o no tomar las cápsulas. Usted sabe cuánto le preocupa a Sefelt su aspecto físico y que las mujeres lo encuentren feo y todo eso, usted sabe que él cree que el Dilantin...

—Lo sé —dice ella y vuelve a tocarle el brazo—. También atribuye su principio de calvicie a la medicina. Pobre viejo.

— ¡No están viejo!

—Lo sé, Bruce. ¿Por qué se *altera* tanto? ¡Nunca he comprendido qué podía haber entre usted y su amigo para que se pusiera tan a la *defensiva*.

— ¡Bueno, qué demonios! —dice él y se mete los puños en los bolsillos.

La enfermera se agacha, despeja una pequeña zona del suelo en la que pone la rodilla y comienza a modelar a Sefelt hasta hacerle recuperar una cierta forma humana. Le indica al negro que permanezca junto al viejo y que ella ya le enviará una camilla; lo trasladarán al dormitorio y dejarán que duerma el resto del día. Al levantarse palmea el brazo de Fredrickson y éste musita:

—Sí, sí, yo también tengo que tomar Dilantin, ¿sabe? Por eso sé el dilema con que se enfrenta Sefelt. Quiero decir, por eso... bueno, qué demonios...

—Lo comprendo, Bruce, los *dos* tienen el mismo problema, ¿pero no cree que cualquier cosa es preferible a *eso*?

Fredrickson mira en la dirección que ella indica. Sefelt ha recuperado a medias su forma normal, se hincha y se deshinchala al

compás de su fuerte respiración, húmeda y rasposa. En el lugar donde su cabeza golpeó el suelo comienza a aparecer un chichón, la madera del negro está rodeada de una espuma rojiza en el punto donde se hunde en su boca y sus ojos comienzan a recuperar su posición normal en las órbitas. Tiene los brazos rígidos a ambos lados del cuerpo, con las manos abiertas y los dedos se cierran y se abren desacompañadamente, igual que he visto sacudirse a los hombres atados a la mesa en forma de cruz de la Sala de Chocs, mientras de sus palmas se desprendía una voluta de humo, producto de la corriente. Sefelt y Fredrickson no han estado nunca en la Sala de Chocs. Están preparados para generar su propio voltaje y lo acumulan en la espina dorsal donde puede ser accionado por control remoto desde la Casilla de las Enfermeras, en cuanto se pasan de raya: cuando están en lo mejor de un chiste verde, de pronto se tensan como si les hubieran dado en el espinazo. Así se ahorran la molestia de llevarlos a esa sala.

La enfermera sacude ligeramente el brazo de Fredrickson, como si se hubiera dormido, y repite:

—Aun teniendo en cuenta los efectos perjudiciales de la medicina, ¿no cree que es preferible a *eso*!

Fredrickson mira al suelo y arquea las rubias cejas como si viera por primera vez la facha que *él* presenta al menos una vez al mes. La enfermera sonrío y le palmea el brazo y comienza a caminar hacia la puerta, lanza una penetrante mirada a los Agudos para indicarles que deberían avergonzarse de quedarse contemplando semejante espectáculo; cuando ya ha salido, Fredrickson se estremece y procura sonreír.

—No sé *por qué* me puse furioso con la vieja... quiero decir que no hizo nada que justificase tamaño estallido de rabia, ¿verdad?

No es que desee una respuesta; más bien es una comprobación de que no es capaz de identificar un motivo claro. Vuelve a estremecerse y se aparta lentamente del grupo. McMurphy se le acerca y le pregunta en voz baja qué *es* eso que les dan.

—Dilantin, McMurphy, un anticonvulsivo, por si te interesa saberlo.

—¿No es eficaz o qué?

—Bueno, supongo que es bastante eficaz... si uno se lo toma.

—Entonces, ¿cuál es el problema de tomarlo o no?

— ¡Mira, si tanto te interesa! Éste es el cochino problema de tomarlo.

Fredrickson levanta la mano, se aprieta el labio inferior entre el índice y el pulgar y lo aparta dejando al descubierto unas encías carcomidas, rosadas y desvaídas de las que brotan unos largos dientes brillantes.

—Las *encías* —dice, apretándose aún el labio—. El Dilantin pudre las encías. Y los ataques hacen polvo los dientes. Y uno...

Se oye un ruido en el suelo. Los dos miran hacia Sefelt que gimotea y solloza, mientras el negro le arranca dos dientes que se han quedado adheridos a su trocito de madera recubierto de esparadrapo.

Scanlon coge su bandeja y se aparta del grupo, mientras comenta:

—Cochina vida. Te fastidias si lo haces y te fastidias si no lo haces. Es como para desconcertar a cualquiera, diría yo.

McMurphy añade: —Sí, ya veo— y baja los ojos para contemplar la cara de Sefelt que se va recomponiendo. El rostro de McMurphy ha comenzado a adquirir la misma mirada desolada y sorprendida, como ole persona acorralada, que se ve en la cara que yace en el suelo.

Cualquiera que fuera el fallo del mecanismo, ya lo tienen casi arreglado. Empieza a restablecerse el impecable, calculado ritmo: a las seis treinta, levantarse, a las siete, al comedor, a las ocho, sacan los rompecabezas para los Crónicos y las cartas para los Agudos... puedo ver las blancas manos de la Gran Enfermera que revolotean sobre los mandos en la Casilla.

A veces me llevan con los Agudos y otras no. Un día me llevan con ellos a la biblioteca y me dirijo a la sección de libros técnicos y me quedo mirando los títulos de los manuales de electrónica, textos que conozco de cuando fui al Instituto; recuerdo que las páginas de los libros están llenas de diagramas, ecuaciones y teorías: cosas rígidas, infalibles, seguras.

Quiero mirar uno de esos libros, pero me da miedo hacerlo. Me asusta hacer cualquier cosa. Siento como si flotase a media altura en el polvoriento aire amarillo de la biblioteca. Las filas de libros se balancean sobre mi cabeza, enloquecidas, zigzagueantes, forman infinidad de ángulos distintos entre sí. Un estante se ladea un poco hacia la izquierda, el otro hacia la derecha. Uno se inclina sobre mi cabeza y no comprendo cómo no se caen los libros. Y en esta posición se extiende muy, muy arriba, hasta perderse de vista; por todas partes me rodean desvencijadas filas de libros apuntaladas con listones y tarugos para que no se caigan, sostenidas por largas varas, apoyadas contra escaleras. Si cogiese un libro, sabe Dios qué terrible desastre podría desencadenar.

Oigo entrar a alguien; es uno de los negros de nuestra galería y le acompaña la mujer de Harding. Cuando entran en la biblioteca, están charlando y sonríen.

—Ven aquí, Dale —dice el negro y llama a Harding que está leyendo un libro—, mira quién ha venido a visitarte. Le he dicho que no es hora de visita, pero no ha parado hasta convencerme de que la acompañara hasta aquí. —La deja de pie frente a Harding y se marcha con estas misteriosas palabras—: ahora no lo olvide, ¿entendido?

Ella le envía un beso con la punta de los dedos, luego se vuelve hacia Harding con un provocador meneo de caderas.

—Hola, Dale.

—Cariño —dice él, pero no hace ningún gesto de acercarse a ella. Lanza una mirada a todos los que están a su alrededor.

Ella es tan alta como él. Lleva zapatos de tacón alto y un bolso negro, que no cuelga de una correa, sino que lo sostiene como si fuera un libro. Sus uñas destacan rojas como gotas de sangre contra el reluciente cuero negro del bolso.

—Eh, Mac —Harding llama a McMurphy que está sentado al otro lado de la sala y mira un libro de historietas—. Si no te molesta interrumpir tus tareas literarias un momento, te presentaré a mi complemento, mi Némesis; también podría emplear la gastada expresión de «media naranja», pero me parece que indica una especie de división básicamente equitativa, ¿no te parece?

Intenta reír y sus finos dedos de marfil se introducen en el bolsillo de su camisa en busca de un cigarrillo, se agita un poco hasta conseguir extraer el último que queda en la cajetilla. El cigarrillo tiembla cuando lo coloca entre sus labios. Ni él ni su mujer han hecho aún ningún gesto de aproximación.

McMurphy se levanta de la silla y se quita la gorra mientras se acerca a ellos. La mujer de Harding le mira y le sonríe, arqueando una ceja.

—Buenas tardes, señora Harding —dice McMurphy.

Ella le lanza una sonrisa aún más amplia que la anterior y responde:

—No puedo soportar eso de señora Harding, Mac; llámeme Vera.

Los tres se acomodan en el sofá donde Harding estaba sentado antes y él comienza a hablar de McMurphy a su mujer y le cuenta cómo puso a raya a la Gran Enfermera y ella sonríe y dice que no le extraña en absoluto. Harding se va entusiasmando con el relato y se olvida de sus manos que se agitan en el aire frente a él y van trazando un cuadro que no cuesta adivinar, representan todos los hechos en pasos de baile al compás de su voz, cual dos hermosas bailarinas vestidas de blanco. Sus manos pueden convertirse en cualquier cosa. Pero en cuanto acaba de contar lo sucedido, advierte que McMurphy y su mujer están mirando las manos y las esconde entre las rodillas. Se ríe de este gesto y su mujer le dice:

— Dale, ¿cuándo aprenderás a reír en vez de soltar ese chillido de rata?

Es lo mismo que comentó McMurphy refiriéndose a la risa de Harding el día que llegó, pero, según cómo, suena distinto; cuando McMurphy lo dijo, Harding se tranquilizó, en cambio al oírsele decir a ella se ha inquietado aún más.

Ella pide un cigarrillo y Harding vuelve a hurgar con los dedos en el bolsillo pero está vacío.

—Nos los racionan —dice y hace un gesto como si quisiera ocultar el cigarrillo a medio fumar que tiene en la mano—, sólo una cajetilla al día. Con esa cantidad no caben galanterías, mi querida Vera.

—Oh, Dale, siempre te quedas corto, ¿verdad?

Sus ojos adquieren una mirada febril y huidiza cuando levanta la vista hacia ella y le sonríe.

—¿Hablas en términos simbólicos o te refieres al detalle concreto de los cigarrillos? Bueno, no importa; sabes cuál es la respuesta, cualquiera que sea la intención de la pregunta.

—No pretendía decir ninguna cosa más de lo que dije, Dale...

—No pretendías decir *nada*, cariño; «ninguna cosa» no es muy correcto. McMurphy, el lenguaje de Vera puede parangonarse al tuyo en cuanto a incultura. Escucha, cariño, debes comprender que «ninguna cosa» significa...

— ¡Muy bien! ¡Basta ya! Lo dije en los dos sentidos. Tómallo como quieras. Quería decir que no tienes bastante de ninguna cosa ¡y punto!

—Bastante de *nada*, tontuela. Ella se lo queda mirando un segundo, luego se vuelve hacia McMurphy que está sentado a su lado.

— ¿Y usted, Mac? ¿Es capaz de hacer algo tan sencillo como ofrecerle un cigarrillo a una chica?

Él ya tiene la cajetilla en el regazo. La mira como si deseara que no estuviese allí, luego responde:

—Cómo no, siempre tengo cigarrillos. La verdad es que soy un gorrón. Fumo de gorra siempre que puedo, por eso la cajetilla me dura más que a Harding. Él sólo fuma los suyos y es más fácil que se le terminen que...

—No tienes por qué intentar excusar mis defectos, amigo. No va con tu carácter ni tampoco mejora el mío.

—No, no lo mejora —dice la chica—. Lo único que tienes que hacer es encenderme el cigarrillo.

Y se inclina tanto para que le dé fuego que puedo verle hasta el fondo del escote desde el otro extremo de la habitación.

Continúa hablando un rato de los amigos de Harding que ella quisiera que no fueran por su casa a ver si está.

—Ya sabe a quiénes me refiero, ¿verdad, Mac? —dice—. Esos chicos con un hermoso pelo largo perfectamente peinado y unas finas muñecas que se mueven con tanta elegancia.



Harding le pregunta si sólo iban a verle a él y ella dice que los hombres que van a verla a ella agitan algo más que sus finas muñecas.

De pronto se levanta bruscamente y dice que es hora de marcharse. Estrecha la mano de McMurphy, dice que espera volverle a ver algún día y sale de la biblioteca. McMurphy se queda mudo. Todos levantan la cabeza al oír su taconeo por el pasillo y la ven alejarse hasta que se pierde de vista.

—¿Qué te parece? —dice Harding.

McMurphy farfulla: —Tiene un estupendo par de parachoques — es lo único que se le ocurre decir—. Tan grandes como los de la Ratched.

—No me refería a su físico, amigo. Quiero decir qué...

— ¡Cielo santo, Harding! —grita bruscamente McMurphy—. ¡No sé qué pensar! ¿Qué esperas de mí? ¿Que haga de consejero matrimonial? Sólo sé una cosa: en el fondo nadie es demasiado fantástico y tengo la impresión de que todos dedican la mayor parte de su vida a fastidiar a los demás. Ya sé qué es lo que quieres que piense; te gustaría que me compadeciese de ti, que pensase que es una verdadera arpía. Bueno, tú tampoco fuiste muy gentil. Vete al cuerno tú y tus «¿qué te parece?», ya tengo bastantes problemas sin necesidad de ocuparme de los tuyos. Así que, ¡largo!

Lanza una intimidante mirada a los demás pacientes que hay en la biblioteca.

—Sí, ¡largo todos! ¡Dejadme en paz, maldita sea!

Y vuelve a encasquetarse la gorra y se instala otra vez en su asiento al otro lado de la habitación, con su revista en la mano. Todos los Agudos se miran con la boca abierta. ¿Por qué les estará gritando? Nadie le ha molestado. Nadie le ha dicho nada desde que se dieron cuenta de que quería portarse bien para que no prolongasen su período de internamiento. Ahora les ha sorprendido que explotase de ese modo con Harding y no comprenden sus ademanes al coger la silla y hundirse en ella con la revista pegada a la cara, como si quisiera impedir que le mirasen o bien como si no quisiera mirar a los demás.

Por la noche, a la hora de la cena, le pide disculpas a Harding y dice que no sabe qué mosca le picó en la biblioteca. Harding dice que a

lo mejor fue a causa de su mujer; suele enervar a la gente. McMurphy se queda con la mirada fija en su café:

—No sé, chico. Acabo de conocerla esta tarde. Por tanto, seguro que no puede ser ella la que me ha provocado las terribles pesadillas de esta última semana.

—Pero, señor McMurphy —chilla Harding, procurando imitar al joven interno que viene a las reuniones—, tiene que contarnos esas pesadillas. Espere un momento que coja papel y lápiz. —Harding intenta hacerse el gracioso para quitarle importancia al hecho de que el otro le haya pedido disculpas. Coge una servilleta y una cuchara y finge que se dispone a tomar notas—. Veamos. Con-créete, ¿qué vio exactamente en esas — ah— pesadillas?

McMurphy ni siquiera esboza una sonrisa.

—No sé, chico. Sólo caras, creo que... sólo eso, caras.

A la mañana siguiente, Martini se sitúa ante el panel de mandos de la sala de baños y finge ser un piloto. Los que juegan al póquer interrumpen la partida para sonreír ante el espectáculo.

—EeeeeeeaaaahHOOoomerrrrr. Base llama a nave, base llama a nave: se ha detectado un objeto a cuatro o seiscientos pies... parece un proyectil enemigo. ¡Alerta! EeeeeahhhOOOmmm.

Gira un mando, levanta una palanca y se inclina con la nave. Gira hasta «MÁXIMO» la aguja del dial situado junto al panel, pero de los grifos que rodean la cuadrada casilla embaldosada frente a él no sale ni una gota de agua. Ya no se usa la hidroterapia y nadie se ha preocupado de conectar el agua. Los relucientes aparatos cromados y el panel de acero no se han usado nunca. A excepción de los cromados, el panel y la ducha son idénticos a los aparatos de hidroterapia que usaban en el antiguo hospital hace quince años: grifos situados estratégicamente para lanzar chorros de agua sobre el cuerpo del paciente desde todos los ángulos, un técnico con un delantal de goma manipula los mandos de ese panel, de pie en el otro extremo de la habitación, determina qué grifos deben emitir un chorro y hacia dónde, con qué intensidad y a qué temperatura —el chorro se abre suave y relajante, luego se concentra, penetrante como una aguja— uno está ahí colgado entre los grifos,

sujeto con tiras de lona y se bambolea, empapado e inerte, mientras el técnico se divierte con su juguete.

—EeeaaaooOOOoommm... Nave llama a base, nave llama a base: proyectil a la vista; lo tengo situado...

Martini se inclina y apunta por encima del panel entre el círculo de grifos. Cierra un ojo y con el otro otea entre los grifos.

— ¡Apunten! ¡Listos... Fu...!

Aparta bruscamente las manos del panel y se levanta de un salto, con los cabellos de punta y los ojos muy desorbitados, fijos en la cabina de la ducha, tan enloquecidos y aterrados que todos los que están jugando a las cartas se giran por si también consiguen verlo. Pero no ven nada, excepto las anillas que cuelgan entre los grifos, pendientes de las rígidas tiras de lona aún nuevas.

Martini da media vuelta y mira fijamente a McMurphy. No tiene ojos para nadie más.

— ¿Los has visto? ¿Los has visto?

— ¿A quién, Mart? No he visto nada.

—¿Ahí colgados de esos tirantes? ¿No los has visto? McMurphy se vuelve e inspecciona la ducha. —No. Ni rastro.

—Un momento. Es preciso que los veas, lo necesitan —dice Martini.

— ¡Maldita sea, Martini, te he dicho que no los veo! ¿Comprendes? ¡No veo absolutamente nada!

—Oh —dice Martini. Asiente con la cabeza y se aparta de la ducha—. Bueno, yo tampoco los vi. Sólo era una broma.

McMurphy corta y baraja las cartas con hábil gesto de jugador habitual.

—Pues... no me gustan esas bromas, Mart.

Corta para barajar otra vez y las cartas salen despedidas en todas direcciones como si le hubiese explotado la baraja entre las temblorosas manos.

Recuerdo que volvía a ser viernes —habían pasado tres semanas desde la votación sobre el asunto de la TV— y todos aquellos capaces

de caminar fuimos conducidos al Edificio Número Uno para lo que intentan hacer pasar como examen radiológico para detectar posibles indicios de TB y que yo sé que está destinado a comprobar el funcionamiento de la maquinaria que cada cual lleva incorporada.

Nos sentamos en una larga fila en el banco adosado a la pared de un vestíbulo que conduce hasta una puerta con el rótulo RAYOS X. Junto a ésta hay otra puerta con el rótulo ORL (Otorrinolaringología), que es donde nos revisan la garganta en invierno. Al otro lado del vestíbulo hay otro banco que conduce hasta una puerta metálica, cubierta de remaches. Y sin ningún rótulo. En el banco hay dos tipos, medio dormidos, sentados entre dos negros y una tercera víctima está sufriendo su tratamiento tras la puerta; puedo oír sus gritos. La puerta se abre hacia el interior con un runrún y diviso los centelleantes tubos luminosos de la sala. Sacan a la víctima aún humeante sobre ruedas y yo me agarro al banco donde estoy sentado para no ser succionado hacia la puerta. Un chico negro y otro blanco levantan a otro de los tipos que están sentados en el banco, y él se tambalea y avanza a trompicones, bajo el efecto de las drogas que lleva en el cuerpo. Por lo general, suelen administrar cápsulas rojas antes del Choc. Le empujan por la puerta y los técnicos lo sostienen por los sobacos. Por un instante, observo que el tipo ha comprendido dónde lo llevan y clava ambos (alones en el piso de cemento para impedir que le arrastren hasta la mesa; luego se cierra la puerta, plum, con un sonido como de metal contra un colchón, y el tipo desaparece de mi vista.

—¿Qué hacen ahí dentro? —le pregunta McMurphy a Harding.

—¿Ahí? Pero... ah, claro. Nunca has estado ahí.

Es una lástima. Es una experiencia que no debería perderse ningún ser humano. — Harding entrelaza los dedos bajo la nuca y echa la cabeza hacia atrás para observar la puerta—. Es la Sala de Chocs de la que te hablaba hace unos cuantos días, amigo, Terapia de Electrochoc. Esas afortunadas criaturas que tienen ahí dentro están recibiendo una oportunidad de viajar gratis a la luna. Bueno, pensándolo bien, el viaje no es perfectamente gratuito. El servicio se paga con células nerviosas en vez de dinero y todos contamos con billones de células nerviosas. ¡Qué importa unas cuantas menos!

Frunce el entrecejo y mira en dirección al hombre solitario que queda en el banco.

—No hay mucha clientela hoy, por lo que parece, nada que pueda compararse con las aglomeraciones del año pasado. Pero, en fin, *c'est la vie*, las modas llegan y se van. Y tengo la impresión de que estamos ante el ocaso de los electrochocs. Nuestra querida enfermera jefe es de las pocas con la fuerza de espíritu suficiente para defender tan grande y antigua tradición faulkneriana en el campo del tratamiento de los desechos de la cordura: la Cauterización del Cerebro.

La puerta se abre. Una camilla sale chirriando, nadie la empuja, da la vuelta con dos ruedas en el aire y desaparece echando humo por el pasillo. McMurphy observa cómo entran al último paciente y luego cierran la puerta.

—¿Lo que hacen... — McMurphy escucha un momento— ...es meter a un tipo ahí dentro y bombardearle la cabeza con *electricidad!*

—En síntesis, es algo así.

—¿Para qué demonios lo hacen?

—Pues, por el bien del paciente, como es lógico. Todo lo que hacen aquí es por el bien del paciente. Los que sólo han estado en nuestra galería a veces pueden llegar a tener la impresión equivocada de que el hospital es un enorme mecanismo, perfectamente eficiente, que funcionaría sin problemas si se concediese una cierta autonomía a los pacientes, pero no es así. El electrochoc no se emplea exclusivamente como un castigo, según tiene por costumbre nuestra enfermera, y tampoco es una pura muestra de sadismo por parte del personal. Algunos pacientes considerados irrecuperables consiguieron restablecer el contacto gracias al electrochoc, igual que hay algunos que han mejorado gracias a la lobotomía y la leucotomía. El tratamiento de choc ofrece algunas ventajas: es barato, rápido y completamente indoloro. No hace más que producir un ataque convulsivo.

—Vaya vida —gimotea Sefelt—. A unos nos dan pastillas para que no tengamos ataques, a los otros les someten a un choc para provocárselos.

Harding se inclina hacia delante para explicárselo a McMurphy.

—Te diré cómo lo descubrieron: dos psiquiatras visitaron un matadero, Dios sabe con qué malévolos propósitos, y estuvieron observando cómo mataban las reses de un golpe entre los ojos con un martillo. Advirtieron que no todas las reses morían y que algunas caían

al suelo en un estado muy similar al de una convulsión epiléptica. «Aja», comentó uno de ellos. «Es exactamente lo que necesitamos para nuestros pacientes: ¡una *convulsión inducida!*» Su colega estuvo de acuerdo, como es lógico. Se había comprobado que después de sufrir una convulsión epiléptica, los pacientes mostraban tendencia a mostrarse más tranquilos y pacíficos durante algún tiempo, y que los casos violentos, que habían perdido todo contacto, conseguían sostener una conversación racional después de una convulsión. Nadie sabía por qué; siguen sin saberlo. Pero era evidente que de conseguir inducir un ataque convulsivo en pacientes no epilépticos podrían obtenerse resultados muy favorables. Y ahí, ante sus ojos, tenían a un hombre que iba induciendo convulsiones con considerable aplomo.

Scanlon dice que creía haber oído que el tipo usaba un martillo y no una bomba, pero Harding responde que es un detalle sin importancia, y prosigue su explicación.

—El carnicero usaba un martillo. Y eso era justamente lo que inspiraba algunas reservas al colega. ¿Cómo tener la certeza de que el martillo no resbalará y partirá una nariz? ¿O incluso romperá toda una hilera de dientes? ¿Cómo resolver el problema de los gastos en concepto de dentista? Si la intención era golpear al paciente en la cabeza, sería preciso emplear algo más eficaz y certero que un martillo; por fin se decidieron por la electricidad.

—Cielo santo, ¿no pensaron que podía ser perjudicial? ¿El público no armó un cisco cuando se enteró?

—Creo que no tienes una idea muy clara de cómo es el público, amigo; en este país, cuando algo no funciona, todos se inclinan por la solución más rápida.

McMurphy mueve la cabeza.

—*¡Anda!* Electricidad a través de la cabeza. Pero si es como electrocutar a un tipo por asesinato.

—Los motivos aducidos en favor de una y otra actividad son mucho más parecidos de lo que imaginas; en ambos casos se trata de una cura.

—*¿Y dices que no duele!*

—Puedo garantizártelo personalmente. No duele en absoluto. Un relámpago y de inmediato pierdes el sentido. Sin gas, sin inyección, sin

martillo. Pero el caso es que nadie quiere volver a repetir la experiencia. Uno... cambia. Olvida las cosas. Es como si... —se lleva las manos a las sienes y cierra los ojos...— es como si la sacudida desencadenase un loco torbellino de imágenes, emociones, recuerdos. Como esas ruedas de feria que ya conoces; apuestas y aprietan un botón. ¡*Chang!* Se encienden luces, suenan silbatos y los números comienzan a girar en un torbellino, y es posible que al final acabes ganando, o también que pierdas y tengas que jugar de nuevo. Que tengas que pagar para que hagan girar otra vez la rueda, pagar, amigo, eso es.

—No te excites, Harding.

Se abre la puerta y vuelve a salir la camilla con el tipo bajo las sábanas, y los técnicos se van a tomar un cate. McMurphy se pasa la mano por los cabellos.

—Me siento incapaz de retener todo lo que ahora mismo me va pasando por la cabeza.

—¿Cómo dices? ¿Igual que en un tratamiento de electrochoc?

—Ya. Pero no, no es sólo eso. Todo esto... —traza un círculo con la mano—. Todas estas cosas que están pasando.

La mano de Harding se posa sobre la rodilla de McMurphy.

—Serena tu mente perturbada, amigo. Lo más probable es que no debas preocuparte por el electrochoc. Está muy pasado de moda y sólo lo emplean en casos extremos cuando no parece haber otra solución, como una lobotomía, por ejemplo.

—¿Lobotomía es cortar una parte del cerebro?

—Has acertado otra vez. Comienzas a dominar muy bien el vocabulario médico. Sí, es cortar el cerebro. Castración del lóbulo frontal. Supongo que cuando no consigue cortarnos algo en el bajo vientre opta por cortar sobre los ojos.

—Te refieres a la Ratched.

—Exactamente.

—Creí que no era ella quien decidía en cuestiones como éstas.

—Pues, sí, lo hace, ya lo creo.

McMurphy parece alegrarse de haber dejado el lema de los electrochocs y las lobotomías y volver a hablar de la Gran Enfermera.

Le pregunta a Harding qué cree que le pasa a la enfermera. Harding y Scanlon y algunos más tienen cada uno su opinión. Siguen hablando un rato sobre si ella es la causa de todos los problemas que tenemos aquí o no, y Harding dice que ella es la principal responsable. La mayoría opina otro tanto, pero McMurphy ya no parece tan seguro. Dice que al principio pensaba lo mismo pero que ahora no sabría qué decir. Dice que no cree que se ganase mucho eliminando a la enfermera; dice que el problema es más amplio y luego intenta explicar en qué cree que consiste. Por fin desiste, al comprobar que es incapaz de concretarlo en palabras.

McMurphy lo ignora, pero está sobre la pista de lo que yo comprendí hace ya mucho tiempo, que no es únicamente cosa de la Gran Enfermera, sino que es todo el Tinglado, la gran fuerza reside en el Tinglado a nivel nacional, y la enfermera no es más que un oficial de alta graduación dentro del mismo.

Los otros no están de acuerdo con McMurphy. Dicen que *saben* por qué no funcionan las cosas, luego comienzan a discutir al respecto. La discusión continúa hasta que McMurphy les interrumpe.

—Alto ahí, fijaos en lo que estáis diciendo —dice McMurphy—. Sólo oigo quejas, quejas y quejas. Ya sea contra la enfermera o contra el equipo médico o el hospital. Scanlon quiere hacerlo volar todo. Sefelt culpa a los medicamentos. Fredrickson dice que la causa son sus problemas familiares. Bueno, eso no es más que una manera de escurrir el bulto.

Dice que la Gran Enfermera no es más que una vieja frígida y amargada y que todos sus esfuerzos por empujarle a un enfrentamiento con ella son pura comedia y que eso no beneficiaría a nadie, y mucho menos a él. Aunque se librasen de ella, no se librarían del verdadero problema que está detrás de las lamentaciones.

—¿Eso crees? —dice Harding—. Pues, ya que de pronto te has vuelto tan lúcido en cuestiones de salud mental, ¿podrías decirme qué *es* lo que pasa? ¿Cuál *es* el verdadero problema, como tan sabiamente has dicho?

—Ya te he dicho que no lo sé, chico. Nunca he llegado a vislumbrarlo. —Se queda pensativo un minuto, escuchando el zumbido que llega de la sala de rayos-X; luego prosigue—: pero si no fuese más allá cíe lo que estáis diciendo, si se limitase, por ejemplo, a esta vieja



enfermera y sus problemas sexuales, la solución sería fácil: bastaría derribarla y ayudarle a superar sus problemas, ¿no?

Scanlon bate palmas.

—¡Magnífico! Eso es. Quedas elegido, Mac, eres justo el semental adecuado para ese trabajito.

—No lo haré. No, señor. Te has equivocado de hombre.

—¿Por qué no? Creí que eras el super-semental, el rey del taca-taca.

—Scanlon, amigo. Tengo la intención de mantenerme tan apartado como pueda de esa vieja urraca.

—Eso parece —comenta Harding con una sonrisa—. ¿Qué ha ocurrido entre los dos? Hubo un momento en que ya la tenías dominada; pero, de pronto, abandonaste. ¿Un repentino arranque de compasión por nuestro ángel de piedad?

—No, descubrí unas cuantas cosas, ésa es la razón. Estuve haciendo averiguaciones. Descubrí por qué todos le laméis tanto el culo y os agacháis y mordéis polvo y permitís que os domine. Empecé a comprender que os estabais aprovechando de mí.

— ¡Oh! ¡Qué interesante!

— Ya lo creo que es interesante. Para mí, tiene un gran interés saber que no os preocupasteis de explicarme el riesgo que corría al ajustarle los tornillos de ese modo. Que ella no me guste no es motivo para impulsarle ^ que prolongue mi sentencia un año o tal vez más. A veces es preciso tragarse el orgullo y no olvidar lo principal.

—Fijaos, amigos, ¿no os parece que tal vez haya algo de cierto en ese rumor que dice que nuestro señor McMurphy ha comenzado a acatar las normas con el solo objeto de salir pronto de aquí?

—Has Comprendido muy bien lo que quería decir, Harding. ¿por qué no me explicasteis que podía tenerme aquí encerrado tanto tiempo como le diera la gana?

—Bueno, había olvidado que estabas *internado* —el rostro de Harding parece hendirse por el centro cuando sonrío—. Sí. Comienzas a mostrarte prudente. Como todos los demás.

—Y que lo digas. ¿Por qué tengo que ser yo el que escandalice en las reuniones por esas pequeñeces sobre el uso del dormitorio los fines

de semana y los cigarrillos confiscados en la Casilla de las Enfermeras? Al principio no lograba comprender por qué todos os volvíais hacia mí como si fuese una especie de salvador. Luego descubrí por casualidad que las enfermeras tienen la última palabra respecto a quién es dado de alta y quién no. Y no me costó mucho volverme prudente. Me dije, «Sí, esos viscosos bribones me han *engañado*, me han hecho meter la pata para que les sacase las castañas del fuego. Quién lo hubiera dicho, han conseguido engañar al viejo R. P. McMurphy». —Levanta la cabeza y lanza una sonrisa a todo el grupo, sentado en fila, allí en el banco—. Bueno, no es un ataque personal, ya me entendéis, amigos, pero al diablo todas las quejas. Tengo tantas ganas de salir de aquí como el que más. Y me arriesgo igual que vosotros cuando me meto con esa vieja urraca.

Sonríe, arruga la nariz y aprieta las costillas de Harding con el pulgar, como si hubiera llegado al cabo de la calle, pero nada de rencores. Entonces, Harding hace un comentario.

—No. Tú puedes salir perdiendo más que yo, amigo.

Harding sonríe otra vez y lanza unas de sus miradas furtivas como de yegua nerviosa, con un movimiento asustadizo de la cabeza. Todos avanzan un lugar en la fila. Martini sale de la sala de rayos-X y se abrocha la camisa mientras musita: —Si no lo veo no lo creo —y Billy Bibbit se dirige a la pantalla negra para ocupar el lugar de Martini.

—Puedes salir peor parado que yo —repite Harding—. Yo soy voluntario. No estoy internado.

McMurphy se queda mudo. Su rostro tiene otra vez esa mirada desconcertada, como si algo fallase, algo que no consigue definir exactamente. Se limita a quedarse mirando a Harding y la sonrisa temerosa de éste se desvanece y se agita intentando esquivar la incómoda mirada de McMurphy. Traga saliva y comenta:

—A decir verdad, en la galería son muy pocos los que *están* internados. Sólo Scanlon y... bueno, supongo que tal vez alguno de los Crónicos. Y tú. En todo el hospital son pocos los internados. Sí, muy pocos.

Se interrumpe, su voz se pierde en un balbuceo ante la mirada de McMurphy. Al cabo de unos momentos de silencio, éste dice muy bajito:

—¿Es una broma?

Harding sacude negativamente la cabeza. Parece asustado. McMurphy se pone de pie en medio del pasillo y grita:

— ¡Queréis tomarme el pelo!

Nadie se atreve a responder. McMurphy comienza a caminar arriba y abajo frente al banco, mientras se pasa la mano por la espesa mata de pelo. Recorre toda la fila hasta la cola, luego avanza en sentido contrario, hasta llegar a la máquina de rayos-X. La máquina silba y se mofa de él.

—Tú, Billy... ¡seguro que estás internado!

Billy está de espaldas a nosotros, con la barbilla apoyada en la pantalla negra, de puntillas. No, dice dirigiéndose al aparato.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué? ¡Eres un chico joven! Debías correr por ahí fuera en un descapotable, conquistando lindas chicas. ¿Por qué soportáis... —hace un amplio gesto circular con la mano— todo esto?

Billy no contesta y McMurphy se aparta de él para dirigirse a otros dos pacientes.

—Decidme, por qué. Os peleáis, pasáis *semanas* enteras comentando cuan intolerable resulta todo esto, que no podéis soportar a la enfermera ni nada de lo que hace, ¡y no estáis internados! Lo comprendo en el caso de algunos tipos de la galería. Están *locos*. Pero vosotros, tal vez no seáis exactamente tipos corrientes, pero no estáis *locos*.

No se molestan en discutir con él. Avanza hasta Sefelt.

—Sefelt, ¿y tú? Lo único que te pasa es que tienes algún que otro ataque. Qué diablos, tengo un tío que cogía unas pataletas mucho peores que las tuyas y veía terribles visiones con demonios y toda la historia, pero nunca se le ocurrió encerrarse en un manicomio. Podrías arreglártelas fuera si tuvieras pelotas...

— ¡Eso es!

Es Billy, que se ha apartado de la pantalla, con el rostro bañado en lágrimas.

— ¡Eso es! —grita otra vez—. ¡Si tuviéramos pelotas! Podría salir hoy mi-mismo, si me atreviera. Mi m-m-m-madre es amiga de la se-se-señorita Ratched y podría hacer que me firmaran el alta esta misma tarde, ¡si tuviera pelotas!

Da un tirón a su camisa que estaba sobre el banco e intenta ponérsela, pero tiembla demasiado. Por fin, acaba arrojándola lejos y se vuelve otra vez hacia McMurphy.

—¿Crees que me *gu-gu-gu-gusta* estar aquí? ¿Crees que no me gustaría tener un descapotable y una chi-chi-chi-chica? ¿Pero alguien se ha re-re-re-reído alguna vez de ti? ¡No, porque eres g-g-g-grande y *fuerte!* Bueno, yo no soy ni grande ni fuerte. Y tampoco lo es Harding. Ni F-F-Fredrickson. Ni Se-Se-felt. Oh... tú... ¡Tú hablas como si estuviésemos aquí por gusto! Oh... es i-i-inútil...

Está llorando y su tartamudeo le impide seguir hablando, se seca los ojos con el dorso de la mano para poder ver. Se arranca una de las costras que tenía en la mano y cuanto más intenta secarse los ojos más se va esparciendo la sangre por toda la cara. Luego echa a correr a ciegas, pasillo abajo, con la cara manchada de sangre, y un negro pisándole los talones.

McMurphy lanza una mirada a los que le rodean y abre la boca para preguntar algo más, luego vuelve a cerrarla al comprobar cómo le miran. Se queda allí un minuto con la hilera de ojos fijos en él como una fila de remaches; por fin dice: —cielo santo—, en un tono plañidero, se encasqueta la gorra y vuelve a ocupar su sitio en el banco. Los dos técnicos regresan de tomar café y entran de nuevo en la habitación al otro lado del pasillo; cuando se abre la puerta con un runrún el aire se llena de un ácido olor, parecido al que se desprende cuando recargan una batería. McMurphy sigue ahí sentado, con los ojos fijos en esa puerta.

—No alcanzo a comprender...

Cuando cruzábamos los terrenos de regreso a la galería, McMurphy se quedó rezagado del grupo con las manos en los bolsillos del verde uniforme y la gorra muy hundida en la cabeza, mientras iba

reflexionando con un cigarrillo apagado en la boca. Todos caminaban bastante callados. Habían logrado calmar a Billy, que avanzaba a la cabecera del grupo con un negro a un lado y el chico blanco de la Sala de Chocs al otro.

Me fui quedando atrás hasta conseguir situarme junto a McMurphy y mi intención rué decirle que no valía la pena preocuparse, que no había solución, porque comprendía que alguna idea le daba vueltas en la cabeza igual que un perro da vueltas en torno a un agujero en el que no sabe qué encontrará, mientras una voz le dice, perro, no te metas en ese agujero; es demasiado grande y negro y en el ambiente se respira algo que indica osos o cualquier cosa igualmente temible. Y del fondo de su instinto le llega otra voz, baja y penetrante, una voz muy poco inteligente, sin una pizca de astucia, que le dice, *¡Busca, perro, busca!*

Quería decirle que no le diera vueltas, y estaba a punto de abrir la boca para hablarle cuando irguió la cabeza, se apartó la gorra de los ojos y comenzó a caminar a paso ligero hasta colocarse junto al negro pequeñajo, le dio una palmada en el hombro y le preguntó:

—Oye, Sam, ¿por qué no paramos un momento en la cantina para que pueda comprarme un par de cartones de cigarrillos?

Tuve que darme maña para alcanzarlos y la carrera me hizo palpar el corazón y comenzó a zumbarme la cabeza. Ya en la cantina seguía oyendo ese zumbido que el corazón me había metido en la cabeza, pese a que mis latidos volvían a ser normales. Ese ruido me hizo recordar cómo me sentía allí, de pie en el campo de rugby, un viernes por la noche, bajo el frío aire otoñal, esperando que alguien lanzara la pelota y comenzase el partido. El zumbido iba subiendo más y más de tono hasta que creía no poder soportarlo ni un minuto más; entonces lanzaban la pelota y todo terminaba y comenzaba el partido. En ese momento empecé a oír el mismo zumbido de los viernes por la noche y sentí la misma desenfundada y agitada impaciencia. Y mi vista también se había aguzado y estaba alerta, como solía ocurrirme antes del partido y como me ocurrió hace unos días mientras miraba por la ventana del dormitorio: todo se veía nítido y bien dibujado y consistente, con una apariencia que había olvidado. Largas hileras de pasta de dientes y cordones de zapatos, filas de gafas de sol y bolígrafos garantizados, capaces de pasarse toda una vida escribiendo

sobre mantequilla bajo el agua, todo ello bien protegido de los desvalijadores por un batallón de osos de peluche con ojos muy abiertos sentados en lo alto de una estantería encima del mostrador.

McMurphy avanzó a grandes zancadas hacia el mostrador, se puso a mi lado, se metió los pulgares en los bolsillos y le dijo a la vendedora que le diese un par de cartones de Marlboro.

—Tal vez será mejor que me dé tres —dijo, al tiempo que le sonreía—. Tengo intención de fumar como una chimenea.

El zumbido siguió taladrándome la cabeza hasta la reunión de esa tarde. Había estado escuchando sin prestar demasiada atención cómo se esforzaban en convencer a Sefelt para que se enfrentase con la realidad de sus problemas e intentase adaptarse («¡Es el Dilantin!» gritó él por fin. «Pero, señor Sefelt, si quiere que le ayudemos, debe ser sincero», dijo ella. «Pero, tiene que ser culpa del Dilantin; ¿no me reblandece las *encías*'?») Ella sonrió: «Jim, tienes cuarenta y cinco años...») cuando mis ojos se detuvieron casualmente sobre McMurphy sentado en su rincón. No estaba jugueteando con una baraja ni dormitaba tras una revista como había venido haciendo en las reuniones durante las dos últimas semanas. Y no estaba cabizbajo. Estaba sentado muy tieso en su silla, con una expresión temeraria y excitada en el rostro mientras su mirada iba de Sefelt a la Gran Enfermera y viceversa. El zumbido se me hizo más agudo al verle. Sus ojos parecían finas franjas azules bajo sus blancas cejas y se movían de un lado a otro, como solía hacer cuando vigilaba las cartas que iban saliendo en una partida de póquer. No me cupo la menor duda de que, en cualquier momento, cometería una locura capaz de hacerle ir a parar sin remedio a la galería de Perturbados. No era la primera vez que veía esa mirada en un tipo poco antes de que se arrojase sobre uno de los negros. Me agarré al brazo de mi silla y esperé, asustado de lo que podía pasar y también de pronto comencé a comprender, un poco temeroso, que tal vez no pasase nada.

Él permaneció inmóvil y siguió observándoles hasta que hubieron terminado con Sefelt; luego, dio media vuelta en su silla y se quedó contemplando a Fredrickson que protestaba por la manera cómo habían acorralado a su amigo, o vociferaba unos minutos quejándose de que les retuvieran los cigarrillos en la Casilla de las Enfermeras. Fredrickson acabó quedándose sin palabras, se ruborizó, se disculpó como de costumbre y volvió a sentarse. McMurphy aún no había

insinuado el menor gesto. Aflojó la mano sobre el brazo de la silla y pensé que tal vez me había equivocado.

No faltaban más de un par de minutos para finalizar la reunión. La Gran Enfermera dobló sus papeles y los guardó en el cesto que tenía en el regazo, los dejó en el suelo y luego posó sus ojos un minuto sobre McMurphy, como si quisiera asegurarse de que estaba despierto y había escuchado lo que se decía. Cruzó las manos sobre la falda, se miró los dedos y suspiró profundamente al tiempo que movía la cabeza.

—Amigos, he estado meditando mucho sobre lo que voy a decirles. Lo he comentado con el doctor y con el resto del personal y, aunque todos lo lamentamos mucho, hemos llegado a la misma conclusión: debemos encontrar alguna forma de castigar la intolerable actitud adoptada con respecto a las tareas de limpieza, hace tres semanas.

Levantó una mano y miró a su alrededor.

—Hemos esperado todos estos días para plantearlo, pues confiábamos en que ustedes mismos tomarían la iniciativa y se disculparían por su rebelde actitud. Pero ninguno ha dado la menor señal de remordimiento.

Volvió a levantar la mano para frenar cualquier posible interrupción, con el mismo gesto que una adivina echa las cartas en una casilla de feria.

—Por favor, no me interpreten mal: todas las normas y restricciones que les imponemos han sido profundamente meditadas teniendo en cuenta su valor terapéutico. Muchos de ustedes están aquí porque son incapaces de adaptarse a las normas sociales del Mundo Exterior, porque no han conseguido aceptarlas, porque han intentado esquivarlas y escapar de ellas. Es posible que en un tiempo —tal vez cuando eran niños— consiguieron infringir impunemente las normas de la sociedad. Sabían que estaban quebrantando una norma. Ansiaban que se lo reprochasen, lo *necesitaban*, pero el castigo no llegó. Es posible que esa imprudente tolerancia de sus padres sea el germen que provocó su presente enfermedad. Les digo todo esto con la esperanza de que comprendan que si imponemos orden y disciplina es *absolutamente por su propio bien*.

Paseó la mirada por toda la habitación. Su rostro estaba fraguado en una expresión contrita por la tarea que debía cumplir. Se había hecho un gran silencio, a excepción del penetrante y febril zumbido en mi cabeza.

— Resulta difícil hacer respetar la disciplina en un ambiente como éste. Deben comprenderlo. ¿Qué podemos hacerles? No podemos arrestarles. No podemos castigarlos a pan y agua. Deben comprender el problema con el que se enfrenta el personal; ¿qué *podemos* hacer?

Ruckly hizo una sugerencia, pero ella no le prestó la menor atención. El rostro comenzó a agitarse con un tintineo hasta que las facciones adoptaron una nueva expresión. Al fin ella misma respondió a su pregunta.

— Debemos retirar algún privilegio. Y después de estudiar detenidamente las circunstancias de esta rebelión, hemos decidido que quizá sería justo quitarles el privilegio de la sala de baños que han venido utilizando para jugar a las cartas durante el día. ¿Creen que es injusto?

Su cabeza permaneció inmóvil. No levantó los ojos. Pero todos los demás lo observaron, uno a uno, allí sentado en su rincón. Hasta los viejos Crónicos, intrigados por el hecho de que todos se hubiesen vuelto en la misma dirección, estiraron sus huesudos cuellos de pájaro y miraron a McMurphy: todos los rostros estaban pendientes de él, llenos de una franca, temerosa esperanza.

Esa única nota aguda que resonaba en mi cabeza me recordaba el sonido de los neumáticos al patinar sobre el asfalto.

Seguía sentado muy erguido en su silla, mientras se rascaba lánguidamente la cicatriz que le surca la nariz. Sonrió a todos los que le miraban, asió la gorra por la visera y saludó gentilmente, luego volvió a mirar a la enfermera.

— Bien, si no hay objeciones a esta discusión, creo que ya casi es hora...

Hizo otra pausa y también le miró. Él se encogió de hombros y se palmeó las rodillas con ambas manos mientras emitía un sonoro suspiro, luego se levantó lentamente de la silla. Se desperezó, bostezó, volvió a rascarse la nariz y comenzó a cruzar la sala de estar en dirección al lugar donde ella estaba sentada, junto a la Casilla de las



Enfermeras, sujetándose los pantalones con los pulgares mientras avanzaba. Comprendí que era demasiado tarde para impedirle hacer cualquier locura que pudiera habersele ocurrido y me limité a observarle, al igual que todos los demás. Avanzaba a grandes pasos, demasiado largos, y se había metido otra vez los pulgares en los bolsillos. El hierro de los tacones de sus botas hacía saltar chispas de las baldosas. Volvía a ser el leñador, el jugador fanfarrón, el gran irlandés pelirrojo y peleón, el vaquero salido de la pantalla de la TV que avanzaba por el centro de la calle, dispuesto a hacer frente a cualquier provocación.

Los ojos de la Gran Enfermera se desorbitaron al ver que se le acercaba. No había previsto que hiciera nada. Ésa debía ser su victoria definitiva sobre él, debía dejar sentado su dominio de una vez para siempre. ¡Pero ahora él se acercaba y era grande como una casa!

La enfermera empezó a mover la boca y a buscar a sus negros con la mirada, con un miedo de muerte, pero él se detuvo antes de llegar a su lado. Se detuvo frente a su ventana y dijo en el tono más bajo y profundo de que era capaz, que suponía que le permitiría coger uno de los cigarrillos que había comprado esa mañana y luego atravesó el cristal con la mano.

El cristal saltó en pedazos como si fuera agua y la enfermera se llevó las manos a las orejas. El cogió uno de los cartones de cigarrillos que tenía escrito su nombre y sacó una cajetilla, luego volvió a dejarlo donde estaba y se volvió hacia la enfermera, sentada allí como una estatua de yeso, y se puso a sacudir muy suavemente los trocitos de cristal que habían caído sobre su cofia y sus hombros.

—Lo *siento*, señora —dijo—. Dios sabe que es cierto. Ese cristal estaba tan limpio que me olvidé por completo de que estaba ahí.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. McMurphy dio media vuelta y la dejó allí sentada con el rostro tembloroso y desencajado y volvió a cruzar la sala de estar para sentarse en su silla y encender un cigarrillo.

Había cesado el zumbido que me taladraba la cabeza.

A partir de aquel día, las cosas le fueron bien a McMurphy durante bastante tiempo. La enfermera esperaba que se le ocurriese otra

idea capaz de devolverle la iniciativa. Sabía que había perdido un importante asalto y que estaba perdiendo otro, pero no tenía prisa, porque, entre otras cosas, no tenía la menor intención de aconsejar que lo pusieran en libertad; la lucha duraría todo el tiempo que ella deseara, hasta que él cometiera un error, hasta que, simplemente, acabara dándose por vencido o hasta que ella se ingeniara alguna nueva táctica que le permitiera aparecer como la vencedora indiscutible a los ojos de todos.

Pero antes de que lograra descubrir esa nueva táctica pasaron muchas cosas. Al acabar lo que podríamos considerar un breve período de descanso y anunciar su vuelta a las andadas rompiendo el cristal de la enfermera, McMurphy animó bastante el ambiente en la galería. Participaba en todas las reuniones, en todas las discusiones: con su tartajeo, sus guiños, sus mejores chistes, en un esfuerzo por arrancar una esmirriada risita de la boca de algún Agudo que no se atrevía ni a sonreír desde que tenía doce años. Reunió un grupo suficiente para formar un equipo de baloncesto y no sé cómo se las arregló para convencer al doctor de que le permitiese traer una pelota del gimnasio para ir entrenando al equipo. La enfermera se opuso, dijo que acabarían jugando al fútbol en la sala de estar y al polo en el pasillo, pero el doctor, por una vez, se mantuvo firme y dijo que los dejara hacer lo que quisieran.

—Varios jugadores han hecho grandes progresos desde que se organizó ese equipo de baloncesto, señorita Ratched; a mi entender, su valor terapéutico está probado.

Ella se quedó mirándolo sorprendida. Así que también él estaba haciendo sus pinitos. Tomó nota de su tono de voz para posteriores ocasiones, para cuando los vientos volvieran a serle favorables, asintió fríamente y volvió a sentarse en su casilla a jugar con los mandos de su equipo. Los conserjes habían colocado un cartón en el marco de la ventana, frente a su mesa de trabajo, en espera de que llegase el nuevo cristal, y ella se instalaba a diario tras el cartón como si éste no existiera, como si pudiera ver perfectamente la sala de estar a través de él. Sentada allí, detrás del cartón, producía la impresión de un cuadro puesto de cara a la pared.

Seguía esperando, sin decir nada, mientras McMurphy correteaba por los pasillos todas las mañanas, sin más vestido que sus calzoncillos

con ballenas blancas o jugaba a la rayuela con monedas en los dormitorios, o corría para arriba y para abajo del pasillo tocando un silbato de arbitro, mientras enseñaba a los Agudos a hacer una salida rápida desde la puerta de la galería hasta el Cuarto de Aislamiento, en el otro extremo del pasillo, y la pelota rebotaba con un ruido como de bala de cañón mientras McMurphy gritaba como un sargento:

— ¡Tirad, cobardicas, *tirad!*

Cuando se dirigían el uno al otro, tanto McMurphy como la enfermera, empleaban un tono muy educado. Él le dijo con toda amabilidad si por favor podría usar su pluma para redactar una solicitud pidiendo Autorización para Salir sin Escolta, la escribió ante sus propios ojos, sobre su mesa de trabajo, y se la entregó junto con la pluma y con un «Gracias» muy gentil; ella examinó la solicitud y le respondió con igual amabilidad que «lo discutiría con el resto del equipo médico» —lo cual no le llevó más de tres minutos—, y regresó para decirle que lo sentía pero que, en opinión del equipo, una Autorización no sería terapéutica en esos momentos. Él volvió a agradecerse, salió de la Casilla de las Enfermeras, sopló su silbato con una fuerza capaz de romper todos los cristales en varias millas a la redonda y bramó:

—Seguid practicando, machos, a por esa pelota, os quiero ver sudar.

Ya llevaba un mes en la galería, un período de tiempo suficiente para insertar un escrito en el tablón de anuncios del pasillo solicitando que se discutiese en una reunión de grupo la posibilidad de concederle una Autorización para Salir Acompañado. Se dirigió al tablón de anuncios empuñando la pluma de la enfermera y escribió bajo el epígrafe, EN COMPAÑÍA DE: «Una chica de Portland, amiga mía, llamada Candy Starr», y de paso destrozó la plumilla. La solicitud se discutió en la reunión de grupo algunos días más tarde, el mismo día en que los encargados colocaron un cristal nuevo en la ventana situada frente a la mesa de trabajo de la Gran Enfermera, y cuando su solicitud fue rechazada alegando que la señorita Starr no parecía ser la persona más adecuada para confiarle la custodia de un paciente, él se encogió de hombros y dijo que suponía que así era la vida y se levantó de la silla para dirigirse a la Casilla de las Enfermeras, se plantó junto al cristal que aún lucía la etiqueta de la cristalería en una esquina y volvió a

atravesarlo con el puño (mientras la sangre manaba de sus dedos, le explicó a la enfermera que creía que habían quitado el cartón y que el marco estaba vacío).

—¿Cómo pusieron este maldito cristal sin que nadie los viera? ¡Vaya *imprudencia!* La enfermera le vendó la mano y Scanlon y Harding recuperaron el cartón de la basura y volvieron a colocarlo en la ventana, adhiriéndolo con el mismo esparadrapo que la enfermera estaba utilizando para vendarle los dedos. McMurphy estaba sentado en una banqueta y musitaba cosas terribles con una sonrisa mientras le curaban sus heridas al tiempo que hacía muecas a Scanlon y Harding por encima del hombro de la enfermera. El rostro de ésta mostraba una expresión serena y vacía como esmaltada, pero la tensión se empezaba a manifestar en otros detalles, como en su manera de apretar el esparadrapo tanto como pudo, clara muestra de que su indiferente paciencia distaba mucho de ser lo que era.

Nos permitieron ir al gimnasio a presenciar el encuentro entre nuestro equipo de baloncesto —Harding, Billy Bibbit, Scanlon, Fredrickson, Martini y McMurphy, cuando su mano herida no le impedía participar en el juego— y un equipo de enfermeros. Los dos negros grandotes de nuestra galería jugaban con los enfermeros. Eran los mejores jugadores del encuentro, corrían arriba y abajo, siempre juntos como un par de sombras con calzones rojos, y marcaron un tanto tras otro con mecánica precisión. Nuestros jugadores eran demasiado bajos y excesivamente lentos, Martini no paraba de hacer pases a jugadores que sólo él podía ver, y los enfermeros nos ganaron por veinte puntos. Pero ocurrió algo que influyó en que la mayoría saliésemos de allí con la sensación de haber conseguido una victoria relativa, a pesar de todo: en una carrera tras la pelota, nuestro negro grandote, Washington, recibió un codazo, y su equipo tuvo que sujetarlo porque intentaba lanzarse sobre McMurphy, que se había sentado sobre la pelota sin prestar la menor atención al negro que se retorció y sangraba por su gran narizota, con el negro pecho todo manchado como si alguien hubiera embardurnado una pizarra de pintura, al tiempo que gritaba a los que le sujetaban:

— ¡Se lo ha buscado! ¡El muy cerdo se lo ha *buscado!*

McMurphy escribía nuevas notitas que la enfermera descubría luego en el retrete con su espejito. Redactó largas fantasías sobre su

propia persona en el cuaderno de bitácora y las firmó con el nombre de Antón. Algunos días se quedaba durmiendo hasta las ocho. Ella le reprendía, sin alterarse en absoluto, él se quedaba escuchándola de pie, sin interrumpirla, y luego le destrozaba toda la escena al preguntarle algo así como, me pregunto si usa sostenes de la talla B o C, ¿o es que a lo mejor no usa?

Los demás Agudos comenzaban a seguir su ejemplo. Harding empezó a coquetear con todas las jóvenes estudiantes de enfermera y Billy Bibbit no volvió a escribir lo que solía llamar sus «observaciones» en el cuaderno de bitácora, y cuando colocaron por segunda vez el cristal en la ventana frente a la mesa de trabajo de la enfermera, con una gran X pintada con cal para que McMurphy no pudiera fingir que desconocía su existencia, Scanlon lo rompió sin querer con la pelota antes de que la X tuviera tiempo de secarse. La pelota se reventó y Martini la recogió del suelo como un pájaro muerto y la llevó a la casilla para entregársela a la enfermera que se había quedado mirando la nueva rociada de cristales rotos sobre su mesa, y le dijo si ¿por favor podría arreglarla con un poco de esparadrapo o algo? Sin decir palabra, ella se la arrancó de la mano y la arrojó al cubo de la basura.

Así que, una vez concluida, según todos los indicios, la temporada de baloncesto, McMurphy decidió que había llegado el momento de dedicarse a la pesca. Solicitó otro pase, después de explicarle al doctor que tenía unos amigos en la bahía de Siuslaw, en Florence, que estarían dispuestos a llevarse a ocho o nueve pacientes a pescar en alta mar, si el equipo médico no se oponía, y en esta ocasión escribió en la solicitud que le acompañarían «dos encantadoras tías solteras de un pueblecito cercano a Oregon City». En la reunión le fue concedido un pase para el siguiente fin de semana. Cuando terminó de consignar oficialmente el pase en su diario, la enfermera metió la mano en el cesto de mimbre que tenía a sus pies, extrajo un recorte del periódico de aquella mañana y leyó en voz alta que si bien era un buen año para la pesca en las costas de Oregon, el salmón se había retrasado un poco y el mar estaba agitado y peligroso. Y sugirió que tal vez los hombres deberían pensárselo dos veces.

—Buena idea —dijo McMurphy. Cerró los ojos e inspiró profundamente, apretando los dientes—. ¡Sí, señor! El olor salino del

mar embravecido, el crujido de la quilla al cortar las olas, la lucha contra los elementos, momentos en que los hombres son hombres y las barcas, barcas. Señorita Ratched, me ha convencido. Alquilaré una barca esta misma noche. ¿La apunto a usted también?

Por toda respuesta, ella se dirigió al tablón de anuncios y clavó el recorte de periódico.

Al día siguiente McMurphy comenzó a apuntar a los que querían ir y disponían de los diez dólares necesarios para contribuir a pagar el alquiler de la barca, y la enfermera inició una constante aportación de recortes de periódicos que hablaban de naufragios y de súbitas tormentas en la costa. McMurphy se mofaba de ella y de sus recortes y explicaba que sus dos tías habían pasado la mayor parte de su vida meciéndose sobre las olas en uno u otro puerto con tal o cual marinero, y que ambas habían asegurado que el viaje no presentaba el menor riesgo, que era más inocuo que un pastel casero y que no había motivo para preocuparse. Pero la enfermera conocía bien a sus pacientes. Los recortes de periódico los asustaron más de lo que supusiera McMurphy. Había imaginado que se apresurarían a apuntarse, pero tuvo que hablar mucho y convencer pacientemente a los pocos que finalmente lo hicieron. El día antes de la excursión aún le faltaba conseguir un par de inscripciones para poder pagar el alquiler de la barca.

Yo no tenía dinero, pero no dejaba de darle vueltas a la idea de apuntarme. Y cuanto más hablaba él de la pesca del salmón, mayores eran mis deseos de unirme al grupo. Sabía que era una locura; apuntarme equivaldría a manifestar públicamente que no era sordo. Si había estado escuchando todas aquellas palabras sobre barcas y pesca, demostraría que lo había oído todo durante esos diez años. Y si la Gran Enfermera lo descubría, si se enteraba de que había oído todos los complots y las traiciones que habían estado tramando cuando ella creía que nadie los oía, me perseguiría con una sierra eléctrica, me ajustaría las tuercas hasta tener la certeza de haberme dejado sordo y mudo. Por grandes que fueran mis deseos de unirme al grupo, me divertía un poco pensar que tenía que seguir haciéndome el sordo si quería continuar oyendo.

La noche antes de la excursión me quedé despierto en la cama y pasé revista a todo, a mi sordera y a todos los años que había pasado

procurando que nadie supiera que oía lo que decían, y me preguntaba si sería capaz de actuar de otra forma. Pero recordé una cosa: no fui yo quien empezó la comedia de la sordera; fue la gente que empezó a comportarse como si yo fuese demasiado estúpido para ser capaz de oír, ver o decir nada.

Y tampoco se remontaba a mi llegada al hospital; ya mucho antes, la gente había empezado a hacer ver que yo no era capaz de oír ni hablar. En el Ejército, me trataban de ese modo todos los que tenían mayor graduación que yo. Imaginaban que ésa era la forma de proceder con alguien como yo. Recuerdo que incluso en el colegio la gente ya decía que parecía que no escuchaba y, en consecuencia, dejaron de escuchar lo que yo les decía. Tendido en la cama, intenté recordar la primera ocasión en que advertí que esto sucedía. Creo que aún vivíamos en el poblado junto al río Columbia. Era verano...

... yo tengo unos diez años y estoy sentado frente a la choza, salando el salmón que luego colgarán de los bastidores detrás de la casa, cuando veo que un coche se sale de la carretera y avanza ruidosamente por los baches entre la salvia, arrastrando tras sí una carga de rojo polvo, tan compacta como una fila de furgones.

Observo el coche que trepa por la ladera y se detiene a corta distancia de nuestro patio, y el polvo que sigue avanzando, se estrella contra la parte trasera del coche y sale disparado en todas direcciones hasta depositarse sobre la salvia y el quillay que adquieren la apariencia de rojos, humeantes escombros. El coche permanece allí, reluciente bajo el sol, mientras el polvo se va sedimentando. Sé que no son turistas con cámaras fotográficas porque nunca se acercan tanto al poblado. Cuando quieren comprar pescado, lo hacen junto a la carretera; no se acercan al poblado, pues probablemente creen que seguimos cortando cabelleras y quemando a la gente en la hoguera atada a un poste. No saben que algunos de los nuestros son abogados en Portland; lo más probable es que no me creyeran si se lo dijese. Uno de mis tíos llegó a ser abogado de verdad y Papá dice que lo hizo con el mero propósito de demostrar que era capaz de ello, pero que hubiera preferido mil veces pescar salmón en la cascada. Papá dice que, si no estamos alerta la gente nos obliga de un modo u otro a hacer lo que ellos creen que deberíamos hacer, o bien a ponernos tercos y hacer exactamente lo contrario, por puro despecho.

En seguida se abren las puertas del coche y bajan tres personas, dos del asiento delantero y una del trasero. Comienzan a subir por la ladera en dirección al poblado y veo que los dos que van delante llevan trajes azules y el de atrás, el que salió del asiento trasero, es una mujer ya mayor, con los cabellos blancos y un vestido tan rígido y pesado que parece una armadura. Cuando llegan al final de los matorrales y entran en nuestro pelado patio los tres están jadeantes y sudorosos.

El primero se detiene y echa un vistazo al poblado. Es bajo y rechoncho y lleva un sombrero blanco de vaquero. Mueve la cabeza ante la destartalada aglomeración de bastidores para secar el pescado, automóviles de segunda mano, gallineros, motocicletas y perros.

— ¿Han visto algo parecido en su vida? ¿Lo han visto? Voto a... ¿habían *visto jamás* algo así?

Se quita el sombrero y se seca con un pañuelo la roja pelota de goma que tiene por cabeza, con gran cuidado, como si temiera ajar una cosa u otra: o bien el pañuelo o bien el húmedo mechoncito de fibroso pelo.

— ¿Comprenden que haya gente que quiera vivir de este modo? ¿Tú lo entiendes, John?

Habla muy alto, pues no está acostumbrado al rumor de la cascada.

John está a su lado, luce un poblado bigote gris, muy apretado contra la nariz para protegerse del olor del salmón que yo estoy salando. El sudor le chorrea por el cuello y las mejillas y le ha empapado toda la espalda del traje azul. Está tomando notas en una libreta y da vueltas sin parar mientras observa nuestra cabaña, nuestro jardincito, los vestidos rojos, verdes y amarillos que mamá se pone los sábados por la noche y que están tendidos a secar en un trozo de cuerda. Sigue dando vuelta hasta completar todo un círculo y llegar otra vez hasta mí; se me queda mirando como si me viese por primera vez, y eso que estoy a menos de dos metros de distancia. Se agacha en mi dirección, frunce el entrecejo y se aprieta nuevamente el bigote contra la nariz, como si el que oliese fuese yo y no el pescado.

—¿Dónde crees que estarán sus padres? —pregunta John—. ¿En la cabaña? ¿O en las cataratas? Podríamos hablar de ello con el hombre, ya que estamos aquí.



—Por mi parte, no pienso entrar en esa covacha —dice el gordo.

—Esa covacha —replica John a través de su bigote— es la morada del Jefe, Brickenridge, el hombre con quien hemos venido a negociar, el noble dirigente de estas gentes.

—¿A negociar? Yo no, no es mi trabajo. Me pagan para informar, no para confraternizar.

Ello provoca una carcajada de John.

—Sí, tienes razón. Pero alguien debería informarles de los planes del gobierno.

—Pronto lo sabrán, si no se han enterado ya.

—No nos costaría nada entrar y hablar con él.

—¿En esa chabola? Vamos, te apuesto lo que quieras a que está infestada de arañas venenosas. Dicen que estas chozas de adobe siempre albergan toda una fauna en las rendijas de los muros. Y hará *calor*, válgame Dios, cómo te diría yo. Te apuesto a que es un verdadero horno. Mira, mira qué cocido está este pequeño Hiawatha. Jo. Está prácticamente quemado.

Se ríe y se frota suavemente la cabeza, y cuando la mujer lo mira corta en seco sus carcajadas. Carraspea, escupe sobre el polvo, avanza unos pasos y se sienta en el columpio que Papá construyó para mí en el enebro y se queda allí meciéndose suavemente y abanicándose con el sombrero.

Lo que acaba de decir va haciéndome montar en cólera cuanto más pienso en ello. Él y John siguen charlando de nuestra casa y del poblado y de la propiedad y de su valor, y empiezo a creer que dicen estas cosas en mi presencia porque no saben que hablo inglés. Probablemente son de algún lugar del Este, donde la gente lo ignora todo de los indios, excepto lo poco que han visto en las películas. Pienso que se avergonzarán mucho cuando descubran que comprendo lo que están diciendo.

Les dejo hacer un par de comentarios más sobre el calor y la casa; luego me levanto y le digo al gordo, en mi mejor inglés de colegial, que seguramente nuestra casa de barro es más fresca que cualquier casa de la ciudad, ¡*muchísimo* más fresca!

—Lo que es *seguro* es que es más fresca que mi escuela ¡y también es más fresca que el cine de Los Rápidos con su anuncio con letras en forma de témpanos que dice «Refrigerado»!

Y estoy a punto de decirles que, si quieren entrar, iré a buscar a Papá a la cascada, cuando advierto que no parecen haber oído ni una palabra. Ni siquiera me han mirado. El gordo sigue columpiándose, con la mirada fija en las rocas de lava donde los hombres se han apostado junto al entarimado en espera de que caiga algún pez, meras sombras con camisas a cuadros en medio de la llovizna, vistos desde esta distancia. De vez en cuando, uno extiende un brazo y se adelanta como un espadachín, y luego levanta su arpón de tridente para que uno de los que están situados en la tarima, sobre su cabeza, coja el escurridizo salmón. El gordo contempla a los hombres, apostados en sus lugares bajo la cortina de agua de más de diez metros de altura, y parpadea y gruñe cada vez que uno se inclina para ensartar un salmón.

Los otros dos, John y la mujer, siguen de pie. Ninguno de los tres parece haber oído ni una palabra de lo que acabo de decirles; los tres me esquivan con la mirada, como si prefirieran que no estuviera allí.

Todo se detiene y se queda así, inmóvil, durante un minuto.

Tengo la curiosa sensación de que el sol brilla con más fuerza sobre las tres personas. Todo lo demás parece conservar el aspecto habitual: los pollos hurgando entre la hierba que crece sobre las chozas de adobe, los saltamontes revoloteando de matorral, en matorral, las moscas que forman negras nubes en torno a las sartas de pescado colgado al sol, cuando las espantan los pequeños blandiendo ramas de salvia, todo está igual que en cualquier día de verano. Excepto que, de pronto, el sol que luce sobre esos tres extraños ha adquirido un resplandor mucho más intenso de lo habitual y puedo ver... las *costuras* que unen sus cuerpos. Y casi veo cómo el aparato que llevan dentro coge las palabras que acabo de decir e intenta colocarlas aquí y allá, en este y aquel lugar, y cuando descubre que las palabras no encajan en ningún lugar apropiado, la máquina las elimina como si no hubieran sido pronunciadas.

Los tres están inmóviles mientras ocurre todo esto. Hasta el columpio se ha parado; el sol lo ha dejado clavado en posición inclinada, con el hombre regordete pegado encima como una muñeca de goma. Entonces la gallina pintada de Papá se despierta en la copa

del enebro, advierte que hay extraños en el lugar, comienza a ladrarles como un perro, y se rompe el hechizo.

El gordo chilla, salta del columpio y retrocede de costado, mientras se protege los ojos del sol con el sombrero e intenta descubrir qué es eso que arma tanto alboroto en el enebro. Cuando comprueba que sólo es una gallina pintada, escupe en el suelo y vuelve a ponerse el sombrero.

— La verdad —dice— , *creo* que cualquier oferta que hagamos por esta... metrópolis, será más que suficiente.

— Es posible. Pero sigo opinando que valdría la pena el intentar hablar con el Jefe.

La mujer le interrumpe y da un enérgico paso adelante.

—No.

Es la primera palabra que pronuncia.

—No —repite en un tono que me recuerda a la Gran Enfermera.

Levanta las cejas e inspecciona el recinto. Sus ojos saltan como los números de una caja registradora: está observando los trajes de Mamá, tan cuidadosamente tendidos en la cuerda, y mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—No. Hoy no hablaremos con el Jefe. Aún no. Creo que... por una vez estoy de acuerdo con Brickenridge. Aunque por motivos distintos. ¿Recuerdan el informe que dice que la esposa no es india sino blanca? Blanca. Una mujer de la ciudad. Se apellida Bromden. Él adoptó su nombre, no ella el suyo. Oh, sí, creo que lo mejor será marcharnos y regresar a la ciudad y, naturalmente, haremos correr la voz sobre los planes del gobierno, a fin de que la gente empiece a comprender las ventajas de contar con una presa hidroeléctrica y un lago, en vez de un montón de cabañas junto a una cascada; *luego* redactaremos una oferta... y la enviaremos por correo a la esposa, ¿un error, comprenden? Creo que ello nos facilitará mucho las cosas.

Se queda mirando a los hombres sobre el antiguo, desvencijado, zigzagueante andamiaje que ha ido creciendo y ramificándose entre las rocas de la cascada durante siglos.

—Mientras que si hablamos ahora con el esposo y hacemos una oferta precipitada, podríamos chocar con una *increíble* muestra de

obcecación a lo navajo y amor al..., supongo que deberíamos llamarlo, hogar.

Intento explicarles que no es un indio navajo, pero ¿para qué, si tampoco me escuchan? No les importa de qué tribu sea.

La mujer sonríe, hace una señal con la cabeza a los dos hombres, una sonrisa y un gesto para cada uno, sus ojos los invitan a ponerse en marcha, y avanza muy tiesa en dirección al coche, mientras va parloteando con voz joven y despreocupada:

—Como decía mi profesor de sociología, «En cualquier situación suele existir una persona cuyo poder jamás debemos subestimar».

Entraron en el coche y se alejaron y me quedé allí pensando si por lo menos me habían *visto*.

Me sorprendió un poco recordar todo esto. Era la primera vez, en lo que me parecían siglos, que conseguía recordar un buen fragmento de mi infancia. Me fascinaba pensar que aún era capaz de hacerlo. Permanecí despierto en la cama, recordando otros hechos, y en aquel momento, cuando estaba sumido en una especie de sueño, oí un ruido bajo mi cama, como si un ratón royera una nuez. Miré bajo el somier y vi un resplandor de metal que arrancaba los trozos de goma de mascar que tan bien conocía. El negro llamado Geever había descubierto mi escondrijo y estaba echando los trozos de goma de mascar en una bolsa, desprendiéndolos con unas largas y finas tijeras abiertas como unas grandes fauces.

Me metí rápidamente bajo las mantas, antes de que descubriera que lo estaba mirando. El corazón me retumbaba en los oídos, temeroso de que me hubiera visto. Quería decirle que se fuera, que no se metiera donde no le importaba y que dejara mi goma de mascar en paz, pero ni siquiera podía dar señales de haber oído. Me quedé muy quieto a la espera de saber si me había descubierto cuando miré debajo de la cama, pero no hizo ningún gesto, sólo se oía el sssst-sssst de sus tijeras y los trozos de chicle que caían en la bolsa y con un sonido que me recordaba el golpeteo del granizo sobre nuestro techo de papel de brea. Chasqueó la lengua y se rió solo, muy bajito.

—Um-mmmm. Cielo santo. Jii. ¿Cuántas veces debe haber masticado esta porquería? Tan *dura*.

McMurphy oyó mascullar al negro y se incorporó apoyándose en un codo para ver qué hacía de rodillas bajo mi cama, a esas horas de la noche. Miró un minuto al negro, se frotó los ojos, como suelen hacer los niños pequeños, para asegurarse de que no era un espejismo, y luego se incorporó del todo.

—Que me aspen si no es él, correteando por aquí a las once y media de la noche, merodeando en la oscuridad con un par de tijeras y una bolsa de papel.

El negro dio un salto y enfocó la linterna directamente a los ojos de McMurphy.

—Vamos, explícate, Sam: ¿qué demonios estás recogiendo que tienes que hacerlo al amparo de la noche?

—Duérmete, McMurphy. Es asunto mío y a nadie más le importa.

McMurphy abrió los labios con una lenta sonrisa, pero no apartó los ojos de la luz. Al cabo de medio minuto, poco más o menos, el negro se impacientó y apartó la linterna que había estado enfocando sobre McMurphy, sentado allí, sobre su reluciente cicatriz recién cerrada y sobre los dientes y la pantera tatuada en su hombro. Volvió a inclinarse y se puso manos a la obra, gruñendo y resoplando como si desprender trocitos de chicle fuese una tarea pesadísima.

—Una de las tareas del servicio de noche —explicó entre gruñidos, procurando mostrarse amable— es mantener limpia la zona del dormitorio.

—¿A media noche?

—McMurphy, tenemos colgado un cartel con el título: Descripción de nuestras *Obligaciones*, que dice que la limpieza debe ser motivo de preocupación ¡las *veinticuatro horas del día!*

—Podías haber cumplido con el equivalente de veinticuatro horas antes de que nos acostásemos, ¿no te parece?, en vez de quedarte a ver la TV hasta las diez y media. ¿Sabe la Vieja Ratched que os pasáis la mayor parte de vuestra guardia frente a la TV? ¿Qué crees que haría si se enterase?

El negro se incorporó y se sentó en el borde de mi cama. Se golpeó los dientes con la linterna, sin dejar de sonreír. La luz iluminó su rostro como si fuese uno de esos viejos farolillos.

—Bueno, te explicaré qué pasa con este chicle —dijo, e inclinó la cabeza hacia McMurphy como si fuese un viejo compinche—. Verás, hace años que me tenía intrigado saber dónde debía guardar su chicle el Jefe Bromden —nunca tenía dinero para la cantina, nunca había visto que nadie le diera un trocito, nunca le había pedido a la dama de la Cruz Roja—, por lo que seguí *observando y esperando*. Y, mira, aquí está.

Se arrodilló otra vez, levantó un poco mi cubrecama y apuntó con su linterna.

—¿Qué te parece? ¡Apostaría algo a que esos trozos de chicle han sido usados *miles* de veces!

Eso le hizo gracia a McMurphy. Se echó a reír ante semejante cuadro. El negro levantó la bolsa, la hizo sonar y se rieron un poquito más. El negro le dio las buenas noches a McMurphy, dobló la bolsa como si llevara la merienda dentro y salió a esconderlo en algún lugar, donde lo recogería más tarde.

—¿Jefe? —susurró McMurphy—. Quiero que me digas una cosa. —Y comenzó a canturrear una cancioncilla, una tonada campesina que estuvo de moda hace muchos años—: «Oh, ¿pierde la hierbabuena su aroma de un día a otro?».

Al principio me enfurecí mucho. Creí que se burlaba de mí como ya habían hecho otros.

— ¿«Será dura de mascar —siguió cantando en un susurro— cuando vayas a buscarla de mañana?»?

Pero después de pensarlo un poco, empecé a encontrarlo cada vez más gracioso. Quería contenerme pero notaba que estaba a punto de soltar una carcajada, no por la canción de McMurphy, sino por mi propio comportamiento.

—«El problema me preocupa, alguien me lo puede aclarar, ¿pierde la hierbabuena su aroma de un día a otro?».

Sostuvo largo rato esa última nota y me la acercó como si fuera una pluma. No pude evitar un cloqueo y temí que si me echaba a reír sería incapaz de parar. Pero, en aquel momento, McMurphy saltó de su cama y empezó a buscar en su mesilla de noche. Apreté los dientes, preguntándome qué debía hacer. Hacía muchísimo tiempo que nadie había oído salir más que gruñidos o bramidos de mi boca. Le oí cerrar

la puerta de la mesilla de noche, que resonó como si fuera la tapa de una caldera. Le oí decir, «Toma», y algo aterrizó sobre mi cama. Una cosa pequeña, del tamaño de un lagarto o una serpiente...

—Sabor a frutas, es todo lo que puedo ofrecerte por el momento, Jefe. Le gané este paquete a Scanlon jugando a la rayuela.

Y se volvió a su cama.

De momento, no dijo nada más. Estaba incorporado, con la cabeza apoyada en el codo, y me miraba como antes observara al negro, esperando que yo hiciera algún comentario. Cogí el paquete de chicle que había caído sobre el cubrecama y le dije: Gracias.

No sonó muy bien porque tenía la garganta oxidada y la lengua agrietada. Comentó que estaba un poco desentrenado, y eso le hizo reír. Intenté reír con él, pero sólo me salió un chillido, como el de un polluelo que intenta piar por primera vez. Parecía más bien sollozo que carcajada.

Me dijo que no debía impacientarme, que si quería practicar un poco, podía escucharme hasta las seis y media. Dijo que un hombre que llevaba tanto tiempo callado tendría probablemente bastantes cosas que decir y se recostó en la almohada y esperó. Estuve un minuto pensando qué podría decirle, pero lo único que se me ocurrió fueron cosas de esas que un hombre no puede decirle a otro, porque no suena bien cuando se pone en palabras. Cuando advirtió que era incapaz de decir nada, cruzó las manos bajo la nuca y comenzó a hablar él.

— ¿Sabes una cosa, Jefe?, ahora mismo estaba pensando en una vez que estuve en el valle de Willamette... Recogía guisantes en las afueras de Eugene y me consideraba muy afortunado con ese trabajo. Era a principios de los años treinta y muy pocos chicos conseguían encontrar trabajo. Lo obtuve después de demostrarle al patrón que era capaz de recoger guisantes al mismo ritmo y con la misma perfección que cualquier adulto. Era el único chico del grupo. Todos los demás eran personas mayores. Y después de intentar hablarles un par de veces, descubrí que no pensaban escucharme, pues a fin de cuentas no era más que un esmirriado pelirrojo. Así que cerré la boca. Me molestó tanto que no me escuchasen que no volví a decir palabra en las cuatro semanas que estuve trabajando en ese campo; mientras, me afanaba a su lado, escuchando su cháchara sobre tal o cual tío o primo. O su comadreo sobre el que no había venido a Ira bajar ese día, cuando se

daba el caso. Cuatro semanas sin decir ni pío. Hasta que creo que llegaron a olvidar que *sabía* hablar, los muy cerdos. Esperé a que llegara el momento propicio. Entonces, el último día, empecé a desembuchar y le dije exactamente a cada uno todo lo que su compinche había estado murmurando de él en su ausencia. ¡Huuuy, cómo me escucharon! Al final se liaron en una gran discusión y se armó tal escándalo que perdí la bonificación de un cuarto de centavo de dólar por libra recogida, que me correspondía por no faltar ni un día al trabajo, pues ya tenía mala fama en la ciudad y el patrón de los guisantes alegó que seguramente yo era el causante del alboroto, aunque no pudiera demostrarlo. Lo maldije también a él. No mantener cerrada la boca me costó unos veinte dólares. Pero valió la pena.

Se rió solo un rato, recordando lo sucedido, luego volvió la cabeza en la almohada y me miró.

—Me pregunto si también estarás esperando que llegue el momento propicio para cantarles las cuarenta, Jefe.

—No —le dije—. Sería incapaz de hacerlo.

—¿Incapaz de darles su merecido? Es más fácil de lo que crees.

—Tú eres... mucho más alto, más fuerte, que yo —musité.

—¿Cómo dices? No te he oído bien, Jefe.

Tragué un poco de saliva con gran esfuerzo.

—Eres más alto y más fuerte que yo. Tú, sí podrías hacerlo.

— ¿Yo? ¿Estás de broma? Cáspita, mírate: le pasas una cabeza a cualquier hombre de la galería. No hay ni un tipo aquí al que no puedas darle mil vueltas, ¡es la pura verdad!

—No. Soy demasiado esmirriado. Antes era alto, pero ya no lo soy. Tú abultas el doble que yo.

—Vamos, ¿estás loco o qué? Lo primero que vi al entrar en este lugar fue tu figura, sentado en esa silla, imponente como una maldita montaña. Te lo digo en serio, he vivido en Klamath, en Texas y Oklahoma y en toda la región de Gallup, y te puedo jurar que eres el indio más alto que he visto en mi vida.

—Soy del desfiladero del Columbia —dije, y él se quedó esperando que continuase—. Mi Papá era un verdadero Jefe y se llamaba Tee Ah Millatoona. Su nombre significa El-Pino-Más-Alto-de-



la-Montaña, y no vivíamos en una montaña. Era terriblemente alto cuando yo era niño. Mi madre llegó a doblarle en estatura.

—Debiste tener una mamá gigantesca. ¿Cómo era de alta?

—Oh... muy, muy alta.

—Quiero decir, ¿cuánto medía?

—¿Cuánto medía? Un tipo que vino al carnaval le echó un vistazo y dijo que debía medir un metro setenta y que pesaba unos cincuenta y cinco kilos, pero eso fue porque acababa de *verla*. Aumentaba constantemente de tamaño.

—¿Sí? ¿Como cuánto?

—Llegó a ser más grande que Papá y yo juntos.

—¿De pronto un día empezó a crecer, en? Bueno, siempre se aprende algo: jamás oí hablar de una mujer india a la que le ocurriera algo parecido.

—No era india. Era una mujer de la ciudad, de Los Rápidos.

—¿Y cómo se llamaba? ¿Bromden? Ya, ahora comprendo, un momento —se quedó reflexionando un instante y luego dijo—: ¿Y las mujeres de la ciudad que se casan con un indio han hecho una mala boda, eh? Sí, creo que ya comprendo.

—No. No fue sólo ella quien le hizo empedreñecer. Todos se lanzaron sobre él porque era alto y fuerte y no quería ceder y hacía lo que le venía en gana. Todos se confabularon contra él, igual que aquí se han confabulado contra ti.

—¿Quiénes, Jefe? —preguntó en voz muy baja, repentinamente preocupado.

—El Tinglado. Lo estuvo acosando durante años. Era grande y fuerte y fue capaz de resistir durante cierto tiempo. Querían que habitásemos en viviendas controladas. Querían quitarnos las cascadas. Incluso se habían infiltrado en la tribu y lo acosaban. En la ciudad, lo apalearon en un callejón y una vez le cortaron el pelo. Oh, el Tinglado es grande... enorme. Se resistió largo tiempo, hasta que mi madre le empedreñeció tanto que ya no fue capaz de seguir luchando y se rindió.

Después de oír estas palabras McMurphy permaneció un largo rato callado. Luego se incorporó, apoyándose en el codo, volvió a mirarme y preguntó por qué le habían pegado en un callejón y yo le

dije que para hacerle comprender que le esperaban cosas aún peores si no firmaba los papeles y lo cedía todo al gobierno.

—¿Qué querían que cediera al gobierno?

—Todo. La tribu, el poblado, las cataratas...

—Ahora lo recuerdo; estás hablando de las cataratas donde los indios solían pescar salmón con arpón... hace ya mucho tiempo. Sí. Pero si no recuerdo mal a la tribu le pagaron una gran cantidad de dinero.

—Eso es lo que le dijeron. Él les replicó: ¿Cuánto vale la forma de vida de un hombre? ¿Cuánto vale su manera de ser? No lo entendieron. Ni en la tribu lo comprendieron. Vinieron todos a nuestra puerta, con todos aquellos billetes en la mano, y querían que les dijera qué debían hacer. Le pidieron que les invirtiera el dinero, o que les dijera dónde podían ir, o que comprase una granja. Pero ya se había empequeñecido demasiado. Y se había vuelto demasiado borracho, también. El Tinglado lo había destrozado. Derrotan a todo el mundo. También te derrotarán a ti. No pueden permitir que alguien tan grande como Papá ande suelto por ahí, a menos que sea uno de ellos. Es fácil comprobarlo.

—Sí, supongo que sí.

—Por eso no debías haber roto esa ventana. Ahora han comprendido que eres grande. Ahora tendrán que domarte.

—¿Cómo se doma un mustang, eh?

—No, no, escucha. No te doman de ese modo; ¡te atacan por donde no puedes defenderte! ¡Te meten cosas dentro! Te *instalan* cosas. En cuanto comprenden que vas a ser un gran tipo se ponen manos a la obra y te incorporan sus asquerosos mecanismos desde que eres niño, ¡y no paran hasta que consiguen *programarte!*

—No te excites, amigo; sssst.

—Y si te *resistes*, te encierran en algún lugar y te meten en vereda...

—Tranquilo, Jefe, tranquilo. Cálmate un poco. Te han oído.

Se acostó y permaneció muy quieto. Advertí que mi cama estaba caliente. Hasta mis oídos llegaba el roce de las suelas de caucho del

negro que se aproximaba con una linterna para comprobar qué era ese ruido. No nos movimos hasta que se marchó.

—Al final sólo bebía —susurré. No podía dejar de hablar, no hasta haberle contado todo lo que pensaba sobre el asunto—. Y la última vez que le vi corría a ciegas entre los cedros, a causa de la bebida, y comprobé que cada vez que se llevaba la botella a la boca, no era él quien chupaba de la botella, sino la botella que le succionaba a él, hasta que se quedó tan encogido, arrugado y amarillento que ni los perros le reconocían, y tuvimos que sacarlo de los cedros, en una camioneta, y llevárnoslo a un lugar de Portland, donde murió. No digo que maten a la gente. A él no lo mataron. Le hicieron otra cosa.

Me había entrado un sueño terrible. No quería seguir hablando. Intenté recordar lo que había estado diciendo y me pareció que no era lo que quería decir.

—He estado hablando como un loco, ¿verdad?

—Sí, Jefe... — se dio la vuelta en la cama— ...has estado hablando como un loco.

—No es lo que quería decir. Me cuesta decirlo todo. Parece una insensatez.

—No he dicho que sea una insensatez, Jefe, sólo he dicho que así hablan los locos.

Después permaneció tanto rato callado que creí que se había dormido. Quería darle las buenas noches. Lo miré y se había vuelto de espaldas a mí. Tenía el brazo fuera del embozo y vislumbré con dificultad los haces y los ojos del tatuaje. Es grande, pensé, un brazo grande como eran los míos cuando jugaba al rugby. Deseaba extender la mano y tocarle el tatuaje, para comprobar si seguía vivo. Está terriblemente quieto, me dije, debería tocarlo para comprobar si aún vive...

Es mentira. Sé que vive. No es por eso que quiero tocarlo.

Quiero tocarlo porque es un hombre.

También es mentira. Hay otros hombres aquí. Podría tocarlos a ellos.

¡Quiero tocarlo porque soy un marica de esos!

Pero también es mentira. Un temor encubre al otro. Si fuese un marica querría hacer otras cosas con él. Sólo quiero tocarlo porque es quien es.

Pero cuando estaba a punto de tender la mano hacia su brazo, me dijo:

—Oye, Jefe —y se volvió en la cama, dio un tirón a las mantas y se me quedó mirando—. Oye, Jefe, ¿por qué no vienes de pesca con nosotros mañana?

No respondí.

—Vamos, ¿qué te parece? Yo me ocuparé de que lo pasemos en grande. ¿Has oído hablar de esas dos tías mías que van a venir a buscarnos? Bueno, no son tías, ni mucho menos; son dos bailarinas y busconas de Portland que yo conozco. ¿Qué te parece?

Le dije que yo era uno de los de Beneficencia.

—¿Eres *qué*?

—No tengo ni un centavo.

—Oh —dijo—. Ya; no había pensado en eso.

Volvió a quedarse muy callado, mientras se rascaba la cicatriz de la nariz con un dedo. El dedo se detuvo. Se incorporó y me miró.

—Jefe —dijo muy lentamente, mientras me miraba de arriba abajo—, cuando eras alto, cuando medías, es un decir, uno noventa y cinco o dos metros y pesabas unos ciento veinte kilos... ¿hubieras sido capaz de levantar el panel de mandos de la sala de baños, por ejemplo?

Pensé cómo era el panel. Probablemente no pesaría más que los barriles de petróleo que levantaba en el Ejército. Le dije que seguramente hubiera podido hacerlo en mi época.

—Y si recuperaras tus antiguas dimensiones, ¿podrías levantarlo?

Le contesté que suponía que sí.

—Al demonio tus suposiciones; quiero que me digas si eres capaz de *prometer* que lo levantarás si recuperas tus antiguas dimensiones. Si me lo prometes no sólo te daré clases especiales de cultura física por nada sino que, además, ¡podrás venir *gratis* a la excursión! —Se pasó la lengua por los labios y se recostó—. Y apuesto que también me dará suerte.

Y empezó a reírse muy bajito de alguna ocurrencia suya. Cuando le pregunté cómo pensaba arreglárselas para hacerme recuperar mi tamaño normal, me hizo callar llevándose un dedo a los labios.

—Viejo, no podemos permitir que nadie descubra este secreto. No he dicho que te explicaría *cómo*, ¿verdad? Anda macho, conseguir que alguien recupere su tamaño normal es un secreto que no puede compartirse con cualquiera, sería peligroso si cayera en manos de un enemigo. Tú mismo no notarás lo que está pasando. Pero te doy mi palabra de honor de que, con mi programa de adiestramiento, lo conseguirás.

Se sentó en el borde de la cama con las manos apoyadas en las rodillas. La pálida luz de la Casilla de las Enfermeras se reflejó sobre sus dientes y sobre el ojo que me miraba fijamente por encima de la nariz. La voz monótona del subastador hizo vibrar suavemente el dormitorio:

—Y *allí* estarás. El Gran Jefe Bromden baja por el paseo... hombres, mujeres y niños levantan la cabeza a su paso: bien, bien, bien, vaya *gigante*. ¿Habéis visto? Da pasos de tres metros y tiene que agacharse para no rozar los hilos del teléfono. Atraviesa la ciudad como un ciclón, sólo se detiene un instante junto a las vírgenes, las demás pierden el tiempo si sus pechos no son verdaderos melones y no tienen largas y fornidas piernas blancas capaces de abrazar su poderosa espalda y una tacita de almíbar caliente, jugoso y dulce como miel y mantequilla...

Y siguió parlotando en la oscuridad, desgranando el relato de lo que ocurriría, cómo se asustarían todos los hombres y todas las jóvenes bonitas me perseguirían anhelantes. Luego dijo que se iba a apuntar en el acto mi nombre en la lista de tripulantes. Se levantó, cogió la toalla que tenía sobre la mesilla de noche y se la enrolló en torno a las caderas, luego se encasquetó la gorra y se inclinó sobre mi cama.

—Vamos, viejo, te lo digo yo, te lo digo yo, las mujeres se abalanzarán sobre ti y acabarán dejándote para el arrastre.

Y, de pronto, extendió la mano y, de un golpe me quitó las sábanas y me dejó allí tendido, desnudo.

—Mira, Jefe. Uauu. ¿Qué te decía? Ya has crecido más de quince centímetros.

Y se alejó riendo entre las camas, hacia el pasillo.

¡Dos prostitutas vendrían de Portland para llevarnos a pescar en alta mar! Resultaría difícil estarse en la cama hasta que se encendiesen las luces del dormitorio, a las seis y media.

Fui el primero en levantarme y en seguida corrí a mirar la lista colgada en el tablón de anuncios, junto a la Casilla de las Enfermeras, para comprobar si realmente figuraba mi nombre en ella. APUNTARSE PARA LA EXCURSIÓN DE PESCA habían escrito arriba, con grandes letras de molde, luego seguía la firma de McMurphy, que encabezaba la lista, a continuación figuraba Billy Bibbit, el primero después de McMurphy, el tercero era Harding y el cuarto Fredrickson, y continuaba la lista hasta llegar al número diez, que aún seguía vacante. Mi nombre estaba allí, en último lugar, junto al número nueve. Era cierto que saldría del hospital para ir de pesca con dos prostitutas; tenía que repetírmelo una y otra vez para poder creerlo.

Los tres negros se pusieron delante de mí y repasaron la lista con sus dedos grises, descubrieron mi nombre y se volvieron a mirarme con una sonrisa burlona.

—¿Pero quién creéis que puede haber apuntado al Jefe Bromden para esta barrabasada? Los indios no saben escribir.

— ¿Y de dónde has sacado que saben leer?

Tan de mañana, el almidón aún estaba fresco y conservaba toda su rigidez y sus brazos crujían en los blancos uniformes, como si fuesen alas de papel. Me hice el sordo a sus burlas, como si no me enterase de que se estaban riendo, pero cuando sacaron una escoba para que les hiciera la limpieza del pasillo, les volví la espalda y regresé al dormitorio, diciéndome para mis adentros: ¡Que se vayan al cuerno! Un tipo que va a salir de pesca con dos prostitutas de Portland no tiene por qué aguantar esas guarradas.

Me asustaba un poco la idea de darles la espalda, pues era la primera vez que me rebelaba contra una orden de los negros. Me volví y vi que venían detrás de mí con la escoba. Probablemente me hubieran seguido hasta el dormitorio y hubieran conseguido acorralarme, de no ser por McMurphy; estaba armando tal alboroto, corriendo entre las camas y golpeando con una toalla a los que debían salir de excursión,

que los negros decidieron que tal vez resultase demasiado arriesgado hacer una incursión en el dormitorio por el simple hecho de conseguir alguien para barrer un pequeño tramo de pasillo.

McMurphy se había calado la gorra en la frente, imitando a un capitán de barco, los tatuajes que asomaban bajo las mangas de su camiseta se los habían hecho en Singapore. Se paseaba de un lado a otro dando voces como si estuviera sobre la cubierta de un barco y silbando con la mano ahuecada.

— ¡A cubierta, marineros, a cubierta, si no queréis que os despelleje vivos!

Golpeó con los nudillos la mesilla de noche situada junto a la cama de Harding.

—Son las seis y todo va bien. Ni un bandazo. A cubierta. Pies en tierra y manos fuera.

Advirtió mi presencia, junto a la puerta, y fue a darme una palmada en la espalda como si fuese un tambor.

—Mirad al Gran Jefe; todo un ejemplo de buen marinero y gran pescador: en pie antes del alba en busca de gusanos rojos para el anzuelo. Haríais bien en seguir su ejemplo, hatajo de destripaterrones. ¡Ha llegado el gran día! ¡Tirad las mantas y hagámonos a la mar!

Los Agudos comenzaron a gruñir y a debatirse contra los embates de su toalla, y los Crónicos se despertaron y miraron a su alrededor con los rostros azules por la falta de sangre, que les llegaba difícilmente a causa de las sábanas demasiado apretadas sobre su pecho; sus ojos recorrieron el dormitorio y finalmente todos quedaron fijos en mi persona, echándome débiles y acusadas miradas de viejo, con el rostro anhelante y curioso. Se quedaron mirando cómo me ponía ropas de abrigo para el viaje, mientras yo me sentía incómodo y también algo culpable. Comprendían que yo era el único Crónico escogido para tomar parte en la excursión. Me miraban —todos esos viejos que llevaban años soldados a sus sillas de ruedas, con catéteres que les corrían piernas abajo, como raíces que los fijaban para siempre al lugar donde estaban, me miraban, e instintivamente sabían que yo también saldría. Y eran capaces de sentirse un poco celosos por no figurar entre los escogidos. Lo sabían porque el hombre ya estaba tan desarraigado de su persona que había dado paso a los viejos instintos animales

(algunas noches, los viejos Crónicos se despiertan de pronto, antes de que nadie haya advertido que ha muerto alguien en el dormitorio, levantan la cabeza y aúllan), y eran capaces de sentirse celosos porque aún tenían lo suficiente de hombres como para recordar.

McMurphy salió a echar un vistazo a la lista y al volver intentó conseguir que se apuntase otro Agudo; recorrió la hilera de camas con tipos aún acostados, con la cabeza bajo las sábanas, y empezó a golpearles y a explicarles la fantástica experiencia que sería encontrarse entre las olas y las embestidas de un mar viril con un yo-hi-ho y una botella de ron<sup>1</sup>.

—Arriba, holgazanes, me falta un tripulante, necesito otro maldito voluntario...

Pero no consiguió convencer a nadie. La Gran Enfermera los había asustado con sus descripciones de los recientes temporales y de los muchos barcos que habían naufragado; ya parecía que no conseguiríamos ese último tripulante cuando, media hora más tarde, George Sorensen se acercó a McMurphy en la cola del desayuno, mientras esperábamos a que abrieran el comedor.

Era un gran sueco nudoso y desdentado que los negros llamaban George *Rub-a-Dub*, debido a su manía por la higiene; avanzó por el pasillo arrastrando los pies, mientras escuchaba lo que ocurría detrás de él, de modo que los pies avanzaban más deprisa que la cabeza (siempre se inclinaba hacia atrás de este modo, a fin de mantener la cara lo más apartada posible de su interlocutor), se detuvo frente a McMurphy y murmuró algo tapándose la boca con la mano. George era muy tímido. Resultaba imposible verle los ojos, de tan hundidos que estaban bajo su frente, y se cubría casi todo el resto de la cara con su manaza. Su cabeza se balanceaba como un nido de cuervos en lo alto de su espina dorsal, que más bien parecía un mástil. Siguió mascullando, tras su mano, hasta que McMurphy se la apartó para dar paso a las palabras.

—Y bien, George, ¿qué decías?

—Los gusanos rojos —estaba diciendo—. La verdad es que no creo que sirvan... no para el salmón.

---

<sup>1</sup> De una vieja canción marinera. (N. del T.)



—¿Sí? —dijo McMurphy—. ¿Gusanos rojos? Es posible que esté de acuerdo contigo, George, si me explicas de qué gusanos rojos me estás hablando.

—Creo que hace poco le oí decir que el señor Bromden había ido a buscar gusanos rojos para el anzuelo.

—Tienes razón, viejo, ya lo recuerdo.

—Y yo le digo que esos gusanos no le traerán buena suerte. Este es el mes de los grandes salmones... no lo dude. Necesitan arenque. No lo dude. Cojan unos cuantos arenques y pónganlos en el anzuelo y *eso* les dará buena suerte.

Levantaba la voz al final de cada frase —*suerte*— como si estuviera haciendo una pregunta. La gran barbilla, que esa mañana se había fregoteado hasta arrancarse la piel, hizo un par de gestos afirmativos frente a McMurphy y luego le obligó a dar media vuelta y le hizo avanzar hasta el último extremo de la cola, al final del pasillo. McMurphy le dijo que volviera.

—Un momento, George, hablas como si entendieras bastante de pesca.

George dio media vuelta y se acercó otra vez a McMurphy, arrastrando los pies y con la cabeza tan inclinada hacia atrás que parecía como si los pies se le hubiesen deslizado por debajo.

—Ya lo creo, no lo dudes. Trabajé veinticinco años en la pesca del salmón, desde Half Moon Bay hasta Puget Sound. Veinticinco años... hasta que empecé a ensuciarme de ese modo.

Extendió las manos para que viésemos cuan sucias estaban. Todos se acercaron a mirar. Yo no vi mugre pero sí vi las profundas cicatrices grabadas en las blancas palmas de tanto tirar miles de kilómetros de sedal al mar. Nos dejó mirar un momento, luego cerró las manos y las escondió rápidamente bajo la chaqueta del pijama como si nuestras miradas pudiesen ensuciarlas, y se quedó allí, sonriéndole a McMurphy con unas encías blancas como tocino salado.

—Tenía un buen pesquero; de apenas doce metros, pero de tres metros y medio de calado y de buena madera de teca y de roble. — Empezó a balancearse con tal convicción que casi le hacía dudar a uno de que el piso estuviera recto—. ¡Un buen pesquero, ya lo creo!

Iba a marcharse, pero McMurphy volvió a retenerle.

—Diablos, George, ¿por qué no nos dijiste que eras pescador? He estado hablando de este viaje como si fuera el Viejo del Mar, pero, y que quede entre tú y yo y esa pared de ahí, debo decirte que el único barco que he pisado fue el acorazado *Missouri* y todo lo que sé de pesca es que prefiero comer el pescado a limpiarlo.

—Limpiar *es fácil*, si alguien te explica cómo.

—Válgame Dios, George, serás nuestro capitán; seremos tu tripulación.

George retrocedió, al tiempo que movía la cabeza.

—Esos barcos están terriblemente *sucios* ahora... todo está *terriblemente* sucio.

—No te preocupes por eso. Tenemos un barco especialmente esterilizado, tan limpio como los dientes de un mastín. No te ensuciarás, George, porque tú serás el capitán. No tendrás que poner la carnada en el anzuelo; te limitarás a ser el capitán y a darnos órdenes a los estúpidos destripaterrones... ¿te va?

Por la manera como se retorció las manos debajo de la camisa, advertí que a George le atraía la idea, pero seguía diciendo que no podía correr el riesgo de ensuciarse. McMurphy hizo todo lo posible por convencerle, pero George aún seguía moviendo la cabeza cuando la llave de la Gran Enfermera se introdujo en la cerradura del comedor y su figura apareció por la puerta con su gran cesto de mimbre lleno de sorpresas, recorriendo la fila con una sonrisa automática y un buenos días para cada uno. McMurphy advirtió que George se echaba hacia atrás y fruncía el ceño a su paso. Cuando estuvo lejos, McMurphy volvió la cabeza y lanzó una intensa mirada hacia George.

—George, todo eso que la enfermera ha estado diciendo de la mala mar y de los enormes peligros de la excursión... ¿qué me dices de eso?

—El mar puede ponerse muy malo, sin duda, puede embravecerse mucho.

McMurphy miró a la enfermera que desaparecía en la casilla, luego posó otra vez los ojos en George. Éste se retorció las manos bajo la camisa más frenéticamente que nunca, observando los rostros que le contemplaban en silencio.

— ¡Qué diablos! —gritó de pronto—. ¿Creéis que ella podrá asustarme con sus cuentos del mar? ¿*Eso* creéis?

—Ah, yo no diría eso, George. Pero, he pensado que si no nos acompañas y por casualidad hay una terrible tormenta, lo más probable es que no sepamos qué hacer en alta mar, ¿te das cuenta? Ya he dicho que no sé nada de navegación y te diré otra cosa: ¿sabes esas dos mujeres que van a venir a buscarnos? ¿Sabes que le dije al doctor que eran dos tías mías, viudas de pescadores? Bueno, ninguna ha navegado más que sobre el asfalto. Resultarán de tan poca utilidad como yo si hay problemas. Te *necesitamos*, George. —Sacó un cigarrillo y preguntó—: ¿Tienes diez dólares, por casualidad?

George movió negativamente la cabeza.

—No, ya me parecía a mí. Bueno, qué demonios, ya hace días que perdí la esperanza de ganar algo con esto. Ahí va. —Se sacó un lápiz del bolsillo de su chaqueta verde, lo frotó contra la manga para limpiarlo y se lo tendió a George—. Si aceptas ser nuestro capitán, te dejaremos venir por cinco.

George nos miró de nuevo, mientras fruncía pensativo el entrecejo. Por fin, mostró las encías en una destañada sonrisa y cogió el lápiz.

— ¡Maldita sea! —dijo y salió, lápiz en ristre, para apuntarse en el último lugar de la lista.

Después del desayuno, McMurphy se detuvo en el pasillo y escribió C-A-P-T junto al nombre de George.

Las prostitutas se retrasaron. Todos pensábamos que no se presentarían ya, cuando McMurphy dio un grito desde la ventana y todos nos abalanzamos a mirar. Dijo que allí estaban, pero sólo se veía un coche, en vez de los dos que esperábamos, y sólo una mujer. Cuando llegó al aparcamiento, McMurphy la llamó a través de la tela metálica y ella se acercó cruzando el césped.

Era más joven y más bonita de lo que nadie esperaba. Todos se habían enterado de que las chicas eran prostitutas en vez de tías, y se habían imaginado toda suerte de cosas. Algunos de los más religiosos no estaban nada contentos con la perspectiva. Pero, al verla cruzar el césped a paso ligero con sus ojos verdes fijos en la galería y su pelo atado en una larga cola de caballo que se balanceaba a cada paso como

un muelle de cobre reluciente bajo el sol, lo único que pensamos fue que era una chica, una hembra que no iba vestida de blanco de pies a cabeza como si la hubiesen bañado en hielo, y lo de menos era cómo se ganaba la vida.

Corrió directamente hacia la ventana donde estaba apostado McMurphy tras la tela metálica, introdujo los dedos en la rejilla y se apretó contra ella. La carrera la había hecho jadear y cada vez que respiraba parecía que fuera a estallar la tela metálica. Lloriqueó un poco.

—McMurphy, oh, maldito McMurphy...

—Tranquila. ¿Dónde está Sandra?

—Tiene problemas, chico, no puede venir. Pero tú, maldita sea, ¿estás bien?

— ¡Tiene problemas!

—La verdad es que... —la chica se sonó la nariz y soltó una risita— .. la pobre Sandra se ha *casado*. ¿Te acuerdas de Artie Gilfillian, de Beaverton? ¿El que siempre se presentaba en las fiestas con alguna cosa asquerosa en el bolsillo, una culebra o un ratón blanco o algo por el estilo? Un perfecto maníaco...

— ¡Oh, válgame Dios! —masculló McMurphy—. ¿Y cómo voy a meter a diez tipos en un solo cochino Ford, Candy, cariño? ¿Cómo creen que voy a arreglármelas Sandra y esa culebra de Beaverton?

La chica parecía pensar una respuesta cuando el altavoz dio un chasquido y la voz de la Gran Enfermera anunció a McMurphy que si deseaba hablar con su amiga lo mejor sería que ésta se presentase en la puerta principal, como era debido, en vez de molestar a todo el hospital. La chica se apartó de la ventana y salió rumbo a la puerta principal, y McMurphy se separó de la tela metálica y se dejó caer en una silla, con la cabeza gacha.

— ¡Que me aspen! —dijo.

El negro bajito le abrió a la chica la puerta de la galería y se olvidó de echarle la llave otra vez (seguro que más tarde ello le valdría una buena regañina), y la chica avanzó ondulante por el pasillo, pasó frente a la Casilla de las Enfermeras, donde todas habían aunado esfuerzos para petrificar sus meneos con una mirada glacial colectiva, y entró en la sala de estar, seguida a pocos pasos por el doctor. Éste, que

se dirigía a la Casilla de las Enfermeras con unos papeles, levantó los ojos hacia la chica, volvió a hundirlos en los papeles, luego los fijó otra vez en ella, y se puso a buscar las gafas con ambas manos.

Cuando llegó al centro de la sala de estar, la chica se detuvo, y entonces advirtió que la rodeaba un círculo de cuarenta hombres vestidos de verde con los ojos desorbitados, el silencio era tan grande que se podía oír el gruñido de las tripas y, a lo largo de la hilera de los crónicos, se oía el sonido, *pop*, de los catéteres al desprenderse.

Se quedó quieta un minuto, mientras buscaba a McMurphy con la mirada, y todos pudimos contemplarla a placer. Una nube de humo azul pendía del techo sobre su cabeza; creo que los aparatos sufrieron un cortocircuito en toda la galería, al querer adaptarse a su súbita aparición: hicieron sus cálculos electrónicos y descubrieron que, simplemente, no estaban preparados para encargarse de semejante fenómeno en la galería y se quemaron, como un suicidio mecánico.

Llevaba una camiseta blanca como la de McMurphy, pero mucho más pequeña, zapatillas de tenis blancas y pantalones Levis cortados más arriba de las rodillas, sería para que la sangre pudiera circular hasta sus pies, y la tela parecía muy insuficiente, teniendo en cuenta todo lo que tenía que cubrir. Un número mucho mayor de hombres debía haberla visto con bastante menos ropa, pero, dadas las circunstancias, se agitó nerviosa como una colegiala en un escenario. Nadie habló mientras la contemplábamos. Martini susurró que se veía la fecha de las monedas que tenía en el bolsillo de los Levis, tan apretados los llevaba, pues estaba más cerca y podía verla mejor que los demás.

Billy Bibbit fue el primero en levantar la voz, aunque no exactamente para emitir una palabra, sino un bajo, casi doloroso silbido que la describía mejor que cualquier frase. Ella rió y le dio las gracias, y él se puso tan encarnado que ella también se ruborizó, en señal de simpatía, y volvió a reír. Esto desencadenó una gran actividad. Todos los Agudos se acercaron e intentaron hablarle a la vez. El doctor tiró a Harding de la chaqueta, preguntándole quién *era*. McMurphy se levantó de su silla y se le acercó, abriéndose paso entre la muchedumbre, y cuando ella lo vio se echó en sus brazos y dijo: — McMurphy, bribón—, y luego se sintió cohibida y se ruborizó una vez más. Cuando se ruborizaba no parecía tener más de dieciséis o diecisiete años, lo juro.

McMurphy le presentó a todo el mundo y ella estrechó todas las manos. Cuando le tocó el turno a Billy, volvió a agradecerle su silbido. La Gran Enfermera se escurrió fuera de la casilla, con una sonrisa, y le preguntó a McMurphy cómo esperaba que pudiéramos meternos diez en un coche, y él preguntó si no podría *tomar prestado* algún coche del personal y conducir él mismo a un grupo, y ella citó una norma que lo prohibía, exactamente como todos esperábamos. Dijo que, a menos que otro conductor firmase un Formulario de Responsabilidad, la mitad de la tripulación tendría que quedarse. McMurphy le explicó que tendría que pagar cincuenta malditos dólares para cubrir la diferencia; tendría que devolverles el dinero a los que no fueran.

—Entonces tal vez lo mejor será anular esa excursión —dijo la enfermera—, y reembolsar *todo* el dinero.

—Ya he alquilado el barco; ¡el tipo ya ha cobrado setenta dólares!

—¿Setenta dólares? No me diga... Creí haberle oído decir a los pacientes que tenía que recoger cien dólares, más diez que pondría usted, para financiar la excursión, señor McMurphy.

—Pensaba pagar la gasolina para el viaje de ida y vuelta.

—Pero, eso no suma treinta dólares, ¿verdad?

Le lanzó una sonrisa, toda amabilidad, mientras esperaba su respuesta. Él levantó las manos al cielo y miró al techo.

—Vaya, no se le escapa ni una, señorita Fiscal del Distrito. Desde luego, pensaba guardarme lo que sobraba. No creo que los chicos le dieran ninguna importancia. Supuse que podía cobrarme todas las molestias...

—Pero sus planes han fallado —dijo ella. Seguía sonriéndole, toda simpatía—. No puede triunfar en *todas* sus pequeñas especulaciones, Randle, y, a decir verdad, creo que sus éxitos ya han sido más que suficientes —se quedó pensando en algo de lo que no me cabía la menor duda que volveríamos a oír hablar—. Sí. No hay un Agudo en la galería que no le haya firmado un pagaré en uno u otro momento, en pago de algún «trato» de los suyos, ¿no cree, pues, que esta pequeña derrota tampoco resulta tan terrible?

Y entonces se interrumpió en seco. Advirtió que McMurphy ya no la escuchaba. Estaba observando al doctor. Y el doctor estaba

admirando la camiseta de la rubia como si no existiese nada más en el mundo. La sonrisa alicaída de McMurphy se transformó y le inundó la cara al ver el trance del doctor, se encasquetó la gorra, se plantó a su lado de un par de zancadas y le dio un sobresalto al ponerle la mano en el hombro.

—Por todos los santos, doctor Spivey, ¿ha visto alguna vez cómo se debate el salmón en el anzuelo? Uno de los espectáculos más fascinantes de los siete mares. Dime. Candy preciosa, te gustaría explicarle al doctor todo lo de la pesca de altura y demás...

Entre los dos, McMurphy y la chica no tardaron ni dos minutos en convencer al doctorcito que cerró su oficina y reapareció por el pasillo, embutiendo papeles en una cartera.

—Puedo resolver un montón de papeleo en el barco — le explicó a la enfermera y pasó de largo a toda prisa, sin darle tiempo a responder, y el resto de la tripulación salió tras él, más lentamente, lanzando sonrisas a la enfermera que se había quedado de pie junto a la puerta de la casilla.

Los Agudos que no venían se agolparon en la puerta de la sala de estar, diciéndonos que no trajéramos la pesca hasta que estuviera limpia, y Ellis libró las manos de los clavos que lo sujetaban a la pared, estrechó la de Billy Bibbit y le dijo que se portara como un pescador de hombres.

Y Billy, con los ojos fijos en las chinchetas de latón de los Levis de la chica que en ese momento salía de la sala de estar, guiñó un ojo y le dijo a Ellis que se fuera al diablo con esas tonterías de pescar *hombres*. Se reunió con los demás en la puerta y el negro bajito nos dejó pasar, echó la llave, y salimos al exterior.

El sol que asomaba entre las nubes teñía de un color rosáceo la fachada de ladrillo del hospital. Una tenue brisa iba derribando las escasas hojas que aún quedaban en las encinas y las iba amontonando pulcramente contra la verja de alambre en espiral. Unos pajaritos pardos se posaban de vez en cuando sobre la verja; cuando un montón de hojas chocaba contra ella, los pájaros se elevaban arrastrados por el viento. A primera vista, parecía que, al chocar contra la verja, las hojas se convertían en pájaros que salían volando.

Era un espléndido día de otoño impregnado del olor de las hojas secas al quemarse y lleno del griterío de los niños que daban puntapiés a las pelotas y del ronroneo de pequeños aviones, y todos deberíamos alegrarnos por el mero hecho de estar fuera. Pero nos quedamos muy quietos, formando un silencioso grupo, con las manos en los bolsillos, mientras el doctor iba a buscar su coche. Un grupo silencioso, que observaba cómo los automovilistas aminoraban la marcha al pasar camino del trabajo para mirar a todos aquellos lunáticos con sus uniformes verdes. McMurphy advirtió nuestro malestar e intentó subirnos los ánimos con bromas y chistes de doble sentido dirigidos a la chica, pero, por el contrario, eso nos hizo sentir aún peor. Todos pensábamos qué sencillo sería volver a la galería y decir que habíamos decidido que la enfermera tenía razón; con un viento como ése, seguro que el mar estaría demasiado agitado.

Llegó el doctor y todos subimos y nos pusimos en marcha, yo, George, Harding y Billy Bibbit subimos en el coche de McMurphy y la chica, Candy; y Fredrickson, Sefelt, Scanlon, Martini, Tadem y Gregory siguieron detrás, en el coche del doctor. Todos estábamos terriblemente callados. Nos detuvimos en una gasolinera, como a un kilómetro del hospital; el doctor llegó a continuación. Fue el primero en bajar, y el hombre de la gasolinera se acercó a paso ligero, con una gran sonrisa, mientras se secaba las manos con un trapo. Luego dejó de sonreír y pasó de largo junto al doctor para mirar qué había en los coches. Retrocedió, secándose aún las manos con el trapo manchado de aceite, y frunció el entrecejo. El doctor agarró nervioso la manga del tipo, sacó un billete de diez dólares y se lo introdujo en la mano como si estuviera plantando una mata de tomates.

—Ah, ¿podría llenar los dos depósitos de normal? —preguntó el doctor. Encontrarse fuera del hospital le ponía tan nervioso como a los demás—. Ah, ¿por favor?

— Esos uniformes —dijo el hombre de la gasolinera—, ¿son del hospital que hay aquí cerca, verdad? —Miró a su alrededor para ver si encontraba una llave inglesa u otro objeto contundente a mano y se situó junto a un montón de cajas de botellas de gaseosa vacías—. Ustedes son de ese *manicomio*.

El doctor buscó sus gafas y también nos miró, como si hasta entonces no se hubiera fijado en los uniformes.



—Sí. Quiero decir, no. Somos, *son* del manicomio, pero trabajan allí, no son pacientes, claro que no. Trabajan allí.

El hombre miró de reojo al doctor, y a los demás, y salió a decirle algo al oído a su compañero que estaba más atrás, entre las máquinas. Estuvieron hablando un minuto, y el otro tipo le preguntó a gritos al doctor que quiénes éramos, él repitió que trabajábamos en el manicomio, y los dos tipos soltaron una carcajada. Adiviné por su risa que habían decidido vendernos la gasolina —probablemente sería floja, sucia y diluida y nos cobrarían el doble del precio normal—, pero eso no me hizo sentirme mejor. Vi que todos estaban bastante incómodos. La mentira del doctor nos hizo sentir aún peor; no tanto a causa de la mentira, sino más bien por la verdad.

El segundo tipo se acercó al doctor, con una sonrisa.

—¿Dijo que la quería Extra, señor? Seguro. ¿Y qué le parece si le revisamos los filtros del aceite y los limpiaparabrisas?

Era más alto que su amigo. Se inclinó sobre el doctor como si le estuviera confiando un secreto.

—Quién lo diría: se ha comprobado que un ochenta y ocho por ciento de los coches que recorren actualmente las carreteras deberían cambiar el filtro del aceite y el limpiaparabrisas.

Su sonrisa estaba cubierta de tizne a causa de los años que llevaba extrayendo bujías con los dientes. Seguía inclinado sobre el doctor, que se retorció bajo la sonrisa, esperando que reconociera que estaba en un apuro.

—Por cierto, ¿sus trabajadores no necesitarán gafas de sol por casualidad? Tenemos unas Polaroid muy buenas.

El doctor sabía que estaba atrapado. Pero, cuando ya abría la boca, dispuesto a ceder y decir sí, como usted diga, se oyó un chirrido y la capota del coche comenzó a plegarse. McMurphy se debatía y maldecía la capota acordeonada, mientras intentaba levantarla más deprisa de lo que podía accionarla el mecanismo. Saltaba a la vista que estaba furioso, por la manera como zarandeaba y golpeaba la capota que se iba elevando lentamente; cuando por fin la tuvo bien imprecada y consiguió ponerla en su lugar, saltó fuera del coche por encima de la cabeza de la chica, se interpuso entre el doctor y el tipo de la gasolinera y miró su boca ennegrecida con un solo ojo.

—Basta de bromas, amigo, queremos normal, como ya ha dicho el doctor. Llene los dos depósitos de normal. Y eso es todo. Nada de todas esas otras porquerías. Y tendrá que descontarnos tres centavos sobre la tarifa normal porque somos una expedición patrocinada por el gobierno.

El tipo no se movió.

— ¿Sí? Creí haberle oído decir, aquí, al doctor, que no eran pacientes.

—Vamos, vamos, ¿no has notado que sólo era una amable precaución para no *asustaros* con la verdad? El doctor no hubiera mentido si fuésemos pacientes *corrientes*, pero no somos unos locos cualquiera, todos estamos recién salidos de la galería de locos criminales y nos trasladan a San Quintín, donde cuentan con instalaciones más adecuadas. ¿Ves a ese pecoso de ahí? Bueno, aunque parezca salido de una cubierta del *Saturday Evening Post* es un maníaco artista de la navaja que mató a tres hombres. El que está a su lado es el Gran Lunático, más impulsivo que un jabalí. ¿Ves a ese grandullón? Es un indio y liquidó a tres tipos a golpes de pico porque intentaron estafarle cuando les vendía unas pieles de rata almizclera. Levántate para que puedan verte, Jefe.

Harding me hundió un dedo en las costillas y yo me puse de pie en el coche. El tipo se protegió los ojos del sol y se me quedó mirando, sin decir palabra.

—Oh, no es una pandilla demasiado simpática, lo reconozco — dijo McMurphy—, pero es una excursión bien planificada, legal, autorizada y patrocinada por el gobierno y tenemos derecho a un descuento preceptivo, igual que si fuésemos del FBI.

El tipo volvió a mirar a McMurphy y éste se metió los pulgares en los bolsillos, se echó hacia atrás y se le quedó mirando por encima de la cicatriz de su nariz. El tipo se volvió para comprobar si su compañero se-

guía apostado junto a la caja de botellas vacías, luego le devolvió la sonrisa.

—Unos clientes difíciles, ¿no es así, Rojo? ¿Así que será mejor que aflojemos y hagamos lo que nos mandas, eso quieres decir? Muy

bien, pero dime una cosa, Rojo, ¿por qué te han encerrado a ti?, ¿intentaste asesinar al Presidente?

—No pudieron *probarlo*, viejo. Me cogieron con malas artes. Maté a un tipo en un combate de boxeo, sabes, y empecé a tomarle gusto a la cosa.

—¿Uno de esos asesinos con guantes de boxeo, es eso lo que insinúas, Rojo?

—Yo no he dicho tal cosa, ¿a que no? Nunca me he acostumbrado a esos almohadones que usan los demás. No, no fue en un encuentro televisado desde el Madison Square Garden; soy más bien un boxeador aficionado.

El tipo se metió los pulgares en los bolsillos como si hiciera mofa de McMurphy.

—Yo más bien diría que eres un bravucón aficionado.

—Bueno, yo no he dicho que las bravuconadas no fueran otra especialidad mía, ¿eh? Pero quiero que te fijes en esto —acercó las manos a los ojos del tipo, rozándole casi la nariz, y las hizo girar lentamente, exhibiendo las palmas y los nudillos—. ¿Crees que tendría los garfios tan estropeados si sólo me hubiera dedicado a *fanfarronear*? ¿Qué me dices, viejo?

Tardó un buen rato en apartar las manos de la cara del tipo, por si éste tenía algo que replicar. El tipo miraba las manos, luego a mí, luego otra vez las manos. Cuando quedó claro que por el momento no tenía ningún comentario urgente en el buche, McMurphy se alejó en dirección al otro tipo que estaba apoyado en la caja, le arrancó el billete del doctor de la mano y se encaminó a la tienda de comestibles situada junto a la gasolinera.

—Tomad nota de lo que vale la gasolina y mandad la factura al hospital —gritó—. Pienso dedicar este dinero a adquirir bebidas para los hombres. Creo que nos vendrán mejor que los limpiaparabrisas y los filtros de aceite al ochenta por ciento.

Cuando volvió todos estábamos envalentonados como gallitos de pelea e íbamos dando órdenes a los tipos de la gasolinera, diciéndoles que comprobaran el aire de la rueda de recambio, que limpiasen los cristales y que sacasen esa caquita de pájaro de la capota, por favor, como si fuéramos los amos del lugar. Cuando el tipo grandullón no

dejó el cristal delantero a satisfacción de Billy, éste le hizo regresar en el acto.

—No ha li-li-limpiado b-b-b-bien aquí donde quedó aplastado ese bi-bi-bi-bicho.

—No ha sido un bicho —dijo el tipo enfurruñado, mientras rascaba la mancha con la uña—, fue un pájaro.

Martini le gritó desde el otro coche que no podía ser un pájaro.

—Estaría lleno de plumas y huesos si hubiera sido un pájaro.

Un hombre que pasaba en bicicleta se paró a preguntar qué significaban los uniformes verdes; ¿éramos de algún club? Harding se incorporó de inmediato y le respondió.

—No, amigo, no. Somos orates del hospital que hay aquí cerca, psico-cerámicas, los cacharros rotos de la humanidad. ¿Quiere que le descifre un Rorschach? ¿No? ¿Tiene prisa? Oh, se ha ido. Qué lástima —se volvió a McMurphy—. Jamás se me había ocurrido que la enfermedad mental podía tener una faceta de poder, *poder*. Te das cuenta: es posible que cuanto más loco esté un hombre, mayor poder pueda adquirir. Hitler sería un ejemplo. Increíble, ¿verdad? Buena materia de reflexión.

Billy le abrió una lata de cerveza a la chica y ella lo aturulló tanto con su ancha sonrisa y su «Gracias, Billy», que empezó a abrir latas para todos.

Mientras tanto las personas pasaban presurosas por la acera, con las manos cruzadas en la espalda.

Me hundí en el asiento, con una sensación de plenitud y satisfacción, mientras bebía la cerveza a pequeños sorbos; oía cómo me bajaba la cerveza por el cuerpo: sssst-sssst. Había olvidado que podían existir sonidos y sabores agradables como el sonido y el sabor de una cerveza al tragarla. Tomé otro gran sorbo y miré a mi alrededor para comprobar si había olvidado otras cosas en esos veinte años.

— ¡Anda! —dijo McMurphy, mientras apartaba a la chica del volante y la apretaba contra Billy—. ¡Fijaos como se traga el alcohol el Gran Jefe! — ... y lanzó el coche carretera adelante, obligando al doctor a hacer chirriar las ruedas para no perdernos de vista.

Nos había demostrado lo que se podía conseguir con un poco de ánimo y valor, y creíamos que también nos había enseñado a hacer uso

de él. Nos pasamos todo el camino de la costa chanceándonos y fingiendo que éramos valientes. Cuando nos deteníamos ante un semáforo y la gente se quedaba mirando nuestros uniformes verdes, hacíamos exactamente lo mismo que él, nos sentábamos muy tiesos, procurando mostrarnos duros, y los mirábamos fijamente con una amplia sonrisa hasta que se les paraba el motor y se les empañaban los cristales y cuando cambiaban las luces aún seguían allí, muy aturridos al pensar que habían tenido a esa feroz pandilla de monos a menos de un metro, y sin ninguna posibilidad de pedir auxilio. McMurphy nos condujo a los doce hasta el océano.

Creo que McMurphy sabía mejor que todos nosotros que nuestro aspecto envalentonado era pura comedia, pues aún no había conseguido arrancar una verdadera carcajada a ninguno del grupo. Es posible que no comprendiera por qué seguíamos sin poder reír, pero sabía que es imposible ser fuerte si se es incapaz de ver el lado cómico de las cosas. De hecho, se esforzaba tanto por encontrarle ese lado cómico a la vida que empezaba a preguntarme si estaría ciego a su otro aspecto, si tal vez era incapaz de comprender por qué la risa se nos atravesaba en el estómago. Es posible que los demás tampoco lo advirtieran, que sólo sintieran las presiones de los distintos rayos y frecuencias que les llegaban de todos lados, en un esfuerzo por empujarnos y doblegarnos de un modo u otro, que sólo sintieran los efectos del Tinglado... pero yo lo veía.

Del mismo modo que advertimos el cambio que se ha producido en una persona que no hemos visto durante largo tiempo, mientras que quienes la ven a diario, un día tras otro, no lo notan, porque el cambio es gradual cuando avanzábamos a lo largo de la costa, detecté innumerables indicios de los éxitos conseguidos por el Tinglado desde que atravesara esas tierras por última vez, cosas como, por ejemplo: un tren que se detuvo en una estación y depositó una larga fila de hombres adultos con trajes brillantes y sombreros hechos en serie, igual que si fueran una pollada de insectos idénticos, objetos semianimados que salieron fft-fft-fft del último vagón, luego el tren hizo sonar su silbato eléctrico y avanzó a través de las tierras mancilladas hasta otra estación donde depositaría una segunda pollada.

O cosas como esas cinco mil casas idénticas salidas de una cadena de montaje y alineadas en las colinas de las afueras de la ciudad, tan recién salidas de la fábrica que aún seguían unidas unas a otras como las salchichas; un cartel que decía: «ENCUENTRE SU NIDO EN LAS VIVIENDAS DEL OESTE — SIN ENTRADA PARA LOS VETERANOS»; un parque de juegos al pie de la colina, una reja cuadrículada y otro cartel que decía:

«ESCUELA DE NIÑOS DE SAN LUCAS»; cinco mil chicos con pantalones de pana verde y camisas blancas bajo suéteres verdes jugaban a «la culebra» sobre media hectárea de gravilla. La larga fila saltaba y se retorció como una serpiente y, cada vez que daban bruscamente la vuelta, el chiquillo que iba a la cola se desprendía y salía rodando contra la verja como una pelota. Con cada tirón. Y siempre era el mismo chiquillo, una y otra vez.

Esos cinco mil niños vivían en esas cinco mil casas, propiedad de los tipos que habían bajado del tren. Las casas eran tan parecidas que los chicos se equivocaban constantemente de casa y de familia al volver del colegio. Nadie lo advertía. Comían y se acostaban. El único que no pasaba inadvertido era el último chiquillo de la cola. Siempre iba tan rasguñado y magullado que quedaba fuera de lugar dondequiera que fuese. Tampoco era capaz de relajarse y reír. Resulta difícil reír cuando se siente la presión de los rayos que emite cada coche que pasa, o cada casa que uno cruza.

—Hasta podríamos organizar un grupo de presión en Washington —iba diciendo Harding—, una organización, NAAIP. Montar campañas. Poner grandes anuncios en la carretera con un esquizofrénico babeante al pie de una máquina apisonadora, con grandes letras rojas y verdes: «Contrate a un loco.» Nuestro futuro es prometedor, caballeros.

Cruzamos un puente sobre el Siuslaw. En el aire había la bruma necesaria para poder lamer el viento con la lengua y paladear el sabor del océano aún antes de verlo. Todos comprendieron que ya estábamos cerca y nadie dijo palabra hasta llegar al muelle.

El capitán que teóricamente debía llevarnos de pesca tenía una cabeza monda y lironda, de metal gris, empotrada en un negro jersey de cuello alto, como si fuera la torre blindada de un submarino. Nos puso

en las narices el maloliente cigarro apagado que estaba chupando. De pie junto a McMurphy en el muelle de madera, tenía la mirada fija en el mar mientras iba hablando. Unos pasos más atrás, había un grupo de seis u ocho hombres con impermeables, sentados en un banco frente al almacén. El capitán hablaba muy alto para que, además de McMurphy que estaba al otro lado, le oyeran también los mirones que tenía detrás y con este propósito apuntaba su metálico vozarrón hacia algún punto impreciso entre uno y otros.

—No le dé más vueltas. Se lo dije claramente en la carta. Si no trae un volante que me exima de toda responsabilidad ante las autoridades competentes, no pienso salir —la cabeza esférica giró en la torre blindada de su jersey, apuntando el cigarro en dirección a nuestro grupo—. Fíjese en eso. Una pandilla como ésa en alta mar, sería capaz de saltar por la borda como ratas. Los familiares podrían demandarme y quedarse todo lo que tengo en concepto de indemnización. No puedo correr ese riesgo.

McMurphy le explicó que la otra chica tenía que haber arreglado los papeles en Portland. Uno de los tipos que estaba recostado en el almacén gritó:

—¿Qué otra chica? ¿Es que Rubiales no es capaz de ocuparse de todo el grupo?

McMurphy no le prestó la menor atención y continuó discutiendo con el capitán, pero se notaba que la chica estaba molesta. Los hombres junto al almacén no dejaban de mirar mientras se susurraban cosas por lo bajo. Todo nuestro grupo lo advirtió, incluido el doctor, y nos avergonzamos de no hacer nada. Ya no éramos la pandilla de bravucones que había actuado tan gallardamente en la gasolinera.

McMurphy dejó de discutir cuando comprendió que no lograría convencer al capitán y se volvió un par de veces, mientras se pasaba la mano por los cabellos.

— ¿Cuál es la barca que tenemos alquilada?

—Es ésta. *La Alondra*. Nadie pondrá ni un pie en ella hasta que tenga ese papel. Nadie.

—No tengo el propósito de alquilar una barca para pasarme el día contemplando como se balancea junto al muelle —dijo McMurphy—.

¿Tiene un teléfono en su almacén? Vamos a ver si conseguimos aclarar este asunto.

Subieron los peldaños a grandes zancadas hasta llegar a la plataforma sobre la que se alzaba el almacén y desaparecieron por la puerta, dejándonos solos en un apretado grupo, mientras la pandilla de mirones seguía mirando, haciendo comentarios y riendo por lo bajo y dándose golpecitos en la espalda. El viento agitaba las barcas y las golpeaba contra los húmedos neumáticos que colgaban del muelle con un sonido que parecía que también se burlaba de nosotros. El agua reía cantarina bajo las tablas y el rótulo que colgaba sobre la puerta del almacén con las palabras «CONTRATACIÓN DE MARINEROS — CAPITÁN BLOCK» crujía y rechinaba cuando el viento lo balanceaba en sus oxidados ganchos. Los mejillones adheridos a las pilastras, a un metro de la superficie del agua, en la línea de la marea alta, silbaban y chasqueaban bajo el sol.

El viento se había tornado frío y perverso y Billy Bibbit se quitó la chaqueta verde y se la ofreció a la chica; ella se la puso encima de su fina camiseta. Uno de los mirones no dejaba de gritar: — ¿Eh, Rubiales, te gustan esos pájaros?— Tenía los labios de color de riñón y bajo los ojos se veían unas líneas azuladas donde el viento había incrustado las venas en la piel. — Eh, Rubiales —gritaba con voz aguda y cansada—, eh, Rubiales... eh, Rubiales... eh, Rubiales...

Nos apretamos unos contra otros para protegernos del viento.

—Dime, Rubiales, ¿por qué te han encerrado a tí!

—Uf, no está encerrada, Perce, ¡forma parte del *tratamiento*!

—¿Es cierto eso, Rubiales? ¿Te han contratado como parte del *tratamiento*? ¿Eh, Rubiales?

Ella levantó la cabeza y nos miró con unos ojos que parecían preguntar dónde estaba la pandilla de matones que había visto antes y por qué no salíamos en su defensa. Nadie reaccionó ante la mirada. Toda nuestra valentía acababa de desaparecer por aquellas escaleras con un brazo sobre los hombros del capitán calvo.

Ella se subió el cuello de la chaqueta, se la cerró sujetándola con ambas manos y se alejó tanto como pudo de nosotros, en dirección al otro extremo del muelle. Nadie la siguió. Billy Bibbit tembló bajo el



frío aire y se mordió el labio. Los tipos del almacén volvieron a murmurar algo y soltaron una nueva carcajada.

—Pregúntaselo, Perce... vamos.

—Eh, Rubiales, ¿les hiciste firmar un papel eximiéndote de toda responsabilidad? Tengo entendido que la familia podría demandarte si uno de esos chicos se cayera y se ahogase mientras estaba a bordo. ¿No lo habías pensado? Te convendría más quedarte aquí con nosotros, Rubiales.

—Ya lo creo, Rubiales, mi familia no te demandará. Te lo prometo. Quédate con nosotros, Rubiales.

Me pareció sentir el agua en los pies, mientras el muelle se hundía en la bahía bajo el peso de nuestra vergüenza. No podíamos estar fuera con la gente. Quería que McMurphy regresara y les dijera cuatro frescas a esos tipos, como se merecían, y luego nos llevara de vuelta al lugar que nos correspondía.

El hombre de los labios color riñón cerró su navaja, se puso de pie, se sacudió las virutas de madera del pantalón y bajó las escaleras.

—Vamos, Rubiales, ¿qué haces tú con todos estos locos?

Ella se volvió y lo miró desde el otro extremo del muelle, luego nos observó a nosotros, y era fácil adivinar que estaba considerando la posibilidad de aceptar la invitación, cuando se abrió la puerta del almacén y McMurphy pasó rozando a todo el grupo y bajó las escaleras.

—Arriba, marineros, ¡todo está arreglado! Todo está perfectamente claro y hay carnada y cerveza a bordo.

Le dio una palmada a Billy en el trasero y comenzó a soltar las amarras.

—El Viejo Capitán Block sigue pegado al teléfono, pero nos iremos en cuanto aparezca. George, a ver si eres capaz de calentar ese motor. Scanlon, tú y Harding desatad esa cuerda. ¡Candy! ¿Qué haces ahí? Date prisa, cariño, nos vamos.

Nos abalanzamos hacia la barca, contentos de que algo nos permitiera alejarnos de la fila de mirones. Billy cogió a la chica de la mano y la ayudó a subir a bordo. George canturreaba en el puente frente al panel de mandos mientras iba indicándole a McMurphy los botones que debía girar o apretar.

—Síi, a estas barcas, nosotros las llamábamos «vomitaderas» — le explicó a McMurphy—, son tan fáciles de conducir como un automóvil.

El doctor titubeó un momento antes de embarcarse y contempló el grupo de mirones que se agolpaba junto a las escaleras, frente el almacén.

—Randle, no sería mejor esperar... a que el capitán...

McMurphy lo agarró por las solapas y lo tiró directamente del muelle a la barca como si fuese un niño.

—Síi, Doc —dijo—, ¿esperamos a que el capitán *qué?*— Se puso a reír como si estuviera borracho, mientras parlotaba muy excitado y nervioso. —¿Esperamos a que salga el capitán y nos diga que el número de teléfono que le he dado es el de una casa de citas de Portland? Ya lo creo. ¡Vamos, George, maldito seas; ocúpate de esos aparatos y sácanos de aquí! ¡Sefelt! Suelta esa cuerda, venga. George, *vamos*.

El motor tosió y se paró en seco, volvió a toser como si quisiera despejarse la garganta y luego rugió a todo pulmón.

— ¡Yupii! Allá vamos. Échale carbón, George, ¡todos preparados para rechazar cualquier abordaje!

La barca desprendió un chorro de humo blanco y agua, y entonces se abrió de golpe la puerta del almacén y apareció la cabeza del capitán, que se lanzó escaleras abajo como si arrastrara su cuerpo y el de los otros ocho tipos. Todos bajaron al muelle como un rayo y se detuvieron al borde de la espuma que comenzó a bañarles los pies, mientras George enfilaba la barca camino de alta mar; el mar era nuestro.

Un súbito bandazo de la barca había arrojado a Candy de rodillas, y Billy se inclinó a ayudarla, al mismo tiempo que se excusaba por su comportamiento en el muelle. McMurphy bajó del puente y preguntó si los dos tenían ganas de que los dejaran solos para charlar de los viejos tiempos, y Candy miró a Billy y éste no tuvo más remedio que mover la cabeza y tartamudear. McMurphy dijo que, en ese caso, lo mejor sería que él y Candy bajasen a ver si había algún boquete y que los demás ya nos las arreglaríamos solos por un rato. Se detuvo junto a la puerta que conducía al camarote, guiñó un ojo y nombró capitán a

George, y a Harding segundo de a bordo, y dijo: «No os preocupéis, amigos», y desapareció tras la chica.

El viento amainó y el sol se hizo más fuerte y empezó a prestar un brillo cromado a toda la mitad oriental de las grandes olas verdes. George enfiló el barco directamente mar adentro, a toda marcha, y los muelles y el almacén se fueron perdiendo de vista a nuestras espaldas.

Los chicos habían estado charlando con excitación de nuestro acto de piratería, pero al cabo de poco rato todos se callaron. La puerta del camarote se abrió una vez más lo suficiente para que una mano empujara fuera una caja de cerveza, y Billy nos abrió una a cada uno con un abridor que encontró entre los aparejos. Empezamos a beber y contemplamos la tierra que se iba hundiendo detrás de nosotros.

Cuando estábamos aproximadamente una milla mar adentro, George aminó la marcha a lo que él llamaba ritmo de pesca, apostó a cuatro tipos en las cuatro cañas situadas en la popa, y los demás nos tendimos al sol sobre el camarote o el puente, nos quitamos las camisas y observamos cómo los otros intentaban lanzar el anzuelo. Harding dijo que cada uno tenía que permanecer junto a la caña hasta que picara algo y luego debía cambiar de puesto con otro que aún no hubiera probado suerte. George estaba de pie junto al timón y oteaba a través del parabrisas cubierto de una costra de sal, mientras gritaba instrucciones sobre cómo manejar los carretes y los hilos y cómo poner un arenque en el anzuelo y a qué distancia y qué profundidad había que lanzar:

—Y que uno coja la caña número *cuatro* y le ponga doce onzas de plomo —ahora mismo os explico cómo— y vamos a por ese pez *grande* que hay ahí en el fondo, ¡qué caramba!

Martini corrió a mirar sobre la borda y se quedó con los ojos muy fijos en el agua, en la dirección en que se perdía su sedal.

—Oh. Oh, Dios mío —dijo, pero lo que sea que viese estaba a demasiada profundidad para los ojos de los demás.

Otras barcas deportivas faenaban junto a la costa, pero George en ningún momento dio señal de querer unirse a ellas; seguía pasándolas a todas sin parar, rumbo a alta mar.

—Ya veréis —dijo—. Iremos donde van las barcas profesionales, donde está la *pesca* de verdad.

Las olas iban deslizándose bajo nosotros, verde esmeralda por un lado, color cromado por el otro. Sólo se oían los estallidos y el ronroneo del motor, que se perdía y volvía a reaparecer, al compás de las olas que cubrían de agua el escape y luego volvían a dejarlo al descubierto, y el gracioso chillido desamparado de los pajarillos negros que se preguntaban el camino unos a otros. Aparte de eso, silencio. Unos dormían y otros miraban el agua. Llevábamos casi una hora avanzando a marcha lenta cuando la punta de la caña de Sefelt se arqueó y tocó el agua.

— ¡George! ¡George, por Dios, échame una mano!

George no quiso ni tocar la caña; sonrió y le dijo a Sefelt que soltara sedal y que levantara la punta, que la *levantara*, ¡y que le diera fuerte a ese bribón!

— ¿Y si tengo un ataque? —chilló Sefelt.

— Pues, mira, te colgaremos de un anzuelo y te usaremos como cebo —dijo Harding—. Vamos, dale fuerte a ese bribón, como te ha dicho el capitán, y no te preocupes del ataque.

El pez relució bajo el sol a unos diez metros de la barca, un surtidor de escamas plateadas, a Sefelt se le saltaban los ojos y el espectáculo del pez le entusiasmó tanto que soltó la caña y el sedal golpeó contra la barca como si fuera una goma elástica.

— ¡Levántala, te he dicho! Le estás ayudando a zafarse, ¿no lo ves?, tienes que levantar la punta... ¡levántala más! Habías atrapado una buena pieza, caramba.

Sefelt tenía la mandíbula blanca y temblorosa cuando por fin le cedió la caña a Fredrickson.

—De acuerdo... ¡pero si coges un pez con un anzuelo en la boca, es mío!

Yo estaba tan excitado como los demás. No había pensado pescar, pero después de ver cómo se debatía el salmón, tenso como el acero en el extremo del sedal, bajé del techo del camarote, me puse la camisa e hice cola junto a una caña.

Scanlon empezó a recoger apuestas a ver quién cogía el pez más grande y quién atrapaba al primero, veinte centavos cada uno que quisiera tomar parte, y casi no había tenido tiempo de meterse el dinero

en el bolsillo cuando Billy sacó un extraño objeto que parecía un sapo de dos kilos lleno de espinas como un puercoespín.

—Eso no es un pescado —dijo Scanlon—. No puedes cobrar por eso.

—Ta-ta-tampoco es un pa-pa-pájaro.

—Eso es un bacalao *ling* —nos dijo George—. Resulta sabroso cuando se le han quitado las espinas.

—Lo ves. Es un pescado. P-p-págame.

Billy me cedió su caña, cogió su dinero, fue a sentarse junto al camarote donde estaba McMurphy con la chica y se quedó mirando la puerta cerrada con aire pensativo.

—Me gu-gu-gu-gustaría que hubiera cañas para todos —dijo, con la espalda apoyada contra la pared del camarote.

Me senté, cogí la caña y observé cómo desaparecía el sedal bajo la estela. Olfateé el aire y sentí cómo las cuatro latas de cerveza que me había tomado provocaban cortocircuitos en docenas de cables de mi cuerpo; a nuestro alrededor, las crestas plateadas de las olas relucían y centelleaban al sol.

George nos gritaba que miráramos allá lejos, que allí estaba justo lo que andábamos buscando. Me incliné para echar un vistazo, pero sólo vi un gran tronco que flotaba a la deriva y muchas gaviotas que revoloteaban y se zambullían junto al tronco, cual hojas negras en medio de un torbellino. George aumentó un poco la marcha y puso proa hacia el punto donde revoloteaban los pájaros y con la velocidad de la barca mi sedal se balanceaba de tal modo que hubiera resultado imposible identificar una picada.

—Esos pájaros, esos cormoranes están persiguiendo un banco de «peces *vela*» —nos explicó George desde el timón—. Son unos pececitos blancos del tamaño de un dedo. Si se secan luego arden igualito que una vela. Son un buen alimento para los otros peces. Y podéis apostar que si encontráis un banco de estos «peces *vela*» también encontraréis unos cuantos salmones plateados en pleno banquete.

Se metió de lleno entre los pájaros, esquivó el tronco, y de pronto las suaves laderas cromadas se resquebrajaron a nuestro alrededor con las zambullidas de los pájaros y las carreras de los pececillos y en

medio de todo esto se veía surcar de vez en cuando el dorso azul plateado del salmón. Observé que uno de los lomos en forma de torpedo cambiaba de rumbo y se dirigía claramente hacia un punto situado a unos diez metros de la punta de mi caña, justo donde debía estar mi arenque. Tensé los brazos, con el corazón palpitante, y entonces sentí el tirón en los dos brazos como si alguien hubiera golpeado la caña con un mazo y mi sedal salió disparado del carrete bajo mi pulgar enrojecido como si estuviera lleno de sangre.

— ¡Arrastra, arrastra! —me gritó George, pero yo no entendía nada de eso, por lo que seguí apretando el sedal con el pulgar hasta que aquél recuperó su color amarillo y luego, poco a poco, se detuvo. Eché un vistazo a mi alrededor y comprobé que las otras tres cañas también se agitaban como la mía, y todos los chicos bajaban excitados del techo del camarote y se esforzaban por metérsenos entre las piernas.

— ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Levanta la punta! —seguía gritando George.

— ¡McMurphy! Ven a ver esto.

—Que Dios te bendiga Fred, ¡has cogido mi pescado!

— ¡McMurphy, necesitamos ayuda!

Oí la risa de McMurphy y, por el rabillo del ojo, lo vi de pie en la puerta del camarote, aparentemente sin la menor intención de hacer nada, y mi pescado me tenía demasiado ocupado para entretenerme pidiéndole ayuda. Todos le gritaban que hiciera algo, pero seguía inmóvil. Hasta el doctor, que tenía la caña de profundidad, le pidió auxilio. Y McMurphy no hacía más que reír. Finalmente Harding comprendió que no haría nada, por lo que cogió el bichero e izó mi pescado con gesto preciso y airoso como si lo hubiera hecho toda la vida. Es tan grande como mi pierna, pensé, ¡como un pilar! Nunca cogimos uno tan grande en la cascada, pensé. ¡No para de saltar en el fondo de la barca como un arco iris embravecido! Nos salpica de sangre y esparce escamas que parecen pequeñas monedas de plata, y temo que pueda saltar por la borda. McMurphy se niega a prestarnos ninguna ayuda. Scanlon agarra el pez y lo reduce por la fuerza para impedir que salte otra vez al mar. La chica sube corriendo a cubierta y grita que le toca a ella, qué carajo, y me quita la caña de las manos y me clava tres veces el anzuelo mientras intento atarle un arenque.

— ¡Jefe, por todos los santos, nunca había visto tanta parsimonia! Ugh, le está sangrando el dedo. ¿Le mordió ese monstruo? Que alguien le cure el dedo al Jefe... ¡rápido!

—Allá vamos otra vez —grita George y yo lanzo el sedal por la popa y veo desaparecer el reflejo del arenque bajo la oscura silueta gris azulada de un salmón y el sedal se desenrolla otra vez con un silbido. La chica estrecha la caña entre los brazos y aprieta los dientes.

— ¡Oh, no, no te escaparás, maldito! ¡Oh, no...! Se ha puesto de pie, aprisiona el extremo de la caña en la entepierna y la sujeta con ambos brazos bajo el carrete y la manivela del carrete golpea su cuerpo mientras gira para soltar cuerda:

— ¡Oh, no, no te escaparás!

Aún lleva la chaqueta verde de Billy, pero el carrete se la ha abierto de un tirón y todo el mundo advierte que ha desaparecido la camiseta que llevaba antes; todos miran, mientras intentan no perder su captura y le hacen quites a mi salmón que brinca en el fondo de la barca, ¡y la manivela del carrete sigue zarandeándole el seno a tal velocidad que el pezón no es más que una borrosa mancha roja!

Billy corre en su ayuda. No se le ocurre más que situarse detrás y ayudarle a apretar aún más la caña entre sus pechos hasta que por fin el carrete se detiene frenado únicamente por la presión de su carne. En este momento está tan erguida y sus pechos se ven tan duros que creo que ella y Billy podrían retirar las manos y los brazos de la caña, que ésta *seguiría* bien sujeta.

Toda esta actividad se desarrolla en poco más de un segundo, ahí en alta mar —los gritos y palabrotas de los hombres que se debaten e intentan vigilar sus cañas mientras contemplan a la muchacha; la sangrienta batalla entre Scanlon y mi salmón que se agita a los pies de los demás; todos los sedales enredados y desenrollándose en todas direcciones mientras las gafas del doctor con su cinta se han quedado enganchadas de un sedal y cuelgan a unos tres metros de la popa; los peces que pican veloces como el rayo, y la chica que maldice a todo pulmón y ahora se ha quedado contemplando sus senos desnudos, uno blanco y el otro de un rojo que escuece— y George que pierde de vista el rumbo y la barca va a dar contra el tronco y se para el motor.

Entretanto, McMurphy ríe. Con el cuerpo cada vez más inclinado sobre el techo del camarote, deja que sus carcajadas se propaguen sobre el mar: se ríe de la chica, de los muchachos, de George, de mí con mi dedo ensangrentado en la boca, del capitán que se ha quedado en el muelle y del tipo de la bicicleta y de los empleados de la gasolinera y de las cinco mil casas y de la Gran Enfermera, de todo, en fin. Porque sabe que es preciso reírse de las cosas para mantener el equilibrio, para impedir que el mundo acabe enloqueciéndote. Sabe que las cosas tienen su lado triste; sabe que me escuece el pulgar y que su amiguita se ha lastimado el pecho y que el doctor ha perdido las gafas, pero no quiere que el dolor empañe el humor, lo mismo que no permitiría que el humor empañase el dolor.

Advierto que Harding se ha dejado caer junto a McMurphy y también se ríe. Y Scanlon ríe en el fondo de la barca. Se ríen de ellos mismos y también de los demás. Y la chica, con los ojos aún llenos de lágrimas, mientras mira alternativamente el seno blanco y el otro enrojecido, también empieza a reírse. Y Sefelt y el doctor y todos reímos.

Comenzó suavemente y fue adquiriendo cada vez más fuerza, mientras los hombres se iban creciendo y creciendo. Yo los observaba, metido entre ellos, riendo con ellos... y, sin embargo, no completamente con ellos. Estaba fuera de la barca, el viento me encumbraba sobre las aguas y cuando bajaba la vista me veía allí abajo con los otros muchachos, veía la barca que se balanceaba en medio de las zambullidas de los pájaros, veía a McMurphy rodeado de su grupo de doce y veía cómo ellos, nosotros, iban esparciendo sus carcajadas tintineantes en círculos cada vez más amplios sobre las aguas, más y más amplios, hasta que la risa rompió contra las playas de toda la costa, contra las playas de todas las costas, oleada, tras oleada, tras oleada.

El doctor había enganchado algo en el fondo con su caña de profundidad y cuando por fin consiguió izarlo lo suficiente para que pudiéramos verlo, todos los que íbamos a bordo, excepto George, ya habíamos capturado al menos un pez; sólo logramos vislumbrar una silueta blancuzca, que luego volvió a zambullirse, pese a todos los esfuerzos del doctor por retenerla. En cuanto conseguía volverla a izar hasta la superficie, enrollando el hilo con tensos gruñidos y sin aceptar



la ayuda que le ofrecían los demás, la pieza veía la luz y se apresuraba a zambullirse otra vez.

George no se tomó la molestia de volver a poner en marcha el motor, sino que bajó a explicarnos cómo limpiar el pescado sobre la borda y sacarle las tripas para que la carne resultara más dulce. McMurphy ató un trozo de carne en cada extremo de un metro de cordel, lo lanzó al aire y dos pájaros salieron volando juntos, «hasta que la muerte los separe».

Toda la popa de la barca y la mayoría de los que estábamos allí quedamos salpicados de rojo y plata. Algunos nos quitamos las camisas y las sumergimos en el agua para limpiarlas un poco. Así seguimos jugueteando, pescamos un poco, nos bebimos la otra caja de cervezas y estuvimos alimentando a los pájaros, hasta la tarde, mientras la barca se balanceaba suavemente entre las olas y el doctor luchaba con su monstruo de las profundidades. Se levantó el viento y el mar se rompió en mil pedazos verdes y plateados, como un campo de vidrio y cromo, y la barca comenzó a balancearse y a ladearse con más fuerza. George le indicó al doctor que tendría que izar su pez a bordo o cortar el sedal, porque se acercaba mal tiempo. No recibió respuesta. El doctor sólo dio un tirón más energético a la caña, se inclinó hacia delante, aflojó la cuerda, y luego volvió a enrollar.

Billy y la chica habían subido al puente y estaban charlando y contemplando el mar. Billy aulló que veía algo y todos corrimos a ese lado, y una ancha y blanca silueta comenzó a perfilarse claramente a unos diez o quince pies de profundidad. Resultaba curioso observar cómo subía, primero sólo un reflejo, luego una forma blanca como niebla bajo el agua, que iba cobrando consistencia, vida...

— ¡Cielo santo —gritó Scanlon—, es la presa del doctor!

Estaba al otro lado de la barca, pero por la dirección del sedal podíamos ver que conducía directamente a la silueta bajo el agua.

—Jamás conseguiremos izarlo a bordo —declaró Sefelt—. Y el viento está arreciando.

—Es un gran rodaballo —dijo George—. Pueden llegar a pesar más de cien kilos. Hay que izarlos con una cabria.

—Tendremos que soltarlo, doctor —explicó Sefelt mientras le rodeaba los hombros con el brazo. El doctor no contestó; tenía el traje

empapado de sudor entre las paletillas y los ojos enrojecidos de tanto rato de no usar las gafas. Siguió tirando hasta que el pez apareció en su lado de la barca. Estuvimos unos minutos mirando cómo lo izaba hacia la superficie y luego comenzamos a coger cuerda y a preparar el bichero.

Después de engancharlo, aún tardamos otra hora en izarlo hasta la popa del bote. Tuvimos que ensartarlo con las otras tres cañas, McMurphy se inclinó sobre la borda y lo cogió bajo la barriga, y con ayuda de una ola al fin se deslizó hasta la barca, blanco, transparente y plano, y cayó al fondo arrastrando al doctor.

—Toda una experiencia —dijo jadeante el doctor, aún tendido en el suelo, sin fuerzas ni para deshacerse del enorme pescado—. Ya lo creo... toda una experiencia.

La barca cabeceó y crujió todo el camino de regreso a la costa, mientras McMurphy nos contaba horribles historias de naufragios y tiburones. Las olas crecían a medida que nos acercábamos a la orilla y de las crestas se desprendían jirones de blanca espuma que revoloteaban por los aires para reunirse con las gaviotas. A la entrada del malecón, las olas se encrespaban por encima de la barca y George nos hizo poner los salvavidas a todos. Observé que todas las otras barcas de recreo ya estaban amarradas.

Faltaban tres chalecos y hubo un alboroto para decidir quiénes serían los tres que harían frente al temporal sin salvavidas. Finalmente, resultaron ser Billy Bibbit, Harding y George, que de todos modos no quería ponerse uno a causa de la mugre. Todos nos sorprendimos un poco de que Billy se ofreciese voluntariamente, de que, en cuanto descubrimos que faltaban chaquetas salvavidas, se quitase la suya y ayudase a la chica a ponérsela, pero aún nos extrañó más que McMurphy no insistiera en ser uno de los héroes; mientras duró el alboroto, se mantuvo apartado con la espalda contra la cabina, procurando mantenerse firme en el balanceo de la embarcación, contemplando a los muchachos sin abrir boca. Sólo sonreía y observaba.

Cruzamos la barra y caímos en un cañón de agua, con la proa apuntando hacia la siseante cresta de la ola que nos precedía y la popa hundida bajo la sombra de la ola que nos perseguía amenazadora, y todos nos agolpamos en la popa aferrados a la barandilla mientras

paseábamos la mirada de la montaña de agua que teníamos detrás a la mole de rocas negras del malecón que se alzaba unos quince metros a la izquierda, y luego hacia George, de pie junto al timón. Permanecía muy erguido, como un mástil. Volvía todo el rato la cabeza, aceleraba, aflojaba, aceleraba otra vez, mientras mantenía el rumbo y nos hacía cabalgar al sesgo sobre el lomo de ola que nos precedía. Antes de iniciar la carrera ya nos había explicado que si saltábamos por encima de la cresta de la ola de *delante*, saldríamos disparados sin control en cuanto la hélice y el timón tocaran el agua, y si disminuíamos demasiado la marcha y nos dejábamos atrapar por la ola de *detrás*, ésta rompería sobre la popa y nos dejaría caer diez toneladas de agua encima. Nadie bromeó ni intentó hacer mofa de la manera como giraba continuamente la cabeza como si estuviera montado sobre una placa giratoria.

Dentro del puerto, el agua se calmó otra vez, sólo la superficie aparecía algo encrespada, y pudimos ver que en el muelle, junto al almacén, nos esperaba el capitán acompañado de dos policías. Todos los mirones estaban a su alrededor. George enfiló hacia ellos a toda marcha y no se detuvo hasta que el capitán comenzó a agitar los brazos y a dar gritos mientras los policías y los mirones corrían escaleras arriba. Cuando parecía que la proa del barco iba a incrustarse contra el muelle, George hizo girar bruscamente el timón, puso marcha atrás y con un potente rugido lo arrimó contra los neumáticos como si estuviera acomodándolo en su cama. Cuando nos alcanzó el agua de la estela ya habíamos saltado a tierra y estábamos atando las amarras; la oleada balanceó a todas las embarcaciones de nuestro alrededor y se estrelló espumeante contra los muelles como si nos hubiéramos traído el mar a tierra con nosotros.

El capitán, los policías y los mirones se precipitaron escaleras abajo y corrieron a nuestro lado. El doctor se enfrentó de inmediato con ellos y les dijo a los policías que no tenían ninguna autoridad sobre nosotros, pues éramos una expedición legal, patrocinada por el gobierno, y en cualquier caso el asunto debería ser tramitado por una oficina federal. Además, tal vez decidiera solicitar una investigación sobre el número de chalecos salvavidas que había en la barca, suponiendo que el capitán decidiera armar jaleo. ¿No tenía la obligación de llevar un salvavidas por cada pasajero, según la ley? Al

ver que el capitán no decía nada, los policías tomaron un par de nombres y se marcharon, murmurando entre dientes y bastante azorados, y en cuanto dejaron el muelle, McMurphy y el capitán comenzaron a discutir y a darse empujones. McMurphy estaba tan borracho que seguía balanceándose como si aún tuviera que mantener el equilibrio sobre las olas, resbaló sobre las maderas mojadas y cayó dos veces al mar antes de conseguir afianzar los pies lo suficiente para colocar un buen puñetazo en la calva cabeza del capitán y poner fin a la discusión. Todos nos sentimos mejor cuando el asunto estuvo concluido y el capitán y McMurphy salieron juntos a buscar más cerveza en el almacén mientras los demás sacábamos el pescado de la bodega. Los mirones se habían apostado en el muelle superior y nos observaban dando chupadas a las pipas que ellos mismos se habían tallado. Esperábamos que volvieran a hacer algún comentario sobre la chica y a decir verdad lo deseábamos, pero cuando por fin uno abrió la boca no fue para hablar de la chica sino del pescado, diciendo que era el salmón más grande que había visto sacar en las costas de Oregón. Los demás aseguraron que ciertamente así era. Y se acercaron lentamente para admirarlo. Le preguntaron a George dónde había aprendido a arrimar así una barca y descubrimos que George no sólo había navegado en pesqueros sino que también había sido capitán de un torpedero en el Pacífico y tenía una Cruz de la Marina.

—Debías haberte dedicado a la política —comentó uno de los mirones.

—Demasiado sucio —le explicó George.

La transformación que nosotros sólo intuíamos resultaba palpable para ellos; aquél no era el mismo hatajo de cobardías del manicomio que esa mañana había aguantado todos sus insultos sin rechistar. No se excusaron claramente ante la chica por lo que le habían dicho, pero cuando le pidieron que les enseñara su pesca lo hicieron con una amabilidad casi empalagosa. Y cuando McMurphy y el capitán regresaron del almacén todos bebimos una cerveza de despedida.

Era tarde cuando emprendimos el regreso al hospital.

La chica dormía con la cabeza apoyada en el pecho de Billy y cuando se incorporó a él se le había dormido el brazo de sostenerla durante tanto rato en esa incómoda posición, y ella le dio un masaje. Él le dijo que si le dejaban salir un fin de semana la invitaría a algún sitio,

y ella explicó que podría venir a verle dentro de dos semanas si le decía a qué hora, y Billy miró a McMurphy sin saber qué contestar. McMurphy los rodeó a los dos con el brazo y dijo:

—Pongamos a las dos en punto.

—¿El sábado por la tarde? —preguntó ella.

Él le hizo un guiño a Billy y apretó la cabeza de la chica contra su brazo.

—No. A las dos de la noche del sábado. No hagas ruido y llama a esa misma ventana donde me viste esta mañana. Convenceré al enfermero de noche para que te deje entrar.

Ella asintió con una risita.

—McMurphy, bribón —dijo.

Algunos Agudos de la galería aún estaban despiertos, se habían levantado y daban vueltas cerca del retrete para comprobar si nos habíamos ahogado o no. Contemplaron nuestra entrada triunfal en el vestíbulo, manchados de sangre, tostados por el sol, apestando a cerveza y pescado, arrastrando el salmón corno si fuésemos héroes conquistadores. El doctor les preguntó si querían salir a ver el rodaballo que tenía en el maletero del coche y todos fuimos, excepto McMurphy. Dijo que se sentía bastante agotado y que prefería tumbarse en la cama. Al salir, uno de los Agudos que no había venido de excursión preguntó cómo era posible que McMurphy tuviera un aspecto tan abatido y cansado, cuando los demás teníamos las mejillas encarnadas y aún rebosábamos excitación. Harding le quitó importancia y dijo que sólo se debía a que no estaba moreno.

—¿Os acordáis? McMurphy llegó aquí lleno de energías, había llevado una dura vida al aire libre en una granja correccional, su rostro estaba encallecido y rebosaba salud física. Simplemente hemos presenciado la desaparición de su magnífico bronceado psicopático. Eso es todo. Hoy tuvo una jornada agotadora —en la oscuridad del camarote, dicho sea de paso— mientras nosotros luchábamos contra los elementos y absorbíamos vitamina D. Naturalmente, el esfuerzo que ha hecho ahí abajo, debe haberle agotado lo suyo, pero pensadlo un momento, amigos. Personalmente, creo que hubiera preferido prescindir de un poco de vitamina D, a cambio de un poquito de

agotamiento de ése. Especialmente si la pequeña Candy fuera mi jefe de grupo. ¿Me equivoco?

No dije nada, pero empezaba a preguntarme si tal vez tendría razón. Ya había advertido el agotamiento de McMurphy antes, en el viaje de regreso, cuando insistió en que pasáramos por el lugar donde había vivido de niño. Acabábamos de repartirnos la última cerveza, habíamos arrojado la lata vacía por la ventana en un stop y nos disponíamos a recostarnos y saborear las aventuras vividas, sumergidos en ese agradable sopor que nos invade después de una jornada de plena dedicación a algo que nos gusta, mitad insolación y mitad borrachera, resistiendo al sueño sólo por ganas de apurar esa sensación hasta el fin. Tuve la vaga impresión de que comenzaba a encontrarme en situación de poder ver algo del lado bueno de la vida que discurría a mi alrededor. McMurphy me estaba enseñando a hacerlo. No recordaba haberme sentido tan bien desde que era niño, cuando todo era hermoso y la tierra aún me cantaba baladas infantiles.

Habíamos tomado la ruta del interior, en vez de seguir a lo largo de la costa, con objeto de pasar por la ciudad donde McMurphy había pasado un más largo y período en su itinerante vida. Descendimos por la ladera de una colina, convencidos de haber perdido el camino... cuando llegamos a un pueblo que abarcaba aproximadamente el doble de extensión que los terrenos del hospital. Cuando nos detuvimos, un viento penetrante había barrido el sol de las calles. McMurphy aparcó el coche junto a unas cañas y señaló con el dedo al otro lado de la carretera.

—Ahí. Es ésa. Parece que hubiera brotado entre los hierbajos... la humilde morada de mis malbaratados años mozos.

Unos árboles deshojados, cada uno rodeado de una pequeña cerca, flanqueaban la calle sumida en la pálida luz de las seis de la tarde, más bien parecía que hubiesen caído sobre la acera cual rayos de madera, resquebrajando el cemento al chocar. Una hilera de estacas de hierro asomaba del suelo frente al patio lleno de hierbajos y detrás de todo eso se alzaba un caserón de madera con un porche, cual desvencijado hombro arrimado contra el viento para no salir rodando como una caja de cartón vacía y detenerse dos manzanas más abajo. El viento traía algunas gotas de lluvia, y observé que la casa tenía los ojos cerrados y en la puerta tintineaba un candado pendiente de una cadena.

En el porche colgaba uno de esos objetos de abalorios que los japoneses cuelgan de una cuerda —tañe y tintinea con la menor brisa de aire— al que sólo le quedaban cuatro cristales, que se agitaban y entrechocaban dejando caer una que otra esquirila sobre el enmaderado del porche.

McMurphy puso en marcha el motor.

—Sólo había vuelto una vez... hace mucho tiempo, el año que todos regresamos a casa del infierno de Corea. Vine de visita. Mis viejos aún vivían. Era un buen hogar.

Soltó el embrague y emprendió la marcha, aunque luego decidió detenerse otra vez.

—Dios mío —dijo—, fijaos ahí, ¿veis un vestido? —Señaló hacia atrás—. ¿En la rama de ese árbol? ¿Un jirón negro y amarillo?

Conseguí vislumbrar un pequeño objeto, como una bandera, que ondeaba en lo alto de las ramas, encima de un cobertizo.

—La primera chica que consiguió arrastrarme a una cama llevaba ese mismísimo vestido. Yo tenía unos diez años y ella tal vez menos, y acostarse parecía algo tan importante que le pregunté si no creía, si no *sentía* necesidad de *anunciarlo* de algún modo. Como, por ejemplo, explicarlo en casa, «Mamá, Judy y yo nos hemos comprometido hoy». Y lo decía en serio, si sería bobo; estaba convencido de que una vez terminado el acto, uno quedaba automáticamente casado, lo quisiera o no, y que no había forma de burlar la norma. Pero esa putilla —no tendría más de ocho o nueve años— cogió su vestido, que estaba tirado en el suelo, y dijo que podía quedármelo. «Puedes colgarlo en alguna parte y yo me iré a casa en bragas, será una manera de anunciarlo... ya lo entenderán», dijo. Cielo santo, a los nueve años —exclamó y extendió la mano para pellizcar la naricilla a Candy—, ya sabía mucho más que bastantes profesionales.

Ella le mordió la mano, riendo, y él examinó la señal.

—Bueno, el caso es que se fue a casa en bragas y yo esperé a que anocheciera para tener una oportunidad de deshacerme del maldito vestido en la oscuridad... pero, ¿os habéis fijado en el viento?, pues cogió el vestido como si fuese una cometa y se lo llevó por encima de la casa y al día siguiente, ¡cielo santo!, apareció colgado de ese árbol, expuesto a las miradas de todo el pueblo, o eso creí.

Se chupó la mano, tan desconsolado, que Candy se rió y le dio un beso.

Así que como ya había izado mi bandera a partir de entonces, y hasta el día de hoy, he creído que lo mejor sería hacer honor a mi reputación de devoto amante y lo juro por Dios: esa criatura de nueve años que conocí en mi juventud es la responsable de todo.

Dejamos la casa atrás. McMurphy bostezó e hizo un guiño.

—Me enseñó a amar, bendita sea la muy puta.

Luego —mientras seguía parloteando—, las luces traseras de un coche que pasaba iluminaron su rostro y en el parabrisas se reflejó una expresión que sólo había podido ver la luz porque él suponía que ninguno de los que íbamos en el coche la vería en la oscuridad, una expresión terriblemente fatigada y tensa y *enloquecida*, como si apenas le quedara tiempo para algo que tenía que hacer...

Mientras su reposada, amable voz iba haciendo don de su vida para que pudiéramos hacerla nuestra, un jovial pasado lleno de diversiones infantiles, compañeros de juerga, adorables mujeres y peleas de bar por mezquinos honores... para que todos pudiéramos soñarlo como nuestro.



## TERCERA PARTE

La Gran Enfermera empezó a poner en práctica su próxima maniobra el día después de la excursión de pesca. Se le había ocurrido la idea hablando con McMurphy el día anterior, cuando le preguntó cuánto dinero había ganado con esa expedición y otras actividades por el estilo. Se había pasado la noche dándole vueltas a la idea, examinándola desde todos los puntos de vista hasta quedar plenamente convencida de que no podía fallar, y al día siguiente fue sembrando insinuaciones que pronto originarían un rumor que ya habría cobrado plena forma antes de que ella hubiera pronunciado ni media palabra al respecto.

Sabía que la gente es como es y antes o después comienza a sospechar de los que parecen dar más de lo habitual, de los Reyes Magos, los misioneros y los filántropos que dan dinero para las buenas causas, y empiezan a preguntarse: ¿Y ellos qué ganan con eso? Sonríen de soslayo cuando el joven abogado, pongamos por caso, ofrece un saco de almendras a los niños de la escuela del distrito —antes de iniciarse las elecciones, el muy pícaro— y murmuran que *Ése* no engaña a nadie.

Sabía que los muchachos no tardarían mucho en preguntarse cuál sería el motivo, ahora que ha salido el tema, de que McMurphy dedicara tanto tiempo y energías a la organización de expediciones de pesca, juegos de lotería y partidos de baloncesto. ¿Qué le impulsaba a ir siempre en busca de algo nuevo cuan-

do todos los demás de la galería siempre se habían contentado con pasar el rato jugando al pinacle o leyendo las revistas del año pasado? ¿Cómo se explicaba que ese tipo, ese irlandés pendenciero llegado de un correccional donde había estado cumpliendo condena por

juego fraudulento y agresión, se atara un pañuelo a la cabeza, canturreara como un adolescente, y se pasara sus dos buenas horas haciendo el papel de chica y enseñando a bailar a Billy Bibbit, entre los aplausos de todos los Agudos de la galería? ¿Y cómo se explicaba que un bribón experimentado como él —un viejo jugador profesional, un artista de carnaval, un refinado apostador— corriera el riesgo de prolongar su permanencia en el manicomio enemistándose más y más con la mujer que tenía la última palabra en cuanto a quién era dado de alta y quién no?

La enfermera desencadenó los interrogantes colgando de la pared una nota con un resumen de las operaciones financieras efectuadas por los pacientes en los últimos meses; debió estar horas examinando todos los haberes. Quedaba de manifiesto que había ido mermando sistemáticamente los saldos de todos los Agudos, excepto uno. Éste había ido incrementando sus haberes desde su primer día en el hospital.

Los Agudos empezaron a decirle a McMurphy en son de broma que parecía que los estaba exprimiendo, y él nunca lo negó. En absoluto. En realidad, se pavoneaba de ello y decía que, de permanecer más de un año en ese hospital, cuando le dieran de alta podría retirarse a Florida por el resto de sus días, con todos sus problemas económicos resueltos. Todos se reían de la idea en su presencia, pero cuando había salido de la galería para alguna Terapia, o cuando estaba en la Casilla de las Enfermeras recibiendo una regañina, con una gran sonrisa obcecada parangonable sólo con la inmóvil mueca elástica de la enfermera, ya no se reían tanto.

Comenzaron a comentar por qué se habría afanado tanto últimamente, a qué respondería su interés por conseguir ventajas para los pacientes, como la supresión de la norma según la cual los hombres siempre debían ir a cualquier parte en grupos terapéuticos de ocho («Billy ha estado comentando que piensa cortarse las venas otra vez», dijo en una reunión, a propósito de esa norma. «¿Hay siete voluntarios que quieran unirse a él para que el acto sea terapéutico?»), y como su manera de manipular al doctor, que tenía mejores relaciones con los pacientes desde la excursión, para que enviara boletines de suscripción a *Playboy* y *Nugget* y *Man* e hiciera desaparecer todos los números atrasados del *McCall's* que el cara embotada de Relaciones Públicas había ido trayendo de su casa para depositarlos en la galería, con

recuadros verdes en torno a los artículos que consideraba de particular interés para nosotros. McMurphy incluso había enviado una petición a alguien en Washington por correo, para solicitar que se abriera una investigación sobre las lobotomías y los electrochocs que aún se practicaban en los hospitales estatales. No puedo dejar de *preguntarme*, empezaban a comentar los muchachos, ¿qué gana con eso el viejo Mac?

Cuando ya hacía poco más o menos una semana que la idea estaba en el aire, la Gran Enfermera intentó jugar su baza en la reunión de grupo; la primera vez, McMurphy estaba presente y la dejó fuera de combate antes de que pudiera ni empezar (había comenzado a comentar su sorpresa y su disgusto por el patético estado en que había caído la galería: mirad a vuestro alrededor, por el amor de Dios; fotos absolutamente pornográficas recortadas de esas inmundas revistas y colgadas de las paredes; por cierto, he pensado solicitar al Edificio Principal que abra una investigación sobre toda la *inmundicia* que ha entrado en el hospital. Se recostó en la silla, y se disponía a continuar y señalar al responsable, apoltronada en esos segundos de silencio que siguieron a su amenaza como si estuviera instalada en un trono, cuando McMurphy rompió el hechizo con sonoras carcajadas al recordarle que no se olvidara de decirles a los del Edificio Principal que trajeran consigo sus espejitos de bolsillo cuando vinieran a inspeccionarnos)... así que la siguiente vez quiso jugar sobre seguro y esperó a que él no estuviera presente en la reunión.

Había recibido un aviso de conferencia de Portland y estaba en la cabina telefónica con uno de los negros, esperando que volvieran a llamarle. Cuando empezó a ser cerca de la una y comenzamos a retirar las cosas para la reunión, el negro bajito le preguntó si quería que bajase a buscar a McMurphy y a Washington para la reunión, pero ella respondió que no era necesario, que podían quedarse donde estaban y que, además, tal vez algunos de los pacientes acogerían con agrado una oportunidad de hablar del señor Randle Patrick McMurphy sin su avasalladora presencia.

Comenzaron la reunión con bromas sobre McMurphy y sus hazañas y estuvieron un rato comentando qué tipo más fantástico era, y ella sin decir nada, esperando que se desembarazaran de estas ideas a través de los comentarios. Luego empezaron a aflorar otros

interrogantes. ¿Qué le pasaba a McMurphy? ¿Qué le impulsaba a actuar de ese modo, a hacer lo que hacía? Algunos se preguntaban si toda esa historia de que había fingido varias peleas en el correccional para que le enviaran aquí no sería otro de sus faroles y si no estaría más loco de lo que creía la gente. La Gran Enfermera sonrió al oírlo y levantó el brazo.

—Más loco que un zorro —comentó—. Creo que ésta es la idea que querían expresar ustedes sobre el señor McMurphy.

—¿Q-q-q-qué quiere d-d-decir? —preguntó Billy. McMurphy era su amigo y su héroe particular y no parecía muy convencido de la manera como ella había establecido una relación entre ese cumplido y cosas que no había dicho en voz alta—. ¿Qué si-si-significa, «como un zorro»?

—Sólo era un comentario, Billy —respondió amablemente la enfermera—. Tal vez alguno de los demás pueda explicarte su significado. ¿Señor Scanlon?

—Quiere decir que Mac no tiene un pelo de tonto, Billy.

— ¡Nunca ha dicho que lo *tu-tu-tuviera!* —Billy dio un puñetazo en el brazo de la silla para ayudarse a pronunciar la última palabra—. Pero la señorita Ratched estaba dando a e-e-entender...

—No, Billy, no estaba dando a entender nada. Simplemente hacía notar que el señor McMurphy no es el tipo de persona que correría un riesgo sin tener algún motivo para ello. Estarás de acuerdo conmigo, ¿no? ¿No están todos de acuerdo?

Nadie dijo nada.

—Y, sin embargo —prosiguió ella—, parece hacer las cosas sin ningún interés personal, como si fuera un mártir o un santo. ¿Alguien diría que el señor McMurphy es un santo?

Sabía que podía sonreír tranquilamente a los que la rodeaban, mientras esperaba una respuesta.

—No, no es un santo *ni* un mártir. Fíjense en esto. ¿Quieren que repasemos los resultados de la filantropía de este hombre? —Sacó una hoja de papel amarillo de su cesto—. Fíjense en algunos de estos *regalos*, como los llamarían sus hinchas más devotos. En primer lugar, tenemos el regalo de la sala de baños. ¿Podía regalarla cuando no era suya? ¿Perdió algo al conseguir un lugar donde instalar su casino?

Además, ¿cuánto creen que ganó en el breve período en que actuó como croupier en su pequeño Montecarlo particular, aquí en la galería? ¿Cuánto perdiste tú, Bruce? ¿Y usted, señor Sefelt? ¿Señor Scanlon? Creo que cada uno sabe aproximadamente cuánto perdió, ¿pero saben cuánto ganó él en total, según indican los depósitos efectuados en Fondos? Casi trescientos dólares.

Scanlon silbó por lo bajo, pero nadie dijo nada más.

—Por si a alguno le interesa, también tengo anotadas aquí toda una serie de otras apuestas que hizo, entre ellas una directamente relacionada con un intento deliberado de molestar al personal. Y todas estas apuestas eran, son, completamente contrarias a las normas que rigen en esta galería, y todos los que tuvieron tratos con él lo sabían.

Echó otra ojeada al papel, luego volvió a guardarlo en el cesto.

— ¿Y esta última excursión? ¿Cuánto creen que ganó el señor McMurphy con esta empresa? Según tengo entendido, el doctor le proporcionó un coche, y también dinero para la gasolina, y algunas otras facilidades, creo... todo eso sin desembolsar ni un centavo. Como un verdadero zorro, diría yo.

Levantó el brazo para impedir que Billy la interrumpiera.

—Por favor, Billy, compéndelo: no estoy criticando este tipo de actividad en sí; sólo pensé que sería mejor que nadie se engañase en cuanto a las motivaciones de este hombre. Aunque, de todos modos, tal vez no sea justo hacer estas acusaciones en ausencia de la persona aludida. Volvamos al problema que estábamos discutiendo ayer... ¿qué era? —Comenzó a ojear los papeles que tenía en el cesto—. ¿Recuerda usted qué era, doctor Spivey?

El doctor levantó la cabeza sobresaltado.

—No... espere... creo...

Ella sacó una hoja del dossier.

—Ya lo tengo. El señor Scanlon; su preocupación por los explosivos. Estupendo. Ocupémonos ahora de esto y ya volveremos sobre el tema del señor McMurphy cuando él esté presente. Sin embargo, creo que no estaría de más que reflexionasen un poco sobre lo que acabamos de decir. Muy bien, señor Scanlon...

Más tarde, ese mismo día, ocho o diez de nosotros formamos un corro junto a la puerta de la cantina, mientras esperábamos que el negro

acabara de robar unguento para el cabello, y algunos de los muchachos volvieron a sacar el tema. Dijeron que no estaban de acuerdo con lo que había dicho la Gran Enfermera, pero que, qué demonios, la vieja también tenía su poco de razón. Aunque, maldita sea, Mac es un buen chico... la verdad.

Por fin Harding se decidió a hablar con franqueza.

—Amigos, protestáis demasiado para que se pueda creer en la sinceridad de la protesta. En el fondo de vuestros tacaños corazoncitos, todos creéis que nuestra señorita Ángel de Piedad Ratched tiene toda la razón en todas sus suposiciones sobre McMurphy. Sabéis que no se equivoca, y yo también lo sé. ¿A qué negarlo? Seamos sinceros y reconozcamos a este hombre por lo que vale en vez de criticar su talento capitalista en secreto. ¿Qué hay de malo en que ganara algo con todo esto? Lo que es seguro es que nuestro dinero ha estado bien invertido, ¿o no? Es un tipo listo siempre dispuesto a ganarse un dólar si se presenta la ocasión. Nunca ha intentado ocultarlo, ¿verdad? ¿Por qué ocultarlo nosotros entonces? Su actitud respecto a estas argucias es franca y sincera y la apoyo totalmente, igual como apoyo nuestro querido y viejo sistema capitalista de la libre competencia individual, camaradas, estoy a su favor y a favor de su obstinada desfachatez y de la bandera americana, bendita sea, y del monumento a Lincoln y todo lo demás. No olvidéis el Maine, P. T. Barnum y el Cuatro de Julio. Me siento *obligado* a defender el honor de mi amigo como un buen timador americano, rojo, blanco y azul al ciento por ciento. Un buen chico, ya lo creo. McMurphy se avergonzaría hasta las *lágrimas* si descubriera algunos de los altruistas motivos que la gente ha querido ver detrás de sus triquiñuelas. Lo consideraría un insulto a su pericia profesional.

Metió la mano en el bolsillo en busca de cigarrillos; al comprobar que se le habían terminado, le pidió uno a Fredrickson, lo encendió con rápido y estudiado gesto, y siguió hablando.

—Debo reconocer que al principio su actuación me desconcertó. Cuando rompí ese cristal... cielos, pensé, he aquí un hombre que realmente parece que quiere estar en este hospital, que no abandona a sus amigos y todo eso, hasta que comprendí que McMurphy lo hacía porque no quería perderse algo bueno. Está sacándole el máximo de provecho al período que le ha tocado pasar encerrado aquí. No hay que dejarse engañar por su comportamiento algo bruto; es un astuto hombre

de negocios, desapasionado como el que más. Fijaos bien; todo lo que ha venido haciendo estaba bien meditado.

Billy no estaba dispuesto a ceder con tanta facilidad.

—Sí. ¿Y por qué me enseñó a bailar? —Apretaba los puños; y pude comprobar que se le habían cicatrizado casi por completo las quemaduras de cigarrillo del dorso de la mano y que en su lugar había dibujado unos tatuajes a base de chupar un lápiz indeleble—. ¿Qué me dices de eso, Harding? ¿Qué ga-ga-gana con enseñarme a *bailar*?

—No te alteres, William —replicó Harding—. Pero tampoco debes ser tan impaciente. Tómallo con calma y espera... y ya verás en qué acaba el asunto.

Al parecer, Billy y yo éramos los únicos que aún creíamos en McMurphy. Y, esa misma noche, Billy se apuntó al punto de vista de Harding cuando McMurphy volvió de hacer otra llamada y le dijo que la cita con Candy había quedado confirmada, para añadir luego, mientras le anotaba una dirección, que no sería mala idea enviarle un poco de *pasta* para el viaje.

—¿Pasta? ¿Di-di-dinero? ¿Cu-cu-cuánto?

Miró a Harding que le sonreía.

—Oh, ya sabes... unos diez pavos para ella y diez...

— ¡Veinte dólares! El billete de autobús no vale ta-ta-tanto.

McMurphy le miró por debajo de la gorra, le lanzó una lenta sonrisa, luego se frotó el cuello con la mano y sacó una lengua reseca.

—Pero, amigo, comprende que estoy terriblemente sediento. Y lo más probable es que dentro de una semana aún lo esté más. ¿No te molestará que me traiga algo de beber, verdad Billy?

Y le lanzó una mirada tan inocente que Billy no tuvo más remedio que reírse, mover negativamente la cabeza, y correr a refugiarse en un rincón para comentar muy excitado los planes para el próximo sábado con el hombre al que seguramente tenía por un chulo.

Yo seguía con mis ideas —que McMurphy era un gigante venido del cielo para salvarnos del Tínglado que estaba cubriendo el país con una red de hilo de cobre y cristal, que era demasiado grande para prestarle atención a algo tan despreciable como el dinero— pero estuve a mitad de camino de pensar como los demás. Todo ocurrió así: estaba

ayudando a trasladar las mesas a la sala de baños antes de una reunión de grupo, y se quedó absorto al verme de pie junto al panel de mandos.

—Cielo santo, Jefe —exclamó—, me parece que has crecido veinticinco centímetros desde que fuimos de pesca. Y, por todos los diablos, mira el tamaño de ese pie; ¡parece un vagón plataforma!

Bajé la vista y comprobé que mi pie tenía un tamaño que no recordaba, como si las palabras de McMurphy lo hubieran hecho crecer automáticamente.

— ¡Y ese *brazo!* Es el brazo de un ex-jugador de rugby indio, o yo estoy ciego. ¿Sabes qué estoy pensando? Creo que deberías tomarle un poquito el pulso a este panel, sólo para comprobar si vas progresando.

Moví la cabeza y le dije que no, pero él replicó que habíamos hecho un trato y que tenía la obligación de hacer la prueba para poder comprobar si su sistema de *desarrollo* era eficaz. No supe cómo librarme de él, así que me dirigí al panel con la intención de demostrarle que no podía levantarlo. Me agaché y lo cogí por las manijas.

—Eso es, Jefe. Ahora incorpórate. Coloca las piernas bajo el culo, eso... Tranquilo... incorpórate ahora. ¡Auuup! Bueno, ya puedes dejarlo en el suelo.

Creí que habría quedado muy decepcionado, pero cuando retrocedí un par de pasos, vi que se deshacía en sonrisas, mientras me señalaba con el dedo el panel que había quedado desplazado unos quince centímetros.

—Más vale que lo dejes donde estaba, amigo, y que nadie se entere. Nadie debe enterarse todavía.

Luego, después de la reunión, mientras daba vueltas en torno a las mesas de pinacle, llevó la conversación hacia el tema de la fuerza y el coraje y el panel de mandos de la sala de baños. Creí que iba a contarles que me había ayudado a recuperar mi tamaño original; eso demostraría que no lo hacía todo por dinero.

Pero ni me mencionó. Parloteó hasta que Harding le preguntó si estaba dispuesto a levantarlo otra vez y él respondió que no, pero que el hecho de que él no pudiera hacerlo no significaba que fuera imposible. Scanlon dijo que tal vez sería posible levantarlo con una grúa, pero que



no había *hombre* capaz de levantar esa cosa por sus propias fuerzas, y McMurphy hizo un gesto de asentimiento y dijo que tal vez, tal vez, pero nunca se podía estar seguro en casos como ése.

Observé cómo los manipulaba, cómo consiguió que formasen corro a su alrededor y asegurasen, *No*, por Dios, no hay hombre vivo capaz de levantarlo... para acabar sugiriendo ellos mismos una apuesta. Observé cómo se mostraba muy reacio a apostar. Dejó que fueran aumentando la cantidad, los fue entusiasmando más y más hasta que cada uno había apostado cinco a uno que era imposible, algunos por un montante de hasta veinte dólares. En ningún momento comentó que ya me había visto levantarlo.

Toda la noche deseé que no siguiera adelante con esa apuesta. Y en la reunión del día siguiente, cuando la enfermera dijo que todos los que habían ido de pesca tendrían que tomar una ducha especial, pues había indicios de que teníamos parásitos, seguí abrigando la esperanza de que todo se arreglaría de algún modo, que nos haría ducharnos en el acto o algo... cualquier cosa con tal de no tener que levantar ese panel.

Pero, cuando terminó la reunión, McMurphy me condujo a la sala de baños junto con los demás, antes de que los negros pudieran echarle llave, y me hizo coger el panel por las manijas y levantarlo. No quería hacerlo, pero no tuve más remedio. Tenía la sensación de estarle ayudando a estafarles su dinero. Todos se mostraron joviales con él al pagar la apuesta, pero yo sabía cómo se sentían por dentro, como si les hubiera fallado lo que creían más seguro. En cuanto hube depositado el panel en su lugar, salí corriendo de la sala de baños sin siquiera mirar a McMurphy y me encerré en el lavabo. Quería estar a solas. Vi mi imagen en el espejo. Y comprobé que él había cumplido su promesa; mis brazos volvían a ser grandes otra vez, tan grandes como cuando iba al colegio, como en el poblado, y el pecho y los hombros eran anchos y fuertes. Estaba allí, mirándome, cuando él entró. Me tendió un billete de cinco dólares.

—Aquí tienes, Jefe, para chicle.

Moví la cabeza y me dispuse a salir del lavabo. Él me cogió por un brazo.

—Jefe, era sólo una muestra de amistad. Si crees que vas a sacarme más...

— ¡No! Quédate con tu dinero, no lo quiero.

Dio un paso atrás, se metió los pulgares en los bolsillos y levantó la cabeza para examinarme. Se quedó un rato con los ojos fijos en mí.

—Muy bien —dijo—. ¿Qué pasa ahora? ¿Por qué os habéis puesto todos a darme esquinazo?

No le respondí.

— ¿No he cumplido mi promesa? ¿No te he hecho recuperar tu tamaño de hombre? ¿Qué os ha pasado conmigo de repente? Todos actuáis como si fuese un traidor a la patria.

—Siempre estás... ¡ganando!

— ¡Ganando! Maldito imbécil, ¿de qué me acusas? No hago más que cumplir con el trato. Dime qué tiene de malo...

—Habíamos creído que no lo hacías para *ganar*...

Sentí que empezaba a temblarme la barbilla como me ocurre siempre antes de soltar el llanto, pero no lloré. Me quedé muy tieso, allí, frente a él, con la barbilla temblorosa. Abrió la boca para decir algo y luego se detuvo. Sacó los pulgares de los bolsillos y levantó la mano para apretarse el puente de la nariz entre el índice y el pulgar, como hacen a veces las personas que llevan gafas demasiado apretadas, y cerró los ojos.

—Ganar, Dios mío —exclamó con los ojos cerrados—. Has dicho ganar.

Por eso, supongo que lo que ocurrió esa tarde en las duchas fue sobre todo por mi causa. Y ésa es la razón de que la única forma de reparar un poco mi error fuese hacer lo que hice, sin preocuparme de las argucias ni de la seguridad ni de lo que podía sucederme; y por una vez en la vida no me ocupé más que de lo que era preciso hacer y de hacerlo.

Acabábamos de salir del lavabo cuando aparecieron los tres negros y reunieron a todo el grupo para nuestra ducha especial. El negro bajito avanzaba a gatas a lo largo del zócalo y con una negra mano ganchuda, fría como unas pinzas, desprendía a los tipos que estaban allí apoyados, mientras comentaba que la Gran Enfermera había dicho que se trataba de una *limpieza preventiva*. Teniendo en

cuenta en qué compañía habíamos hecho la excursión, era preciso desinfectarnos antes de que pudiésemos contaminar a todo el hospital.

Nos alineamos desnudos, de cara a las baldosas, y uno de los negros se acercó con un tubo de plástico negro en la mano y nos echó un chorro de un unguento maloliente, espeso y pegajoso como clara de huevo. Primero en el pelo, luego ¡daos la vuelta y separad las cachas!

Los muchachos se quejaron y empezaron a burlarse de todo el asunto y a hacer bromas mientras procuraban no mirarse unos a otros ni a las máscaras de pizarra que iban recorriendo toda la fila escudándose tras sus tubos, como unos rostros de pesadilla, en negativo, que nos apuntaban con el cañón blando, comprimible, de una escopeta. Se burlaban de los negros con comentarios como: «Eh, Washington, ¿y qué hacéis las *restantes* dieciséis horas del día?» «Eh, Williams, a ver si consigues averiguar qué tomé para el desayuno.»

Todos reían. Los negros apretaron los dientes sin responder; las cosas eran muy distintas antes de la llegada de ese maldito pelirrojo.

Cuando le tocó el turno a Fredrickson se oyó un ruido tan fuerte que creí que el negro bajito había salido despedido por los aires.

— ¡Escuchad! —exclamó Harding, al tiempo que se ponía una mano detrás de la oreja—. El delicioso canto de un ángel.

Todos rieron a carcajadas y empezaron a gastarse bromas, hasta que el negro avanzó y se detuvo junto al próximo hombre, y de pronto un silencio absoluto reinó en la sala. El siguiente era George. Y en ese instante, interrumpidas ya las risas y las bromas y las quejas, mientras Fredrickson se incorporaba junto a George y empezaba a volverse y un gran negro se disponía a pedirle a George que bajase la cabeza para recibir un chorro del unguento maloliente, en ese mismo instante, todos nos hicimos una idea bastante clara de lo que ocurriría a continuación, y por qué era inevitable que así fuese, y por qué todos nos habíamos equivocado respecto a McMurphy.

George nunca usaba jabón para ducharse. Ni siquiera aceptaba que otra persona le tendiese una toalla para secarse. Los negros del turno de tarde, que vigilaban las duchas habituales de los martes y los jueves, habían descubierto que resultaba más sencillo dejarle en paz, y no le obligaban a nada. Hacía tiempo que venían procediendo de esta guisa. Todos los negros lo sabían. Pero en este momento todos —

incluso George, que retrocedió, mientras movía la cabeza y procuraba protegerse con sus grandes manazas como hojas de roble—comprendimos que ese negro, con la nariz rota y las entrañas amargadas y los dos compañeros que le observaban a distancia, no podía dejar pasar esa oportunidad.

—Ahhh, baja la cabeza, George...

Los muchachos ya se habían vuelto a mirar a McMurphy situado unos dos lugares más allá en la fila.

—Ahhh, vamos, George...

Martini y Sefelt seguían de pie bajo la ducha, sin moverse. A sus pies, el desagüe iba soltando burbujas de aire y agua jabonosa. George se quedó mirando el desagüe un instante, como si le estuviera diciendo algo. Observó el gorgoteo. Miró nuevamente el tubo que la mano negra blandía ante sus ojos: una lenta mucosidad iba fluyendo del agujerito de la punta y se deslizaba sobre los nudillos de hierro fundido. El negro avanzó unos veinticinco centímetros con el tubo y George retrocedió aún más, mientras movía negativamente la cabeza.

—No... no quiero esa cosa.

—Tendrás que usarlo, *Rub-a-Dub* —dijo el negro, casi como si lo lamentara—. *Tendrás* que usarlo. No podemos permitir que el lugar se nos llene de *bichos*, ¿no te parece? ¡Y me parece que debes tener bichos metidos a más de *dos centímetros* de profundidad!

— ¡No! —clamó George.

—Ahhh, George, no puedes comprenderlo. Son bichos muy, muy diminutos... más pequeños que una cabeza de alfiler. Y, fíjate bien, se agarran de los pelos y empiezan a escarbar, y se meten por dentro, George.

— ¡No tengo bichos! —exclamó George. —Ahhh, voy a decirte una cosa, George: he visto tipos a los que estos bichos llegaron a...

—Basta ya, Washington —intervino McMurphy.

La cicatriz de la nariz del negro parecía un neón retorcido. El negro sabía quién había hablado, pero no se volvió; sólo adivinamos que en realidad le había oído porque dejó de hablar y se llevó un largo dedo gris a la cicatriz que había recibido en un partido de baloncesto. Se frotó un segundo la nariz, luego puso la mano ante los ojos de George y agitó los dedos.

—Mira el *bicho*, George. ¿Lo ves? ¿Comprendes cómo son los *bichos*! Seguro que cogiste algún bicho en esa barca de *pesca*. No podemos permitir que los bichos empiecen a agujerearte, ¿no te parece, George?

— ¡No tengo *bichos*! —chilló George—. ¡No!

Se incorporó y levantó las cejas lo suficiente para dejarnos ver sus ojos. El negro retrocedió un poco. Los otros dos se burlaban de él.

—¿Algún problema, amigo Washington? —preguntó el más alto—. ¿Alguna traba en esa parte de la operación, amigo?

El negro volvió a adelantarse.

—George, ¡te he dicho que te agaches! O te agachas y te dejas poner esta pasta... ¡o te pongo la *mano* encima! —volvió a exhibirla, grande y negra como un pantano—. ¡Te pasaré esta mano!, ¡negra!, ¡asquerosa!, ¡hedionda!, ¡por todo el cuerpo!

— ¡No quiero la mano! —dijo George y alzó el puño como si se dispusiera a aplastar el cráneo de pizarra, a hacerlo trizas y dejar que se esparcieran por el suelo los tornillos, las tuercas y las ruedas dentadas. Pero el negro, sin inmutarse, apoyó el tubo contra el ombligo de George y apretó, y George se dobló jadeante. El negro le echó un chorro en el enmarañado cabello blanco, luego lo hizo penetrar con la mano, tiñéndole toda la cabeza con el negro de su piel. George se apretó el vientre con ambas manos y aulló:

— ¡No! ¡No!

—Ahora vuélvete, George... —He dicho basta, amigo.

Esta vez, el tono de su voz obligó al negro a volverse y mirarlo cara a cara. Vi que el negro sonreía ante la desnudez de McMurphy: ni gorra ni botas ni bolsillos donde meter los pulgares. El negro hizo una mueca y le miró de arriba abajo.

—McMurphy —dijo, al tiempo que movía la cabeza—. Ahora que empezaba a pensar que nunca conseguiríamos atraparte.

—Maldito imbécil —masculló McMurphy, en un tono que, según cómo, parecía más de fastidio que de ira.

El negro no dijo nada. McMurphy subió la voz.

— ¡Maldito negro asqueroso!

El negro movió la cabeza y soltó una risita dirigida a sus compañeros.

—¿Qué creéis que pretende McMurphy con esto? ¿Deseará tal vez que yo tome la *iniciativa*? Je-je-je-je. ¿No sabe que estamos preparados para recibir los terribles insultos de estos locos?

— ¡Marica! Washington, no eres más que...

Washington le había vuelto la espalda y estaba mirando nuevamente a George. Éste seguía doblado en dos, jadeante bajo el impacto del chorro de unguento en el vientre. El negro le agarró el brazo y le puso bruscamente de cara a la pared.

—Vamos, George, abre las piernas.

— ¡No-o-o!

—Washington —dijo McMurphy. Respiró profundamente, avanzó hacia el negro y de un manotazo le apartó de George—. Washington, tú lo has querido...

Todos percibimos el desamparado, acorralado, tono de desesperación con que habló McMurphy.

—McMurphy, me estás obligando a defenderme. ¿No opináis lo mismo, amigos?

Los otros dos asintieron. Depositó cuidadosamente el tubo en el banco junto a George, se volvió blandiendo el puño, todo en un mismo gesto, y golpeó a McMurphy en la mejilla por sorpresa. McMurphy casi cayó al suelo. Retrocedió tambaleante sobre la fila de hombres desnudos y los chicos lo cogieron y lo empujaron nuevamente hacia el sonriente rostro de pizarra. Antes de que consiguiera hacerse a la idea de que, por fin, la cosa ya estaba desencadenada y que ahora ya no le quedaba más que intentar sacarle el máximo partido, recibió un segundo golpe, esta vez en el cuello. En la próxima embestida paró el golpe y cogió al negro por el puño mientras se despejaba la cabeza de una sacudida.

Se balancearon así un segundo, jadeando al mismo ritmo que el desagüe; luego, McMurphy apartó al negro de un empujón y se puso en cuclillas, se protegió la mandíbula con los hombros y blandió los puños a ambos lados de la cabeza, dando vueltas en torno al otro.

La ordenada y silenciosa fila de hombres desnudos se transformó en un círculo de gritos, los miembros y los cuerpos se entrelazaron en un anillo de carne humana.

Los brazos negros embistieron contra la cabeza pelirroja agachada y contra el cuello de toro e hicieron saltar sangre de la ceja y la mejilla. El negro se apartó dando saltos. Era más alto, sus brazos eran más largos que los gruesos brazos rojos de McMurphy, sus puños más rápidos y penetrantes y conseguía machacarle la cabeza y los hombros sin necesidad de acercarse demasiado. McMurphy siguió avanzando —trabajosos pasos de los pies planos, la cabeza gacha que apenas asomaba entre los puños tatuados— hasta conseguir acorralar al negro contra el círculo de hombres desnudos, y entonces le lanzó un puñetazo al centro del blanco pecho almidonado. El rostro de pizarra se hendió dejando ver la cavidad sonrosada y una lengua color helado de fresa lamió los labios. Hizo un quite al potente ataque de McMurphy y consiguió meterle un par de golpes antes de que el puño le alcanzase de lleno otra vez. La boca se abrió aún más que antes, como una mancha de un color nauseabundo.

McMurphy estaba lleno de señales rojas en la cabeza y los hombros, pero no parecía muy lastimado. Seguía atacando, recibiendo diez golpes por cada uno que conseguía colocar. Así continuó la pelea, arriba y abajo por toda la sala de duchas, hasta que el negro empezó a jadear y a tambalearse y a concentrar sus esfuerzos en esquivar los rojos brazos que seguían martilleando. Los chicos le gritaban a McMurphy que lo tumbase. McMurphy no se precipitó.

El negro salió dando tumbos bajo el impacto de un golpe en el hombro y lanzó una rápida mirada de soslayo a los otros dos que le observaban.

— ¡Williams... Warren... malditos!

El otro negro alto empezó a apartar a la gente y agarró los brazos de McMurphy por detrás. El se lo sacudió de encima, como si fuese un toro sacudiéndose un mono, pero el negro, volvió a la carga en el acto.

Así que fui y lo cogí y lo lancé bajo la ducha. Estaba lleno de tubos; no pesaría más de siete o diez kilos.

El negro bajito balanceó la cabeza de un lado a otro, dio media vuelta y corrió hacia la puerta. Cuando estaba mirando cómo

desaparecía, el otro salió de la ducha y me hizo una llave —introdujo los brazos bajo los míos, por detrás, y enlazó las manos en mi nuca y tuve que correr de espaldas hacia la ducha y aplastarlo contra las baldosas, y mientras estaba ahí tendido bajo el chorro e intentaba ver cómo McMurphy le rompía unas cuantas costillas más a Washington, el que tenía colgado detrás empezó a morderme el cuello y tuve que zafarme de él. Entonces se quedó quieto, mientras el almidón del uniforme se iba disolviendo y desaparecía por el desagüe gorgoteante.

Cuando, por fin, regresó el negro bajito con correas, camisas de fuerza, mantas y cuatro auxiliares más de la galería de Perturbados, todo el mundo se estaba vistiendo y nos estrechaba la mano a McMurphy y a mí, comentando que ya se lo habían ganado hacía tiempo y qué pelea más fantástica, qué victoria más rotunda. Y siguieron hablando de este modo, para animarnos y para que nos sintiéramos mejor, siguieron diciendo qué pelea, qué victoria... mientras la Gran Enfermera ayudaba a los de Perturbados a sujetarnos las blandas manillas de cuero a las muñecas.

En la sala de Perturbados se oye continuamente un eterno traqueteo de sala de máquinas muy agudo, como un taller de la cárcel en el que prensan matrículas de coche. Y el tiempo se contabiliza en base al *di-doc, di-doc* de una mesa de ping-pong. En su recorrido personal, los hombres llegan hasta una pared, hincan un hombro, dan media vuelta y reanudan el recorrido hasta otra pared, hincan un hombro, dan media vuelta y siguen su camino, a cortos pasos rápidos, van gastando las baldosas del suelo dejando roderas que se entrecruzan, con una mirada de sed enjaulada en los ojos. Hay un olor a chamuscado de hombres enloquecidos de terror y fuera de todo control, y en los rincones y bajo la mesa de ping-pong se agazapan criaturas que rechinan los dientes y a los que los médicos y las enfermeras no pueden ver y los ayudantes no pueden matar con desinfectante. Cuando se abrió la puerta de la galería sentí ese olor a chamuscado y oí el rechinar de dientes.

Cuando McMurphy y yo llegamos acompañados de los enfermeros, junto a la puerta nos acogió un viejo, alto y huesudo, colgado de un alambre que le habían introducido entre los omóplatos. Nos examinó con unos ojos amarillos, escamosos, y meneó la cabeza.



—Yo me lavo las manos en este asunto —le dijo a uno de los enfermeros negros, y el alambre empezó a arrastrarlo pasillo abajo.

Le seguimos hasta la sala de estar, y McMurphy se detuvo junto a la puerta, separó las piernas e irguió la cabeza para echar un vistazo; intentó meterse los pulgares en los bolsillos, pero las manillas estaban demasiado apretadas.

—Todo un panorama —masculló entre dientes.

Hice una señal de asentimiento. Ya había visto todo eso en anteriores ocasiones.

Un par de tipos que se paseaban arriba y abajo se detuvieron a mirarnos un momento y el viejo huesudo volvió a arrastrarse hasta nosotros y se lavó las manos de todo el asunto. Al principio nadie nos prestó mucha atención. Los enfermeros se dirigieron a la Casilla de las Enfermeras y nos dejaron allí, de pie junto a la puerta de la sala de estar. A McMurphy se le había hinchado el ojo en un guiño permanente y comprendí que le dolían los labios al sonreír. Levantó las manos esposadas, se quedó mirando el movimiento traqueteante y suspiró profundamente:

—Me llamo McMurphy, amigos —dijo arrastrando las palabras como un vaquero de película—, y quiero saber quién es el guapo que dirige las partidas de póquer en este local.

El reloj de ping-pong se detuvo después de un rápido tictaqueo sobre el suelo.

—No soy muy bueno para el «veintiuno», así atado, pero juro que soy un as para el póquer.

Bostezó, levantó un hombro, se agachó, carraspeó y escupió algo en una papelera metálica a unos dos metros de distancia; la papelera tintineó con un *ting* y él volvió a incorporarse, sonrió y se pasó la lengua por el hueco sanguinolento que le habían dejado entre los dientes.

—Tuvimos un altercado ahí abajo. Yo y el Jefe, aquí, tuvimos un encontronazo con dos monos grasientos.

A esas alturas ya se había acallado todo el alboroto del taller de prensado y todo el mundo había levantado los ojos para contemplarnos a los dos, allí en la puerta. McMurphy atraía las miradas como un pregonero de feria. De pie a su lado, descubrí que no me quedaba más

remedio que exponerme también a esas miradas, y al ver que me observaban sentí la necesidad de erguirme, tan tieso y alto como pude. Ello me provocó una punzada de dolor en la espalda, donde me había golpeado al caer en la ducha con el negro encima, pero no aflojé. Se me acercó un mirón hambriento con una mata de hirsuto pelo negro y me tendió la mano como si esperase que le diera algo. Intenté ignorarlo, pero hacia dondequiera que volviese la mirada, seguía saltándome por delante como un niño, con la mano ahuecada tendida hacia mí.

McMurphy estuvo hablando un rato de la pelea y la espalda empezó a dolerme más y más; había pasado tanto tiempo agazapado en mi silla en el rincón que me resultaba difícil mantenerme erguido mucho rato seguido. Me alegré cuando vino una enfermera japonesa bajita y nos condujo a la Casilla de las Enfermeras donde tuve oportunidad de sentarme y descansar.

Nos preguntó si ya nos habíamos tranquilizado lo suficiente para que pudiera quitarnos las manillas y McMurphy asintió. Se había hundido en la silla con la cabeza gacha y los codos entre las rodillas y se le veía completamente exhausto; no se me había ocurrido pensar que a él le costaba tanto trabajo mantenerse erguido como a mí.

La enfermera —no más grande que el extremo más delgado de la nada afilado en una punta muy fina, según comentaría después McMurphy— nos desató las manillas y a McMurphy le dio un cigarrillo y a mí un chicle. Dijo que recordaba que me gustaba el chicle. Yo no la recordaba en absoluto. McMurphy empezó a fumar mientras ella hundía la mano llena de sonrosadas velitas de cumpleaños en un frasco de ungüento e iba curando sus heridas, estremeciéndose cada vez que él se estremecía y pidiéndole excusas. Le cogió una mano entre las suyas, la volvió y le untó los nudillos.

—¿Quién fue? —preguntó, mientras observaba los nudillos—. ¿Washington o Warren?

McMurphy levantó los ojos para mirarla.

—Washington —respondió con una sonrisa—. El Jefe, aquí, se ocupó de Warren.

Ella dejó la mano y se volvió hacia mí. Pude ver los diminutos huesecillos de pájaro de su rostro.

—¿Te duele algo?

Moví la cabeza.

—¿Y qué fue de Warren y Williams?

McMurphy le dijo que seguramente lucirían algo de yeso la próxima vez que los viera. Ella asintió y bajó la vista.

—No todo es igual que la galería de ella —dijo—. Muchas cosas se parecen, pero no todo. Enfermeras militares que intentan dirigir un hospital militar. Ellas mismas están un poco enfermas. A veces pienso que todas las enfermeras solteras deberían ser despedidas al cumplir los treinta y cinco.

—Al menos todas las enfermeras *militares* solteras —añadió McMurphy. Preguntó durante cuánto tiempo podríamos gozar del placer de su hospitalidad.

—Me temo que no mucho.

—¿*Teme* que no mucho? —le preguntó McMurphy.

—Sí. A veces preferiría retener a los hombres aquí en vez de devolverlos, pero ella tiene prioridad. No, lo más probable es que no estén mucho... quiero decir... como están ahora.

En la galería de Perturbados todas las camas desafinan, están demasiado tensas o demasiado flojas. Nos dieron camas vecinas. No me ataron una sábana de través, aunque me dejaron una mortecina lucecita encendida junto a la cama. A media noche alguien gritó: «¡Indio, estoy empezando a dar vueltas! ¡Mírame, mírame!» Abrí los ojos y vi dos hileras de largos dientes amarillos que relucían muy cerca de mis ojos. Era el tipo de aspecto hambriento. «¡Estoy empezando a dar vueltas! ¡Mírame, por favor!»

Los enfermeros le cogieron por detrás, entre dos, y se lo llevaron mientras seguía riendo y gritando: «¡Estoy dando vueltas, indio!» y luego... sólo *risas*. Siguió repitiendo lo mismo y riendo por el pasillo hasta que por fin volvió a hacerse el silencio en el dormitorio y entonces pude oír a otro tipo que decía: «Bueno... yo me lavo las manos en este asunto.»

—Alguien te ha hecho una visita, Jefe —me susurró McMurphy y se dio la vuelta para seguir durmiendo.

Yo no pude dormir mucho el resto de la noche y no podía dejar de ver los dientes amarillos y el rostro del tipo hambriento que me suplicaba: ¡Mírame! ¡Mírame! Y, al final, cuando conseguí dormirme,

ya sólo suplicaba. Aquel rostro, todo amarillo, hambrienta carencia, aparecía ante mis ojos en la oscuridad, en busca de cosas... pidiendo cosas. Me pregunté cómo se las arreglaba McMurphy para dormir, acosado por un centenar de rostros como ése, o tal vez doscientos, o un millar.

En la sala de Perturbados tienen un timbre para despertar a los pacientes. No van y encienden directamente las luces como abajo. El timbre suena como un gigantesco sacapuntas afilando algo horrible. McMurphy y yo nos incorporamos de un salto al oírlo, y estábamos a punto de tendernos otra vez, cuando un altavoz ordenó que los dos nos dirigiéramos a la Casilla de las Enfermeras. Bajé de la cama y la espalda se me había entumecido tanto durante la noche que casi no podía agacharme; por la manera de moverse, comprendí que McMurphy estaba tan envarado como yo.

—¿Qué nos tendrán preparado ahora, Jefe? —me preguntó—. ¿La bota de hierro? ¿El potro? Espero que no sea nada demasiado fatigoso, porque, la verdad, ¡estoy molido!

Le dije que no era fatigoso, pero no añadí nada más, porque yo mismo no estuve completamente seguro hasta que llegamos a la Casilla de las Enfermeras y la enfermera, otra distinta, dijo:

—¿Señor McMurphy, señor Bromden? —y nos tendió un vasito de papel a cada uno.

Miré el mío, y dentro había tres de aquellas cápsulas rojas.

Esta *cosa* me zumba en la cabeza y no puedo pararla.

—Un momento —dice McMurphy—. Son esas pastillas que atontan, ¿verdad?

La enfermera asiente y vuelve la cabeza para mirar atrás; dos tipos esperan allí con pinzas para el hielo, inclinados hacia delante con los codos entrelazados.

McMurphy le devuelve el vasito y dice:

—No señor, señora, prefiero que no me venden los ojos. Aunque no me vendría mal un cigarrillo.

Yo también devuelvo las mías y ella dice que tiene que telefonar y cruzar la puerta de cristal por entre nosotros y antes de que nadie pueda decir ni una palabra más, ya está al teléfono.

—Lamentaría haberte metido en un lío, Jefe —dice McMurphy, y casi no puedo oírle por el ruido de los hilos telefónicos que silban en las paredes. Siento que las ideas se precipitan asustadas montaña abajo en mi cabeza.

Estamos sentados en la sala de estar, rodeados de todo ese círculo de rostros, cuando por la puerta aparece la Gran Enfermera en persona, con un negro grandote a cada lado, a un paso de distancia. Procuero encogerme en mi silla, apartarme de ella, pero es demasiado tarde. Demasiada gente me está mirando; sus ojos pegajosos me retienen sentado donde estoy.

—Buenos días —dice; ha recuperado su antigua sonrisa.

McMurphy dice buenos días y yo no me muevo, aunque también me da los buenos días, en voz muy alta. Estoy observando a los negros; uno luce un esparadrapo en la nariz y el brazo en cabestrillo, una mano gris cuelga de la tela como una araña ahogada, y el otro se mueve como si llevara enyesadas las costillas. Los dos sonreían un poco. Muy probablemente podrían haberse quedado en casa con sus males, pero no se hubieran perdido esto por nada. Les devuelvo la sonrisa; para que se enteren.

La Gran Enfermera se dirige a McMurphy con voz suave y paciente, le explica que obró de un modo irresponsable, como un niño, al armar ese alboroto: ¿no le da *vergüenza!* Él responde que le parece que no y le pide que continúe.

Ella le explica que ellos, los pacientes de nuestra galería, decidieron en una reunión de grupo convocada especialmente y que tuvo lugar ayer por la tarde, que tal vez a McMurphy le convenga recibir un tratamiento de choc..., a menos que decida enmendarse. Sólo tiene que *reconocer* que se equivocó, indicar, manifestar un contacto racional, y el tratamiento será anulado por esta vez.

El círculo de caras espera al acecho. La enfermera dice que todo depende de él.

—¿Su? —dice él—. ¿Tiene un papel para firmar?

—Pues, no, pero si cree que es ne...

—Y por qué no añade unas cuantas cosas más, ya que está en eso, y así aprovecha para liquidarlas; cosas como, oh, que estoy implicado en una conspiración para derrocar al gobierno, y que en mi opinión la

vida en su galería es la existencia más endiabladamente agradable de que se puede gozar al oeste de Hawaii... ya sabe, tonterías.

—No creo que eso...

—*Luego*, cuando haya firmado, puede traerme una manta y una cajetilla de cigarrillos de la Cruz Roja. Huuuy, esos comunistas chinos podrían haber aprendido unas cuantas cosas de usted, señora.

—Randle, nuestro deseo es ayudarle.

Pero él se ha puesto de pie, se rasca la barriga y pasa junto a ella y los negros, que comienzan a retroceder, para dirigirse a las mesas de juego.

—Muy bien, a ver, a ver, a ver, ¿cómo va esa partida de póquer, chicos...?

La enfermera se le queda mirando un momento, luego se dirige a la Casilla de las Enfermeras para telefonar.

Dos enfermeros de color y un enfermero blanco con el cabello rubio y rizado nos conducen al Edificio Principal. Por el camino, McMurphy va charlando con el enfermero blanco, como si no tuviera la menor preocupación en el mundo.

La hierba está cubierta de una gruesa capa de escarcha y los dos enfermeros negros que nos preceden echan nubes de aliento como si fueran locomotoras. El sol aparta algunas nubes e ilumina la escarcha hasta dejarla sembrada de destellos. Los gorriones con las plumas ahuecadas para protegerse del frío hurgan entre los destellos, en busca de semillas. Cruzamos por la hierba crujiente, junto a los agujeros de las ardillas zapadoras, donde vi al perro. Son destellos fríos. Los agujeros están helados hasta donde alcanza la mirada.

Empiezo a sentir la escarcha en el estómago.

Subimos hasta aquella puerta y detrás se oye un rumor como de abejas asustadas. Tenemos dos hombres delante, vacilantes bajo el efecto de las cápsulas rojas, uno balbucea como un bebé y dice: —Es mi cruz, gracias Señor, es lo único que tengo, gracias Señor...

El otro tipo que espera, dice: —Golpea bajo, golpea bajo.

Es el socorrista de la piscina. Y también llora un poco.

Yo no lloraré ni gritaré. No con McMurphy a mi lado.

El técnico nos pide que nos quitemos los zapatos y McMurphy le dice si también nos cortarán los pantalones y nos afeitarán la cabeza. El técnico dice que por desgracia no.

La puerta de metal nos mira con sus ojos remachados.

La puerta se abre y succiona al primer hombre. El socorrista no se mueve. Un rayo como humo de neón se proyecta desde el panel negro que hay en la habitación, se aferra a su frente que lleva grabada la marca de la abrazadera y le arrastra como si fuera un perro atado a una correa. El rayo le hace girar tres veces antes de que se cierre la puerta; el socorrista tiene el rostro desencajado de miedo.

—Me hicieron *uno* —gruñe—. ¡Me hicieron *dos!*, ¡me hicieron *tres!*

Les oigo ahí dentro, oigo que penetran en su frente como si fuera una estrecha cueva, con chasquidos y chirridos de tuercas atascadas.

La puerta se abre bajo la presión del humo y aparece una camilla con el primer hombre encima, y él me escudriña con los ojos. Ese rostro. La camilla vuelve a entrar y saca al socorrista. Oigo como los jefes de la claque deletrean su nombre.

El técnico dice: —El próximo grupo.

El suelo está frío, escarchado, crujiente. En lo alto, gime la luz, un largo tubo blanco y helado. Puedo oler la pasta de grafito, que me hace pensar en un garaje. Percibo el acre olor del miedo. Hay una ventana, muy alta, pequeña, y en el exterior veo a los gorriones ahuecados engarzados en un alambre como cuentas marrones en un collar. Han escondido la cabeza bajo las plumas para protegerse del frío. Algo empieza a soplar en mis huesos vacíos, más y más alto, ¡bombardeo!, ¡bombardeo!

—No aúlles, Jefe...

¡Bombardeo!

—Tranquilo. Yo pasaré primero. Tengo el cráneo demasiado grueso; no podrán hacerme daño. Y si no pueden dañarme a mí tampoco podrán hacerte nada a ti.

Se encarama en la mesa sin ayuda de nadie y extiende los brazos para hacerlos coincidir con la sombra. Un interruptor acciona los grilletes que le aprisionan las muñecas, los tobillos, y le aseguran firmemente sobre la sombra. Una mano coge un reloj, el que le ganó a

Scanlon, lo deja junto al panel, y de pronto éste se abre: espigas y ruedecillas y la larga espiral del muelle salen proyectadas contra la superficie del panel y se quedan allí adheridas.

Él no parece nada asustado. No ha dejado de son-reírme.

Le untan las sienas con pasta de grafito.

—¿Qué es eso? —pregunta.

—Un conductor —explica el técnico.

—Ungís mi frente con un conductor. ¿También me pondréis una corona de espinas?

Le untan bien. Él se pone a cantar, les hace temblar las manos.

—Tráeme aceite de raíces Cholly...

Le colocan esas cosas que parecen auriculares y una corona de espinas de plata sobre el grafito con que le han recubierto las sienas. Intentan acallar su canto con un trozo de tubo de goma que le ofrecen para morder.

—«Hesho con shuague lanoguina.»

Giran algunos mandos y la máquina se estremece, dos brazos mecánicos cogen unos soldadores y se abalanzan sobre él. Me hace un guiño y me habla, con dificultad, me dice algo, me dice algo a través del tubo de goma, en el instante en que esos hierros se acercan lo suficiente a la plata que adorna sus sienas: se establece un arco de luz, él se queda rígido, forma un puente sobre la mesa hasta que acaba apoyándose sólo por las muñecas y los tobillos y de ese tubo acordeonado de goma negra sale un sonido, algo así como ¡*Huuuy!*, y su cuerpo aparece todo escarchado de chispas.

Por la ventana, veo que los gorriones caen del alambre echando humo.

Le tienden en una camilla, mientras aún sigue retorciéndose, con el rostro glaseado de blanco. Corrosión. Ácido de batería. El técnico se vuelve hacia mí.

Alerta con este otro grandullón. Le conozco. ¡Sujetadlo!

Ya no es un problema de fuerza de voluntad.

¡Sujetadlo! Maldita sea. No quiero que me manden ni uno más sin su Seconal.



Los grilletes me aprisionan las muñecas y los tobillos.

La pasta de grafito contiene limaduras de hierro, me arañan las sienes.

Dijo algo cuando me hizo el guiño. Me explicó algo.

El hombre se inclina, acerca los dos hierros al anillo que me rodea la cabeza.

La máquina se abalanza sobre mí.

BOMBARDEO.

Salí a paso ligero, lanzado ya por la ladera. Imposible retroceder, imposible seguir, un ojo en el cañón y caes muerto, muerto, muerto.

Dejamos atrás los matorrales y continuamos junto a las vías del ferrocarril. Acerco la oreja a la vía y me quemó la mejilla.

—Nada por ningún lado —digo—, en un *centenar* de kilómetros...

—Hummm —dice Papá.

—¿No solíamos escuchar las pisadas de los búfalos con un cuchillo clavado en el suelo que sujetábamos por el mango entre los dientes? ¿No éramos capaces de detectar un rebaño a gran distancia?

—Hummm —repite, pero está excitado. Al otro lado de la vía las hileras de rastrojos de trigo comentan el último invierno. Ahí debajo hay ratones, dice el perro.

—¿Seguimos hacia arriba o hacia abajo, muchacho?

—La cruzaremos, es lo que nos indica ese perro viejo.

—Ese perro no sabe seguir.

—Lo hará. Nos está diciendo que hay pájaros por ahí.

—Tu viejo dice que será mejor rastrear junto a la vía.

—El perro me indica que es mejor entre los rastrojos.

Cruzamos... y en un abrir y cerrar de ojos, la vía se llena de gente que va derribando faisanes como si tal cosa. Según parece, nuestro perro se adelantó demasiado y ahuyentó hacia la vía todos los pájaros que había entre los rastrojos.

El perro atrapó tres ratones.

... viejo, Viejo, *viejo*, VIEJO... grande y abierto con un guiño que parece una estrella.

Otra vez las hormigas, Dios mío, y esta vez son de las malas, pequeños monstruos de pies pringosos. ¿Recuerdas aquella vez que encontramos unas hormigas que sabían a hinojo? ¿Eh? Dijiste que no era hinojo y yo te dije que sí, y tu mamá casi me despelleja cuando se enteró: ¡Enseñándole al niño a comer *bichos!*

Ugh. Un indiecito tiene que aprender a sobrevivir con lo que encuentre, con tal de que consiga comerlo antes de que le devore a él.

No somos indios. Somos personas civilizadas y más vale que no lo olvides.

Tú me dijiste Papá. Cuando muera cuélgame del cielo con un alfiler.

Mamá se llamaba Bromden. Sigue llamándose Bromden. Papá dijo que había nacido con un solo nombre, que había venido al mundo directamente sobre ese nombre igual que el ternero cae sobre una manta extendida cuando la vaca insiste en incorporarse. Tee Ah Millatoona, el Pino-Más-Alto-de-la-Mon-taña, y juro que soy el indio más alto de todo el estado de Oregón, y seguramente también de California e Idaho. Nací directamente sobre ese nombre.

Juro que serás el mayor tonto del mundo si crees que una buena cristiana adoptará un nombre como Tee Ah Millatoona. Tú naciste con un nombre, muy bien, yo también nací con uno. Bromden, Mary Louise Bromden.

Y cuando nos traslademos a la ciudad, dice Papá, ese nombre nos será útil para conseguir la cartilla de la Seguridad Social.

El tipo persigue a alguien con una pistola de esas que usan en los astilleros para clavar los remaches, y puede que lo atrape, si se lo propone. Vuelven a aparecérseme esos destellos, relámpagos de color.

Ting. *Tingle, tingle, tangle toes*<sup>1</sup>, ella es muy buena para la pesca, atrapa gallinas, en jaulas las mete... pinzas, tenazas, tres gansos vienen en bandada... uno voló al este, el otro hacia el oeste, sobre el nido del cuco voló éste... F-U-E-R-A es fuera... ahí viene el ganso y a *ti* te lleva.

---

<sup>1</sup> De una vieja canción infantil. (N. del T.)

Mi abuelita cantaba esto, nos pasábamos horas jugando así, sentados junto a los bastidores donde ponían a secar el pescado, mientras espantábamos las moscas. El juego se llamaba *Tingle, Tingle, Tangle Toes*. Yo iba pasando los dedos de mis manos muy abiertas, un dedo por cada sílaba que anunciaba ella.

Tingle, ting-le, tang-le toes (siete dedos) es buena para la pesca (quince dedos, cada vez me golpeaba un dedo con su negra mano de cangrejo y todas mis uñas la miraban con sus caritas ansiosas, cada una con la esperanza de ser la escogida por el ganso).

Me gusta el juego y me gusta la Abuelita. No me gusta la señorita Tingle Tangle Toes, que atrapa gallinas. No me gusta. Me gusta ese ganso que vuela por encima del nido del cuco. Me gusta, y también me gusta la Abuelita con sus arrugas cubiertas de polvo.

La siguiente vez que la vi estaba fría y muerta, en una acera en pleno centro de Los Rápidos, rodeada de camisas de colores, unos cuantos indios, algunos ganaderos, algunos cultivadores. La llevan hasta el cementerio de la ciudad, le echan arcilla roja sobre los ojos.

Recuerdo las tardes calurosas y calladas de tormenta eléctrica cuando los conejos se meten bajo las ruedas de los camiones Diesel.

Joey Pez-en-el-Barril ha conseguido veinte mil dólares y tres Cadillacs desde que se firmó el contrato. Es incapaz de conducir ninguno.

Veo un dado.

Lo veo por dentro, yo estoy en el fondo. Yo soy el plomo, el peso que obliga al dado a echar ese número que destaca sobre mi cabeza. Trucaron el dado para que saliera un as y yo soy el plomo, esos seis bultos que me rodean como blancos almohadones son el reverso del dado, el número seis siempre quedará abajo cuando él tire. ¿Y el otro dado cómo lo han trucado? Apuesto a que también está trucado para que salga un as. Doble as. Emplean dados trucados contra él y yo soy el plomo.

Cuidado, ahí va. Ay, mi señora, la despensa está vacía y la niña necesita zapatos de charol. Ahí voy. ¡Fuui!

Se acobardó.

Agua. Estoy tendido en un charco.

Doble as. Lo atrapó otra vez. Veo ese as ahí, sobre mi cabeza: ya no puede agitar dados helados en el cobertizo del callejón... en Portland.

El callejón es un túnel y está frío porque el sol ya está muy bajo. Déjame... ir a ver a la Abuelita. Por favor, Mamá.

¿Qué es lo que dijo cuando me guiñó el ojo?

Uno voló al este, el otro hacia el oeste.

No me cortes el paso.

Maldita sea, enfermera, no me corte el paso, Paso ¡PASO!

Me toca a mí. *Fuui*. Maldita sea. Mala suerte otra vez. Doble as.

La maestra me ha dicho que eres inteligente, muchacho, llegarás a ser algo...

¿A ser qué, Papá? ¿Un tejedor de alfombras como el Tío-Lobo-Corredor-y-Saltarín? ¿Un cestero? O tal vez otro indio borracho.

Podrías ser dependiente, ¿eres indio, verdad?

Sí, así es.

Bueno, la verdad es que hablas bastante bien.

Psé.

Bueno... tres dólares para empezar.

No se envalentonarían tanto si supieran lo que la *luna* y yo nos traemos entre manos. Ningún maldito indio que se precie...

El que —¿cómo era?— no marca el paso es que oye otro tambor.

Otra vez el doble as. Anda, chico, estos dados *están fríos*.

Después del funeral de la Abuelita, Papá y el Tío-Lobo-Corredor-y-Saltarín y yo la desenterramos. Mamá no quiso acompañarnos; nunca había oído nada parecido. ¡Colgar un cadáver de un *árbol*! Vaya inmundicia.

El Tío-Lobo-Corredor-y-Saltarín y Papá pasaron veinte días en la celda de borrachos de la cárcel de Los Rápidos, jugando al *rummy*, por Profanación de Muertos.

¡Pero ella es nuestra madre, maldita sea!

Eso no cambia las cosas, muchachos. No debisteis desenterrarla. No sé cuándo aprenderéis, demonios de indios. ¿Y dónde está ahora? Será mejor que lo confeséis.

Ah, vete al infierno, cara pálida, dijo el Tío-Lobo-Corredor-y-Saltarín, mientras liaba un cigarrillo. Nunca lo confesaré.

Muy, muy, muy arriba, en las colinas, colgada de lo alto de un pino, busca el viento con su vieja mano, va contando las nubes al compás de la vieja copla: ... tres gansos vienen en bandada...

¿Qué me dijiste cuando me guiñaste el ojo?

Se oye la banda. Mira... el *cielo*, es el Cuatro de Julio.

Los dados se quedan quietos.

Me han aplicado otra vez la máquina... me pregunto...

¿Qué dijo?

... me pregunto cómo se las arregló McMurphy para hacerme crecer.

Dijo Pelotas.

Están ahí fuera: los negros con trajes blancos mean por debajo de la puerta sobre mi cuerpo, ¡luego entrarán y me acusarán de empapar las seis almohadas que tengo debajo! El número seis. Creí que la habitación era un dado. El número uno, el as que veo ahí arriba, el círculo, la *luz* blanca del techo... es lo que he estado viendo... en esta pequeña habitación cuadrada... eso significa que es de noche. ¿Cuántas horas habré estado inconsciente? Hay un poco de niebla, pero no me esconderé tras ella. No... nunca más...

Me levanté, lentamente, con la espalda entumecida. Las almohadas blancas que había en el suelo del Cuarto de Aislamiento estaban empapadas pues me había meado sobre ellas mientras estaba inconsciente. Aún era incapaz de recordarlo todo, pero me froté los ojos con las palmas de las manos e intenté aclararme las ideas. Me esforcé en conseguirlo. Era la primera vez que hacía un esfuerzo por recuperarme.

Avancé dando traspies hasta la redonda ventanilla enrejada de la puerta de la habitación y la golpeé con los nudillos. Vi a un enfermero que se acercaba por el pasillo con una bandeja para mí y comprendí que esta vez los había derrotado.

Algunas veces me había pasado hasta dos semanas deambulando aturdido después de un tratamiento de choc, sumergido en esa bruma

borrosa, confusa, que tanto se parece al final deshilvanado del sueño, esa zona grisácea entre la luz y la oscuridad, o entre el dormir y el caminar o el vivir o el morir, cuando sabemos que ya no estamos inconscientes pero aún no logramos discernir qué día es ni quiénes somos ni de qué sirve volver a todo eso... dos semanas así. Si uno no tiene un motivo que le impulse a despertarse puede pasarse largo tiempo vagabundeando por esa zona gris, pero descubrí, que si de verdad se desea, es posible salir inmediatamente de ella con un esfuerzo. En esta ocasión luché y conseguí salir en menos de un día, menos que nunca.

Y cuando por fin se disipó la niebla en mi cabeza, me produjo la misma impresión que si acabara de emerger de una larga, profunda zambullida, como si hubiera rasgado la superficie del agua después de permanecer sumergido durante un siglo. Fue el último tratamiento que me aplicaron.

A McMurphy le aplicaron tres electrochocs más esa semana. En cuanto comenzaba a emerger de uno, en cuanto recuperaba su guiño, aparecía la señorita Ratched con el doctor y le preguntaban si estaba dispuesto a mostrarse sensato, enfrentarse con su problema y regresar a la galería para un tratamiento. Y él se hinchaba, consciente de que todos los rostros de la galería de Perturbados estaban pendientes de sus palabras, y esperaba, y le decía a la enfermera que lamentaba no tener más que una vida que ofrecer a su país y que ni besándole el culo conseguiría hacerle abandonar el maldito buque. *¡Noo!*

Luego se ponía en pie y hacía un par de reverencias en dirección a los muchachos que le sonreían, mientras la enfermera acompañaba al doctor a la casilla para telefonar al Edificio Principal autorizando un nuevo tratamiento.

Una vez, cuando la enfermera se disponía a marcharse, la agarró por detrás y le dio un pellizco que tino su rostro de un rojo tan intenso como el cabello de McMurphy. Creo que de no haber estado presente el doctor, sonriendo también para sus adentros, la enfermera le habría dado un bofetón.

Intenté convencerle de que le siguiera la corriente para escapar a los electrochocs, pero se limitó a reír y me dijo: Qué diablos, si sólo le recargaban la batería, y gratis.

—Cuando salga de aquí, la primera mujer que se enfrente con McMurphy el Rojo, el psicópata de diez mil watios, se encenderá como una máquina tragaperras y escupirá dólares de plata. No, no me asusta su ridículo cargador de batería.

Insistía en que no le hacía daño. Incluso se negaba a tomar sus cápsulas. Cada vez que el altavoz anunciaba que no debía desayunar y que comenzara a prepararse para ir al Edificio Número Uno, se le contraían los músculos de la quijada, se le iba el color de la cara y adquiría una expresión débil y asustada: el mismo rostro que había visto reflejado en el parabrisas cuando regresábamos de la costa.

Dejé la galería de Perturbados para regresar a la nuestra al cabo de una semana. Quería decirle un montón de cosas antes de partir, pero acababa de regresar de la sala de chocs y estaba sentado con los ojos fijos en la pelota de ping-pong como si los tuviera conectados a ella con un alambre. El enfermero de color y el rubio me llevaron abajo, me condujeron hasta nuestra galería y echaron la llave tras de mí. La galería me pareció terriblemente silenciosa después de la de Perturbados. Entré en la sala de estar y, por algún motivo, me detuve en la puerta; todos se volvieron hacia mí con una mirada distinta de las que solían echarme antes. Sus rostros se iluminaron como si estuvieran contemplando las luces de un escenario de feria.

—Y aquí, ante sus ojos —voceó Harding—, ¡...el *salvaje* que le rompió el brazo... al negro! Mírenlo bien.

Les devolví la sonrisa, mientras pensaba en cómo se debió sentir McMurphy todos aquellos meses con esas caras chillonas mirándole de ese modo.

Todos los chicos se acercaron y querían que les explicase todo lo ocurrido; ¿qué tal se las estaba arreglando él allí arriba? ¿Qué hacía? ¿Era cierto lo que se murmuraba en el gimnasio, que le habían estado sometiendo a tratamientos diarios de electrochoc y que le resbalaban como si fuesen agua, que se dedicaba a hacer apuestas con los técnicos a ver cuánto rato conseguiría mantener abiertos los ojos después de que le tocasen los polos?

Les expliqué todo lo que sabía y nadie pareció darle importancia al hecho de que de pronto estuviera hablando con la gente... un tipo al que habían dado por sordomudo desde que le conocían y ahora hablaba y escuchaba como todo el mundo. Les dije que todo lo que habían oído

era cierto y añadí un par de anécdotas de mi propia cosecha. Rieron tanto al oír algunas de las cosas que le había dicho a la enfermera que los dos Vegetales también sonrieron bajo sus sábanas húmedas, en el lado de los Crónicos, y se unieron a las risas, como si pudieran comprenderlo.

Cuando la enfermera en la reunión de grupo del día siguiente trajo a colación el tema del paciente McMurphy y comentó que, por algún motivo fuera de lo corriente, no parecía responder en absoluto al tratamiento de electrochoc y que tal vez fuera preciso recurrir a medios más drásticos para conseguir establecer contacto con él, Harding dijo:

—Es posible que tenga razón, señorita Ratched, sí... pero por lo que me han contado de sus relaciones con McMurphy ahí arriba, no ha tenido ningún problema para establecer contacto con usted.

Quedó tan desconcertada y confundida al advertir que todos se estaban burlando de ella, que no volvió a mencionar el asunto.

Comprendió que McMurphy se había crecido más que nunca desde que estaba allí arriba, donde los chicos no podían ver la mella que estaban haciendo en él, que estaba empezando a convertirse casi en una leyenda. Es imposible descubrir las flaquezas de un hombre al que no se ve, decidió, y comenzó a urdir planes para volverle a traer a nuestra galería. Suponía que entonces los hombres podrían ver con sus propios ojos que McMurphy podía ser tan vulnerable como cualquier otro. No podría continuar representando su papel de héroe mientras permaneciera todo el día sentado en la sala de estar, sumido en el estupor del choc.

Los muchachos lo previeron y también comprendieron que, mientras lo tuviera en la galería expuesto a sus miradas, la enfermera le aplicaría un electrochoc en cuanto consiguiera recuperarse del anterior. En vista de lo cual, Harding, Scanlon, Fredrickson y yo discutimos la manera de convencerle de que lo mejor para todos sería que huyese del hospital. Y el sábado, cuando lo devolvieron a la galería —entró en la sala de estar como un boxeador en el ring, con las manos unidas sobre la cabeza y anunciando que había vuelto el campeón— ya teníamos trazado nuestro plan. Esperaríamos a que anocheciera, le prenderíamos fuego a un colchón y, cuando vinieran los bomberos, le haríamos salir rápidamente por la puerta. Parecía un plan tan estupendo que no veíamos cómo podría negarse.



Pero no habíamos pensado en que ése era el día en que había quedado en que haría entrar a la chica, Candy, para una entrevista secreta con Billy.

Lo trajeron a la galería sobre las diez de la mañana.

—En plena forma, amigos; me revisaron las bujías y me limpiaron los platinos y estoy reluciente como la mecha de un Modelo T. ¿Nunca usasteis uno de esos cohetes la víspera de Todos los Santos? ¡Zam! Un inocente y divertido pasatiempo.

Y comenzó a pavonearse por la galería, más fuerte que nunca; volcó un cubo de agua sucia por debajo de la puerta de la Casilla de las Enfermeras, depositó un trocito de mantequilla en la punta de los zapatos de cuero blanco del negro bajito, sin que éste lo advirtiera, y estuvo tragándose la risa durante toda la comida, mientras la mantequilla se iba derritiendo hasta dejar una mancha de un color que Harding describió como «un atractivo amarillo»; más fuerte que nunca, y cada vez que pasaba cerca de una estudiante de enfermera, ésta daba un grito, ponía los ojos en blanco y se alejaba a paso rápido por el pasillo, con una mano en la nalga.

Le expusimos nuestro plan de fuga, pero nos dijo que no había prisa y nos recordó la cita de Billy.

—No podemos defraudar al pobre Billy ¿no os parece, amigos? No ahora que está a punto de conseguir el gran premio. Y esta noche nos pegaremos una linda juerga si todo sale bien; digamos que será mi fiesta de despedida.

La Gran Enfermera estaba de turno ese fin de semana —no quería perderse el regreso de McMurphy— y decidió que debíamos celebrar una reunión para aclarar algunas cosas. En la reunión intentó plantear una vez más su sugerencia de una medida drástica e insistió en que el doctor debía considerar esa posibilidad «antes de que fuera demasiado tarde para ayudar al paciente». Pero McMurphy se había convertido en tal torbellino de guiños y bostezos y eructos mientras ella hablaba, que por fin optó por callar y, cuando así lo hizo, él provocó ataques de risa al doctor y a todos los pacientes al manifestar su conformidad con todo lo que acababa de exponer la enfermera.

—Sabe que tal vez tenga razón, doctor; mire qué bien me han sentado esos pocos roñosos voltios. A lo mejor si *doblan* la potencia

podré sintonizar el canal ocho, como Martini; estoy harto de permanecer tendido en la cama alucinando sólo el canal cuatro con las noticias y el pronóstico del tiempo.

La enfermera carraspeó e intentó recuperar el control de la reunión.

—Yo no estaba sugiriendo que considerásemos nuevos tratamientos de choc, señor McMurphy.

— ¿Señora?

—Lo que sugería era que... considerásemos una posible operación. Algo muy simple, en realidad. Y contamos con algunos éxitos en este campo, en otras ocasiones conseguimos eliminar las tendencias agresivas en algunos casos hostiles...

— ¿Hostiles? Pero, señora, si soy manso como un corderito. Hace casi dos semanas que no le sacudo el alquitrán a ningún enfermero. No hay motivo para empezar a extirpar nada ¿no les parece?

Ella mantuvo la sonrisa, como si le rogara que comprendiese su simpatía por él.

—Randle, no es cuestión de extir...

—Además —prosiguió él—, no le serviría de nada cortármelos; tengo otro par en la mesita de noche.

—¿Otro... par?

—Uno es del tamaño de una pelota de baloncesto, doctor.

— ¡Señor McMurphy!

Su sonrisa se rompió en mil pedazos cuando comprendió que se estaba burlando de ella.

—Pero el otro tiene unas dimensiones que podrían considerarse normales.

Siguió charlando de este modo hasta que llegó la hora de acostarnos. A estas alturas en la galería ya empezaba a respirarse un ambiente jovial, de fiesta mayor, mientras los hombres comentaban en voz baja la posibilidad de celebrar una fiesta si la chica traía alcohol. Todos intentaban atraer la atención de Billy y le guiñaban el ojo y le sonreían cada vez que se volvía. Y cuando formamos la fila para recibir los medicamentos, McMurphy se acercó y le preguntó a la enfermera del crucifijo y la mancha de nacimiento si podía darle un par de

vitaminas. Ella le miró sorprendida, le respondió por qué no y le dio unas pastillas del tamaño de huevos de pajarito. Él se las guardó en el bolsillo.

—¿No va a tomárselas? —preguntó ella.

—¿Yo? No, válgame Dios, yo no necesito vitaminas. Se las he pedido para mi amigo Billy. Últimamente le veo un poco decaído... debe ser anemia.

—Entonces... ¿por qué no se las da a Billy?

—Lo haré, preciosa, lo haré, pero creo que esperaré hasta medianoche que es cuando le harán verdadera falta... —y se alejó en dirección al dormitorio con un brazo en torno al cuello ruborizado de Billy, haciéndole un guiño a Harding y hundiéndome un dedo en las costillas al pasar, y la enfermera se quedó con los ojos desorbitados, vertiéndose el agua de la jarra sobre un pie.

Es preciso conocer a Billy Bibbit: pese a tener el rostro surcado de arrugas y algunas canas, sigue pareciendo un chiquillo —igual que uno de esos pílles de prominentes orejas, cara pecosa y dientes de conejo que se pasean silbando descalzos por los calendarios—, y sin embargo no era así, en absoluto. Al verlo de pie junto a alguno de los otros, siempre sorprendía comprobar que era tan alto como el que más y que, mirándolo bien, no tenía grandes orejas ni pecas ni dientes de conejo y que, en realidad, debía tener unos treinta y pico de años.

Sólo una vez le oí decir su edad, lo escuché de lejos, cuando hablaba con su madre en el vestíbulo. Ella era recepcionista en el hospital, una mujer fornida, entrada en carnes, cuyos cabellos pasaban del rubio, al azul, al negro y otra vez al rubio, cada pocos meses, una vecina de la Gran Enfermera, según había oído, y una buena amiga. Siempre que nos dirigíamos a alguna actividad, Billy tenía que detenerse un momento y ofrecerle una mejilla encarnada para que ella pudiera estamparle un beso por encima del mostrador. Los demás nos sentíamos tan incómodos como Billy, y éste es el motivo de que nadie hiciera bromas al respecto, ni siquiera McMurphy.

Una tarde, ya no recuerdo cuánto tiempo hace de eso, nos detuvimos en el vestíbulo, camino de las actividades, y nos distribuimos por los sofás de plástico o afuera, bajo el sol de las dos, mientras uno de los negros telefoneaba a su corredor de apuestas, y la

madre de Billy aprovechó la ocasión para dejar su trabajo y llevárselo fuera sobre la hierba, muy cerca de donde estaba sentado yo. Se sentó muy tiesa sobre el césped, con el traje muy apretado, estiró las piernas gordezuelas, enfundadas en medias que me recordaron el color de la tripa de los embutidos, y Billy se tendió a su lado, apoyó la cabeza en su regazo y dejó que ella le acariciara la oreja con un vilano de diente de león. Billy hablaba de buscarse una esposa y de ir algún día a la universidad. Su madre le hacía cosquillas con el vilano y se reía de esas tonterías.

—Pero, cariño, aún te queda mucho tiempo para pensar en eso. Tienes toda una vida por delante.

—Madre, ¡tengo t-t-t-treinta años!

Ella se rió y le hurgó la oreja con la semilla.

— *Cariño*, ¿parezco acaso la madre de un hombre de mediana edad?

Arrugó la nariz y frunció los labios ante sus ojos y emitió un sonido como de beso húmedo con la lengua, y yo tuve que reconocer que no parecía ni tan solo una madre. Yo mismo no creí que podía tener treinta y un años hasta que, en otra ocasión, me acerqué lo suficiente y conseguí descifrar la fecha de nacimiento que llevaba grabada en la pulsera.

A medianoche, cuando Geever, el otro negro y la enfermera terminaron su turno, y el viejo de color, el señor Turkle, comenzó su guardia, McMurphy y Billy ya estaban levantados, tomando vitaminas, supuse. Salté de la cama, me eché una bata encima y me dirigí a la sala de estar, donde ya estaban charlando con el señor Turkle. Harding, Scanlon, Sefelt y algunos otros también fueron apareciendo. McMurphy le explicaba al señor Turkle lo que debía hacer si venía la chica; en realidad se lo recordaba, pues al parecer ya lo habían discutido todo de antemano un par de semanas atrás. McMurphy dijo que lo mejor era dejar entrar a la chica por la *ventana*, en vez de correr el riesgo de hacerla atravesar el vestíbulo, donde podría estar la supervisora de noche. Y que luego debía abrir el Cuarto de Aislamiento. Sí, ¿no os parece que será un buen nido para los tórtolos? Perfectamente aislado. («Ahhh, McM-m-m-murphy», no paraba de tartamudear Billy.) Y no encender las luces. Así la supervisora no podría ver nada desde fuera. Y cerrar las puertas del dormitorio y no

despertar a todos los Crónicos babeantes del lugar. Y no hacer *ruido*; no debemos molestarles.

—Ah, vamos, M-M-Mac —dijo Billy.

El señor Turkle asentía y bamboleaba la cabeza, como si estuviera medio dormido. Cuando McMurphy dijo: —Supongo que eso es más o menos todo—, el señor Turkle replicó: —No... no del todo—, y se quedó sonriendo, con los ojos fijos en su blanco uniforme y la calva cabeza amarillenta flotando en el extremo del cuello, como un globo atado a un palito.

—Vamos, Turkle. No se arrepentirá. Traerá un par de botellas.

—Eso, eso —dijo el señor Turkle.

Su cabeza se balanceaba de un lado a otro. Parecía costarle un gran esfuerzo mantenerse despierto. Había oído decir que tenía otro empleo durante el día, en un hipódromo. McMurphy se volvió hacia Billy.

—Turkle quiere sacarse algo más, Billy. ¿Cuánto pagarías por no perderte tu pastel?

Antes de que Billy consiguiera dejar de tartamudear para responder, el señor Turkle meneó la cabeza.

—No es *eso*. No quiero dinero. Esa preciosidad traerá algo más que una botella ¿no es verdad? Vosotros os partiréis algo más que una botella ¿no?

Lanzó una sonrisa a los rostros que le rodeaban.

Billy casi explotó en su esfuerzo por tartamudear algo de que no Candy, ¡no *su* chica! McMurphy se lo llevó a un lado y le dijo que no debía preocuparse por la castidad de *su* chica... lo más probable era que para cuando Billy acabase ese viejo tonto estaría tan borracho y dormido que no conseguiría meter una zanahoria en un barreño.

La chica se retrasó otra vez. Nos sentamos en la sala de estar, en bata, y escuchamos cómo McMurphy y el señor Turkle contaban anécdotas del Ejército mientras se pasaban un cigarrillo del señor Turkle, que fumaba de un modo curioso, reteniendo el humo hasta que se le saltaban los ojos. En cierto momento, Harding preguntó qué clase de cigarrillo era ése con un olor tan provocativo y el señor Turkle dijo en voz alta procurando retener el humo:

—Sólo un cigarrillo cualquiera. Ji, ji, sí. ¿Quieres probar un poco?

Billy empezaba a ponerse nervioso, temeroso de que tal vez la chica no se presentase, temeroso de que pudiera presentarse. No paraba de preguntarnos por qué no nos íbamos a acostar en vez de quedarnos sentados en la oscuridad como perros al acecho de algún resto de comida de la cocina, y nosotros sólo le sonreíamos. Nadie tenía ganas de acostarse; no hacía nada de frío y resultaba agradable relajarse en la penumbra y escuchar los relatos de McMurphy y el señor Turkle. Nadie parecía tener sueño y ni siquiera parecía preocuparnos que ya fuesen más de las dos y la chica aún no hubiera aparecido. Turkle sugirió que tal vez se estaba retrasando tanto porque la galería estaba tan oscura que no lograba *distinguir* cuál era, y McMurphy dijo que era evidente, así que los dos empezaron a recorrer los pasillos y encendieron todas las luces del lugar, incluso estaban a punto de encender las grandes luces del dormitorio, que hacen las veces de despertador, cuando Harding les explicó que eso sólo conseguiría despertar a los demás, que luego querrían compartirlo todo. Aceptaron este argumento y en vez de ello encendieron todas las luces del despacho del doctor.

Apenas habían terminado de iluminar la galería como si fuese pleno día cuando se oyó un golpecito en la ventana. McMurphy acudió corriendo y apretó la cara contra el cristal, protegiéndose los ojos con las manos para poder ver. Se apartó y nos sonrió.

—Está preciosa, en la oscuridad —dijo. Cogió a Billy por la muñeca y lo arrastró hacia la ventana—. Déjela entrar, Turkle. Deje que este semental embravecido se lance sobre ella.

—Un momento, McM-M-M-M-M-Murphy, espera.

Billy se resistía como una mula.

—Nada de mamamamamurphys, Billy. Es demasiado tarde para echarse atrás. Tendrás que apechugar. ¿Sabes una cosa? Te apuesto cinco dólares a que dejas pasmada a esa mujer; ¿conforme? Abra la ventana, Turkle.

Dos chicas aparecieron en la oscuridad, Candy y la otra que no se había presentado el día de la excursión.

—Caramba —exclamó Turkle, mientras las ayudaba a saltar — habrá bastante para todos.

Todos queríamos echarles una mano: tuvieron que levantarse hasta arriba las faldas estrechas, para poder saltar por la ventana. Candy dijo: —Maldito McMurphy— y se lanzó a abrazarle con tanta fuerza que casi rompió las botellas que sostenía en las manos. Agitaba mucho las manos y el pelo empezaba a desprendérsele del moño que lucía en lo alto de la cabeza. Pensé que estaba mejor con la cola de caballo que llevaba el día de la excursión. Apuntó la botella en dirección a la otra chica que en ese momento entraba por la ventana.

—También ha venido Sandy. Acaba de dejar plantado a ese maníaco de Beaverton con quien se casó; ¿no es increíble?

La chica saltó de la ventana y besó a McMurphy y dijo: —Hola, Mac. Siento haberte dejado plantado. Pero eso ya pasó. Llega un momento en que una se harta de bromitas de ratoncitos blancos en la almohada y gusanos en la crema de belleza y ranas en los sostenes—. Movié la cabeza y se pasó la mano por los ojos como si quisiera borrar el recuerdo del amigo de los animales. —Jesús, qué maníaco.

Las dos llevaban falda y jersey y medias de nylon y los pies descalzos, las dos tenían las mejillas encendidas y se reían.

—Tuvimos que pararnos a preguntar el camino miles de veces —explicó Candy—, en cada bar que encontrábamos.

Sandy nos fue mirando uno por uno con los ojos muy abiertos.

—Huuu, Candy, ¿estamos dentro? ¿Será verdad? ¿Estamos en un manicomio? ¡Vaya!

Era más alta que Candy y debía tener unos cinco años más, y había intentado peinar su cabello color bayo en un artístico moño en la nuca, pero algunas mechass se habían desprendido y le enmarcaban los anchos pómulos de niña criada con leche y parecía más bien una vaqueriza que intentase dárselas de gran dama. Tenía los hombros, los senos y las caderas demasiado anchos y su sonrisa era demasiado franca y abierta para poder considerarla hermosa, pero era bonita, se la veía sana y llevaba colgada de un largo dedo el asa de una garrafa de vino tinto que balanceaba como si fuese un bolso.

—Candy, ¿cómo, cómo, cómo es posible que nos ocurran estas cosas?

Eché una segunda mirada general, y luego se detuvo con los pies descalzos muy separados, y soltó una risita.

—Estas cosas no ocurren —explicó solemnemente Harding, dirigiéndose a la chica—. Estas cosas son fantasías que uno imagina cuando yace despierto por las noches y luego no se atreve a contárselas al analista. En *realidad* no estás aquí. Este vino no es verdadero; *nada* de todo esto existe. Ahora, ya podemos empezar.

—Hola, Billy —dijo Candy.

—Fijaos en eso —dijo Turkle.

Candy le tendió desmañadamente una botella a Billy.

—Te he traído un regalo.

— ¡Estas cosas son fantasías como las del Thorne Smith<sup>1</sup>! — declaró Harding.

— ¡Cielos! —exclamó la chica llamada Sandy—. ¿Dónde nos hemos metido?

—Ssst —dijo Scanlon y miró preocupado a su alrededor—. Despertará a todos los demás, si habla tan alto.

—¿Qué te pasa, tacaño? —dijo Sandy burlona, mientras reanudaba otra vez su inspección—. ¿Tienes miedo de que no haya bastante para todos?

—Sandy, debí adivinar que traerías ese horrible vino barato.

— ¡Cielos! —Sandy interrumpió su inspección para observarme—. Me gusta éste, Candy. Todo un Goliat...

El señor Turkle dijo: «Caramba», y echó el cerrojo de la ventana, y Sandy volvió a repetir: «Cielos». Todos nos habíamos reunido en un grupito desmañado en el centro de la sala de estar, nos dábamos empujoncitos y decíamos cualquier cosa, por la simple razón de que nadie sabía aún qué hacer —nunca habíamos estado en una situación parecida— y no sé cuándo hubiera acabado ese excitado e incómodo parloteo, salpicado de risitas y evoluciones por la sala de estar, si no hubiéramos oído tintinear la puerta de la galería bajo el toque de una llave que la abrió de par en par, en el otro extremo del pasillo... todos nos sobresaltamos como si hubiera sonado una alarma.

— ¡Oh, Dios mío! —dijo el señor Turkle, llevándose la mano a la calva—, es la supervisora, ha venido a despedirme de una patada.

---

<sup>1</sup> Un conocido atlas. (N. del T.)



Todos corrimos a escondernos en el lavabo, apagamos la luz y permanecemos en la oscuridad, alertas a los suspiros de los demás. Oíamos a la supervisora que recorría la galería y llamaba al señor Turkle con un fuerte susurro algo asustado. Su voz sonaba dulce y preocupada y subía de tono la última sílaba cada vez que gritaba:

— ¿Señor Tur-kell? ¿Señor Tur-kell?

— ¿Dónde demonios está? —murmuró McMurphy—. ¿Por qué no le contesta?

—No te preocupes —dijo Scanlon—. No mirará en el urinario.

—¿Pero, por qué no le contesta? A lo mejor está demasiado drogado.

—Pero, ¿qué dices? No me drogo con un petardito como ése.

Era la voz del señor Turkle desde algún rincón del lavabo.

—Cielos, Turkle ¿qué hace aquí? —McMurphy intentaba hablar con severidad, esforzándose al mismo tiempo en no soltar una carcajada—. Salga a ver qué quiere. ¿Qué pensará si no le encuentra?

—Nuestro fin está próximo —dijo Harding y se sentó—. Alá, ten piedad de nosotros.

Turkle abrió la puerta, salió sin hacer ruido y fue a su encuentro por el pasillo. La supervisora había venido a averiguar qué significaban todas aquellas luces encendidas. ¿Por qué había tenido que encender todas las lámparas de la galería sin olvidarse ni una? Turkle replicó que no todas estaban encendidas; que las luces del dormitorio estaban apagadas y también las del retrete. Ella dijo que eso no explicaba que lo estuvieran las demás; ¿qué motivo podía haber para encender tantas luces? Turkle no supo qué responder a esto y se produjo una larga pausa en la que sólo se oyó el rumor de la botella que pasaba de mano en mano en la oscuridad. Ella volvió a repetir la pregunta en el pasillo y Turkle le explicó que, bueno, que sólo estaba haciendo limpieza, pasando revista a todas las zonas. Ella quiso saber por qué, entonces, estaba a oscuras el lavabo, el único lugar que tenía el deber expreso de limpiar. Y la botella hizo otra ronda mientras esperábamos a ver qué respondería. Me llegó el turno y bebí un trago. Lo necesitaba. Desde allí podía oír a Turkle tragar saliva en el pasillo y deshacerse en mmmms y ahhhhs en busca de algo que decir.

—Está drogado —siseó McMurphy—. Alguien tendrá que salir a echarle una mano.

Oí que alguien tiraba de la cadena del excusado y se abrió la puerta y el haz de luz del pasillo atrapó a Harding que salía, subiéndose los pantalones del pijama. Oí el sonido entrecortado que emitió la supervisora al verle y él le dijo que por favor le excusara, pero no la había visto en la oscuridad.

—No está oscuro.

—En el lavabo, quiero decir. Siempre apago la luz para facilitar la evacuación. Esos espejos, comprende; cuando la luz está encendida, los espejos parecen observarme como jueces dispuestos a darme un castigo si algo no sale bien.

—Pero el enfermero Turkle dijo que estaba limpiando ahí dentro...

—Y lo hizo muy bien, por cierto... si se tienen en cuenta las limitaciones que supone trabajar en la oscuridad. ¿Quiere echar un vistazo?

Harding abrió ligeramente la puerta y un rayito de luz se proyectó sobre las baldosas del retrete. Capté una fugaz imagen de la supervisora que retrocedía y explicaba que no podía aceptar su invitación pues debía continuar la inspección. Oí otra vez la cerradura de la puerta en el otro extremo del pasillo, y a ella que se marchaba de la galería. Harding le gritó que volviera a visitarnos pronto y todos salimos corriendo y le estrechamos la mano y le palmeamos la espalda felicitándole por lo bien que se la había quitado de encima.

Nos quedamos en el pasillo y volvimos a pasarnos el vino.

Sefelt dijo que le gustaría probar el vodka si podían mezclarlo con algo. Le preguntó al señor Turkle si en la galería no había nada y éste respondió que sólo agua. Fredrickson preguntó: ¿y si le pusiéramos jarabe para la tos?

—A veces me dan un poco, de un gran frasco que tienen en el cuartito de las medicinas. No sabe mal. ¿Tiene la llave de ese cuarto, Turkle?

Turkle dijo que, por las noches, la única que tenía la llave de las medicinas era la supervisora, pero McMurphy le convenció de que nos dejara probar la cerradura. Turkle sonrió y asintió lánguidamente.

Mientras él y McMurphy se afanaban intentando abrir la cerradura con clips sujetapapeles, las chicas y todos los demás nos metimos en la Casilla de las Enfermeras y empezamos a abrir los dossiers y a leer las historias clínicas.

—Fijaos —dijo Scanlon—, y agitó una de aquellas carpetas. Esto sí que es un informe completo. Si hasta tienen mi libro de notas del primer curso. Aaah, unas notas terribles, simplemente terribles.

Billy y su chica repasaron su dossier. Ella se apartó un poco para mirarle.

—¿Todas estas cosas, Billy? ¿Frénico no sé qué y pático no sé cuántos? No parece que tengas todas estas cosas.

La otra chica había abierto un cajón de material y manifestaba sus recelos respecto a para qué necesitaban las enfermeras *todas* esas bolsas de agua caliente, millones de ellas, y Harding, sentado junto a la mesa de trabajo de la Gran Enfermera, movía la cabeza pensativo.

McMurphy y Turkle consiguieron abrir la puerta del cuartito de las medicinas y sacaron de la nevera una botella de un denso líquido color cereza. McMurphy acercó la botella a la luz y leyó la etiqueta en voz alta.

—Sabor artificial, colorantes, ácido cítrico. Setenta por ciento de materias inertes —eso debe ser agua— y veinte por ciento de alcohol —fantástico— y diez por ciento de codeína, Atención Narcótico Puede ser Adictivo.

Destapó la botella y paladeó un poco, con los ojos cerrados. Se pasó la lengua por los dientes, tomó otro trago y volvió a leer la etiqueta.

—En fin —dijo, y rechinó los dientes como si acabaran de afilárselos—, si lo aclaramos con un poco de vodka, creo que no estará mal. ¿Cómo estamos de cubitos, Turkle, muchacho?

Después de mezclarlo con el licor y el vino, en vasitos de papel, el jarabe sabía a fresco para niños pero con la fuerza del licor de cacto que solíamos tomar en Los Rápidos, frío y suave en la garganta y ardiente y furioso cuando llegaba más abajo. Apagamos las luces de la sala de estar y nos sentamos a beber. Nos tomamos el primer par de copas como si estuviéramos tragando una medicina, en graves y silenciosos sorbos y mirándonos unos a otros para ver si alguno caía

fulminado. McMurphy y Turkle iban alternando la bebida con los cigarrillos de Turkle y empezaron a reír otra vez y a comentar cómo resultaría en la cama la enfermera de la marca de nacimiento.

—Yo tendría miedo —dijo Turkle— de que se le ocurriera golpearme con la enorme cruz que lleva colgada. ¿No sería terrible?

—Lo que a mí me preocuparía —dijo McMurphy— es que, en el momento que empezara a correrme, ¡me metiera mano por detrás con el termómetro y me tomara la temperatura!

Esto provocó una carcajada general. Harding interrumpió las risas un momento para añadir también la suya.

—Peor aún —dijo—. Que se quedara tendida debajo muy quieta con una expresión de terrible concentración en la cara, y luego anunciara —¿qué os parece ésta?— ¡el número *de pulsaciones* por minuto!

—Oh, no... qué horror...

—Peor aún, que se quedara quieta y consiguiera calcular el pulso y la temperatura: ¡sin instrumentos!

—Oh, oh, no, por favor...

Nos reímos hasta rodar entre los sofás y las sillas, jadeantes y con los ojos llenos de lágrimas. La risa había debilitado tanto a las chicas que no consiguieron levantarse hasta el segundo o tercer intento.

—Tengo que... hacer un pis —dijo la más alta y se encaminó al lavabo toda risitas y ademanos pero se equivocó de puerta y se metió en el dormitorio mientras todos nos llevábamos los dedos a los labios pidiendo silencio, hasta que dio un chillido y oímos el bramido del viejo coronel Matterson, «La almohada es... ¡un *caballo!*», y el coronel salió del dormitorio pisándole los talones a la chica con su silla de ruedas.

Sefelt condujo al coronel de vuelta al dormitorio y le enseñó personalmente el lavabo a la chica, le explicó que, en general, sólo lo usaban los hombres, pero que él vigilaría la puerta y no dejaría entrar a nadie mientras ella hacía sus necesidades, la defendería de cualquier intruso, vaya por Dios. Ella se lo agradeció con solemnes palabras y le estrechó la mano y se hicieron una reverencia, y mientras la chica estaba dentro, el coronel volvió a emerger del dormitorio con su silla de ruedas, y a Sefelt le costó lo suyo impedirle la entrada en el retrete.

Cuando la chica apareció en la puerta, Sefelt intentaba repeler las embestidas de la silla de ruedas con el pie, mientras todos nos manteníamos al margen del alboroto y animábamos a uno u otro contrincante. La chica ayudó a Sefelt a acostar al coronel y luego los dos recorrieron el pasillo valsando al compás de una música que nadie podía oír.

Harding bebía, observaba y movía la cabeza.

—No es real. Es una coproducción de Kafka, Mark Twain y Martini.

McMurphy y Turkle empezaron a preocuparse de que tal vez aún hubiera demasiadas luces encendidas y se pusieron a recorrer el pasillo apagando todo lo que brillaba, incluso las pequeñas luces de noche situadas a la altura de la rodilla, hasta que el lugar quedó oscuro como una boca de lobo. Turkle sacó linternas y jugamos a corre que te pillo por el pasillo con sillas de ruedas que sacamos del almacén y lo pasamos en grande, hasta que de pronto oímos los gritos de Sefelt, en plena convulsión, y cuando acudimos lo encontramos tendido y retorciéndose junto a la chica alta, Sandy. Ella estaba sentada en el suelo y se alisaba la falda mientras miraba a Sefelt.

—Nunca había tenido una experiencia igual —dijo con mudo respeto.

Fredrickson se arrodilló junto a su amigo, le metió una billetera entre los dientes para que no se mordiera la lengua y le ayudó a abrocharse los pantalones.

—¿Estás bien, Seef? ¿Seef?

Sefelt no abrió los ojos, pero alzó una mano inerte y retiró la billetera de su boca. Sonrió entre las babas.

—Estoy bien —dijo—. Dame la medicina y suéltame sobre ella otra vez.

—¿De verdad quieres tomar la medicina, Seef?

—Medicina.

—Medicina —gritó Fredrickson por encima del hombro, aún de rodillas.

—Medicina —repitió Harding y salió rumbo al botiquín con su linterna. Sandy lo miró con ojos vidriosos. Estaba sentada junto a Sefelt y le acariciaba la cabeza, llena de admiración.

—Tal vez también deberías traer algo para mí —le gritó con voz ebria a Harding que ya se alejaba—. Nunca había tenido una experiencia ni siquiera *parecida*.

Oímos ruido de cristal roto al final del pasillo y Harding regresó con dos puñados de pastillas; las esparció sobre Sefelt y la mujer como si estuviera echando tierra sobre una tumba. Levantó la mirada al techo.

—Dios todo misericordioso, acepta a estos dos pecadores en tu seno. Y no cierres la puerta que pronto llegaremos todo el resto, porque éste es el fin, el absoluto, irrevocable, fantástico fin. Por fin he comprendido lo que está sucediendo. Es nuestra última cana al aire. Estamos definitivamente condenados. Tendremos que armarnos de todo nuestro valor y afrontar el destino que nos aguarda. Todos seremos fusilados al amanecer. Cien centímetros cúbicos por cabeza. La señorita Ratched nos pondrá en fila contra la pared, todos deberemos hacer frente a la boca de un fusil que ella habrá cargado con ¡Miltowns! ¡Toracinas! ¡Libriums! ¡Stelacinas! ¡Bajará la espada y *bluuuf!* Nos tranquilizará hasta mandarnos a mejor vida.

Se desplomó contra la pared y se fue deslizando hasta el suelo, esparciendo pastillas en todas direcciones, cual escarabajos rojos, verdes y anaranjados.

—Amén —dijo, y cerró los ojos.

La chica que estaba en el suelo se arregló la falda sobre las largas y hacendosas piernas y miró a Sefelt que seguía sonriendo y temblando a su lado, bajo las luces, y dijo:

—En toda mi vida no había tenido una experiencia que pudiera ni compararse.

Aún sin despejarlos por completo, el discurso de Harding al menos les hizo comprender la gravedad de lo que estábamos haciendo. La noche iba avanzando y era preciso pensar un poco en lo que ocurriría cuando llegase el personal por la mañana. Billy Bibbit y su chica comentaron que eran más de las cuatro y que, si les parecía bien, si nadie se oponía, deseaban que el señor Turkle les abriera el Cuarto

de Aislamiento. Salieron bajo un arco de linternas y los demás nos fuimos a la sala de estar a discutir cómo podíamos organizar la limpieza. Cuando volvió del Cuarto de Aislamiento, Turkle estaba prácticamente ido y tuvimos que conducirlo a la sala de estar en una silla de ruedas.

Mientras avanzaba tras ellos, de pronto me sorprendió comprobar que estaba borracho, completamente borracho, alegre, sonriente y tambaleante, era la primera vez que me emborrachaba desde que dejé el Ejército, me había emborrachado con otra media docena de compinches y un par de chicas... ¡en la mismísima galería de la Gran Enfermera! ¡Todos estábamos borrachos y corríamos, saltábamos y bromeábamos con las mujeres en el propio centro del bastión más poderoso del Tinglado! Rememoré toda esa noche, y lo que habíamos estado haciendo, y casi resultaba imposible creerlo. Tuve que repetirme una y otra vez que *de verdad* había ocurrido, que nosotros habíamos hecho que sucediera. Habíamos abierto la ventana para dejar entrar el aire fresco. Era posible que el Tinglado no fuese todopoderoso. ¿Qué podía impedirnos volver a hacerlo, ahora que sabíamos que era posible? ¿Qué podía impedirnos hacer otras cosas que nos vinieran en gana? La idea me gustó tanto que solté un alarido y me arrojé sobre McMurphy y la chica, Sandy, que caminaban delante de mí, y los levanté en vilo, uno en cada brazo, y corrí hasta la sala de estar, mientras ellos chillaban y se debatían como Quiroz. Tal era mi alegría.

El coronel Matterson volvió a levantarse con los ojos relucientes y lleno de teorías y Scanlon lo condujo nuevamente a la cama. Sefelt, Martini y Fredrickson dijeron que ellos también se retiraban. McMurphy y yo y Harding y la chica y el señor Turkle nos quedamos para liquidar el jarabe para la tos y decidir qué hacer con el desorden en que estaba la galería. Harding y yo éramos los únicos que parecíamos realmente preocupados; McMurphy y la chica grandota se limitaron a permanecer allí sentados, sorber el jarabe, sonreírse y jugar a sombras chinescas, y el señor Turkle no dejaba de cabecear. Harding hizo todo lo posible por despertar su interés.

—No os hacéis cargo de las consecuencias —dijo.

—Mierda —dijo McMurphy.

Harding golpeó la mesa.

—McMurphy, Turkle, no comprendéis lo que ha ocurrido aquí esta noche. En nuestra galería psiquiátrica. ¡La galería de la señorita Ratched! ¡Las repercusiones serán... devastadoras!

McMurphy le mordió la oreja a la chica. Turkle dio una cabezada, abrió un ojo y dijo: —Es verdad. Mañana también está de turno.

—Pero, tengo un plan —explicó Harding. Se puso en pie. Dijo que saltaba a la vista que McMurphy ya estaba demasiado liado para poder afrontar la situación y que otro tendría que hacerse responsable. Mientras hablaba se iba irguiendo y parecía estar recuperando la sobriedad. Hablaba con voz seria e imperiosa y sus manos reforzaban sus palabras. Me alegró que estuviera allí para hacerse cargo de las cosas.

Su plan consistía en atar a Turkle y hacer ver que McMurphy le había atacado por detrás y le había atado con oh, jirones de sábana, pongamos por caso, y le había despojado de las llaves, y después de hacerse con ellas, había irrumpido en el cuartito de las medicinas, las había tirado por todas partes y había armado un gran desorden en el archivo, con el mero objeto de vengarse de la enfermera —seguro que ella se creería *ese* detalle — y después había abierto la ventana y se había escapado.

McMurphy dijo que parecía un argumento de serial y que era tan ridículo que sin duda saldría bien y felicitó a Harding por su serenidad. Harding explicó que el plan tenía su mérito: los demás no tendrían problemas con la enfermera, y Turkle conservaría su trabajo, y permitiría que McMurphy escapase de la galería. Explicó que las chicas podrían conducir a McMurphy al Canadá o a Tijuana, o incluso a Nevada si lo prefería, y que estaría perfectamente a salvo; la policía nunca se preocupaba demasiado de localizar a los fugitivos del hospital, pues un noventa por ciento reaparecían sin falta al cabo de pocos días, sin blanca y borrachos y deseosos de recibir cama y comida gratis. Lo estuvimos discutiendo un rato hasta que se acabó el jarabe. Por fin, agotamos el tema. Harding volvió a sentarse.

McMurphy retiró el brazo del talle de la chica y nos miró alternativamente a Harding y a mí, pensativo, otra vez con aquella extraña, cansada expresión en el rostro. Nos preguntó qué haríamos



nosotros ¿por qué no íbamos a recoger nuestras cosas y nos largábamos con él?

—Aún no estoy preparado, Mac —le explicó Harding.

—¿Qué te hace suponer entonces que yo sí lo estoy?

Harding se le quedó mirando un rato en silencio y sonrió, luego dijo: —No, no lo comprendes. Estaré preparado en un par de semanas. Pero quiero hacerlo solo, por mis propios medios, por la puerta grande, con todo el papeleo y las complicaciones de rigor, quiero que mi mujer venga a recogerme en un coche a una hora determinada. Quiero que se enteren de que fui *capaz* de hacerlo de ese modo.

McMurphy asintió.

—¿Y tú, Jefe?

—Supongo que no hay problema. Sólo que aún no he decidido dónde quiero ir. Y alguien tiene que permanecer aquí unas cuantas semanas después de tu partida, para impedir que las cosas vuelvan a su curso anterior.

—¿Y Billy y Sefelt y Fredrickson y los demás?

—No puedo hablar por ellos —dijo Harding—. Aún tienen sus problemas, como todo el mundo. Todavía son hombres enfermos en muchos sentidos. Pero al menos han conseguido una cosa: ahora son *hombres* enfermos, y no conejos, Mac. Es posible que algún día puedan ser hombres sanos. No sé.

McMurphy lo meditó un rato con los ojos fijos en el dorso de sus manos. Levantó otra vez la mirada hacia Harding.

—Harding, ¿qué es? ¿Qué está pasando?

Harding movió la cabeza.

—No creo que pueda darte una respuesta. Oh, podría darte explicaciones freudianas en un lenguaje extravagante y no habría problema, dentro de sus límites. Pero lo que tú me pides son las explicaciones de las explicaciones y éstas no puedo dártelas. Al menos no en el caso de los demás. ¿Por lo que a mí respecta? Sentimiento de culpa. Vergüenza. Miedo. Auto denigración. Descubrí a una tierna edad que era... ¿seamos compasivos y digamos que distinto? Es una palabra más adecuada, más general, que la otra. Me entregaba a ciertas prácticas que nuestra sociedad considera perniciosas. Y enfermé. No

fue por lo que hacía, no creo que fuera eso, fue la sensación de que ese gran dedo mortífero e inquisitivo de la sociedad me estaba señalando... y el gran clamor de millones de voces que canturreaban, «Vergüenza, Vergüenza». Así trata la sociedad a los que son distintos.

—Yo soy distinto —replicó McMurphy—. ¿Por qué no me ocurrió algo parecido? La gente me ha estado atosigando por una cosa u otra desde que tengo memoria pero no es lo que... pero no me volví loco.

—No, tienes razón. No es eso lo que te hizo volver loco. No he dicho que mis motivos fuesen los únicos. Aunque solía pensar de ese modo hace un tiempo, unos años atrás, en mis tiempos de intelectual, creía que el castigo de la sociedad era la única fuerza que conducía a las personas por el camino de la locura, pero tú me has obligado a revisar mi teoría. Hay otra cosa que empuja a la gente —a la gente fuerte como tú, amigo— por ese camino.

—¿Sí? No es que reconozca que voy por ese camino, ¿pero cuál es esa otra cosa?

—Somos nosotros. —Su mano trazó un suave círculo blanco en torno al otro—. Nosotros —repitió.

McMurphy dijo, «Mierda», sin mucho entusiasmo, sonrió y se levantó, al tiempo que obligaba a la chica a hacer otro tanto. Miró de reojo el reloj sumido en las sombras.

—Son casi las cinco. Necesito echar un sueñecito antes de mi gran evasión. El turno de día tardará aún dos horas en llegar; dejemos a Billy y Candy un ratito más ahí abajo. Partiré sobre las seis. Sandy, cariño, tal vez una horita en el dormitorio nos despeje un poco. ¿Qué te parece? Mañana nos espera un largo viaje, hasta Canadá o México o donde sea.

Turkle, Harding y yo también nos levantamos. Todos nos tambaleábamos bastante todavía, seguíamos bastante borrachos, pero una blanda, triste, sensación se había superpuesto a la borrachera. Turkle dijo que sacaría a McMurphy y a la chica de la cama al cabo de una hora.

— Despiértame también a mí —dijo Harding—. Quiero quedarme en la ventana con una bala de plata en la mano y preguntar «¿Quién fue ese hombre enmascarado?» mientras se alejan...

—Ni pensarlo. Los dos os acostaréis ahora mismo y no quiero volveros a ver el pelo. ¿Entendido?

Harding sonrió y asintió, pero no dijo nada. McMurphy le tendió la mano y Harding se la estrechó. McMurphy retrocedió como un vaquero al salir del *saloon* y guiñó un ojo.

—Podrás volver a ser el gran lunático, amigo, cuando no esté el Gran Mac.

Se volvió hacia mí y frunció el entrecejo.

—No sé qué podrás ser tú, Jefe. Aún tendrás que pensártelo un poco. A lo mejor puedes conseguir un papel de malo en los programas de lucha libre de la TV. En fin, tú tranquilo.

Le estreché la mano y todos nos dirigimos al dormitorio. McMurphy le dijo a Turkle que rasgara unas cuantas sábanas y escogiera sus nudos preferidos. Turkle respondió que así lo haría. Yo me metí en la cama bajo la luz grisácea del dormitorio y oí que McMurphy y la chica también se metían en la de él. Me sentía embotado y caliente. Oí al señor Turkle abrir la puerta del armario de la ropa blanca, en el pasillo, y soltar un largo y sonoro suspiro, casi un eructo, mientras la volvía a cerrar tras sí. Mis ojos comenzaron a habituarse a la oscuridad y conseguí vislumbrar a McMurphy y la chica acurrucados uno contra otro, acomodados hombro contra hombro, más como dos niños cansados que como un hombre y una mujer que se han acostado para hacer el amor.

Y así los encontraron los negros cuando vinieron a encender las luces del dormitorio, a las seis y media.

He estado reflexionando mucho sobre lo que ocurrió a continuación y he llegado a la conclusión de que tenía que suceder y que hubiese ocurrido de un modo u otro, en uno u otro momento, aunque el señor Turkle hubiera despertado a McMurphy y a las dos chicas y les hubiera hecho salir de la galería según lo previsto. La Gran Enfermera habría descubierto de algún modo lo que había pasado, tal vez simplemente por la expresión del rostro de Billy, y habría hecho exactamente lo mismo que hizo, tanto si McMurphy seguía allí como si no, y él se habría enterado y habría vuelto.

Habría *tenido* que volver, porque le habría sido tan imposible quedarse fuera del hospital y seguir jugando al póquer en Carson City o en Reno o en cualquier otro lugar y permitir que la Gran Enfermera tuviera la última palabra y ganase el último asalto, como le habría sido imposible permitirle salirse con la suya bajo sus propias narices. Era como si se hubiera comprometido a jugar hasta el final y no hubiera manera posible de anular ese compromiso.

En cuanto empezamos a saltar de la cama y a deambular por la galería, el relato de lo ocurrido empezó a propagarse como un incendio forestal de murmuraciones.

—¿Tenían *qué*? —preguntaban los que no habían tomado parte—. ¿Una *prostituta*! ¿En el dormitorio? Cielos.

Los otros les explicaban que no sólo una prostituta, sino también una borrachera de padre y muy señor mío. McMurphy tenía pensado sacar a la chica antes de que llegara el equipo de día, pero no se despertó.

Los que habían participado en la juerga empezaron a comentarlo con una especie de pausado orgullo y admiración, como suele hablar la gente que ha presenciado el incendio de un gran hotel o el desbordamiento de una presa —muy solemne y respetuoso porque aún no se han contabilizado las víctimas—, pero a medida que iban charlando, comenzaba a disiparse la solemnidad de los chicos. Cada vez que la Gran Enfermera y sus activos negros descubrían algo nuevo, como la botella vacía de jarabe para la tos o la flotilla de sillas de ruedas, aparcadas en un extremo del pasillo como caballitos vacíos en un parque de atracciones, súbita y claramente venía a la memoria otra parte de la noche, que sería descrita a los que no habían tomado parte y saboreada por los que habían estado presentes. Los negros nos habían conducido en tropel a la sala de estar. Crónicos y Agudos, todos mezclados en una excitada confusión. Los dos viejos Vegetales estaban sentados, muy hundidos bajo sus cobijas, y abrían y cerraban los ojos y las mandíbulas. Todos íbamos aún en pijama y zapatillas, excepto McMurphy y la chica; ella estaba vestida, a excepción de los zapatos y las medias de nylon, que ahora le colgaban de un hombro, y él llevaba sus calzoncillos negros con la ballena blanca. Se habían sentado muy juntos en un sofá, con las manos enlazadas. La chica había vuelto a

dormirse, y McMurphy se apoyaba contra ella con una sonrisa adormilada.

A pesar nuestro, la solemne preocupación iba cediendo paso a la alegría y el humor. Cuando la enfermera descubrió el montón de pastillas que Harding había rociado sobre Sefelt y la chica, empezamos a emitir gruñidos y bufidos para no soltar la carcajada, y cuando por fin descubrieron al señor Turkle en el armario de la ropa blanca y le hicieron salir, parpadeando y gruñendo, enredado en cien metros de jirones, como una momia con resaca, ya nos estábamos desternillando. La Gran Enfermera acogía nuestro buen humor sin rastro de sonrisas; cada carcajada era embutida garganta abajo y empezamos a pensar que de un momento a otro estallaríamos como una vejiga.

McMurphy tenía una pierna desnuda colgando sobre el borde del sofá, se había bajado la gorra para que la luz no hiriera sus ojos enrojecidos, y se pasaba constantemente la lengua por los labios, una lengua que parecía barnizada con el jarabe para la tos. Se le veía mareado y horrorosamente cansado y se llevaba continuamente las manos a las sienes y bostezaba, pero aunque parecía sentirse muy mal, conservaba la sonrisa, y un par de veces incluso soltó una carcajada ante lo que iba descubriendo la enfermera.

Cuando ésta se fue a telefonar al Edificio Principal para notificarles la dimisión del señor Turkle, éste y Sandy aprovecharon la oportunidad para abrir el candado de la reja, dijeron adiós a todos con la mano y desaparecieron campo a través, tropezando y resbalando sobre la húmeda hierba que brillaba bajo el sol.

—No le ha vuelto a echar llave —le dijo Harding a McMurphy—. Sal. ¡Vete con ellos!

McMurphy soltó un gruñido y abrió un ojo tan sanguinolento como un huevo fecundado.

—¿Estás bromeando? No podría meter la *cabeza* por esa ventana, y menos aún el cuerpo.

—Amigo, creo que no comprendes el alcance...

—Harding, vete al diablo con tu palabrería; lo único que comprendo perfectamente esta mañana es que aún estoy medio borracho. Y mareado. A decir verdad, creo que a ti también te dura la borrachera. Y tú, Jefe; ¿sigues borracho?

Dije que aún tenía la nariz y las mejillas insensibles.

McMurphy hizo un gesto de asentimiento y volvió a cerrar los ojos; cruzó las manos sobre el pecho y resbaló en su asiento con la barbilla hundida en el cuello. Chasqueó los labios y sonrió como si estuviese descabezando un sueñecito.

—Macho —dijo—, a todos les dura aún la borrachera.

Harding seguía preocupado. Continuó insistiendo que lo mejor para McMurphy sería vestirse, pronto, mientras el viejo Ángel de Piedad estaba ahí dentro, telefoneando al doctor por segunda vez para comunicarle las atrocidades que acababa de descubrir, pero McMurphy aseguró que no había por qué ponerse tan nervioso; no estaba peor que antes, ¿verdad?

—Ya he aguantado su peor ofensiva —dijo.

Harding se llevó las manos a la cabeza y se retiró, anunciando la catástrofe.

Uno de los negros advirtió que la reja estaba abierta, le echó la llave, se fue a buscar la lista a la Casilla de Enfermeras, y empezó a leer nombres en voz alta y a hacerles una señal, a medida que localizaba a los correspondientes pacientes. La lista está ordenada alfabéticamente pero al revés, para desconcertar, así que no llegó a las Bes hasta el final. Recorrió toda la sala de estar con la mirada sin mover el dedo del último nombre de la lista.

—Bibbit. ¿Dónde está Billy Bibbit? -Tenía los ojos muy abiertos. Estaba pensando que Billy se había escapado bajo sus propias narices y que tal vez nunca conseguiría darle alcance—. ¿Alguien ha visto salir a Billy Bibbit, desgraciados?

Esto nos recordó dónde estaba Billy y empezaron de nuevo los susurros y las risas.

El negro se fue hacia la casilla y vimos cómo se lo explicaba a la enfermera. Ella depositó el auricular de un porrazo y se dirigió a la puerta con el negro pisándole los talones; un rizo de cabello se le había escapado de debajo de la cofia blanca y había caído sobre su rostro como ceniza húmeda. Tenía la frente y la nariz perladas de sudor. Nos preguntó que a dónde había ido el fugitivo. Le respondió un coro de risas, y sus ojos escudriñaron a los hombres, uno a uno.

— ¿Bueno? ¿No se ha ido, verdad? Harding, sigue aquí... en la galería, ¿no es cierto? Respóndame. ¡Sefelt, responde!

Acompañaba cada palabra de una penetrante mirada, que se clavaba en los rostros de los hombres, pero éstos eran inmunes al veneno de sus dardos. Sostenían su mirada; sus muecas eran un remedo de la antigua sonrisa confiada que ya había perdido.

— ¡Washington! ¡Warren! Acompáñenme.

Nos levantamos y los seguimos, mientras los tres procedían a abrir la puerta del laboratorio, de la sala de baños, del despacho del doctor. Scanlon se cubrió la sonrisa con la mano nudosa y murmuró: — Vaya bromita para el viejo Billy—. Todos asentimos. —Y pensándolo bien no sólo será una broma para Billy; ¿recordáis quién está allí?

La enfermera llegó a la puerta del Cuarto de Aislamiento, en el extremo del pasillo. Todos nos acercamos a mirar, agolpándonos para echar un vistazo por encima de las cabezas de la Gran Enfermera y los dos negros, mientras ella abría la cerradura y daba un vigoroso empujón a la puerta. La habitación sin ventanas estaba oscura. Se oyó un chillido y un meneo en la oscuridad y la enfermera extendió la mano y proyectó la luz sobre Billy y la chica, que parpadeaban sobre el colchón instalado en el suelo, como dos lechuzas en su nido. La enfermera ignoró el coro de carcajadas a sus espaldas.

— ¡William Bibbit! —Hizo un enorme esfuerzo por sonar fría y severa—. ¡William... Bibbit!

—Buenos días, señorita Ratched —dijo Billy, sin ni siquiera hacer el gesto de levantarse y abrocharse el pijama. Cogió la mano de la chica y sonrió—. Ésta es Candy.

La lengua de la enfermera cloqueó en su garganta.

—Oh, Billy, Billy, Billy... estoy tan avergonzada de ti.

Billy aún no estaba lo suficientemente despierto para responder gran cosa a sus reproches y la chica buscaba las medias bajo el colchón, con movimientos lentos y cálidos, después del buen sueño. En un momento determinado interrumpió su soñolienta búsqueda, levantó los ojos y sonrió en dirección a la glacial figura de la enfermera, allí, de pie, con los brazos cruzados, después se palpó para comprobar si tenía el jersey abrochado y luego volvió a tirar de la media, atrapada entre el colchón y las baldosas. Los dos se movían como gatos después de un

hartazgo de leche caliente, desperezándose al sol; supuse que también a ellos les duraba la borrachera.

—Oh, Billy —dijo la enfermera, como si estuviera a punto de deshacerse en lágrimas de pura decepción—. Una mujer como *ésta*. ¡Barata! ¡Ordinaria! ¡Pintada! ¡Una...!

—¿Cortesana? —sugirió Harding—. ¿Jezabel?

La enfermera se volvió e intentó paralizarle con la mirada, pero él continuó tan tranquilo.

— ¿No Jezabel? ¿No? —Se rascó la cabeza pensativo—. ¿Qué le parece Salomé? A lo mejor la palabra que buscaba era «dama». Bueno, sólo pretendía *ayudar*.

Ella volvió a encararse con Billy. Este se había concentrado en el esfuerzo de ponerse de pie. Se dio la vuelta y se puso de rodillas, con el trasero levantado como una vaca cuando se incorpora, luego estiró los brazos con las manos apoyadas, después apoyó un pie en el suelo, luego el otro y se irguió. Parecía satisfecho de haberlo conseguido, como si ni siquiera nos hubiera visto, amontonados en la puerta, chanceándonos y dándole ánimos.

El griterío y las risas se arremolinaban en torno a la enfermera. Ella paseaba la mirada de Billy y la chica a nuestro grupo que se agolpaba a sus espaldas. El rostro de plástico y esmalte se desmoronaba. Cerró los ojos e hizo un esfuerzo de concentración para calmar sus temblores. Sabía que había llegado el momento. Cuando volvió a levantar los párpados, los ojos aparecieron muy diminutos e inmóviles.

—Lo que me preocupa, Billy —dijo, y advertí el cambio en su voz—, es cómo se lo tomará tu pobre madre.

Recibió la reacción que buscaba. Billy se estremeció y se llevó la mano a la mejilla como si se la hubieran quemado con ácido.

—La señora Bibbit siempre estuvo tan orgullosa de tu discreción. Lo sé. Esto será un golpe terrible para ella. Ya sabes cómo se pone cuando se altera, Billy; ya sabes cuan enferma puede ponerse la pobre mujer. Es muy sensible. Especialmente en lo referente a su hijo. Siempre hablaba de ti con tanto orgullo. Si...



— ¡Noo! ¡Noo! —Su boca se movió sin lograr emitir ni un sonido. Agitó la cabeza, en gesto de súplica—. ¡No tiene qu-qu-qu-que ha-ha-hacerlo!

—Billy, Billy, Billy —dijo ella—. Tu madre y yo somos viejas amigas.

— ¡No! —clamó él. Su voz rasgó las blancas paredes desnudas del Cuarto de Aislamiento. Levantó la mandíbula, gritándole a la luz que brillaba en el techo—. ¡N-n-no!

Nuestras risas se interrumpieron en seco. Observamos cómo Billy se dejaba caer al suelo, con la cabeza echada hacia atrás y las rodillas dobladas. Se pasaba la mano arriba y abajo por la pernera verde del pantalón. Su cabeza temblaba de terror, como un niño al que han amenazado con una azotaina en cuanto hayan cortado la vara. La enfermera le tocó en el hombro para consolarlo. El contacto lo hizo estremecer como si fuera un golpe.

—Billy, no quiero que ella piense algo así de ti... ¿pero qué debo pensar?

—N-n-no se lo di-di-di-diga, Se-se-señorita Rat-ched. No-no-no...

—Billy, tengo que decírselo. Me horroriza la idea de que hayas podido hacer algo así, pero, la verdad, ¿qué puedo pensar? Te encuentro aquí, con esa clase de mujer.

— ¡No! No lo hi-hi-hice. Estaba... —Se volvió a llevar la mano a la mejilla y se le quedó allí pegada—. Fue ella.

—Billy, esta chica no puede haberte arrastrado aquí por la fuerza. —Movié la cabeza—. Compréndelo, me gustaría pensar de otro modo... por el bien de tu madre.

La mano se deslizó mejilla abajo, dejando un rastro de largas señales rojas.

—Fue ella. —Miró a su alrededor—. ¡Y M-M-McMurphy! Él fue. ¡Y Harding! ¡Y to-to-todos los demás! ¡Se bu-bu-burlaron, me llamaron cosas!

Tenía el rostro fijo en el de ella. No miraba a uno ni otro lado, sólo directamente al frente, a la cara de la enfermera, como si allí tuviera una luz en vez de facciones, un hipnotizador reflector blanco, azul y anaranjado. Tragó saliva y esperó a que ella dijera algo, pero la

enfermera no habló, estaba recuperando su pericia, su fantástica capacidad mecánica había analizado la situación y le decía que debía limitarse a callar.

— ¡Me o-o-o-obligaron! Se-señorita Ratched, me o-o-o...!

Ella apartó el reflector y el rostro de Billy se desplomó con sollozos de alivio. Le puso una mano en el cuello y atrajo su mejilla hacia su pecho almidonado, acariciándole el hombro mientras lanzaba una lenta, despectiva mirada a nuestro grupo.

—No te preocupes, Billy. No te preocupes. Nadie te hará nada más. No te preocupes. Yo se lo explicaré a tu madre.

Nos atravesó con la mirada mientras seguía hablando. Resultaba extraño oír aquella voz, suave, acariciante y cálida, en aquel rostro duro como la porcelana.

—Está bien, Billy. Ven conmigo. Puedes esperar aquí, en el despacho del doctor. No hay ningún motivo para que permanezcas en la sala de estar con estos... amigos tuyos.

Lo condujo al despacho, mientras le acariciaba la cabeza inclinada y decía: —Pobre chico, pobre chiquillo—, y nosotros fuimos emprendiendo la retirada por el pasillo, en silencio, y nos sentamos en la sala de estar sin mirarnos ni decir palabra. McMurphy fue el último en tomar asiento.

Al otro lado, los Crónicos dejaron de removerse y comenzaban a acomodarse en sus respectivos huecos. Miré a McMurphy de soslayo, procurando que no se notara demasiado. Estaba instalado en su silla del rincón, tomándose un segundo de respiro antes del inicio del próximo asalto... dentro de una larga serie de próximos asaltos. La cosa contra la que luchaba nunca podía considerarse definitivamente vencida. La única posibilidad era golpearla y golpearla, hasta que uno quedaba sin fuerzas y otro tenía que ocupar su lugar.

Se oyeron nuevos telefonazos en la Casilla de las Enfermeras y varias autoridades aparecieron para echar un vistazo al cuerpo del delito. Cuando por fin se presentó el doctor en persona, todos lo miraron como si él hubiera planificado todo eso, o al menos lo hubiera tolerado y autorizado. Se le veía pálido y tembloroso bajo aquellas miradas. Era evidente que ya estaba informado de casi todo lo ocurrido allí, en su galería, pero la Gran Enfermera volvió a exponérselo, con

pausados y bien modulados detalles, para que nosotros también pudiéramos oírlo. Y esta vez con compostura, con solemnidad, sin murmurar y reír por lo bajo mientras ella hablaba. El doctor asentía, jugueteaba con las gafas y parpadeaba, con unos ojos tan llorosos que pensé que debía salpicarla. Ella acabó el discurso hablando de Billy y de la trágica experiencia por la que habíamos hecho pasar al pobre chico.

—Lo he dejado en su despacho. A juzgar por su presente estado, le sugeriría que fuese a verle de inmediato. Ha sufrido una terrible experiencia. Me estremezco sólo de pensar en el daño que deben haberle hecho a ese pobre chico.

Esperó hasta que el doctor también se estremeció.

—Creo que debería ir a ver si puede hablar con él. Necesita mucha comprensión. Está en un estado lastimoso.

El doctor bajó la cabeza y se alejó en dirección a su despacho. Lo seguimos con la mirada.

—Mac —dijo Scanlon—. Oye... no creerás que ninguno de nosotros se ha tragado esas estupideces, ¿verdad? Es una lástima, pero todos sabemos quién tiene la culpa... no te culpamos a ti.

—No —dije—, ninguno de nosotros te culpa. —Y hubiera querido que me arrancaran la lengua en cuanto advertí el modo como me miró. Cerró los ojos y se relajó. Como si esperara algo, eso parecía. Harding se levantó y se le acercó, y acababa de abrir la boca para decir algo, cuando el grito del doctor, al otro extremo del pasillo, llenó todos los rostros de horror y súbita clarividencia.

— ¡Enfermera! —gritó el doctor—. ¡Cielos, enfermera!

Ella corrió, y los tres negros corrieron, pasillo abajo, hacia donde el doctor gritaba. Pero ni un paciente se levantó. Sabíamos que ya no podíamos hacer nada excepto quedarnos quietos y esperar que ella regresara a la sala de estar para comunicarnos lo que todos de antemano ya sabíamos que tenía que suceder, irremediablemente.

Ella se fue derecha hacia McMurphy.

—Se ha cortado la garganta —dijo. Esperó que él dijera algo. McMurphy no levantó los ojos—. Abrió el escritorio del doctor, encontró unos instrumentos y se cortó la garganta. El pobre

desgraciado, incomprendido muchacho se ha suicidado. Está ahí, en la silla del doctor, degollado.

Esperó de nuevo. Pero él seguía sin levantar los ojos.

—Primero Charles Cheswick y ahora ¡William Bibbit! Supongo que por fin estará satisfecho. Jugando con vidas humanas — arriesgando vidas humanas— ¡como si se creyera *Dios!*

Dio media vuelta, se dirigió a la Casilla de las Enfermeras y cerró la puerta tras ella, y en el aire quedó flotando un agudo, estremecedor sonido que rebotó en los tubos de neón sobre nuestras cabezas.

Por un momento me cruzó por la mente la idea de intentar detenerlo, de convencerlo de que se contentara con lo ya ganado y la dejara vencer en el último asalto, pero otra idea, más poderosa, anuló por completo la primera. De pronto comprendí con meridiana claridad que ni yo ni ninguno de nosotros diez podría detenerlo. Que ni las buenas palabras de Harding, ni mi mano agarrándolo por detrás, ni las sentencias del viejo coronel Matterson, ni los tirones de Scanlon, ni todos nosotros juntos podríamos hacerle frente y detenerlo.

No podíamos detenerlo porque éramos nosotros quienes le empujábamos a hacerlo. No era la enfermera quien le obligaba, era nuestra necesidad que le impelía a levantarse lentamente del asiento, que le empujaba, le hacía ponerse en pie y quedarse allí, como uno de esos autómatas de las películas, obedeciendo las órdenes que le transmitían cuarenta años. Nosotros lo habíamos hecho seguir en la liza durante semanas, lo habíamos mantenido en pie mucho después de que sus pies y sus piernas ya hubieran cedido, semanas de obligarle a guiñar y sonreír y reír y continuar su comedia, mucho después de que su humor estuviera agostado entre dos electrodos.

Lo vimos ponerse de pie, subirse los calzones negros a modo de mandil de cuero, y ladearse la gorra como si fuera un gran sombrero vaquero, con gestos lentos, mecánicos; y cuando cruzó la sala, se oyó claramente el rechinar del hierro de sus talones descalzos sobre las baldosas.

Sólo al final —después de que derribara la puerta de cristal de un golpe, y ella agitara salvajemente el rostro y el terror destruyera para siempre cualquier otra expresión que pudiera intentar adoptar en el futuro, y lanzara un chillido cuando él la agarró y le desgarró el

uniforme de arriba abajo por delante, y lanzara otro chillido cuando los dos círculos con los pezones salieron proyectados de su pecho y comenzaron a hincharse, hincharse, mucho más de lo que nadie nunca había podido imaginar, cálidos y sonrosados bajo la luz— sólo al final, después de que los funcionarios comprendieran que los tres negros no harían nada excepto quedarse allí mirando y que ellos tendrían que reducirlo sin su ayuda, y los doctores, supervisoras y enfermeras desprendieran los gruesos dedos rojos de la blanca carne de la garganta de la enfermera, cual si fueran sus vértebras cervicales, y lo apartaran de ella con un ruidoso jadeo simultáneo, sólo entonces dio señales de que tal vez podría ser algo más que un hombre sano, voluntarioso y cabezota, empeñado en realizar un dura tarea que debía concluirse, le gustase o no.

Por fin cayó de espaldas y pudimos ver un momento su rostro antes de que se le echaran encima un montón de uniformes blancos, y gritó a todo pulmón.

Un grito de animal acorralado lleno de miedo, odio, derrota y desafío, un grito que, si han seguido alguna vez el rastro de un mapache, un puma o un lince, es como el último sonido que emite el animal acorralado, herido y caído cuando le atrapan los perros, cuando por fin ya no le importa nada excepto él mismo y su muerte.

Aún me quedé un par de semanas para ver qué ocurría. Todo cambió. Sefelt y Fredrickson se dieron de baja juntos contra el Dictamen Médico, dos días después se marcharon otros tres Agudos, y seis más fueron trasladados a otra galería. Se realizaron muchas averiguaciones en torno a la fiesta que había tenido lugar en la galería y el suicidio de Billy; el doctor recibió un mensaje que decía que su dimisión sería aceptada, y él les comunicó que tendrían que seguir la vía lenta y abrirle un expediente si querían que se fuera.

La Gran Enfermera estuvo una semana en Medicina General y por unos días tuvimos a la enfermera japonesa de Perturbados a cargo de la galería; los chicos tuvieron así una oportunidad de modificar buena parte de las normas de la galería. Cuando por fin regresó la Gran Enfermera, Harding había conseguido incluso que volvieran a abrir la sala de baños y estaba al frente de una mesa de «veintiuno», y se esforzaba en conseguir que su delgado hilo de voz sonase como el

berrido de subastador de McMurphy. Estaba repartiendo las cartas cuando oyó el sonido de la llave en la cerradura.

Salimos todos de la sala de baños y acudimos a recibirla al pasillo y a preguntarle por McMurphy. Ella retrocedió de un salto cuando nos vio aparecer, y por un instante creí que saldría corriendo. Tenía el rostro arañado y amoratado y muy hinchado de un lado, con un ojo completamente cerrado, y llevaba un grueso vendaje en torno a la garganta. Y un uniforme blanco nuevo. Algunos de los muchachos hicieron una mueca al verlo; aunque era más pequeño, más apretado y estaba más almidonado que los viejos uniformes, ya no conseguía ocultar el hecho de que era una mujer. Harding se acercó un paso más, con una sonrisa, y le preguntó qué había sido de Mac. Ella sacó un bloc y un lápiz del bolsillo del uniforme y escribió, «Volverá», y nos lo tendió. El papel le temblaba en la mano.

— ¿Está segura? —quiso saber Harding después de leerlo. Habíamos oído todo género de rumores, que había derribado a dos enfermeros en la galería de Perturbados, se había apoderado de las llaves y había escapado, que le habían devuelto al correccional... incluso, que la enfermera, que estaba a cargo de todo hasta que encontrasen otro doctor, le estaba sometiendo a un tratamiento especial.

— ¿Está completamente segura? —repitió Harding.

La enfermera volvió a sacar el bloc. Tenía las articulaciones entumecidas y su mano, más blanca que nunca, se deslizó a saltos sobre el papel como uno de esos gitanos de feria. «Sí, señor Harding», escribió. «No lo diría de no estar segura. Volverá.»

Harding leyó la nota, luego la rasgó y le arrojó los trozos de papel. Ella se estremeció y levantó la mano para protegerse la mitad lacerada de la cara.

—Señora, en mi opinión, es usted una farsante —le dijo Harding.

Ella se lo quedó mirando y su mano se agitó un momento sobre el bloc, pero por fin dio media vuelta y se encaminó a la Casilla de las Enfermeras, guardándose el bloc y el lápiz en el bolsillo del uniforme.

—Hmmm —comentó Harding—. Una conversación algo deshilvanada, según parece. Pero, bueno, cuando a uno le llaman farsante, ¿qué respuesta escrita *puede* dar?

La enfermera intentó restablecer el orden en su galería, pero resultaba difícil con la presencia de McMurphy aún en el ambiente, correteando por los pasillos y riéndose a carcajadas en las reuniones y cantando en los lavabos. Ya no podía gobernar con su vieja autoridad, y menos a base de escribir cosas en hojitas de papel. Fue perdiendo sus pacientes uno tras otro. Cuando Harding se dio de baja y su esposa vino a recogerlo, y George fue trasladado a otra galería, sólo quedamos tres del grupo que había tomado parte en la excursión: Martini, Scanlon y yo.

No quería marcharme todavía, porque ella parecía demasiado segura; parecía estar esperando un nuevo asalto y en ese caso yo quería estar presente. Y una mañana, cuando McMurphy ya llevaba tres semanas fuera, ella jugó su última baza.

Se abrió la puerta de la galería y los negros entraron una camilla con un cartel a los pies que decía en grandes letras negras, MCMURPHY RANDLE. P. POSTOPERATORIO. Y debajo habían escrito con tinta, LOBOTOMÍA.

Lo condujeron a la sala de estar y lo dejaron contra la pared, junto a los Vegetales. Nos agrupamos a los pies de la camilla, leímos el cartel; y luego miramos al otro extremo, hacia la cabeza hundida en la almohada, una mata de cabellos rojos sobre un rostro blanco como la leche, a excepción de los intensos morados en torno a los ojos.

Tras un silencio, Scanlon se volvió y escupió en el suelo.

—Aaah, pero qué pretende ahora esa vieja bruja, por todos los demonios. Ése no es él.

—No se parece *nada* a él —dijo Martini.

—¿Creerá que somos imbéciles?

—Oh, es un buen trabajo, sin embargo —comentó Martini, que se había acercado a la cabeza y la señalaba mientras iba hablando—. ¡Fijaos! Le han puesto la nariz rota y su curiosa cicatriz... y también las patillas.

—Ya, ya —gruñó Scanlon—, ¡pero, *cielos!*

Yo me abrí paso para situarme junto a Martini.

—Claro, pueden hacer cosas como cicatrices y narices rotas —dije—. Pero no pueden reproducir su *expresión*. Este rostro no dice

nada. Es igual que uno de esos muñecos de los grandes almacenes, ¿no te parece, Scanlon?

Scanlon volvió a escupir.

—Exactamente. Todo resulta, cómo diría yo, demasiado *vacío*. Salta a la vista.

—Fijaos —comentó uno de los pacientes que había retirado la sábana—, tatuajes.

—Claro —dije yo—, pueden imitar los tatuajes. ¿Pero los brazos, huh? ¿Los brazos? No podrían imitarlos. ¡Sus brazos eran *grandes!*

Scanlon, Martini y yo nos pasamos el resto de la tarde ridiculizando lo que Scanlon llamaba el roñoso doble de pacotilla, allí tendido en la camilla. Pero, a medida que fueron pasando las horas y comenzó a bajarle la hinchazón en torno a los ojos, advertí que cada vez eran más los muchachos que se acercaban a mirar aquella figura. Los veía pasar a su lado, fingiendo que se dirigían al estante de las revistas o a la fuente, para poderle echar un vistazo a aquel rostro. Los observé e intenté adivinar qué habría hecho él. Sólo estaba seguro de una cosa: él no hubiera permitido que un monigote como ése permaneciera allí, en la sala de estar, con una etiqueta con su nombre, durante veinte o treinta minutos, para que la Gran Enfermera pudiera señalarlo como ejemplo de lo que les puede ocurrir a los que desafían al sistema. De eso estaba seguro.

Aquella noche esperé hasta que los ruidos del dormitorio me dijeron que todos dormían y hasta que los negros cesaron sus rondas. Luego volví la cabeza en la almohada para observar la cama contigua a la mía. Llevaba horas escuchando la respiración, desde que habían traído la camilla y le habían izado sobre la cama, había estado escuchando cómo trastabillaban y se detenían los pulmones, para luego reanudar la marcha, y mientras escuchaba abrigaba la esperanza de que se detuvieran de una vez para siempre; pero, todavía no le había mirado.

Una luna fría brillaba a través de la ventana e inundaba el dormitorio de una luz como leche descremada. Me senté en la cama y mi sombra se proyectó sobre el cuerpo, y pareció como si lo hubiera partido en dos entre las caderas y los hombros, dejando sólo un espacio negro. La hinchazón en torno a los ojos había disminuido bastante y los



tenía abiertos; miraban directamente a la luz de la luna, redondos y sin sueños, vidriosos de tanto permanecer abiertos sin parpadear, hasta que parecieron fusibles quemados. Me incliné a coger la almohada, y los ojos enfocaron el gesto y me siguieron mientras me levantaba y avanzaba el par de pasos que separaban nuestras camas.

El cuerpo grande, tenaz, se aferró a la vida. Se debatió largo rato para impedir que se la arrebatase, se agitó tanto que, al fin, tuve que tenderme sobre él cuan largo era y aprisionar entre las mías las piernas que pataleaban, mientras le hundía la almohada en la cara. Permanecí lo que me parecieron días tendido sobre su cuerpo. Hasta que dejó de moverse. Hasta que se quedó quieto un rato, volvió a estremecerse y luego nuevamente se calmó. Entonces bajé de la cama. Cogí la almohada y bajo la luz de la luna pude ver que la expresión no había variado un ápice, que seguía conservando aquella mirada vacía, perdida, incluso después de asfixiado. Alargué los pulgares, le bajé los párpados y los mantuve en esa posición hasta que así se quedaron. Luego volví a tenderme en mi cama.

Permanecí así un rato, con las mantas sobre la cabeza, y creí que no había hecho ruido, pero el siseo de Scanlon desde su cama me comunicó que no era así.

—Tranquilo, Jefe —dijo—. Tranquilo. No pasa nada.

—Cállate —susurré—. Duérmete ya.

Durante un rato todo quedó en silencio; luego volví a oír su siseo y me preguntó: —¿Todo ha acabado?

Le dije que sí.

—Cielos —exclamó entonces—, ella se enterará. ¿Lo comprendes, verdad? Desde luego, nadie podrá demostrarlo —cualquiera podría palmarla en el postoperatorio, pasa constantemente— pero ella, ella sabrá la verdad.

No dije nada.

—Yo de ti, Jefe, me largaba con viento fresco. Sí señor. Voy a decirte una cosa. Tú te largas y yo diré que lo vi agitarse después de tu partida y así tendrás una coartada. Será lo mejor, ¿no crees?

—Oh, sí, así por las buenas. Voy y les pido que me abran esa puerta y me dejen salir.

—No. Él te enseñó una vez cómo hacerlo, si lo piensas bien. La primera semana. ¿Recuerdas?

No le respondí, y él no dijo nada más, y en el dormitorio volvió a hacerse el silencio. Permanecí tendido algunos minutos más y luego me levanté y empecé a vestirme. Cuando estuve vestido, metí la mano en la mesita de noche de McMurphy, cogí su gorra y me la probé. Era demasiado pequeña y de pronto me avergoncé de haber querido usarla. La dejé caer sobre la cama de Scanlon al salir del dormitorio. Cuando ya me iba, él dijo:

—Cuídate, amigo.

La luna, que se desliza dificultosamente entre la tela metálica de la ventana de la sala de baños, perfilaba la abultada, pesada silueta del panel de mandos, con un reflejo tan frío sobre los cromados y los indicadores, que casi podía oír el tintineo de la luz al chocar contra el metal. Inspiré profundamente, me agaché y cogí las manijas. Empecé a tensar las piernas bajo el cuerpo y sentí el enorme peso sobre los pies. Me fui levantando y oí que los alambres y las tuberías se desprendían del suelo. Apoyé el panel sobre mis rodillas y conseguí rodearlo con un brazo y meter la mano debajo. El cromo tenía un tacto frío sobre mi cuello y mi cabeza. Empujé con mis espaldas la tela metálica, luego me giré y dejé que la inercia arrastrara el panel a través de la tela metálica y de la ventana con un ruido desgarrado. El cristal se astilló bajo la luna como brillante agua fría y bautizó la tierra dormida. Jadeante, pensé durante unos segundos en la posibilidad de volver para buscar a Scanlon y a algún otro, pero entonces oí el rechinar de los zapatos negros que corrían por el pasillo y apoyé la mano en el antepecho y salí por el mismo camino que el panel, al encuentro de la luna.

Atravesé los terrenos corriendo en la misma dirección que recordaba había seguido el perro, hacia la carretera. Recuerdo que corría a grandes zancadas, y me parecía faltar un buen tramo antes de que el otro pie tocara el suelo. Me parecía volar. Era libre. Nadie se molesta en perseguir a los fugitivos, lo sabía, y Scanlon se las arreglaría para responder a cualquier pregunta referente al hombre muerto... no tenía por qué correr así. Pero no me detuve. Corrí muchas millas antes de interrumpir la marcha para subir a la carretera.

Me recogió un tipo, un mexicano, que se dirigía al norte con un camión lleno de ovejas y le conté una historia tan perfecta —que era un

luchador indio profesional y la agrupación había intentado encerrarme en un manicomio— que frenó en el acto, me dio una chaqueta de cuero para cubrirme el uniforme verde y me prestó diez dólares para que pudiera comer durante el trayecto en auto stop hacia el Canadá. Le pedí que me escribiera sus señas y prometí enviarle el dinero en cuanto pudiera.

Es posible que acabe dirigiéndome al Canadá, pero creo que primero haré una parada junto al Columbia. Echaré un vistazo por Portland, Hood River y Los Rápidos para ver si encuentro a alguno de los chicos del pueblo a quien no haya idiotizado la bebida. Me gustaría saber qué ha sido de su vida desde que el gobierno intentó comprarles su derecho a ser indios. Incluso he oído decir que algunos de la tribu han empezado a reconstruir el viejo andamiaje por encima de la gran presa hidroeléctrica que ha costado millones de dólares, y que pescan salmón en el aliviadero. Daría algo por poder verlo. Sobre todo, me gustaría contemplar de nuevo el paisaje en torno al desfiladero, para aclarar un poco mis ideas.

FIN